

Narraciones populares

E-LIBROS  
COLECCIÓN VIAJES

# Andanzas y aventuras del caballero Baibars y de su fiel escudero Flor de Truhanes

VII – PALADÍN DE DONCELLAS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis





## Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”

# VII – PALADÍN DE DONCELLAS

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 24-02-2020  
Número de páginas: 205  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## VII – PALADÍN DE DONCELLAS

### ÍNDICE

---

#### Presentación

- Los relatos de Baïbars.
- El misterio del Caballero sin Nombre.
- Resumen de los episodios precedentes.
- Repertorio onomástico de personajes

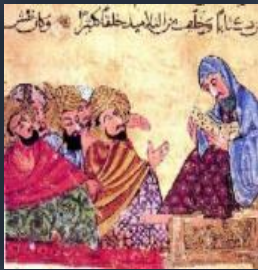
- |   |   |
|---|---|
| VII.01 – Paladín de Doncellas y Valedor de Damas.       | VII.19 – Mu’ayyaq vuelve a las andadas          |
| VII.02 – Hâchya Naffûs, la reina y la Dama de El Cairo. | VII.20 – La falsa virgen                        |
| VII.03 – Cuestión de cabezas                            | VII.21 – Ibrahim marca un punto                 |
| VII.04 – La estrategia de Qalawûn                       | VII.22 – Shîha desencadenado                    |
| VII.05 – El retorno de Yauán                            | VII.23 – La herencia de Shîha                   |
| VII.06 – En las ruinas de la ciudad desierta            | VII.24 – Bajo las murallas de Sîs               |
| VII.07 – De cómo Shîha fue preso y liberado             | VII.25 – La célebre posada de Bakrumo           |
| VII.08 – Atentado contra el sultán                      | VII.26 – Ibrahim, Paladín de Doncellas capitula |
| VII.09 – El regreso de Shîha                            | VII.27 – Ibrahim pasa a la acción               |
| VII.10 – La toma de Yaffa                               | VII.28 – Invitación al suplicio                 |
| VII.11 – Shîha pone sus condiciones                     | VII.29 – Un regreso inesperado                  |
| VII.12 – El pachá de los calvos                         | VII.30 – Asem el temerario                      |
| VII.13 – Un asunto tenebroso                            | VII.31 – Retorno del garrote                    |
| VII.14 – Los días tranquilos duran poco                 | VII.32 – Misión de confianza para un truhán     |
| VII.15 – Los misterios de Gaza                          | VII.33 – Una bofetada salvadora                 |
| VII.16 – Ibrahim hace de las suyas                      | VII.34 – La leona de las montañas               |
| VII.17 – El hijo de El-Horani venga su honor            | VII.35 – La cólera del <i>babb</i>              |
| VII.18 – Baïbars cae en una trampa                      | VII.36 – Atrapado                               |





# PRESENTACIÓN<sup>1</sup>

## Sobre los relatos de Baïbars



*Este libro es el sexto volumen de “Las andanzas y aventuras del caballero Baïbars...”, vasto fresco épico-novelesco elaborado y transmitido por los narradores populares de las grandes ciudades del Oriente Medio Árabe. Existen numerosas versiones, tanto manuscritas como impresas; la que se da aquí es la de un manuscrito alepino que data, seguramente de mediados del siglo XIX, y cuyo hallazgo se debe a Shafiq Imâm, que fue durante mucho tiempo conservador del Museo de las Artes y tradiciones populares de Damasco. Este manuscrito, el más largo que se conoce hasta el momento, es también el mejor escrito desde un punto de vista literario, sobre todo, por el lugar que concede a la lengua hablada –en general desaparecida del lenguaje escrito– en toda su diversidad.*

*El relato de Baïbars reposa sobre un sustrato histórico, por supuesto muy deformado, embellecido y dramatizado por generaciones de narradores; en este caso, nos cuenta las aventuras y el reinado del sultán mameluco Al-Malik Al-Zâhir Baïbars (1223?/1277). De origen turco-mongol, al principio, esclavo militar (mameluco) al servicio del sultán ayyubí de Egipto Al-Malik Al-Sâlih, descendiente de Saladino, el Baïbars histórico jugó un importante papel en el golpe de Estado militar por el que los jefes mamelucos, que constituían el núcleo duro del ejército, confiscaron el poder a la muerte de Al-Malik Al-Sâlih, en 1249 (ver más abajo). Después de destacar en la batalla de Mansurah, en la que San Luis fue hecho prisionero (1250), y en la e ‘Ayn Yalut, con la que se dio un golpe decisivo a las invasiones mongolas, Baïbars se hizo con el poder tras ejecutar a su predecesor (1260). Su reinado, marcado por numerosas campañas contra los Cruzados, que aún poseían una parte de la costa siria, y contra los Mongoles, también lo fue por sus esfuerzos en restaurar un Estado fuerte y centralizado, lo que continuó haciendo hasta su muerte en 1277, fecha en la que comenzó el verdadero sultanato mameluco de Siria-Egipto, que duraría hasta 1517, fecha en la que cayó bajo los golpes que le asestó el Imperio Otomano.*

<sup>1</sup> Presentación de MEURTRE AU HAMMAM, por Jean-Patrick Guillaume (Ed. Sindbad, 1989), traducción de Esmeralda de Luis.

## El misterio del Caballero sin Nombre

*En esta entrega se consolida el papel central de un personaje con el que nuestros lectores ya han tenido ocasión de encontrarse: el capitán Ibrahim El-Horâni, llamado “Defensa de doncellas”, aunque más conocido hasta ahora por el seudónimo del Caballero sin Nombre. En esta saga, me ha parecido interesante consagrar unas cuantas páginas a este héroe jovial y truculento, que sin duda es una de las creaciones más sabrosas de los narradores que elaboraron el “Baïbars”, además de ser de las más complejas.*

*Porque desde luego un misterio planea sobre los orígenes de este personaje. No voy a hablar del anonimato bajo el que se oculta desde el principio del relato: que viene de un recurso literario clásico, pero siempre eficaz, el del hijo proscrito que, para expiar alguna falta, se convierte en “caballero blanco”, o en “justiciero enmascarado”, interviniendo siempre en el preciso momento en que haya que salvar al inocente en peligro, hasta que reconquiste el derecho de retomar su verdadera identidad. El misterio, si es que lo hay, reside en otra parte: en el difuso sentimiento de que todo un fragmento de la biografía del personaje parece que hubiera sido borrado del relato y que solo algunas pinceladas subsisten acá y allá, bajo la forma de alusiones veladas o de vagos rumores; por lo demás, la imagen que ofrecen de Ibrahim está bastante alejada de la del héroe sin temor y sin reproche, es más bien la del “pobre fidauí solitario” recorriendo la estepa al galope de su caballo, sin otra preocupación que la de salvar al protagonista de las numerosas trampas en las que siempre se ve mezclado.*

*De hecho, el principal interesado procura su anonimato con palabras enigmáticas en el poema autobiográfico que improvisa al comenzar esta nueva entrega: su existencia fue durante mucho tiempo la de un proscrito sin patria ni hogar, viviendo de la violencia y la rapiña. Ahora bien, lo extraño es que este aspecto del personaje, tan rico de posibilidades narrativas, jamás se ha hecho explícito en el “Baïbars”; todo lo más es cuando ha sido objeto de ciertas alusiones agrídulces, algunas puyas inocentes, dirigidas al héroe por sus exvíctimas y, en general bastante tiempo después de que se hubieran producido los hechos.*

*Otro asunto igualmente aprovechable parece haber sido dejado de lado por los narradores: el de los amores contrariados de Ibrahim con una cierta Nâfileh la Inexpugnable, una amazona ismailí con un encanto algo rústico y de carácter difícil, cuyo nombre ya en sí mismo es toda una declaración de intenciones. Solo el episodio final de este idilio es en realidad tratado en el “Baïbars” (aparecerá en una entrega posterior); reuniendo fragmentos de aquí y de allá, se puede inferir que ese romance ya existía mucho antes del momento en que el héroe aparece en el relato, pero sus orígenes se pierden en el “agujero negro” de sus primeros años, en el curso de los cuales, bajo la identidad del Caballero sin Nombre, ha hecho algunas incursiones en la trama del relato. Cuando se conocen los recursos de los romanceros populares, y la*

*importancia que dan habitualmente a la escena del primer encuentro entre los dos amantes, tal silencio nos resulta un tanto extraño.*

*La hipótesis que parece más plausible para justificar estas anomalías, es la de que otros romanceros sobre este personaje existían anteriormente a nivel local; por lo que nos encontraríamos frente a un “trasplante” narrativo: el personaje de Ibrahim habría sido tomado en préstamo de otro romance, del que probablemente fuera su protagonista. En cualquier caso, la existencia de un Romance de Ibrahim Ibn Hasan se menciona en algunas fuentes, entre las que figura un texto redactado en 1881 por el reformista musulmán Muhammad ‘Abduh, señalado amablemente por Gilbert Delanoue, y que, siguiendo una actitud muy generalizada en los hombres ilustrados de su época, el sheij ‘Abduh lo engloba dentro de lo que llamaríamos textos condenados sin apelación (o textos no recomendables) junto con otros romances populares más conocidos, como el de ‘Abu Zayd Al-Hilâli, el de ‘Antar, e incluso el mismo de Baïbars.*

*Intentando una posible reconstrucción de ese romance, este Ibrahim “primitivo” debía ser una especie de bandido rural de carácter jovial y truculento, cínicamente codicioso y de una moralidad a veces dudosa; aunque en ocasiones poniendo su indomable valor y hercúlea fuerza al servicio de la justicia y de la inocencia burladas por los poderosos y tiranos; resumiendo, una especie de “Trinidad<sup>1</sup> del Oriente Medio”, que se burla mediante la figura del héroe-cómico, de los tópicos de la literatura caballerescas.*

*No obstante, el traslado del personaje de Ibrahim al “Baïbars”, no estaba exento de crear problemas de organización narrativa si, en efecto –como parecen indicar numerosos indicios– la introducción del personaje en nuestro relato, se producía en su origen con ocasión del salvamento de la princesa Tâch Bajt, lo que hacía difícil poder integrarlo en aventuras anteriores al argumento de un romance totalmente diferente, y centrado sobre otro protagonista. De modo que, mejor que reescribir todo el romance de “Baïbars”, los narradores prefirieron depurar completamente esos episodios; sustituyéndolos por apariciones puntuales del Caballero sin Nombre, una invención que no deja de mostrarnos su habilidad, pues este recurso les permitía anclar al personaje en la acción de todo el conjunto, dejando sobrevolar un cierto misterio acerca de su verdadera naturaleza.*

*Otro tipo de consideraciones sería que estos narradores hubiesen preferido arrojar un púdico velo sobre el tormentoso pasado de Ibrahim: una evocación bastante detallada y que pusiera en valor “las virtudes” de un bandido de largo recorrido, pues no cabe duda de que “esas cualidades” no serían muy bien acogidas en el entorno fundamentalmente moralista –lo que no significa ni mucho menos que sea un medio tontamente conformista o neciamente edificante– que impregna el romance del “Baïbars”; al menos, en las versiones que nos han llegado. Al entrar en la historia de*

---

<sup>1</sup> Se refiere aquí al héroe de uno de los llamados westerns-espaguetti, cuyo personaje principal (un mamporrero burlesco) se llamaba “Trinidad”. Más información sobre este asunto en: [https://es.wikipedia.org/wiki/Lo\\_chiamavano\\_Trinit%C3%A0...](https://es.wikipedia.org/wiki/Lo_chiamavano_Trinit%C3%A0...) (23-09-2019)

*Baïbars, en la que de ahora en adelante compartirá, poco o nada, su destino, Ibrahim se encuentra despojado de su historia personal, y de ella solo han quedado, aunque bajo una forma algo atenuada, sus pintorescas características y las ricas potencialidades que ofrecen a un hábil narrador.*

*Personaje heroico-cómico, Ibrahim no es ni más ni menos que la parodia de otro héroe; del de uno de los romances de la literatura árabe más célebres: el de ‘Antara Ibn Shaddâd, personificación de todas las virtudes caballerescas; el narrador se ha divertido aquí trasladando las principales características de este personaje, que evoluciona en el universo lejano y fabuloso de la Arabia Preislámica, inscribiéndole en el contexto más cercano, y menos idealizado del romance de “Baïbars”. Al igual que su modelo, Ibrahim, en su juventud, fue rechazado por su padre, viéndose obligado a conquistar un nombre con la fuerza de sus puños; pero esta situación, dramática en el caso de ‘Antara –nacido de una cautiva, y esclavo, quedará toda su vida marcado por ser un bastardo–, aquí se convierte en algo burlesco: la “tara original” de Ibrahim consiste en haberse dejado desgarrar una manga de su vestido combatiendo contra un león; crimen imperdonable contra el honor del buen nombre y el de las finanzas familiares. ‘Antara pasa a sangre y fuego a toda Arabia para obtener la mano de la bella ‘Abla; aquí, por los hermosos ojos de Nâfileh la Inexpugnable, Ibrahim desencadenará en Siria central, desde Hama hasta el Horân, una guerra pantagruélica que acabará en un fiasco, y cuyo origen es una banal historia de dinero, agravada por la cabezonería de todas las partes. Poeta, a la vez que guerrero, ‘Antara compone versos que le harán célebre en toda Arabia; Ibrahim vomita, bajo el menor pretexto, interminables discursos de versos ridículos y de precaria métrica, erizados de ripios y atestados de construcciones incorrectas (en ese sentido, nuestras “traducciones” tienen al menos el mérito de la fidelidad).*

*De hecho, la principal diferencia que opone a los dos personajes se basa en la distancia que, en el imaginario del Levante árabe, separa el universo mítico y fabuloso de la Arabia Preislámica del de lo prosaico y banal del Horân, pequeña región agrícola de Siria, cuyos habitantes son célebres –injustamente, todo hay que decirlo– por su materialismo sórdido, su vulgaridad un poco palurda, su carácter testarudo y, sobre todo, su feroz apetito por las ganancias. El narrador, no obstante, no ha buscado hacer de este personaje un simple bufón, un ridículo matamoros o un bárbaro mal educado: a la vez que hace reír, busca suscitar la admiración y la simpatía del público, conforme a las reglas del género épico-cómico. Ibrahim es, al mismo tiempo, un héroe “altivo y generoso”, henchido de honor y campeón de todas las causas nobles; pero también es un lugareño astuto y cuidadoso con sus dineros, ocultando bajo su cortesía y jovialidad el firme instinto de salvaguardar sus intereses, y una atávica propensión a burlar a las autoridades. Manifiesta, en los momentos más difíciles, una sangre fría y un talante impasible, que no se puede dejar de admirar; aunque también junto con una divertida tendencia a dejarse engañar. Presto a partir constantemente para combatir al infiel “por el honor de Dios”, o a socorrer a las damas en peligro, consigue siempre de paso, rebañar alguna ganancia, rellenando su bolsa, a la par que sus servicios. Tan*

*magnánimo como invencible, perdona al enemigo vencido en un combate leal... sobre todo, cuando éste posee una bolsa bien guarnecida; este asunto terminará por correr de boca en boca de tal modo que, los caballeros francos más prevenidos, no saldrán ya más a combatir sin proveerse de una buena cantidad de oro.*

*Pero el trazo más característico de Ibrahim es, sin duda alguna, su naturalidad: desprovisto de todo cinismo e hipocresía, asume plenamente las dos caras de su personaje, con una bonhomía jovial y un aplomo tal, que hacen de él uno de los “anti-héroes” más simpáticos y truculentos del romance de Baïbars, en el que, desde luego, abundan estos tipos.*

## Resumen de los episodios precedentes

*Descendiente de un largo linaje de reyes y de ascetas errantes, él mismo, hijo del soberano del Juarizm, Baïbars, escapando de la persecución de sus tíos, tuvo que huir de su patria; llevando una vida miserable y vagabunda, acabó por llegar a Damasco, en donde una viuda rica y caritativa le recoge y adopta como hijo; más adelante, al haberse enfrentado Baïbars con el virrey de la provincia, tiene que partir hacia El Cairo, en donde le protege un alto dignatario de la Corte, cuñado de su madre adoptiva (Las infancias de Baïbars).*

*En la capital egipcia, encuentra a Otmân, un temible truhán que tiene aterrorizada a toda la ciudad; tras una trifulca que hizo época, Baïbar consigue que Otmân se arrepienta de su conducta, le contrata a su servicio y le adopta como hermano. En compañía de este escandaloso energúmeno, naíf y chistoso (pero que bajo esta tosca apariencia, es un místico visionario, guiado por su Dama, Sitt Zeynab), Baïbars, que interpreta voluntariamente el papel de enderezador de entuertos, se encuentra metido en una serie de trifulcas que más de una vez le llevan ante los tribunales; pero la amistad que le profesa el rey El-Sâleh (que además es un santo místico con poderes sobrenaturales) y su gran visí Shâhîn, le permiten siempre salir indemne, a pesar de las tretas urdidas por el gran Cadí, el hipócrita Salâh El-Dîn, un personaje sospechoso, que parece tener extrañas relaciones (ver Flor de Truhanes).*

*Ya dentro de los altos cargos de ejército regular, a Baïbars se le confían misiones cada vez más importantes; nombrado Jefe de la Policía de El Cairo, devuelve el orden a la ciudad, enfrentándose victoriosamente con el terrible Muqallad, el todopoderoso “padrino” que reina sobre los proxenetas, carteristas y ladrones; más adelante será encargado de poner en su sitio a los beduinos que infectan la región de Mahalla, en el delta del Nilo. Pero el favor que goza por parte del rey le atraen los celos de los emires turcos, y sobre todo de Aïbak, el jefe de los ejércitos, un personaje mezquino, envidioso y rapaz. Instigados bajo cuerda por el cadí Salâh El-Dîn, esos bestias descerebrados*



*montan contra nuestro héroe todo tipo de maquinaciones que, indefectiblemente se vuelven contra ellos mismos (ver Los bajos fondos de El Cairo).*

*Pero otro enemigo, mucho más peligroso, vigila a Baïbars en la sombra: el misterioso fraile Yauán, monje cristiano, o haciéndose pasar por tal, agazapado, se cree, en el fondo de algún convento en los “Países de los Francos”, trama contra Baïbars increíbles complotos, al disponer de una inmensa red de agentes devotos del madito monje; manipulando sin escrúpulos a reyes, monjes y aventureros. Y es que Yauán conoce, gracias a una antigua profecía, que Baïbars llegará a ser “Rey de Egipto, de Siria y de los países del Islam”, y está dispuesto a todo para impedirselo.*

*Pero Yauán no es el único que conoce el destino que le espera a Baïbars: en sus nidos de águila de Siria, los “hijos de Isma’il” conservan cuidadosamente la Profecía Escarlata, redactada hace mucho tiempo por su antepasado, el imâm Ali, primo y yerno del Profeta, y que también anuncia la futura gloria de Baïbars. Estos montañeses piadosos y camorristas, grandes salteadores de caravanas y grandes conquistadores de ciudadelas son, desde el principio, los aliados más fieles de Baïbars, al que profesan una lealtad rayana en e fanatismo. Hasta tal punto, que su jefe, Maaruf, ha intentado sin lugar a dudas destronar al rey El-Sâleh para poner a Baïbars en su lugar. Pero los tiempos aún no han llegado para eso, y el pobre Maaruf sigue siempre a los que han querido forzar la mano del Dios que les ha creado y que, desde la eternidad, ha fijado el curso inmutable de las cosas. Pue, bajo las murallas de Damasco, el rey El-Sâleh, el Hombre de Dios, ha maldecido a Maaruf, condenándole al exilio y a errar por el mundo hasta su muerte (ver La cabalgada de los hijos de Isma’il)*

*Esta maldición no tarda en tener efecto: Maaruf, que se enamora perdidamente de la hija del rey de Génova, se casa con ella y le da un hijo. Pero he aquí que, poco después, la joven esposa y su hijo son secuestrados por Yauán; Maaruf, parte en su búsqueda y es capturado por el rey de Cataluña, que le encierra en una oscura mazmorra. Privados de su jefe, los ismailíes se encuentran provisionalmente neutralizados: No obstante, los ismailíes no dejan de apuntalar a Baïbars, sin querer jugar un poder político autónomo. Pero la cautividad de Maaruf deja el campo libre a cierto joven ambicioso, que no tardará en aparecer...*

*Mientras tanto, la ascensión de Baïbars continúa; gracias a una campaña eprendida contra Siria por el infame Halawûn, emperador de los “Persas adoradores del fuego” (en la Historia real se trata de los Mongoles), Baïbars es nombrado jefe supremo de todo el ejército, suplantando así a Aïbak. Éste, furioso, traiciona a nuestro héroe en plena batalla, dejándole caer en manos de los persas. Baïbars, asqueado, está a punto de pasarse al enemigo, cuando una intervención del rey El-Sâleh restablece la situación y calma el conflicto provisionalmente. De vuelta en El Cairo, a Baïbars le confían una nueva misión: investigar sobre una epidemia de robos y secuestros que se ha declarado en Alejandría. En esta ocasión es cuando desenmascara por fin la verdadera identidad del cadí Salâh El-Dîn que, no es otra que la del misterioso Yauán.*

*Este descubrimiento no evita que nuestro héroe no se deje secuestrar por el maldito monje, que le hace llegar hasta Génova, en donde le deja en manos del rey Juan.*

*Entonces es cuando entra en juego un personaje capital para la continuación del relato: Yamâl El-Dîn Shîha, que se hace pasar por el hijo del rey Juan. En realidad, es el hijo de un emir beduino de Palestina, secuestrado de adolescente por Yauán, y educado por éste en un convento de Génova; ha estudiado las ciencias secretas de los francos, y leído el misterioso Libro de los Griegos, en donde se profetizan los sucesos del futuro. Es en ese libro en el que se entera de que su destino está íntimamente ligado al de Baïbars: cuando éste llegue a ser rey de Egipto, Shîha se convertirá en jefe de los servicios secretos y sultáb de los Isma'ílíes; él mismo será quien capture a Yauán y le inflija el máximo castigo.*

*Pero mientras Shîha cuenta a Baïbars su historia y la de Yauán (larga y nada edificante), el rey El-Sâleh no se queda inactivo; gracias a sus poderes sobrenaturales y a la ayuda de un corsario berberisco, consigue trasladada al Mediterráneo a todas sus tropas y liberar a Baïbars, después de tomar Génova gracias a la ayuda de Shîha. Pero éste, aprovechando la presencia de algunos ismailíes en el ejército, intenta que le reconozcan como sultán, pero ¡causa perdida!: la sola idea de que ese pequeño monicaco gilipollas pueda calzar las botas de Maaruf, solo suscita una tormenta de carcajadas entre los principales capitanes ismailíes. Shîha no se da por vencido: tenza, enérgico, ambicioso, y tan diabólicamente astuto como su maestro y enemigo, es alguien que deja a un lado los escrúpulos cuando se trata de combatir por una buena causa. De momento, habiéndose eclipsado discretamente, va errante por los caminos, meditando sutiles y retorcidas estrategias, y aplicándose a contrarrestar las de Yauán (La traición de los emires).*

*Cuando regresaba de una nueva campaña por Siria, el rey El-Sâleh cae gravemente enfermo y muere unos días más tarde, no sin antes haber designado a Baïbars como su heredero; éste, preocupado y para no herir la susceptibilidad de los emires kurdos, da un paso atrás para que el trono lo herede el hijo de el-Sâleh: Issa Ghâzi, esteta pusilánime, borracho y pervertido, que no tarda en morir accidentalmente; luego, Jalîl El-Ashraf, todavía prácticamente un niño, es nombrado sultán, pero enseguida es traicioneramente asesinado por Aïbak. Éste consigue ocultar su crimen y sentarse en el trono gracias al apoyo de Baïbars, que intenta así apaciguar su conflicto con el emir turcomano. Pero este último solo piensa en aniquilar a su rival: esperando obtener la alianza de los emires kurdos, consigue casarse con Shayarat El-Durr, la viuda de el-Sâleh. Tratado con desprecio por la reina, Aïbak está persuadido de que ésta mantiene una relación con Baïbars, y decide asesinarle mediante una emboscada. Advertido en el último momento, nuestro héroe reúne a sus tropas y se marcha a Siria, en donde recibe el apoyo de numerosos gobernadores kurdos, excepto Sharaf El-Dîn, virrey de Damasco, que unido a Aïbak intriga contra Baïbars. Harto de tanto doblez, Baïbars se apodera de Damasco con la ayuda de los Ismailíes y se hace proclamar sultán de Siria, asumiendo todos los poderes de la realeza. Aïbak lanza entonces una campaña, pero,*

vencido y herido por su adversario en combate singular, regresa derrotado a Egipto. Poco después es asesinado en el hamam de la Ciudadela por su esposa Shayarat El-Durr. Ausente Baïbars, y todavía en Damasco, los grandes del reino entronizan como sultán a un primo lejano de El-Sâleh, Qutuz, un viejillo dulce y afable, al que Baïbars acata como rey, haciendo un acto de sumisión. Durante una campaña contra los persas, descubren a Qutuz asesinado en su tienda; Baïbars es acusado del crimen, luego, absuelto. Finalmente, tomando el mando de las tropas, inflige una humillante derrota al enemigo, y poco después es designado como sultán por los emires, tras haberles impuesto un documento firmado por todos ellos, en el que se restringían considerablemente sus privilegios, a favor del poder central (Muerte en el hamam).

Da la impresión de que a Baïbars ahora sólo le queda entrar en El Cairo para allí tomar posesión oficial de sus funciones y disfrutar un poco de una tranquilidad bien merecida. Pero eso sería si no estuvieran de por medio las maquinaciones de Yauân, que jamás se toma un momento de reposo, y cuando se enteró de que Tâch Bajt, la joven esposa de Baïbars, estaba de camino hacia el Cairo, el monje maldito persuadió al hijo del rey franco de El-Arish, Robín, un salvaje libidinoso y borracho, de que tendiera una emboscada a la princesa; la pequeña escolta que la acompañaba se defendía con la energía que da la desesperación, pero muy pronto se vio desbordada...”

## Repertorio onomástico de personajes

Para permitir al lector moverse en el complejo universo del “Baïbars”, hemos reunido aquí alguna información sobre ciertos personajes que ya han aparecido en las entregas precedentes. Indicamos entre paréntesis los títulos de los volúmenes en los que han aparecido, y en donde han jugado un papel importante.

**Ahmad, hijo de Aïbak (el emir):** emir turco; totalmente desprovisto de envergadura, tuvo la inteligencia de aliarse a Baïbars. Si su padre hubiera hecho lo mismo, todavía estaría vivo... (Muerte en el hamam).

**Alay El-Dîn (El-Baysari):** emir turco. Qalaûn, contento de haber encontrado a alguien más bruto que él, lo ha tomado como su confidente.

**Bartacûsh (llamado el Sable de Bizancio):** monje-soldado, compañero de infancia y maldita alma de Yauân; es más temible por su fuerza que por su inteligencia. (La traición de los emires y Muerte en el hamam).

**Caballero sin Nombre (El):** este coloso, forrado de hierro, recorriendo la estepa al galope de su caballo árabe, aparece siempre en el momento oportuno en que hay que resolver situaciones desesperadas; ya le ha salvado a Baïbars la vida en numerosas

*ocasiones, y seguro que no serán las últimas. El resto del tiempo, anda a la busca de su nombre, que pretende haber perdido; no obstante, las malas lenguas sostienen que su principal actividad consiste en robar los rebaños de los demás (La traición de los emires, Muerte en el hamam y en la Presentación de esta misma entrega VII).*

**Dibl El-Baysâni:** *capitán de los islamilíes de la región del Ghawr, al sur del lago Tiberíades, en Palestina. Cuñado de Hasan El-Hôrâni, es su compañero habitual en sus incursiones (Las infancias de Baïbars, La cabalgada de los Hijos de Ismail, La traición de los emires, Muerte en el hamam).*

**Edagmûsh (Yûsuf):** *sobrino de Baïbars (hijo de su hermana). Llegó a Egipto junto con su otro tío, Taqtemûr para reunirse con Baïbars. Es un muchacho valiente y lleno de buena voluntad, pero sin ninguna experiencia y un poco gafe (La traición de los emires, Muerte en el hamam).*

**Edamor (el campeón):** *emir mameluco, jefe de una pequeña facción de emires turcos favorables a Baïbars, del que es uno de sus más viejos amigos (Las infancias de Baïbars, Flor de Truhanes, Muerte en el hamam).*

**El-Batarni:** *corsario berberisco, que entró durante cierto tiempo al servicio de El-Sâleh, a que prestó ayuda con su flota para liberar a Baïbars, prisionero de los genoveses. Luego, El-Batarni se instaló en Alejandría (La traición de los emires).*

**El-‘Adel:** *príncipe ayyubí, virrey de Hama. Baïbars, en una discusión que tuvo con él, hizo la promesa de instalarse en su casa con todo su ejército, y vivir a su costa durante tres días, cada vez que pasara por la región (Las infancias de Baïbars).*

**El-Muzaffar:** *príncipe kurdo, virrey de Alepo. Anciano digno y afable, siempre favorable a Baïbars, con el que hermanó a su hijo (Las infancias de Baïbars, Muerte en el hamam).*

**Hijo de la Larga (El):** *ex-truhán de El Cairo, lugarteniente de Otmân (Flor de truhanes).*

**Fort-Macûl (el babb):** *este nombre extraño es el del rey franco de Antioquía; se enfrentó ya una o dos veces a Baïbars, para su desgracia, pero esta gente es incorregible (La cabalgada de los hijos de Ismaíl, La traición de los emires, Muerte en el hamam).*

**Francis:** *rey franco (o armenio) de Sís, en Cilicia. El también ha guardado unos cuantos recuerdos de los que escuecen en un primer encuentro con nuestro protagonista (Muerte en el hamam).*

**Frenhich (el babb):** *rey franco de El-Arish. En su juventud, Baïbars mató a su hijo Kafrin, que intentó atracarle, y en parte, por culpa de eso, Robín quiere vengarse*



*haciendo prisionera a la princesa Tâch Bajt (Las infancias de Baïbars, Muerte en el hamam).*

**Gjayyâz El-Dîn Abu Taqiyyeh:** *virrey de Homs, viejo amigo de Baïbars (Las infancias de Baïbars).*

**Godofredo (el babb):** *rey franco de Yaffa. Baïbars le ha vencido ya en dos ocasiones; pero no hay dos sin tres... (La traición de los emires, Muerte en el hamam).*

**Hâch Mohammad el Camellero (el):** *antiguo criado de Sharaf El-Dîn, convertido en uno de los cuarenta “Hombres de Dios”, miembros de la jerarquía mística encargada de preservar el orden del mundo y ejecutar la voluntad divina. Habiendo conocido a Baïbars cuando no era más que un miserable esclavo, tuvo la revelación de su destino en el futuro, y ya ha intervenido en varias ocasiones para darle útiles consejos; el resto del tiempo lo pasa errante por el mundo (Las infancias de Baïbars, La cabalgada de los hijos de Isma’il).*

**Harhash:** *ex truhán de El Cairo, antiguo rival de Otmân, se ha convertido ahora en su lugarteniente, al pasar al servicio de Baïbars. Es el sufridor de los exabruptos de Otmân (Los bajos fondos de El Cairo, La cabalgada de los Hijos de Ismail).*

**Hasan El-Hôrâni:** *capitán ismailí del Hôrân, en el sur de la actual Siria. Desde el primer momento ha sido, junto con su compadre Dibl, y aunque no se le pueden gastar bromas en asunto de honor, hace prueba de una ponderación y de un humor uno de los apoyos más fieles de Baïbars (Las infancias de Baïbars, La cabalgada de los Hijos de Ismail, La traición de los emires, Muerte en el hamam).*

**Ibn El-Qaymari:** *príncipe kurdo, gobernador de Jerusalén. Personaje bastante difuso, siempre ha manifestado una completa lealtad hacia Baïbars (Muerte en el hamam).*

**Imâd El-Dîn Abu l-Jaysh:** *príncipe kurdo, hijo de El-Muzaffar, virrey de Alepo. En su juventud, Baïbars acordó con él un pacto de fraternidad (Las infancias de Baïbars).*

**Ismailíes:** *para la Historia, se trata de la temible secta de los Asesinos, que en efecto, se expandió por el norte de Siria en tiempos de Las Cruzadas. En cambio, en nuestro romance, es una federación de clanes de la montaña, cuyo origen se remonta al imán Ismaïl, descendiente del Profeta. Temibles guerreros, pero totalmente indisciplinados, testarudos como mulas y fieramente celosos de su independencia, muchas son las veces en que han aportado a Baïbars un precioso apoyo, sin jamás aceptar integrarse oficialmente en su ejército; por el momento, una banal historia de amor propio (Las infancias de Baïbars, La cabalgada de los hijos de Ismaïl, La traición de los emires, Muerte en el hamam).*

**Izz El-Dîn El-Hilli:** jefe de destacamento y portavoz de los emires kurdos de Egipto. Como la mayoría de sus congéneres, apoya lealmente a Baïbars, por fidelidad a su difunto primo El-Sâleh (Muerte en el hamam).

**Juan (el babb):** rey de Génova. Por orden de Yauân, hizo secuestrar a Baïbars, cuando era gobernador de Alejandría; entonces, el rey El-Sâleh, ayudado por corsarios berberiscos, tomó Génova y liberó al prisionero (La traición de los emires).

**Juanito o Yohannet:** hijo del rey de Génova, murió muy joven, y Shîhâ usurpó su identidad estando en Génova. Yauân está al corriente de su impostura, pero lo que ignora es que Shîhâ juega contra él (La traición de los emires, Muerte en el hamam).

**Maarûf (el capitán):** legendario jefe de los ismailíes, y capitán del castillo de Sahyún, al norte de Siria. En otro tiempo incurrió en la maldición de El-Sâleh por haber intentado destronar e instalar a Baïbars en su lugar; de hecho, poco después, habiendo partido a la búsqueda de su hijo, secuestrado por Yauân, cae en manos del rey de Cataluña, que le retiene prisionero en una mazmorra “ignorada hasta por los yins”. Su ausencia, que mantiene desolados a los ismailíes, favorece, como es natural, a los propósitos de Shîhâ (La cabalgada de los hijos de Ismail, La traición de los emires).

**Micaelus o Miguel:** emperador de Constantinopla. Como la mayor parte de los reyes francos o asimilados, es un pobre títere sin personalidad, que se deja manipular tontamente por Yauân, para su mayor desgracia (La cabalgada de los hijos de Isma’il, La traición de los emires).

**Musa El-Qassâr:** jefe de los ismailíes de Alepo. Hasta ahora solo ha jugado un pequeño papel en todo el relato (La cabalgada de los hijos de Ismail)

**Omar Ibn El-Yazzâr:** corsario berberisco, primo y lugarteniente de Abdallah El-Batarni (La traición de los emires).

**Oqereb:** palafrenero al servicio de Baïbars, otro lugarteniente de Otmân (Las infancias de Baïbars, Flor de Truhanes)

**Qalaûn:** emir turco. Es uno de los enemigos más antiguos de Baïbars, al que le tomó manía desde su primer encuentro. Malo en el manejo del sable, envidioso y mezquino, ha probado en numerosas ocasiones su notoria incompetencia; su ascendiente sobre los emires turcos, que son más o menos como él, lo han convertido en el jefe de la oposición a Baïbars (Las infancias de Baïbars, Los Bajos Fondos de El Cairo, La traición de los emires, Muerte en el hamam).

**Saqr El-Hayâm:** guerrero ismailí, sobrino de Sulaymân El Búfalo. Este robusto grandullón de carácter jovial y de descomunal apetito, fue durante un tiempo

*compañero de aventuras de Baïbars, en compañía de su hermano Saqr El-Lawlabi (Los Bajos fondos de El Cairo, La cabalgada de los hijos de Ismail).*

**Saqr El-Lawlabi:** *hermano y copia exacta del precedente.*

**Shâhîn (el visir, o el Hâch):** *gran visir del reino de Egipto, casi a perpetuidad. Cortés, discreto y ponderado, fino político e inmerso en el sentido de Estado, siempre ha sido uno de los más firmes apoyos y de los más eficaces de Baïbars, sobre todo durante el turbio periodo que siguió a la muerte de El-Sâleh. Su labor, desde luego muy difícil, es la de mantener un mínimo de cohesión entre los distintos componentes del ejército y del Estado (Las Infancias de Baïbars, La traición de los emires, Muerte en el hamam).*

**Sharaf El-Dîn (Issa El-Nâsser):** *príncipe kurdo, pariente próximo del difunto rey el-Sâleh. Durante mucho tiempo fue gobernador de Damasco. Tirano mezquino, envidioso y corrupto, siempre ha sido uno de los peores enemigos de Baïbars. Éste último ha tratado mantener una buena relación con él, para no herir a los emires kurdos; pero finalmente, excedido por sus numerosas traiciones, termina por destituirle y encarcelarlo. (Las infancias de Baïbars, La traición de los emires, Muerte en el hamam).*

**Shîha amâl El-Dîn (cuyo verdadero nombre es Shaabân):** *Hijo de un emir beduino, criado en su juventud por Yauân, fue educado en un convento genovés en donde estudió durante mucho tiempo las ciencias secretas de los francos. Tan torcido y tramposo como Yauân, de una energía inagotable y totalmente desprovisto de cualquier escrúpulo, está presto a cumplir su destino: convertirse en jefe supremo de los ismailíes. Proyecto que a ellos les mata de risa: la idea de que ese muchacho negrucho, regordete y paticorto pueda un día calzar las botas del capitán Maarûf les parece de lo más desternillante. Pero “el que ríe el último, ríe mejor...” (La traición de los emires, Muerte en el hamam).*

**Sulaymân el Búfalo:** *capitán ismailí de Ma'arra, al norte de Siria. Hermano bajo juramento de Baïbars, es uno de sus aliados más fieles entre los Ismailíes. Siempre dispuesto a dejar lo que tenga entre manos para acudir en su ayuda; se caracteriza por un humor inigualable y un sentido de la disciplina, que contrastan con el carácter sombrío y arisco de sus primos (Las infancias de Baïbars, La cabalgada de los hijos de Ismail, La traición de sus congéneres).*

**Tâch Bajt:** *princesa persa, esposa de Baïbars, al que acaba de darle un hijo, Mohammad El-Sa'îd (Muerte en el hamam).*

**Taqtemur:** *príncipe persa, hermano mayor de Baïbars. Habiendo emigrado, por razones que se desconocen, llega a Egipto en donde secunda a su hermano pequeño con discreción y eficacia (La tración de los emires, Muerte en el hamam).*

## 1 ~ Paladín de doncellas y valedor de damas

De cómo El Caballero sin Nombre se enfrenta, él solo, a Robín, uno de los hijos del *babb* de El-‘Arîsh, que, aconsejado por el malvado fraile Yauán, y para vengar la muerte de su hermano, tiende una emboscada a la esposa de Baïbars, la reina Tâch Bajt, cuando ésta viajaba, desde Damasco hacia El Cairo, con un pequeño séquito...



**E**n la anterior entrega, dejamos a la infortunada reina Tâch Bajt\*<sup>1</sup> a punto de caer en manos del infame Robín: éste, con los ojos desorbitados por el alcohol y la lujuria, se aproximaba inexorablemente hacia la litera de la reina, machacando a los pocos soldados

que en pie, aunque malheridos, seguían defendiéndola...

El narrador siguió así su relato...

¡Pero escuchad, nobles y generosos señores, cómo, en el momento de mayor peligro, Dios viene siempre en nuestra ayuda! Porque en ese mismo instante, una enorme columna de polvo se elevó en el horizonte, tan negra y densa que oscurecía la luz del sol, como si mil jinetes llegaran al galope. Mas, cuando se disipó la polvareda, sólo dejó ver a un único caballero, ¡y vaya caballero! Más feroz que un león furioso, embutido en una armadura de hierro de pies a cabeza, con una centelleante cota de acero, y blandiendo una *shâkriyyeh*<sup>2</sup> que bien partiría en dos una montaña; era de proporciones tan colosales, que cuando se le veía cabalgar a través de los campos, parecía más bien una torre que se hubiera puesto en marcha, o el mismísimo Azraël, el ángel de la muerte, que viniera a ejecutar el Juicio Final. A la par que galopaba, iba gritando con voz de trueno:

<sup>1</sup> Los personajes marcados con un asterisco son los que aparecen por primera vez en el repertorio onomástico de personajes de la presentación de esta entrega.

<sup>2</sup> Espadón, largo y plano, utilizado por los guerreros ismailíes (parecido a un mandoble)



- ¡Atrás, perros! ¡Caed de rodillas ante los caballeros del Islam!

Cuando llegó hasta el campo de batalla y vio que los soldados musulmanes, agotados y malheridos, estaban ya en las últimas, se empinó sobre el arzón de su montura y cargó a fondo, haciendo temblar la tierra una legua a la redonda. Se lanzó sobre las filas enemigas, segando manos, cráneos, y narices, y dejando tras de sí una estela espantosa. Por donde pasaba, como por arte de magia, los escuadrones se dispersaban, se diezmaban las filas, los más valientes perdían todo su coraje y, sin preocuparse ya por su honor, huían despavoridos.

Mientras tanto, Robín había llegado hasta la litera de la reina, y, después de rematar a los últimos soldados que la defendían, se apoderó de las riendas de su montura, indicando así que ella era su cautiva. Desesperada de su suerte, la infortunada lanzaba gritos devastadores, hasta que, de pronto, vio llegar a su misterioso salvador. Rugiendo y furioso, se arrojó sobre Robín.

- ¡Dobla tus patatas ante las mujeres de los reyes, perro franco! –rugió el caballero–. ¡Escupo en el agua en que te han bautizado!

- ¡Lárgate, *marfûs*<sup>1</sup>! –replicó Robín– ¡Esta me la quedo yo para mí, y a ti, te voy a *mantar la cabeza*<sup>2</sup>!

Con una mirada feroz, cargó contra su adversario; se preparó para colocar a su caballo, según las reglas del combate ecuestre, pero el otro no le dejó tiempo ni para respirar:

- ¡Eh, tú! ¿adónde te crees que vas, pedazo mierdecilla? –le espetó el jinete musulmán–. ¡Un zurullo cabra que se las da de montaña!

Y diciendo esto, blandió la *shâkriyyeh* de Zuheir, conocida como “la Devastadora”, y la abatió sobre la nuca de Robín con un golpe tan certero, que su cabeza voló por los aires, y describiendo una larga parábola se fue a estrellar rodando a más de veinte pasos de allí, mientras su alma corría a arder en el fuego de la Gehena<sup>3</sup>; ¡qué abominable jornada!

El vencedor se acercó a la litera, en donde la reina, medio muerta de miedo, se había quedado agazapada.

- Ya no tienes nada que temer de ese perro, mi reina –le dijo–. ¡Estás fuera de peligro y bajo la protección del Caballero sin Nombre!

Porque como habéis podido adivinar, ese era y no otro el intrépido caballero que la había salvado. Tranquilizada, Tâch Bajt abrió la cortina que cubría su litera y echó una ojeada al exterior: allí apreció a un joven fortachón, de impresionante envergadura, y rostro jovial y resplandeciente, que semejava a la luna llena.

<sup>1</sup> “Canalla”.

<sup>2</sup> En un castellano más bien raro: “matarte la cabeza”. El lenguaje de los francos en este romance está trufado de expresiones extranjeras, generalmente tomadas de la *lingua franca*, una especie de *pidgin* hablado por entonces en todos los puertos del Mediterráneo. Con frecuencia se trata de injurias de origen desconocido, que no solemos traducir.

<sup>3</sup> “Infierno”.

- Pueda Dios recompensarte y concederte Sus favores en abundancia –se lo agradeció la reina–. ¿De dónde vienes, y cómo has llegado justo en el momento preciso para darnos tu ayuda?

- Eh, mi reina, yo pasaba por aquí por casualidad: ¡al parecer ha sido el buen Dios el que me ha traído hasta aquí para salvarte!

- ¿Tienes algún rango entre los servidores del Estado?

- ¡Ni hablar! Puede decirse que soy un hombre del campo, un humilde hombre del pueblo.

- ¿Y cuál es tu nombre?

- Pues figúrate que lo he perdido...

Intrigada, Tâch Bajt habría querido prolongar la conversación, pero el caballero la interrumpió:

- Escucha, mi reina, no tenemos mucho tiempo para hablar: quédate aquí tranquila, y fíjate un poco en lo que voy a hacer a tus enemigos.

No se había equivocado: al ver que Robín había caído, Yauán se había afanado en volver a reunir a los francos dispersos:

- ¡Dale, *ghandars*<sup>1</sup>! –gritaba a diestra y siniestra–. ¡Valor! ¡Atacad a ese marfûs y vengad al hijo de Frenhîch\*! ¡Pensad en el botín!

Envalentados por esos sermones, los soldados volvieron a agruparse y atacaron al Caballero sin Nombre, rodeándole por todas partes y cortándole la retirada. Pero él les esperaba, sonriendo como un huésped generoso viendo llegar a sus invitados, impaciente como la tierra sedienta acogiendo las primicias de la lluvia.

De pronto, se lanzó gritando:

- ¡*Allâh akbar*<sup>2</sup>! ¡Conquista y victoria! ¡Al fuego con los infieles! ¡Por el amor del Profeta de frente luminosa!

Giró entonces hacia el ala derecha, haciendo que se estrellara contra el ala izquierda, y destrozando todo a su paso. Luego, viendo que el combate se alargaba demasiado, improvisó estos versos:

*¡Atrás! ¡Aquí estoy yo,  
el caballero valiente, el hombre fortachón!  
La oración y el ayuno guardan mi corazón  
Yo canto estos versos de elegante hermosura  
para celebrar, primero, mi buen yelmo y armadura.  
Bacinilla de hierro guarda mi frente altiva  
bajo un casco real de fino oro dorado,  
antaño un hechicero o un buen encantador,  
del diamante pristino le dio fuerza y valor.  
Una cota de acero me cubre por entero,*

<sup>1</sup> “¡Al ataque, mis señores!”. *Dale* es una expresión castellana; *ghandar* es un término de cortesía del que no hemos podido encontrar el origen.

<sup>2</sup> “Dios es el más grande”

*protegiéndome así de golpes traicioneros:  
 En tiempos muy antiguos, David la fabricó  
 El que venció a Goliat y allá en Judá<sup>1</sup> reinó.  
 Y ni el hacha del persa, de falso corazón y mente torticera,  
 podría atravesarla, porque su filo mella.  
 Ni la gran cimitarra, ni el terrible espadón,  
 en su país brumoso del franco rebelión,  
 y que los bizantinos en batalla blandieron,  
 su acero adamantino nunca jamás la hendieron.  
 Casaquilla de búfalo cubre su resplandor,  
 y buenos guantes de acero guardan mis antebrazos  
 Mi espada es un relámpago de funestos presagios  
 de noble sangre es y mensaje de un tumulto de rayos  
 ¡Infieles, temblad ya! ¡Atrás los descreídos!  
 ¡Aquí estoy ante vosotros, a daros lo merecido!*

*¿Que me llamáis ladrón, cobarde y corazón de ratón?  
 ¿Que me decís zafío, cabrero de oficio y pastor?  
 Es cierto, sin duda: en mis jóvenes años  
 a esa labor humilde, en otro tiempo, estuve destinado.  
 Doce mil ovejas tenía yo confiadas  
 que marchaban conmigo por sendas descuidadas.  
 Vivía sin amigos, solitario, salvaje,  
 el cielo era mi techo, y la tierra mi traje.  
 El león mi vecino, la loba mi invitada.  
 Un día llegó al bosque una fiera espantada:  
 Mi rebaño asustado se perdió en la montaña,  
 Pero yo, firme de corazón y serena el alma,  
 golpeé duramente a la bestia feroz  
 y acerté de sus días su devenir atroz:  
 Con un certero tajo, al león abatí  
 que al caer con su garra una manga perdí.  
 ¡Estaba deshonorado! De mi padre renegado,  
 y a su justa cólera yo fui sacrificado;  
 y cuando estaba a punto de vivo sepultarme,  
 el bueno de Baïbars se apresuró ayudarme.  
 Despojado de nombre, de mi tribu arrojado,  
 erré desde ese día bajo un astro malvado.  
 Y si por subsistir, de rebaños ajenos,  
 a veces me he amparado,*

---

<sup>1</sup> La invención de la cota de malla se atribuye desde muy antiguo al rey David.

*al huérfano jamás su pan yo le he robado.  
Y ni la viuda llorosa, ni el doliente mendigo  
contra mí han implorado  
a Aquel que para el débil es su único abrigo.  
La senda del honor jamás he abandonado,  
y mi corazón de caballero siempre estuvo a mi lado.  
¡Malditos seáis, viles cerdos lujuriosos!  
Mi corazón rebosa de un ardor generoso.  
Por socorrer a la reina y venganza tomar  
yo desprecio a la muerte; ¡traidores, a temblar!*

El narrador siguió así su relato...

Oh, nobles y generosos señores, oh, fuente de toda munificencia; sabed que los caballeros de Edagmûsh\*, armándose de nuevo de valor gracias a aquel refuerzo inesperado, se lanzaron a la batalla siguiendo al Caballero sin Nombre, y obligando a replegarse a las líneas enemigas. Y así fue como Yauán, que estaba junto al *shinyâr*<sup>1</sup>, de pronto vio cómo aparecía un guerrero terrorífico, cuyos pasos parecían ser guiados por la muerte.

- ¡Sálvese quien pueda, Bartacûsh\*! –le lanzó a su fámulo–. ¡Por la santa Cruz y mi señor san Juan Bautista, ese guerrero es un auténtico demonio!

Mientras los dos miserables huían, una segunda columna de polvo se elevó en el horizonte, antes de dejar aparecer un batallón de jinetes, montados sobre caballos más veloces que las gacelas del desierto, y cuyas lanzas, vistas desde lejos, semejabán un bosque de juncos. Era una partida de dos mil guerreros beduinos, todos ellos más fieros que los leones, cabalgando a las órdenes del emir Ibrahim Ibn Sharâra, que controlaba la región de Qatiyya. Al enterarse por uno de los suyos, que andaba pastoreando sus rebaños por allí cerca, que Robín, el hijo del rey Frenhîch, había tendido una emboscada en el desfiladero de El-Arîsh, para coger prisionera a la reina; saltaron inmediatamente sobre sus monturas para ir en su ayuda.

La llegada de los beduinos acabó por romper la moral de los francos, que en un total desorden pusieron pies en polvorosa en todas direcciones. El emir Ibn Sharâra se presentó ante el Caballero sin Nombre; éste, había matado tal cantidad de enemigos, que su coraza parecía teñida de púrpura y gruesas gotas de sangre caían sobre las mangas de su túnica.

- ¡Que Dios te recompense y preste fuerza a tu brazo! –exclamó el emir–. Por el honor de los árabes, tú sí que eres un *ghânem zein*<sup>2</sup> y un bravo caballero, cuyas azañas son dignas de ser cantadas por los poetas.

-Por la vida de mis ancestros, emir –repuso el Caballero sin Nombre–, solo gracias a ti hemos podido vencer a los francos. ¡Que Dios te bendiga por tu ayuda!

<sup>1</sup> Por el contexto, debe tratarse del principal estandarte de los francos.

<sup>2</sup> “Un buen guerrero”: expresión típica del habla beduina.



- *Ya ghânem*, ¿qué he hecho yo para merecer tal elogio? –respondió el emir–. Tú eres el único que ha vencido en esta batalla, que Dios bendiga tu coraje.

- Esas palabras son muestra de tu gran cortesía –concluyó el Caballero sin Nombre. Pero tengo que preguntarte una cosa: ¿podrías escoltar tú a la reina hasta El Cairo?

- ¡Por mi cabeza y mis ojos! Estoy a tus órdenes.

Entonces, mientras hablaban de este modo, llegó un eunuco para rogar al Caballero sin Nombre, de parte de la reina, que se presentara ante ella; el Caballero, obedeciendo esta invitación, allí fue de inmediato, acompañado por el emir Ibrahim Ibn Sharâra. Los servidores extendieron un espléndido tapiz en el suelo, sobre el que colocaron toda clase de los más exquisitos manjares. Después de dar la bienvenida a su protector y acompañante, Tâch Bajt les invitó a almorzar: se sentaron y comieron hasta saciarse, luego, después de lavarse las manos, tomaron el café<sup>1</sup>.

- Formula un deseo –le dijo entonces la reina al Caballero sin Nombre–, y por la vida del rey El-‘Adel Baïbars<sup>2</sup>, te prometo que será concedido, sea lo que sea.

- Todo lo que deseo, mi reina, es verte sana y salva: el honor de haberte socorrido, vale todo el oro del mundo... Aunque, sí: te pediría que hicieras conmigo el pacto de Dios, así tú también serás mi hermana, como el rey El-‘Adel Baïbars, que ya lo es.

- Por supuesto –asintió la reina.

Y poniendo su mando sobre la del Caballero sin Nombre, se hermanaron ante Dios.

- Por cierto –continuó la reina–, ¿todavía no me has dicho tu nombre?

- Ay, mi reina, mi nombre se perdió... pero si Dios quiere, no tardará en encontrarse.

- Sea como sea, yo te nombro desde este momento: Valedor de Doncellas y Protector de Damas. Solo que estoy en deuda contigo y tienes que decirme cómo recompensarte: habla, aunque no sea más que por no desairarme...

- Está bien, mi reina, ya que te empeñas en hacerme ese honor, recompensa entonces a mi hermano, éste que ves conmigo, el emir Qatiyya, que ha venido en nuestra ayuda y combatido en nuestro lado; si él queda contento, para mí será suficiente.

- De acuerdo –asintió la reina–. Pues bien, habla, emir, ¿qué quieres tú?

- Yo solo querría que me dieras una nota escrita de tu puño y letra –le dijo el emir–; para que cuando nuestro señor se haya sentado en el trono de Egipto, yo le presente esa nota y entonces le pediré la recompensa que me ronda por la cabeza.

Tâch Bajt así lo hizo en el acto y entregó la nota al emir Ibn Sharâra, que la guardó como un tesoro. Luego, el Caballero sin Nombre se despidió de la reina, montó en su caballo y se alejó a través de la estepa.

Una vez se quedó sola, la reina Tâch Bajt ordenó enterrar a los muertos y sanar a los heridos; luego, la tropa levantó el campamento y volvió a ponerse en marcha hacia El

<sup>1</sup> Conviene señalar que lo del café es un flagrante anacronismo, porque el café no se introduce en Próximo Oriente hasta el s. XVI.

<sup>2</sup> Baïbars ha tomado el nombre de El-‘Adel (“El justiciero”) al subir al trono de Siria (ver *Muerte en el hamam*). El texto árabe lo designa tan solo con ese nombre, el que toma por su reinado, pero nosotros, también añadimos su nombre personal, con objeto de evitar las ambigüedades.

Cairo, adonde llegó días después, siempre escoltada por Ibrahim Ib Sharâra y sus beduinos. Los notables de la ciudad, sus esposas y los grandes del reino salieron al encuentro de la reina, que hizo su entrada en la ciudad en medio de una gran pompa, yendo a instalarse, con sus servidores, sus eunucos y sus guardias, en el harén de la Ciudadela.

Ahora bien, el terror que había experimentado en El-Arîsh le había cortado la leche... sí, tengo que recordaros que las reinas, muy raramente daban de mamar personalmente a sus hijos, y de hecho, la reina debía llevar con ella a numerosas nodrizas, pero ello no evitaba que estuviera muy triste a causa de la pérdida de su leche.

Al día siguiente de su llegada, las esposas de los visires y de los grandes del reino vinieron a visitarla para darle la bienvenida y felicitarla; todas ellas, le trajeron un regalo para esta ocasión. La reina les acogió muy amablemente, las saludó, y las invitó a sentarse a cada una en el lugar que le correspondía conforme a su rango.



## 2 – Hâchya Naffûs, la reina y la Dama de El Cairo

De cómo interviene de nuevo la mística y venerada Protectora<sup>1</sup> de El Cairo, velando por su fiel devota, la buenaza, aunque algo simple, Hâchya Naffûs, defendiéndola de la cólera de la reina, y de cómo esta última recibe una buena lección de la Protectora Dama de El Cairo...



**Y** ahora, oíd bien lo que le aconteció a una buena mujer, llamada Hâchya Naffûs, que vivía en un barrio cerca de la Ciudadela. No era una persona muy avispada, incluso se la podría considerar un poco simple, pero de naturaleza alegre y jovial. Cada semana, se presentaba en el santuario de la Protectora de El Cairo para barrer el suelo y quitarle el polvo a su tumba; así que esta buena mujer gozaba de la protección de la Dama. Su marido, el Hâch Sâlem, criaba palomas y gallinas: era un hombre muy pobre, pero matar un poco el hambre, era todo lo que pedía. Hambre, que no le impedía honrar cada noche a su esposa: a la mañana siguiente, los dos se levantaban antes del alba y se iban al hamam para bañarse antes de la oración de la aurora<sup>2</sup>. De hecho, ambos cumplían escrupulosamente con sus obligaciones religiosas, realizando las cinco oraciones diarias, a las horas prescritas por la Ley [islámica].

Pero hete aquí, que ese día, vio a las esposas de los grandes del reino que iban a felicitar a la reina.

- ¿Qué es lo que pasa, vecinas? –se extrañó Hâchya Naffûs– ¿Qué van a hacer por ahí hoy toas esas guapas damas?

- Cómo ¿es que no te has enterado? –le respondió una vecina–. Es la reina, la dama de nuestro señor: llegó ayer de Damasco y se ha alojado en el harén de la Ciudadela. Además, mientras venía de camino hacia El Cairo, el rey de El-Arîsh la ha atacado, y la criatura pasó tanto miedo que perdió la leche, ¡pobre pequeña! Así que, las esposas de los notables han venido hoy a visitarla, saludarla y a traerle regalos de bienvenida.

<sup>1</sup> Se trata de Sitt Zaynab, nieta del Profeta [Mahoma], también llamada “La Protectora” o “La Dama de El Cairo”, que juega un papel muy importante entre la gente del pueblo, sobre todo de El Cairo, en donde aparece como la Consoladora de los afligidos, intercediendo por los más pobres y humildes.

<sup>2</sup> Ese baño era una purificación ritual: “Ir al hamam” es un eufemismo que se usa normalmente para referirse a las relaciones sexuales.

- ¡Anda, qué me cuentas! Así que de pronto, ella y yo, es como si fuéramos vecinas... pues voy a visitarla ahora mismito no se nos vaya a ofender. Amás, hay que ser educá con las vecinas.

Aunque lo que le preocupaba, era encontrar alguna cosa que ofrecer a la reina. Al final, agarró un par de pollos, cerró la puerta con llave y se dirigió hacia la Ciudadela. Pero cuando se presentó ante la poterna, los guardias le prohibieron pasar.

- ¿Qué es lo que quieres, buena mujer? –le preguntó uno de ellos.

- Pero bueno, ¿es que no reconocéis a la Hâchya Naffûs? Vengo a ver a vuestra dama, por aquello de darle la bienvenida y esas cosas...

- ¡*Haydi billahi*<sup>1</sup>! ¡Largo de aquí! Sólo los grandes damas pueden pasar, no las taradas como tú.

- ¡Anda ya! –exclamó la buena mujer indignada–. Muchachos, ¿es que no teméis a Dios? ¿con el trabajo que me ha costao subir hasta aquí con mis dos pollos? ¡Pues mucho cuidadito, que como no me dejéis pasar iré a quejarme a la Dama El Cairo!

- Escucha, hermano –intervino otro guardia–, me da la impresión de que es una pobre simple, una “bendita”<sup>2</sup>. Déjala pasar: a lo mejor a la reina le apetece acogerla y darle una limosna. Como se suele decir: “Haz bien y no mires a quién”<sup>3</sup>. Los hombres verdaderamente generosos son los que ayudan a los pobres y a los humillados.

- Sí, sí; pero suponte que... ¿y si a la reina no le hacen gracia ese tipo de bobadas? –objetó el primero.

- En ese caso, yo me hago responsable de todo. Pasa, buena mujer, pasa.

La Hâchya Naffûs, que no se cortaba por nada, se dirigió derechamente hacia el salón en el que estaba la reina, que resplandecía, en medio de las damas de la corte, también adornadas con sus mejores y más bonitos tocados, engalanadas con guirnaldas de perlas, collares, brazaletes y joyas a cada cual más hermosos. Pero el resplandor de la reina hacía palidecer los suyos, al igual que la luna eclipsa el fulgor de las estrellas.

- A los mu buenos días, mis buenas damas –comenzó el saludo la Hâchya Naffûs, fascinada aún ante tanto esplendor–. Os doy un buenos días, que vale pa toas vosotras, menos pa la dama de mi señor: ¡ella, tié derecho a un buenos días to enterito pa ella sola!

- ¡Ah, pues buenos días, Hâchya Naffûs! –respondieron las damas de la corte, riéndose, pues todas ellas la conocían bien.

- ¡*Mâ shâ Allâh*<sup>4</sup>, que la plegaria sea sobre el Profeta! –continuó dirigiéndose a la reina–. ¡Gloria a Dios, mira qué guapillaa es! ¡Qué carita tan mona! ¡Qué lindos ojos

<sup>1</sup> En turco, viene a decir algo así como “¡Anda, lárgate!”. En el Baïbars, los militares suelen utilizar una jerga árabe-turca.

<sup>2</sup> Así se les llama popularmente a los pobres de espíritu a los que, por su inocencia y simplicidad, se les supone que se benefician de una protección especial por parte de Dios y de los santos.

<sup>3</sup> En el texto dice literalmente: “Dios bendice a quienes permiten que se hagan buenas obras”

<sup>4</sup> Expresión admirativa, literalmente: “¡lo que Dios ha querido [se ha cumplido]!”. Una expresión de admiración demasiado explícita, se considera de mal gusto y que puede atraer el mal de ojo.



negros! ¡Qué hermosas y sonrosás mejillas! ¡Y qué fino talle! ¡No, dende luego que no se debe aburrir contigo nuestro señor!

Mientras duraba este discurso, la reina permanecía silenciosa, dividida entre el estupor y la indignación ante esa mendiga vestida de harapos que se dirigía a ella con tal familiaridad.

- Eh, mi damisela, cuéntame un poco, por la Hassîbeh<sup>1</sup>, nuestro soldaíto ¿cuántas veces a la semana te lleva al hamam? –prosiguió la Hâchya Naffûs, guiñándole un ojo– No hago más que preguntarme cómo se las apañará sin ti, y cuando se le empine la verga, ¿quién estará ahí pa consolarle, eh? De tos modos yo, ¡por el secreto La Dama!, siempre tengo a mi lao al Hâch Sâlem.

Ofendida ante aquellas palabras indecentes, la reina se volvió hacia las damas de la corte.

- Pero bueno, ¿se puede saber quién es esta mujer? –exclamó la reina– ¿Está loca, o qué?

- ¡No digas esas cosas, mi damiselita! –protestó la Hâchya– Así, de entrá, los locos no tién religión<sup>2</sup>, y yo tengo una! Amás, yo soy tu vecina, la Hâchya Naffûs, y he venío solo pa darte los buenos días y regalarte estos dos pollos: hazlos cocer y cómetelos, eso te dará fuerzas, y así, no podrás decir que tu vecina ha venío con las manos vacías. Verás, esto te será más provechoso que toas esas tontunas y fruslerías que te han traído las otras damas, que el buen Dios te conceda lo que deseese. Porque yo, no vengo a pedir na, lo que he hecho es na más que por el buen Dios...

En fin, que la Hâchya no acababa de parlotear, sin darse cuenta de las furiosas miradas que le lanzaba la reina.

- *Haydi bora!* –exclamó ésta de repente, al ver que la broma había ya durado demasiado.

Rápidamente, los sirvientes agarraron con firmeza a la pobre bonachona de la Hâchya y la condujeron hacia la puerta.

- ¡Eh, ojalá sus lleve la peste! –gritaba la Hâchya– ¿Pero yo qué he hecho? ¡Con que esas tenemos! Pero paciencia: ¡si la Dama Hassîbeh es buena conmigo, vais a ver lo que os espera!

Y de hecho, apenas había salido la Hâchya del harén, cuando la reina sintió un violento dolor: parecía que una montaña se hubiera plantado sobre su pecho, y que un turbulento fuego le devorara las entrañas. Una palidez mortal le cubrió el rostro, y lanzó un agudo grito; las damas de la corte la rodearon enseguida y le preguntaron por lo que le pasaba.

- No sé –respondió la reina–. Me parece que voy a morir...

- Por Dios –intervino la esposa del visir Shâhîn\*–, no habría querido que trataras de ese modo a esa buena mujer: es una simple de corazón, una mendiga que vive de la caridad de Dios. Además, es la servidora de la Dama [de El Cairo; la Hassîbeh] y, como

<sup>1</sup> “La Dama del más alto linaje”, otro apelativo que recibe Sitt Zaynab (la nieta del Profeta Muhammad).

<sup>2</sup> En e Derecho musulmán, lo que distingue a un loco de un simple de espíritu, es que, el primero no es capaz de comprender las obligaciones religiosas, ni de cumplirlas.

se suele decir, “el sirviente es como un pariente”; no cabe duda de que la Hassîbeh ha querido vengar la afrenta que acaba de recibir su servidora.

- En tal caso, ¡deprisa, id a buscarla, os lo suplico! –gimió Tâj Bajt.

Rápidamente, los eunucos se precipitaron en su persecución, y la trajeron de vuelta, sin hacer caso de sus protestas.

- A ver, mi damisela, y ahora ¿qué te pasa? Primero me echas a la calle, y ahora me llamas ¿se pué saber qué es lo que quieres?

- Te lo suplico, sheija<sup>1</sup> mía, perdóname –suspiró la reina–. He cometido un gran error contigo; no te he tratado como merecías. Pero, por favor, líbrame de este sufrimiento.

- ¡Pues estamos buenas! ¿y qué t’hecho yo?

- ¡O vienes y me ayudad, o muero en el acto!

Entonces, la Hâchya Naffûs se acercó a la reina, le puso una mano sobre el pecho y recitó unos versículos de El Corán.

- ¡Escúchame, Dama Hassîbeh! –proclamó al terminar–. ¡Por el amor de Dios, concédenos tu protección! Vamos, no tiés que hacerle daño, la pobrecilla no sabía na!

En cuanto acabó su plegaria, con el permiso de Dios, nuestro Señor, el dolor desapareció.

- Vaya, ¿eso es to? –repuso la Hâchya– y mi regalito, entonces ¿no lo quieres?

- ¿Qué quieres decir?

- Pos mira, estos dos pollos, tú dile a tus criaos que les corten el pescuezo, los desplumen y quiten los güesos, y luego pones la carne a hervir, y le añades arroz por encima, si te gusta: ¡y menúa sopa que vas a tener pa fortalecerte! Así te pondrás güena, si Dios quiere.

Obedeciendo las órdenes de la reina, los sirvientes pusieron inmediatamente manos a la obra, y, poco después, le trajeron el guiso. A penas se había comido unas cuantas cucharadas, cuando de pronto le subió la leche, por la voluntad de Aquel que escucha todas las plegarias. Loca de alegría, la reina se arrojó a los pies de la Hâchya Naffûs, con la intención de besarle las manos.

- ¡Que el buen Dios me perdone, mi reina! –protestó la Hâchya–. ¡No me merezco eso, la cosa no es pa tanto!

- Desde este momento, tú serás mi sheija –proclamó Tâch Bajt que, desde ese momento, reconoció su alto grado espiritual, al igual que hicieron todas las damas de la corte.

La reina mando enseguida conducir a la Hâchya Naffûs al hamam, en donde las criadas la bañaron y masajearon. Cuando salió de allí, le trajeron hermosos vestidos y la adornaron con collares y joyas espléndidas, tanto y tan bien, que parecía una gran dama, una *jânom*<sup>2</sup>. Porque la belleza, en el ser humano, bebe de la inteligencia, y la inteligencia se manifiesta en las buenas maneras, que, a su vez, consisten en el hecho de

<sup>1</sup> Femenino de “sheij”, en e sentido de “madre espiritual”.

<sup>2</sup> “Dama”, título de origen turco, que se les daba a las mujeres nobles o notables.

vestirse conforme a su condición<sup>1</sup>. Así que, una vez hermo­seada la Hâchya, le ofrecieron una colación con los más refinados y escogidos manjares; comió, después se lavó las manos, y luego, la reina la sentó a su lado. Al poco tiempo, la Hâchya quiso marcharse.

- ¡No puede ser, querida mía! –protestó Tâch Bajt–. Te voy a mantener conmigo hasta que llegue el rey: le hablaré de ti, y él te va a recompensar por el gran servicio que me has prestado.

- ¡Adiós mu güeñas! ¡Eh, mi reynecita, que el buen Dios te de larga vida, pero mi hombre no pué estar sin mí tanto tiempo! Con una noche que no me viera, seguro que la palmaba.

- No te inquietes por él, ¡yo sé lo que hago!

En fin, que la reina la retuvo en palacio. Pero su marido, el Hâch Sâlem, cuando volvió de la obra en la que trabajaba como peón albañil, se encontró con la puerta de su casa cerrada a cal y canto.

- ¡Eh, vecinos! –gritó a los de allí– ¿No sabéis, aónde s’ha marchao mi parienta? ¡No tié por costumbre largarse de casa así como así!

- ¡No te preocupes por ella, Hâch Sâlem! –respondió una vecina–. Se fue adonde la reina, a llevarle un regalo de bienvenida.

- ¡Lo que me faltaba! ¿Pero qué l’ha podío llevar, si no tenemos na de na?

- Pues ha cogido dos pollos.

Ante esas palabras, al buen hombre le cegó la cólera: pues, como hemos dicho, esos dos pollos eran toda su fortuna.

- ¡Ah, la muy zorra! ¡Que Dios la maldiga! ¡Por mis barbas; es que nos va a dejar en la miseria! ¡Y además, qué tenemos que ver nosotros con la reina! ¿Es que su padre nos ha presta­o dinero? ¡Ahhh; pero aguarda un poco, carne de vieja: esta vez sí que te vas a saber quién es el Hâch Sâlem! ¡Te voy a repudiar ahora mismo, p’a que t’enteres de lo que vale un peine!

Sin aguardar ni un minuto más, enfiló recto hacia la Ciudadela, y llamó a los guardias que vigilaban la puerta:

- ¡La pasea con losotros<sup>2</sup>, chavales!

- Y que la paz sea contigo –respondieron los soldados.

- Ale, irme a buscar a mi parienta y decirle que’l Hâch Sâlem ha venío a buscarla.

- ¡Haydi siktir! –replicaron los guardias, indignados ante aquella descabellada petición.

- Eh, panda e tontos, yo no sé’l turco; ¡que cien mil diablos sus pateen el culo! ¡Sus repito que me traigáis a mi güena mujer!

Los guardias se precipitaron entonces sobre él y le echaron no con muy buenas formas.

<sup>1</sup> El razonamiento es de lo más extraño y su conclusión, sorprendente; el narrador parece señalar aquí una serie de lugares comunes de la moral, sin preocuparse demasiado de su coherencia.

<sup>2</sup> Una especie de saludo cairota, que viene a ser como “La paz sea con vosotros”.

- Eh, oh, ¿y mi parienta? –protestó el buen hombre–. ¿No iréis a confiscármela, no? Esas no son formas, hay que temer al güen Dios. ¡Por el Profeta, os juro que no m’iré sin ella!

Quiso entonces entrar a la fuerza; los otros le pegaron, y él se puso a gritar como un loco:

- ¡Ayyy! ¡Uyyy! ¡Ven pronto, Hâchya Naffûs, que los mamaculos<sup>1</sup> me quieren apiolar!

Sus berridos eran tan agudos que llegaron hasta el mismo harén, a la sala en la que se hallaba su mujer.

- Ale, ya’staba tardando; ahí está mi hombre –le dijo a la reina.

- Pues bien, voy a ordenar que se lo lleven –respondió la reina.

- Por el Profeta, seguro que la va a diñar. No; voy a ir a verle yo p’hablar con él y calmarle; si no, le conozco bien, nos va a hacer la vida imposible, hasta podría volverse loco.

Entonces se dirigió al vestíbulo del harén, mientras la reina, curiosa por asistir a este encuentro, la espiaba a través de una mirilla.

- ¡Eh, hombre mío! ¡Eh, Hâch Sâlem; aquí estoy! –le gritó al verle.

El Hâch alzó los ojos y, al ver a una hermosa dama, vestida con ropajes espléndidos, cubierta con una capa de marta cibelina, y adornada de joyas y collares, no reconoció a su mujer.

- ¡Me refugio en Dios de Satanás el lapidao! –exclamó bajando la mirada púdicamente–. Márchate, mi gentil dama, no’stoy preguntando por ti; a quien quiero es a mi parienta.

- Amos a ver, hombre mío ¿es qu’as perdió la vista o es que t’has vuelto chocho? ¡A ver, abre un poco esos ojazos!

- Pero dime, mi güena dama, y tú ¿quién eres?

- ¡Mira qu’es idiota este tío! ¿Pero es que no ves que soy yo, la Hâchya Nafûssa?

El Hâch Sâlem la miró de arriba abajo durante un buen rato, antes de exclamar:

- ¡Madre mía, por el Profeta! ¡Es verdad qu’eres mi parienta!

Entonces el Hâch se precipitó hacia el vestíbulo; pero los guardias, que sabían que su mujer formaba parte de la corte de la reina, no se atrevieron a detenerle.

- ¡Claro que sí, por el Profeta! ¡Es mi costilla! –prosiguió el Hâch–. ¡Oyes, pues se te ve bien hermosota a estas horas! ¡Yo diría que mucho más gordita que cuando me casé contigo! ¿Qué te ha pasao?

- Escucha, hombre mío, como se suele decir: “quien obra bien, bondades recoge, y el que el mal hace, despechos cosecha”.

Entonces, ella le contó todos los favores que había recibido de la reina.

- ¡Bravo, muy bien, perfecto! –aprobó el buen hombre– ¡Vamos, ya, ven a mis brazos, y que’l güen Dios te dé to lo que deseas!

---

<sup>1</sup> Por “mamelucos” en el argot de El Cairo, conforme a un juego de palabras, aún más explícito en árabe (*maniûk*: maricón)

El Hâch se lanzó hacia ella y la abrazó ardientemente: al verla así vestida con aquellos hermosos vestidos y toda perfumada, todo eso, al parecer, le puso caliente.

- Vamos, mi tesoro, que ya no pueo más, ven pronto p’acá –le suplicaba el Hâch.

- Eh, tú ¡qué formas son estas! Pero ¿qu’és lo que quieres?

- Por favor, sé güena, es que se m’está empinando el gusanillo, ¡y ya no pueo más! –gimió el Hâch intentando tumbarla en el suelo.

- ¡Eh, tú, pero estás loco, o qué! ¡que la peste t’envenene! –protestó la mujer, debatiéndose– ¿No tiés vergüenza? ¡No irás a hacer eso aquí!

- ¡Y de qué quieres que me de vergüenza, cacho vieja! Tú eres mi legítima, y no hay vergüenza en saltarle encima a la legítima aonde se quiera; así lo han dicho Abu Hanif y el Hâch Hambal<sup>1</sup>!

Esta escena se desarrollaba ante los ojos de la reina, que estaba muriéndose de risa; finalmente, llamó a los eunucos y les dio unas cuantas monedas de oro, diciéndoles:

- Id y entregadlas a ese buen hombre, y sacadle de aquí sin hacerle daño –ordenó la reina.

Los eunucos fueron a cumplir con su deber de sacar fuera de allí al Hâch Sâlem, que protestó con todas sus fuerzas:

- Pero güeno, ¿tavía queréis confiscarme a mi vieja metomentó? –vociferaba el Hâch– ¿Es que no teméis al güen Dios? ¡Esperar un poco, y ya veréis cuando vaya a quejarme a la Hassîbeh!

- Escucha, buen hombre, la reina solo te pide que dejes aquí a tu mujer por unos días –intercedió el eunuco, deslizándole en la mano las monedas de oro.

- ¡Ni hablar! ¡Es mi mujer, y pa mí vale más que mi propia vida! –siguió el Hâch Sâlem.

Pero, en ese momento echó una ojeada a su mano y, al darse cuenta de las monedas amarillas, de pronto cambió de tono:

- ¡Oh, pues que se vaya al diablo ese viejo esperpento! Por el honor de la Dama, hace tiempo que quería sacudirla! En realidad, no m’ha dao más que fatigas y problemas. Y además, ¡es más fea que un piojo, con esa jeta hocicona, una joroba en la chepa, tos los pelos blancos y los dientes podríos! ¡No sirve pa ná, m’hace la vida imposible, es pegajosa como una meá caliente, y no me deja en paz ni cinco minutos! ¡Le deseo a la reina que se lo pase bien con ella! ¡Porque pa mí, ahora que tengo pasta en la bolsa, vengan toas las jóvenes! ¡Me voy a casar con otra, mucho más rolliza!

Con que el Hâch Sâlem se marchó, encantado de su suerte; más tarde, cuando el rey subió al trono de Egipto, les recompensó espléndidamente, tanto a él, como a su mujer, y desde entonces vivieron en la opulencia; sus descendientes tomaron el nombre de

---

<sup>1</sup> Es decir, Abu Hanifa (699-768) y Ahmad Ibn Hanbal (755-870), célebres juristas musulmanes y fundadores de dos escuelas que llevan sus nombres. Hay que señalar que ninguno de los dos ha legitimado la vergüenza pública frente al pudor.



Durra<sup>1</sup>, para conmemorar aquella gota de leche, origen de su prosperidad. Se dice que aún existe esa familia en El Cairo, pero solo Dios es omnisciente.

En cuanto a la reina Tach Bajt, en cuanto fue capaz de dar de mamar otra vez, por la gracia de Aquel que atiende todas las plegarias, redactó una carta para su real esposo, en el que le contaba todo lo que le había sucedido durante su viaje, y sobre todo la emboscada que le había tendido el rey de El-Arîsh; la reina insistió sobre todo en la deuda de reconocimiento que había contraído con el Caballero sin Nombre:

*“Efendem –escribió la reina–: si el coraje y la generosidad, la nobleza de alma y el espíritu caballeresco desaparecieran de este mundo, ese joven sólo bastaría para mantenerlos vivos. Nos hemos jurado fraternidad ante Dios, y yo ruego a tu señoría que le recompense según sus méritos, para que no quedemos obligados. Asimismo, te recomiendo al emir de los beduinos de Qatiyya, Ibrahim Ibn Sharâra.”*

Así que la reina envió esa carta, y esto es todo lo que podemos referir de ella; hemos narrado fielmente su historia, con todos los detalles.

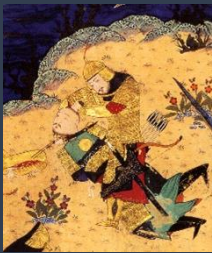


---

<sup>1</sup> Más o menos “La gota”.

### 3 – Cuestión de cabezas

La historia vuelve ahora al rey El-‘Adel Baïbars, que, después de reorganizar el gobierno de la provincia de Damasco, disfrutaba de un descanso bien merecido; pero...



**U**n día, cuando el rey El-‘Adel Baïbars presidía su Consejo, envió a uno de sus dignatarios a que sacara de la prisión a Sharaf El-Dîn\* y que lo trajera ante él. Todo el mundo se imaginaba ya que le iba a cortar la cabeza como justo pago de los numerosos complots que había tramado contra él, casi desde tiempos inmemoriales. El dignatario estaba a punto de salir de la sala del Consejo, tras jurar al rey su obediencia, cuando éste lo volvió a llamar.

- ¿Adónde vas? –le preguntó.

- *Efendem*, iba a cumplir con la misión que tu majestad se ha dignado confiarme.

- Pues bien, después de que le saques de la mazmorra, quiero que le lleves al hamam; en donde habrás de velar porque le sirvan con el mayor esmero y consideración. Luego, le vas a dar la ropa que conviene a su rango de visir; mira también de que se le proporcione un caballo y una escolta para que le acompañen hasta el Consejo y, como es habitual, que vaya seguido de una fanfarria.

- Sobre mi cabeza y mis ojos<sup>1</sup> –respondió el dignatario.

Así que el hombre se presentó en la prisión en donde estaba encerrado Sharaf El-Dîn, en un estado más bien lastimoso y triste. El mensajero le tranquilizó en el acto, anunciándole que el rey El-‘Adel le había concedido su perdón. Sharaf El-Dîn, que ya conocía la ascensión al trono de su rival, no cesaba de dar las gracias.

- ¡Por Dios! –no paraba de exclamar Sharaf El-Dîn– ¡En verdad que Baïbars es el más clemente y generoso de los hombres! Y es que, a fin de cuentas, eso no es de extrañar, porque ¿acaso no fue educado por mi primo El-Sâleh? Sea como sea, pongo a Dios por testigo de que, desde este mismo día, yo le voy a amar más que a mis propios hijos, porque él ha nacido con la estrella de la fortuna en su frente, y todos los que se le oponen se ven abocados a un final miserable.

<sup>1</sup> Expresión muy utilizada en el Mundo Árabe, que viene a ser como una suerte de juramento de respeto y obediencia.

Dicho esto, le condujeron al hamam, y luego, con sus nuevos ropajes, montado sobre un caballo de parada, rodeado de su escolta, y flanqueado por sus escuderos, se puso en marcha hacia la Ciudadela, al son de la fanfarria que caminaba tras él. Todavía no podía creer en la buena suerte que había tenido, y de vez en cuando se pellizcaba para asegurarse de que todo aquello no era un sueño. Cuando llegó a la puerta del palacio, echó pie a tierra y se dirigió hacia la sala del Consejo. Al entrar, vio a El-‘Adel Baïbars, presidiendo la asamblea desde su trono, y rodeado de tal pompa y majestad que inspiraba temor al tiempo que respeto; parecía un león al acecho: con aquel porte altivo, su severa expresión, e imponente envergadura.

Arrojando su capa, Sharaf El-Dîn avanzó humilde y respetuoso, haciendo una profunda reverencia ante el trono, mientras pronunciaba las habituales invocaciones a favor del rey. Éste, le acogió con una mirada sonriente, como la de un huésped generoso recibiendo a sus invitados, y ordenó que le pusieran un caftán honorífico sobre los hombros.

- ¡Bendito sea! –proclamaron los miembros del Consejo–. ¿Y cuál será su función<sup>1</sup>?

- ¡Será el Guardián de los Sellos para la provincia de Damasco hasta el fin de sus días! –respondió el rey.

Este acto de clemencia y generosidad conmovió vivamente a los allí presentes, que rogaron a Dios para que concediese larga vida a su soberano. Sharaf El-Dîn se retiró, feliz y satisfecho, al haber recobrado su rango y su prestigio: ¡pueda Dios conservárselos a todos aquellos que lo merecen! En cuanto al rey, pues decidió que ya era tiempo de ponerse en marcha; montaron un campamento fuera de la ciudad, y allí se fue a pasar la noche, con el corazón en paz y tranquilo el espíritu. A la mañana siguiente, hizo sus abluciones, cumplió con la oración del alba, que concluyó con las invocaciones; fue entonces cuando el mensajero que había enviado la reina Tâch Bajt se presentó ante él y le entregó la carta. El rey la abrió y comenzó a leerla: de pronto su mirada se hizo sombría, y se disipó de un golpe su buen humor. En cuanto hubo terminado, dobló de nuevo la carta sin enseñársela a nadie, y ordenó a su ejército ponerse en marcha inmediatamente. Les hizo avanzar a un ritmo infernal, quemando etapas, ante la gran extrañeza del visir Shâhîn:

- No suelen proceder de ese modo los reyes cuando visitan sus territorios –se decía para su coleteo.

Cuando llegaron cerca de El-Arîsh, el *babb*<sup>2</sup> Frenhîch, informado de su proximidad, reunió a sus tropas dentro de la ciudad, hizo que trajeran provisiones, ordenó reparar las defensas de la muralla, instalando en ellas la artillería; pues, tras la desastrosa aventura de su hijo Robín, ya se esperaba estas represalias del rey de los Musulmanes. Terminados todos esos preparativos, se fue a pedirle consejo al fraile Yauán:

<sup>1</sup> Éste es el ritual normal para la investidura de un nuevo dignatario; al menos lo es en este relato.

<sup>2</sup> Título de origen desconocido que ostentan los reyes Francos en este relato.

- *Abbone*, ¿es que no eres tú el origen de todas estas desgracias? ¿No fuiste tú el que le calentó la cabeza a mi pobre hijo robín, que murió por culpa tuya? Y ahora, nos llega el rey de los musulmanes; dime, ¿qué va a ser de nosotros?

- No te preocupes, *figlione* –le respondió el viejo hipócrita–: parto ahora mismo a buscarte refuerzos entre los reyes de la Costa<sup>1</sup>. Cuando llegue el rey de los musulmanes, tú sólo tienes que hacer que la ciudad resista el estado de sitio, mientras yo llego con la ayuda. Y en cuanto a tu hijo, has de saber que su alma ha volado junto a Atafantaz, hijo de Atafantuz<sup>2</sup>...

Después de ese convincente sermón, Yauán se marchó, acompañado de Bartacûsh, su maldita alma gemela, en dirección a la Costa; dejémosles correr; nos los vamos a encontrar algo más tarde. En cuanto al *babb* Frenhîch, pues dio la orden de poner a la ciudad en Estado de Sitio, y cuando El-‘Adel Baibars llegó allí días después, el *babb* mandó cerrar las puertas y hacer fuego con toda su artillería. El ejército musulmán se retiró fuera del alcance de los cañones<sup>3</sup>, y montó su campamento para pasar la noche. Esa misma noche, el visir Shâhîn se presentó ante el rey.

- Oh, poderoso rey –le preguntó– ¿Qué agravio tienes contra Frenhîch?

El-‘Adel Baibars le puso entonces al corriente de todo y le mostró la carta de la reina Tâch Bajt. Y de momento, esto es todo por ahora en lo que se refiere a ellos.

Ahora, volvamos al *babb*: éste pasó una de las peores noches de su vida, corroído por la inquietud. A la mañana siguiente, convocó a sus consejeros.

- ¿Qué vamos a hacer? –gemía– Seguimos sin tener noticias del pontífice Yauán ni de los refuerzos que nos iba a traer. No tenemos bastantes fuerzas como para entablar una batalla contra el rey de los musulmanes; además, si el sitio se prolonga, pronto la ciudad se verá sitiada por la hambruna, y entonces es cuando se corre el riesgo de que la población se subleve contra nosotros.

En ese momento, se levantó un hombre: era Zeneto, el guardia de corps personal del rey que, tras saludarle con una profunda reverencia y besarle la mano, le dijo así:

- Oh, *babb*, si a quien temes es al rey de los musulmanes, no te machaques más la cabeza con ese problema: ¡esta misma noche, te lo traeré vivo o muerto!

- ¡Si lo consigues, te daré todo lo que tú quieras! –prometió Frenhîch.

Poco después, Zeneto, armado de pies a cabeza y todo blindado de hierro, franqueó la puerta de la ciudad. Entró de hurtadillas en el campamento de los musulmanes, se ocultó entre las tiendas, más invisible que una sombra, y llegó hasta el pabellón del rey. Allí,

<sup>1</sup> En este relato, se designa con ese nombre a los principados que fundaron los Cruzados a lo largo de la costa de Siria, Líbano y Palestina.

<sup>2</sup> Aprovechándose de la credulidad de los Francos, Yauán les ha impuesto una suerte de religión de su propia cosecha, en la que sus antepasados –la mayoría de ellos, inmundos granujas– ocupan un importante lugar. “Atafantaz” y “Atafantuz”, tienen una consonancia más ridícula aún en árabe que en español.

<sup>3</sup> De nuevo aquí se trata de un anacronismo, ya que en la época de Baibars no existía tal artillería.

durmió a los centinelas por medio del *benj*<sup>1</sup>, rodeó la tienda y, cuando llegó a la parte de atrás, practicó una abertura con su puñal.

Pero, el roce del acero sobre la tela despertó al rey, que, como un rayo, saltó de la cama, enrolló su manta y la puso como si fuera su cuerpo, colocando su turbante en la almohada; luego, se escondió detrás de los cofres del tesoro. Zeneto se deslizó por la hendedura de la tienda; en la penumbra, vio el turbante en la cabecera del lecho y, creyendo que rey todavía seguía dormido, se le acercó murmurando:

- ¡*Hayy, marfús karimardús!* ¡Haces mal en dormir cuando Zeneto está en vela!

Y desenvainando el sable, le asestó un golpe terrible sobre el turbante; en ese momento, rápido como un relámpago, el rey le lanzó su *lett*<sup>2</sup> de Damasco golpeándole entre los omóplatos. Casi sin respiración, Zeneto rodó por tierra; El-‘Adel Baïbars se arrojó sobre él y lo inmovilizó. Al observar a su adversario más de cerca, vio que tenía un parecido sorprendente con él.

- ¿Qué has venido a hacer aquí? –le preguntó el rey.

- Quería cortarte la cabeza y llevársela al *babb*, que me ha prometido una rica recompensa.

Al conocer ese detalle, el rey lo estranguló sin mediar más palabras, le desnudó, le puso su propia ropa y lo tendió sobre el lecho; luego, Baïbars se vistió con la túnica y armadura de Zeneto, y le cortó la cabeza; con su fúnebre trofeo en mano, salió de la tienda por la hendidura que había practicado ese infiel para entrar, y se presentó a las puertas de El-Arish. Cuando llegó allí, llamó a los del Cuerpo de Guardia.

- ¿Quién va? –le respondieron.

- ¡Zeneto!

- Y qué traes: ¿trigo o cebada?

- ¡Sésamo empapado en miel, compadre!

Feliz y contento, el oficial fue a abrir la puerta; el falso Zeneto entró y se fue directamente a ver a Frenhîch.

- ¡Ojalá, oh poderoso rey, puedas siempre ver a tus enemigos en este estado! – proclamó, lanzando la cabeza cortada a los pies del trono.

Transportado de júbilo, Frenhîch le puso un manto honorífico sobre los hombros, luego le despidió, aconsejándole que se retirara a su palacio para tomar un descanso bien merecido. De modo que, escoltado por los servidores, Baïbars se presentó en el palacio de Zeneto, pasando la noche en el edificio exterior, pues, por razones evidentes, no se le ocurrió penetrar en el harén.

A la mañana siguiente, en el campamento de los musulmanes, el *osta*<sup>3</sup> Otmân se levantó temprano y fue a despertar al rey para la oración del alba.

<sup>1</sup> Potente narcótico, de misteriosa composición, que juega un papel muy importante en este relato.

<sup>2</sup> Arma maravillosa que, en su juventud, Baïbars descubre en Damasco (ver *Las infancias de Baïbars*). El *lett* es como una bola de hierro arrojadiza, que va sujeta a una cadena.

<sup>3</sup> “Maestro”, tratamiento que se daba en El Cairo a los hombres de algún oficio, y sobre todo a los palafreneros y a los cocheros; este tratamiento lo han heredado en la actualidad los taxistas y los conductores de autobús.



- ¡Eh, mamaculos, salami alikúm<sup>1</sup>! –les espetó a los guardias.

Estos, por supuesto, estaban profundamente dormidos, y no le respondieron ni pío.

- ¡Eh, pero güeno! ¡qué hay, muchachos!, ¿hoy no se salúa o qué? –continuó Otmân–  
¿Qué sus pasa? ¡Venga, p’arriba, hora e la pelgaria<sup>2</sup>! ¡Pero amos a ver! ¿es así como  
me guardáis al soldaito?

Y seguía sin obtener respuesta alguna.

- Uuhh, pa mí qu’esto no es na normal: ¡seguro qu’estos burros s’han jartao a zampar!  
Amos, soldaito –prosiguió entrando en el pabellón, ¡hora e rezar! ¡Venga, chaval, amos  
a hacer las pelgarias! –Y seguía sin tener respuesta–. Pero güeno, ¿qu’éstás esperando?  
Anda, di eso de “Dios es uno”, coleguita mío ¡Esto no pué ser, también él ha debío  
papear lo que los mamaculos!

Entonces, Otmân se acercó al lecho y vio el cuerpo sin cabeza.

- ¡Waaajaaa! Ay, soldaito, ¿aónde has metío tu chola? Oyes, ¿se pué saber por qué no  
dices ná? ¿t’ás enfadao o qué? ¿Vas a rajar d’una vez por toas, o que te lleve la peste?  
¿Me’stás gastando una broma o to esto va’n serio?

Al ver que no obtenía respuesta – ¡como era de esperar! – Otmân salió corriendo del  
pabellón.

- ¡Santo Dios! ¡Santo Dios! ¡El soldao ha perdío la chola! ¡Venir p’acá, hijos de  
Haydab! ¡A llorar, hijos de Rihân<sup>3</sup>! ¡Ay, pobre *osta* Otmân, que s’ha quedao güérfanito!

Corriendo como un demonio, Otmân entró disparado en el pabellón del emir Shâhîn.

- ¡Salami alikúm, Hâch Shâhîn<sup>4</sup>! ¡En pie, tío, aprisa, ven a ver! ¡el soldao ha perdío su  
chola, y sólo’stá’l cuerpo!

- ¡Otmân, basta ya! –exclamó el visir, furioso de que le hubieran despertado con tal  
sobresalto–. ¡No se pueden gastar esas bromas a cuenta del Comendador de los  
creyentes, que Dios nos proteja de Satanás el lapidado!

- ¡Po’l secreto la Dama, que no’stoy e guasa! ¡que’stá muerto y bien muerto, que sí!  
Amás no habla ná...

El visir Shâhîn se levantó rápidamente; la noticia ya se había extendido por todo el  
campamento como la pólvora, y los oficiales y grandes del reino acudieron a Otmân  
para preguntarle.

- El soldao s’ha muerto –les respondió Otmân–. No tenéis más que ir pa enterrarle.

Los partidarios del rey cayeron en la consternación, mientras sus adversarios  
celebraban con júbilo; sobre todo Qalaûn\* y su confidente Alay El-Dîn\*.

<sup>1</sup> En la jerga que utiliza Otmân, Flor de Truhanes; “salami alikúm” equivale al “salâm alaykum” (la paz sea con vosotros) saludo entre los musulmanes. Lo mismo ocurre con “mamaculos”, otro juego de Otmân para referirse a los “mamelucos”.

<sup>2</sup> Quiere decir “plegaria”.

<sup>3</sup> Dos de las principales bandas de truhanes de El Cairo, rehabilitadas y llevadas por el recto camino gracias a Otmân y Baïbars; ver *Flor de Truhanes* y *Los bajos fondos de El Cairo*.

<sup>4</sup> Diminutivo familiar que usa Otmân para referirse al visir Shâhîn.

- Emir Qalaûn –le susurró este último–, Tú mucho a Dios alabar y agradecer: mameluco vieja mujer<sup>1</sup> no vivido mucho tiempo, y ahora *ichté*, para *pâdishâh*<sup>2</sup> otro como tú no haber, nada que decir.

- Eso seguro –aprobó Qalaûn con talante fatuo– *Yavach yavach vallahi billahi*, tambor de alegría en el corazón redoblar. Si yo convertir en *pâdishâh*, yo muy buen gobernar, mi conocer bien trabajo.

Y hablando de ese modo se fueron hasta el pabellón real, en donde solo pudieron constatar el triste estado de las cosas que hemos contado. Todos se deshicieron en lamentos fúnebres, sobre todo Qalaûn, que no cesaba de gimotear.

- ¡Waj, waj! –lloriqueaba con lágrimas de cocodrilo–. ¡Gran desgracia, *pâdishâh*! ¡Por Dios, tu fuerza romperse y tu casa destruida! *Ichté* uno igual a tú no haber jamás! ¡‘Adel gran rey, calidad extra pero desgraciado, su vida mucho corta!

- Oh, comunidad de Muhammad –dijo el visir Shâhîn–: ahora mismo nos encontramos frente a un enemigo; no es éste momento para lamentaciones. No olvidéis que el mayor homenaje que se le pueda ofrecer a un muerto es el de darle una sepultura decente, por eso se ha dicho: “*el secreto que está oculto en el corazón, se elevará hacia el cielo, tesoro precioso que regresa a su origen.*”

Así que se dispusieron a lavar el cadáver; pero, al desnudarle, aparecieron cruces tatuadas sobre el pecho<sup>3</sup>.

- *Mâ shâ Allâh* –exclamó Qalaûn– Tú venir ver Hâch Shâhîn, este *Baybarsek yins-e nasrânî*<sup>4</sup>, él ser cristiano. Y tú siempre decir que él buen creyente, muy piadoso, muy sabio religión, *ichté* calidad extra como él no haber otro, buena familia, bien educado, *sura* tú hacer a él *pâdishâh*, tú dar a él poder sobre los creyentes. ¡*Tfú!* ¡*Allâh bayyin bela versin!* ¡Dios maldecir a todo él, sucio puerco!

Y entonces fue cuando, al levantar el paño que cubría el cuerpo, vieron que el muerto estaba incircunciso.

- *Mâ shâ Allâh* –exclamó Qalaûn más gozoso– ¡Ven tú ver Hâch Shâhîn, su polla no ser circuncisa!

- ¡Escuchadme bien todos! –intervino el visir–. Yo puedo atestiguar que Baïbars siempre se ha comportado como un perfecto creyente, y siempre ha mostrado una piedad ejemplar. Si es que estamos delante de su cuerpo, entonces habría que suponer que, cuando el derviche lo sacó de la caverna en donde estaba encerrado, lo debió tomar por un mameluco<sup>5</sup>, aún no habría sido circuncidado; luego, cuando llegó a la edad madura, le daría vergüenza pedir que le practicaran la operación.

- ¡Ya, ya; seguro! –gruñó Qalaûn– Todo lo que Baïbars hacer tú decir buen creyente, santo hombre. ¿Y este tatuaje sobre su pecho, *ichté* hacerle cruz?

<sup>1</sup> Alusión al hecho de que Baïbars, en su juventud, fue comprado, luego liberado, por Dama Fâtme, una viuda rica y caritativa de la aristocracia damascena; ver *Las infancias de Baïbars*.

<sup>2</sup> Título de origen persa que se da al emperador otomano.

<sup>3</sup> Se trata de una costumbre extendida, sobre todo, entre los coptos de Egipto.

<sup>4</sup> En turco-árabe “de la especie de los cristianos”. “*Baybarsek*” es una forma diminutiva turca de Baïbars.

<sup>5</sup> “Esclavo”.

- A ver, ¡qué se pasa aquí, mis compadres! –intervino Otmân, acercándose al grupo–. ¿Entavía estáis poniendo verde al soldaito?

- Ven un momento y mira, Otmân –le respondió el visir.

Otmân se aproximó y constató que el cadáver no estaba circunciso.

- ¡Ah, eso! –se burló Otmân– ¿De veras tú te crees que'l soldao no se l'había retajao? Por el Secreto e la Dama, el tío aquel, el cadí, ese sí qu'era puro kif. No, yo le conozco bien al soldao, es un buen tipo, que tié la religión y tó eso. ¡Amos, echar al fuego a este maricón!

- Sí, tienes razón, *osta* Otmân –aprobó el visir. Como siempre, tú has sido el único que ha visto la verdad: ¡que me corten la cabeza a mí también si este cuerpo es el de El-‘Adel!

Bueno, admitámoslo –prosiguieron los grandes del reino–. Pero entonces, ¿qué significa todo este saco de embrollos? ¿adónde se ha ido nuestro rey? y ¿de dónde viene este cadáver?

- Seguro que acabaremos por saberlo –cortó el visir–. Mientras tanto, id a quemar esta carroña.

Una vez hecho esto, los grandes se reunieron de nuevo junto a Shâhîn.

- Habría que ver el modo de designar un nuevo rey –afirmaron–: no se sabe si El-‘Adel está vivo o muerto, pero en cualquier caso algo grave le ha debido suceder. Y además, tenemos que darnos prisa para levantar el campamento y regresar a El Cairo.

- ¡De eso nada! –protestó Shâhîn–. Aunque el-‘Adel no estuviera ya en este mundo, nosotros, al menos, debemos combatir contra Frenhîch, y castigarle por haber pretendido coger prisionera a la esposa de nuestro rey. Y en cuanto al trono –suponiendo que hubiera caído una desgracia sobre nuestro soberano, y que estuviera ya en la misericordia de nuestro Señor –, pues bien, entonces, y solo entonces, el trono pasaría al emir Qalaûn.

- ¡Tú bien decir! – aprobó Qalaûn pavoneándose–. Ahora no haber esperanza a mameluco vieja mujer; Qalaûn ser pronto sultán Egipto. Pero mí también hacer gran reforma gobierno y arreglar todo diferente<sup>1</sup>.

- ¡Pues muy bien, así sea! Pero eso lo veremos cuando volvamos a El Cairo, con la ayuda del Creador de todas las cosas.



---

<sup>1</sup> Alusión al juramento impuesto por Baibars a los emires. Ver *Muerte en el hamam*.

## 4 – La estrategia de Qalaún

“En el capítulo anterior, ya hemos contado cómo reaccionaron los altos dignatarios y los emires de Egipto, ante la aparente muerte o desaparición del rey El-‘Adel Baïbars, pero éste último, disfrazado de Zeneto (el asesino-asesinado) pasó la noche en su palacio y...”



**A**l despuntar el día, el rey El-‘Adel Baïbars, que había pasado la noche en el palacio de Zeneto, se levantó, se armó de pies a cabeza, se cubrió con el capuchón de los francos, colgándose al cuello un escapulario adornado con una gran cruz, y se presentó ante el Consejo del *babb* Frenhîch.

- ¡*Bonyorno yornino!* –le espetó Baïbars al entrar.

- ¡*Sera banana*<sup>1</sup>, capitán Zeneto! –le respondió el rey–. ¡Por mi religión te juro que te quiero más que a mi vida! ¿Cómo podría recompensarte por haberme vengado del rey de los musulmanes, que mató a mis dos *figlioni* y apagó la luz de sus ojos?

- ¿Y qué he hecho yo, oh *babb*, para merecer tantos elogios? Espera al final del espectáculo para aplaudir, todavía no has visto todo. Pero dime, ya que el rey de los musulmanes, al que tanto temías, es *mantaro la cabeza*<sup>2</sup>, ¿a qué esperas para ordenar abrir las puertas y pasar al ataque?

- Escucha, Zeneto, ya sabes que mis soldados no valen un comino, y que los caballeros musulmanes son terribles: es preferible esperar tranquilamente a que Yauán llegue con refuerzos.

- Yo en tu lugar, *babb*, no confiaría tanto en él, en ese Yauán. ¡Siempre anda enredado en cinco cosas a la vez, y si sus antepasados lo han enviado a una misión a los treinta mil diablos, pues adiós los refuerzos! Yo, en cambio, estoy aquí, presto a luchar contra quien tú quieras: ¡no te preocupes, y a caballo!

- Oh *babb* –intervinieron los grandes del reino–, no sabíamos que Zeneto era tan enérgico. Pero, en fin, ya que muestra tanto coraje, deberías hacer caso de sus consejos,

<sup>1</sup> ¡Sic! Una caricatura del italiano: *buon giorno* y *buona sera*.

<sup>2</sup> Sic. “cortada la cabeza” “muerto decapitado”.

pues el peso de la batalla recaerá sobre él, y a él le tocará enfrentarse a los campeones del enemigo.

Convencido, Frenhîch dio la orden de montar a caballo: los combatientes se armaron y ensillaron sus cabalgaduras, abrieron las puertas, y la guarnición de El-Arîsh salió a campo abierto. Zeneto caracoleaba a la cabeza, más imponente que una torre fortificada. Cuando los dos ejércitos se dispusieron en línea de ataque, Zeneto avanzó al medio del campo e hizo evolucionar a su caballo, manifestando una destreza de tal calibre, que hasta los mismísimos mozos de cuadra se quedaron boquiabiertos.

- ¡Musulmanes, preparaos para el combate! –proclamó–. ¡Ante vosotros está Zeneto, el que ha matado a vuestro rey! ¡Quien quiera vengarle, que venga aquí, que yo le reuniré con él!

*El narrador prosiguió de este modo...*

Oh, nobles señores, oh, fuente de toda generosidad y munificencia, sabed que, cuando el ejército de los francos hubo salido de El-Arîsh, Qalaûn, por su parte, también había hecho sonar la trompeta; reunió a sus tropas y les arengó de este modo:

- ¡Escuchar, ejército de Egipto, abrir ojos vuestros! ¡Ahora, el tiempo cambiar y comenzar era nueva! ¡Por mi cabeza, el primero que recular, yo hacerle papilla!

Tras esas burdas palabras, Qalaûn designó a los partidarios más fieles de El-‘Adel para que acudieran a batirse ante el desafío de Zeneto, esperando de ese modo, desembarazarse de todos ellos.

Uno tras otro, fueron llegando al campo de justas; pero su adversario les inspiraba tal pavor, cuando se hallaban frente a él, que quedaban totalmente desmoralizados: incapaces de evolucionar fácilmente, casi cegados por la polvareda, no resistían mucho tiempo a los ataques de Zeneto, que cargaba sobre ellos como un león furioso, los capturaba, y los entregaba a los francos, que les cubrían de cadenas y conducían al pabellón que servía de prisión. Al caer la tarde, y cuando los tambores tocaron a retirada, Zeneto había hecho ya numerosos prisioneros. Lo mismo sucedió al día siguiente, y Qalaûn tenía buen cuidado de escoger siempre a los partidarios de El-‘Adel Baïbars para enviarlos a la refriega. En fin, que la misma situación se reprodujo durante siete días, al cabo de los cuales, Zeneto había capturado a más de sesenta emires, que los francos habían encerrado en el interior de la ciudad. Frenhîch, ahora más envalentonado, se frotaba las manos:

- ¡Por mi religión, este Zeneto realmente es un gran hombre! ¡Tengo que darle a mi *figlióna* en matrimonio, y además le voy a nombrar visir! –afirmó ante sus consejeros.

Al octavo día, Zeneto se presentó, como de costumbre, en el campo de lizas, desafiando de nuevo a los campeones del ejército musulmán; Qalaûn, al ver que, sólo quedaban Edamor\* y el visir Shâhîn, como partidarios de El-‘Adel, interpeló al primero:

- ¡*Ya ho*, emir Edamor! *Yânem*, desde siempre amigo de Baïbars, dos almas mismo cuerpo: *ishté* ahora este cristiano viene decir: “yo matado a él.” ¡*Yalla*, tú vas combatir Zeneto y vengar tu amigo, *ya ho*!



- ¡Sí, era mi señor y mi amigo! –respondió orgulloso Edamor– Y si eres tú el que ha de reinar después de él, ¿a mí qué me importa morir? ¡Más vale perecer en combate que vivir humillado!

Así que él también se fue al campo de batalla y galopó hacia Zeneto.

- ¡En guardia, perro! –le espetó Edamor– ¡Aquí estoy para vengar la muerte de mi compañero y amigo El-‘Adel!

- ¡Way, *ghandar*, me parece que tú no eres más que un bocazas! –le espetó Zeneto–. ¡A mí me importan un bledo El-‘Adel y todos los musulmanes de la tierra! ¡Y ahora, yo te voy a *mantar la cabeza* y a enviarte a que te reúnas con tu amigo: así podréis hacerlos compañía!

Los dos caballeros se lanzaron al galope uno contra el otro, haciendo temblar la tierra a su paso: tan pronto cargando, como rompiendo, levantando tal nube de polvo que les cubría a los ojos de ambos ejércitos. Zeneto se batía como un demonio, propinándole a su adversario unos golpes que habrían vuelto blanco el pelo de un niño; su estilo de esgrima recordaba tanto a la de El-‘Adel Baïbars, que Edamor, emocionado por este recuerdo, no pudo evitar que se le escapara una lágrima:

- ¡Ay que ver –suspiró Edamor– lo engañoso que es el destino, y lo crueles que son sus vicisitudes!

¡Way, *ghandar*, se diría que andas lamentándote por tu suerte! –le recriminó Zeneto– ¿Te da miedo la *mantara*? Por mi religión, que me rompe el corazón verte lloriquear de ese modo: anda, vuélvete a casa de tu madre, te perdono la vida y los insultos que me has lanzado.

- ¡Maldito seas, maldito cristiano! –prosiguió Edamor–. Tú qué te has creído, ¿que me da miedo morir? Lloro porque he perdido lo que más quería en este mundo, y ni te pienses que lo voy a hacer por lo que más desprecio. Si vierto estas lágrimas, es porque yo tenía un hermano y un amigo; se llamaba El-‘Adel Baïbars, a ese mismo que tú pretendes haber matado. Lo quería más que a nadie en este mundo, y era el hombre más valiente que haya habido jamás sobre la tierra. Pero, al combatir contigo, he visto que tu estilo de esgrima es exactamente igual al suyo y que, después de él, tú, un infiel, eres el más valiente de todos los hombres; ¡por Dios, que, si tú hubieras sido un musulmán, te habría tomado por mi hermano!

*El narrador prosiguió de este modo...*

Fue entonces cuando El-‘Adel comprendió el afecto y la fidelidad que le profesaba Edamor.

- ¡Qué andas cantando Edamor! –le repuso sonriendo–. ¡Alabado sea Dios que nos ha dado al Islam por religión!

Una vez dichas estas palabras, se levantó la visera de su casco y, Edamor, al reconocerle casi se vuelve loco de alegría.

- ¡Oh, día bendito! –exclamó Edamor– ¡Alabado sea el Señor que te ha conservado la vida, oh Comendador de los creyentes!

Ya iba Edamor a echar pie a tierra para arrojarse a los pies de su rey, cuando éste lo detuvo y le ordenó que no hiciera nada.

- Yo he montado toda esta estratagema para tomar El-Arîsh antes de que le lleguen refuerzos –le explicó Baïbars.

Cuando Edamor le informó sobre el comportamiento de Qalaûn, y de la alegría que había manifestado ante su supuesta muerte, Baïbars se echó a reír.

- ¡Que diga lo que quiera, ese miserable envidioso, yo me río de todo eso! ¡A quien protege Dios, los hombres no pueden hacerle nada! Eso lo sabes tú muy bien, emir Edamor, pues si he llegado al puesto que hoy ocupo, es porque siempre he sabido manejar a mis enemigos: no voy a cambiar ahora mi manera de ser. Eso sí, os voy a pedir a todos que guardéis en secreto todo esto. Mientras tanto, vamos a hacer como que combatimos; cuando regreses al campamento, avisa al visir Shâhîn, y a los emires les dirás que estén preparados: esta noche, espero liberar a los prisioneros, e intentaremos hacernos con las puertas de la ciudad.

Así que siguieron fingiendo que combatían hasta que sonaron los tambores de retirada; Edamor dejó el campo de batalla y se fue a la tienda del visir Shâhîn.

- Que Dios te recompense tus penas, hijo mío –le dijo el visir– Dime, ¿qué impresión has sacado de tu adversario?

- Vengo a darte una buena noticia, oh poderoso visir: ¡mi adversario no era otro que nuestro rey, El-‘Adel! Es una treta suya para ampararse rápidamente de la ciudad...

Le contó todo lo que le había pasado y le transmitió la consigna de dejar al ejército alerta. Ante estas noticias, los emires y los grandes del reino manifestaron ruidosamente su alegría... sobre todo el hipócrita de Qalaûn; se levantó de un salto de su sitio, se volvió en dirección a La Meca y se prosternó proclamando:

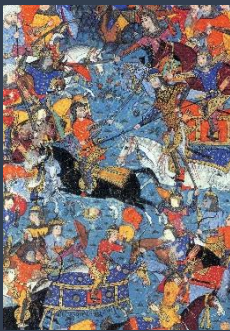
- ¡Gracias a Dios! ¡Gloria a Dios! ¡Un gran favor Dios hacer a él! ¡*Mâ shâ Allâh!* Emir Edamor, ¡yo dar mi vida por ti en recompensa buena noticia! *Pâdishâh* vivo estar. *Amân isht*, por favor, Hâch Shâhîn y todos los emires, que nadie decir al rey: “Qalaûn querer hacerse rey en lugar de tú”, porque denunciar ser muy feo.

En fin, que los partidarios de El-‘Adel Baïbars lo celebraron, mientras que sus enemigos pusieron caras largas. En cuanto al visir Shâhîn, pues fue él quien puso a las tropas en estado de alerta.



## 5 – El retorno de Yauán

“De cómo el regreso de Yauán a El-Arîsh pone en peligro la treta ideada por El-‘Adel Baïbars, haciéndose pasar por Zeneto; pero gracias a la intervención de Juanito (Shîha) logran salir del atolladero y...”



**M**ientras tanto, El-‘Adel –o el falso Zeneto, para conservar su seudónimo– había regresado adonde el *babb* Frenhîch.

- Y bien, capitán Zeneto, ¿qué te ha sucedido hoy? –le preguntó el *babb* extrañado– Al parecer no has hecho ni un solo prisionero.

- ¡Es que he tenido que vérmelas con un tipo bien difícil! Pero ya sabes lo que dice el proverbio: “El guepardo es astuto: lo que falla hoy, lo caza mañana.”

Cada vez que regresaba del campo de batalla, Zeneto tenía por costumbre presentarse un instante ante el rey para informarle de lo acontecido, y luego se retiraba de inmediato a su palacio, con objeto de evitar que le hicieran preguntas embarazosas a las que no pudiera responder; traicionando así su engaño. Y eso mismo hizo aquella tarde, cuando, al poco rato se excusó, retirándose a su palacio.

Pero hete aquí que, justo cuando se estaba poniendo el sol, y Frenhîch estaba sentado en medio de sus consejeros, un gran estrépito se elevó de pronto en la ciudad, y vio que llegaba Yauán, flanqueado por su discípulo Juanito\*, al que por casualidad había encontrado en su camino –o eso se creía Yauán–, y le traía consigo. El *babb* Frenhîch se levantó rápidamente para dar la bienvenida al fraile y besarle la mano.

- Y bien, *abbone*, ¡cuánto has tardado en volver! ¿y qué ha pasado con los refuerzos?

- Vienen de camino, vienen de camino –respondió Yauán–. Pero dime, ¿cómo te han ido las cosas con los musulmanes y el *rey*?

- Uy, *abbone*, en lo referente al rey, ¡sólo deseo a todos tus enemigos que corran la misma suerte que él! ¡Si hubiera sabido que las cosas iban a tomar ese rumbo, no te habría dejado partir en busca de ayuda!

- ¡Me estás inquietando, *figlione*! –le contestó Yauán que, de pronto se había puesto pálido como la muerte–. Dime exactamente lo que ha pasado durante mi ausencia.

- Pues mira, justo la noche en que tú te fuiste, Zeneto se deslizó dentro del campamento enemigo y me trajo la cabeza del *rey* de los musulmanes: ¡ya era hora! Y no contento con eso, ¡se ha enfrentado a los campeones del ejército enemigo, y ha

capturado a más de sesenta!, ¡y de los más valientes! Hasta se me hace raro, pues jamás le había visto tan valeroso en el campo de batalla.

- Ya, ya... y la cabeza del rey, ¿dónde está?

Frenhîch hizo que se la trajeran:

- ¡Toma, *abbone*, mírala bien y disfruta! Aquí tienes la cabeza de tu peor enemigo.

Yauán examinó con detenimiento el fúnebre trofeo: no cabía duda de que tenía un gran parecido con Baïbars, pero no obstante... El maldito fraile se llevó las manos a la frente con aire perplejo.

- Pero, ¿qué te sucede, *abbone*? –se extrañó Frenhîch.

- Hay algo que se me escapa en toda esta historia. Yo he estudiado muy de cerca el *Libro de los magos griegos*, y todos ellos son categóricos: ese *marfûs* debería necesariamente subir al trono de Egipto antes de morir. ¿Se habrán equivocado los magos? Eso sería muy extraño... Por cierto, ¿dónde está ese Zeneto?

- De momento, se ha retirado a su palacio.

- Lo que me temo es que se trate de uno de esos bandidos de las montañas<sup>1</sup>, que se haya infiltrado en la ciudad, y que todo esto no sea más que una farsa para cogernos desprevenidos. En cualquier caso, mantén los ojos bien abiertos y vigilantes.

- ¡Venga, *abbone*! –protestó Frenhîch– ¿Acaso no conozco yo a Zeneto de toda la vida?

- Da lo mismo, cuantas más precauciones mejor: esta noche, procura que le lleven una bandeja llena de manjares que, previamente habrás sazonado con una buena cantidad de *benj*. Cuando se haya quedado profundamente dormido, iremos a examinarle de cerca. Si en realidad se trata de Zeneto, ya nos disculparemos, diciéndole que habíamos querido gastarle una broma, pero si da la casualidad de que es un musulmán infiltrado, le cortaremos la cabeza y le mandamos directamente al infierno.

Convencido por los argumentos de Yauán, Frenhîch ordenó que trajeran una bandeja bien provista de viandas que, el maldito monje, aderezó generosamente con el *benj*.

- Y ahora, ¿quién se va a encargar de llevarle esto a Zeneto? –preguntó, así como quien no quiere la cosa.

Pero los patricios se fueron escabullendo uno tras otro, pues cada vez que Frenhîch designaba un voluntario, éste se ponía a protestar:

- Escucha, *babb* nuestro, pídeselo a cualquier otro, porque yo ya tengo el corazón en un puño pensando en que ese Zeneto no vaya a ser uno de esos asesinos de la montaña: ¡sólo de pensar en esas gentes, me corta la respiración!

- ¡Atajo de cobardes! –exclamó de pronto Juanito, levantándose– ¡Ojalá Cristo nuestro Señor os cubra de vergüenza! ¿A qué viene tanto espanto? Supongamos que fuera un musulmán: ¡eso no es un ogro de los que comen carne humana! En fin, visto lo visto, yo mismo iré a llevarle esta bandeja.

<sup>1</sup> Es la forma que usan los francos para llamar a los “Ismailíes”.

- ¡*Figlione*, ah, mi *figlione*! ¡Bien veo que no he desperdiciado el tiempo ni los esfuerzos que consagré a tu educación! –exclamó Yauán encantado–. Cuando yo sea *morto*, tú me sucederás. ¡Que el Cristo te guarde!

Respaldado por esos elogios, el joven Juanito cogió la bandeja, se la puso sobre la cabeza, y se fue al palacio de Zeneto. Cuando le introdujeron ante el Señor de la casa, lo observó atentamente y se percató de que estaba en presencia de El-‘Adel Baïbars; al igual que este último que, ni por un instante tuvo la menor duda de que, bajo la apariencia de Juanito, se escondía Shîha Yamâl El-Dîn\*.

- ¡Hola, *banyorno*, capitán Zeneto! –le soltó Shîha–. ¿Es verdad que tú has *mantaro* a El-‘Adel?

- ¡Claro que sí, *ghandar*!

- Que nuestro señor el Cristo te recompense por ello –prosiguió Juanito, depositando la bandeja ante Baïbars–. Por cierto, un consejo: ten mucho cuidado.

- ¿Qué quieres decir, *ghandar*?

- Pues que yo, en tu lugar, no tocaría ni una pizca de esa comida: está atiborrada de *benj*, y corres el peligro de caer en las garras de Yauán y del *babb*.

- ¿Y por qué diablos me iban a jugar tan mala pasada?

- ¡Anda!; Pues porque tú eres ni más ni menos que El-‘Adel!

Ante estas palabras, el rey de pronto alzó la cabeza y miró a su interlocutor de arriba abajo.

- Y a ti, ¿quién te lo ha dicho? –le preguntó–. Y así, de entrada, dime, ¿quién eres tú? ¿por qué me das ese consejo? Además, ¿por qué, un cristiano como tú, ayudaría a un musulmán?

Por si acaso se las tenía que ver con uno de los hombres del *babb*, Baïbars se levantó y simuló que se iba a lanzar contra Juanito.

- No te lo tomes como un reproche, Comendador de los creyentes, pero ¡qué mala memoria tienes! –protestó éste último– ¿Así que no reconoces a Shîha? Nos encontramos en Génova y ¡tú me diste tu palabra de que, cuando subieras al trono de Egipto, me harías sultán de los Ismailíes\*!

- Entonces, ¡bienvenido seas! –exclamó el sultán– ¿Así que tú eres Juanito?

- ¡Pues sí!

- ¿Y cómo es que Frenhîch ha descubierto el pastel?

- *Efendem*, ha sido por culpa de ese maldito Yauán, que ha llegado hoy: me encontró en el camino y me trajo con él. ¡Ese pobre imbécil se imagina que estoy de su lado!

Entonces, Shîha le contó a El-‘Adel Baïbars todo lo que ya hemos relatado.

- Y ahora, en tu opinión, ¿qué habría que hacer? –le preguntó el rey cuando hubo acabado su relato.

- Nada temas, mi rey, todo va a salir muy bien. Déjate caer al suelo, ahí donde estás; yo voy a regresar adonde Yauán para avisarle de que tú no eres Zeneto, sino el rey de los musulmanes. Le haré creer que has sucumbido bajo los efectos del *benj*, y vendrá corriendo para atraparte, entonces, es cuando has de aprovechar ese momento para



capturarlo: si no lo haces así, no conseguiremos nada. Luego, ya encontraré yo un medio de liberar a los cautivos y devolverles sus armas, y así, esta misma noche caerá El-Arîsh, si Dios quiere.

- Desde luego, el plan me parece excelente –aprobó El-‘Adel Baïbars.

Así que se tendió en el suelo, fingiendo estar profundamente dormido.

- *Efendem* –prosiguió Juanito–, primero, quita un poco de comida de la bandeja; luego, cuando el fraile Yauán se te acerque, ¡sáltale encima rápidamente para que no le des tiempo a pedir ayuda!

Dicho esto, Shîha regresó al palacio de Frenhîch. En cuanto llegó a la puerta de la sala en la que se hallaba Yauán, le hizo una discreta señal para que se levantara y saliera a la puerta.

- ¿Adónde vas, *abbone*? –se inquietó el *babb*.

- Voy a ver qué pasa con Juanito: me inquieta su tardanza –respondió Yauán–. No vaya a ser que tu pretendido Zeneto, en realidad sea un bandido de la montaña y lo haya capturado.

En ese caso, me voy contigo –decidió Frenhîch–. ¿Nos acompañas, Bartacûsh?

- ¡Ni hablar, yo no pienso ir! –se negó éste en redondo.

- Y ¿por qué, Sable de Bizancio? –le preguntó Yauán.

- Este asunto que os traéis entre manos no me gusta un pelo; huele a mierda desde lejos, si es que queréis mi opinión.

- En ese caso, ¡quédate aquí, pobre imbécil! –murmuró Yauán entre dientes mientras se alejaba.

Seguido del *babb* Frenhîch y de Juanito, se llegó hasta el palacio de Zeneto, penetró en la sala y, aproximándose al cuerpo que yacía en el suelo lo examinó atentamente.

- ¡Ah, *marfûs*! –exclamó por fin– ¡Vaya, vaya!; ¡desde luego que es Baïbarso<sup>1</sup>! De hecho, me acabo de acordar de que mis antepasados ya me habían advertido de su presencia en esta ciudad... ¡Eres un hombre afortunado, oh, *babb*! Has capturado a nuestro peor enemigo. Juanito, ¡rápido, ponle las cadenas!

- ¡No, *abbone*! –protestó este último– El honor es tuyo; además yo, al rey de los musulmanes, como que le tengo bastante miedo.

- ¡Tiene narices la cosa! ¡así os lleve la peste, a ti y a Bartacûsh! –le soltó Yauán–. ¡Ay, estoy apañado, con este par de idiotas! ¡En fin, no penséis que es así como vais a conseguir sucederme cuando yo muera! ¡Está bien, lo haré yo mismo!

Yauán, cogiendo una cuerda, se acercó al rey con la intención de atarle, y en ese momento, éste, le propinó tal patada en las partes nobles, que le envió rodando hasta el otro lado de la sala, con los huesos medio rotos.

¡Ayayay! –gemía Yauán, más muerto que vivo– ¡Que nuestro señor el Cristo te confunda, Juanito! ¿Con que tú me has montado esta jugarreta, eh, *marfûs*?

<sup>1</sup> Deformación pseudoitalianizante de Baïbars.

Aprovechando que el maldito monje estaba fuera de combate, Juanito se fue a cerrar la puerta rápidamente, cortando así la retirada del *babb* Frenhîch: éste, completamente aterrorizado, no balbuceaba más que palabras incoherentes. El-‘Adel se levantó de un brinco, se acercó hasta él y le asestó una bofetada tal que a punto estuvo de hacerle perder la cabeza; después, colocó a los dos prisioneros cara a cara y los ató fuertemente, haciendo de ambos un único y sólido paquete.

- Oh, poderoso rey –intervino Juanito, haciendo una profunda reverencia–; a propósito de la toma de la ciudad, ¿qué quieres hacer? ¿la ponemos a mi nombre o al tuyo<sup>1</sup>?

- Por mi cabeza, oh, hijo del valor, si la tomo, será gracias a tus buenos consejos, aunque, de todos modos, es a mí al que le va a tocar luchar duramente para conseguirlo... Además, si eres tú el que aparece como el autor de esa victoria, mis enemigos no dejarán de sacar ventaja de ello para denigrarme: “De todos modos –dirían– si Shîha no hubiera estado allí, etc., etc...”. Pero sea como sea, yo jamás olvidaré el señalado servicio que acabas de prestarme.

*Y el narrador prosiguió de este modo...*

Oh, nobles y generosos señores, rogad por aquel cuya faz es como el claro de luna, por el fanal que alumbra nuestras tinieblas, por el Enviado del Señor omnisciente: que la plegaria y el saludo de Dios sean sobre él cada vez que zuree la paloma. Habéis de saber que Shîha, con su espíritu sutil, comprendió que el rey no se fiaba de los chismorreos que podrían difundir sus adversarios, y en particular Qalaûn El-Alfi<sup>2</sup>.

- Mi señor, si ese es el deseo de tu majestad, yo me quedaré aquí para vigilar a Frenhîch y Yauán –le propuso–, y tú, sin que consideres que esto sea una orden, irás a liberar a los prisioneros y a apoderaros de las puertas de la ciudad. Yo no me moveré de aquí.

Después, le indicó al sultán la forma de actuar; tras lo cual, éste se marchó y fue hacia la prisión en la que se hallaban cautivos los emires. Cuando entró, los carceleros se levantaron respetuosamente para darle saludarle.

- ¡A tus órdenes, capitán Zeneto! ¿Qué buen viento te trae por aquí?

- Abridme la puerta de la prisión, *ghandars*: vengo a por uno de los cautivos que el *babb* quiere *mantar* esta noche.

- ¡*Ala testa*<sup>3</sup>! –respondió el jefe de los carceleros– Aquí tienes las llaves, señor Zeneto: tú has capturado a los prisioneros, y puedes hacer lo que quieras con ellos.

Por supuesto, el carcelero no iba a ponerse a discutir, pues todo el mundo sabía que Zeneto gozaba de el favor del *babb*. Así que el-‘Adel abrió entonces la puerta y penetró en la mazmorra. Ahora bien, Shîha le había proporcionado de un trocito de *benj*

<sup>1</sup> Según los usos de la guerra, el primero que abre las puertas de una ciudad sitiada tiene derecho a la mayor parte del botín, a la que, por supuesto, hay que añadir el prestigio que acompaña a esa conquista.

<sup>2</sup> Qalaûn, de apodo “*El-Alfi*” (“el de las mil”), porque según las crónicas medievales, siempre hacía gala del elevado precio que habían pagado por él en su juventud: mil (*alf*) monedas de oro).

<sup>3</sup> En un castellano inventado: “sobre mi cabeza”, calco de la expresión árabe (‘alâ ra’sy) muy corriente.

combustible, que Baïbars prendió y deslizó bajo la puerta. Los guardias no tuvieron tiempo más que de oler un perfume más sutil que el ámbar y el almizcle, antes de desplomarse, unos sobre otros, sin conocimiento. Mientras tanto, los cautivos, cuando vieron entrar a Zeneto, se decían entre ellos:

- Ahí está el canalla que nos ha capturado, ¡que Dios le maldiga! ¿Qué se le habrá perdido por aquí? ¿Qué querrá de nosotros?

- ¡Oh, emires de Egipto, nada temáis! ¡Tenéis mi permiso para maldecir a Zeneto cuantas veces lo deseéis! –respondió el ‘Adel Baïbars con una gran sonrisa.

Después de ponerles rápidamente al corriente de la situación, les ordenó que cogieran las armas y las cotas de malla de los carceleros, después de degollarlos. Hecho esto, el pequeño ejército se dirigió hacia la puerta de la ciudad, drogando y degollando a cuantos se interponían a su paso; El-‘Adel Baïbars iba a la cabeza, como un león furioso. Cuando llegaron a las murallas, les dieron el alto los del puesto de guardia:

- ¡Eh, ghandars! ¿Quiénes sois? ¿Adónde vais?

Por toda respuesta, los emires se arrojaron sobre ellos, espada en alto, mientras El-‘Adel se encargaba de despachar a los centinelas apostados en las almenas. En un abrir y cerrar de ojos, habían mandado al otro mundo a toda la guardia, apresurándose a abrir las puertas, y enviando a uno de ellos para que le avisara al visir Shâhîn. Éste, en cuanto lo supo, dio la señal de ataque y el ejército se lanzó feroz a la carga; cual manada de fieros leones. Mientras tanto, el rey y los emires, desde la puerta de la ciudad, lanzaban su grito de guerra: “¡*Allâh akbar!* ¡Conquista y victoria! ¡Muerte a los infieles! ¡Por el honor del Profeta de la radiante frente!”

Entonces fue cuando se despertaron los francos, con el estrépito de las armas y los gritos de quienes proclamaban la unicidad de Dios.

- ¡Uaaahh, el Cristo se ha hecho musulmán! –gemían, totalmente pasmados, mientras se ponían a toda prisa sus armaduras y corrían al combate.

Y se enzarzaron en una lucha feroz: guerrero contra guerrero, campeón contra campeón, valiente contra valiente. La sangre corría a mares y los miembros tajados volaban por todas partes en un tumulto de fin del mundo. Esa misma noche, más de un hogar quedó vacío, más de una esperanza rota en mil pedazos, en el espanto de los combates, entre el bramido de los aguerridos campeones, rugientes como leonas que hubieran perdido a sus cachorros.

*Y el narrador prosiguió de este modo...*

Nobles y generosos señores, los sables no cesaron de tajar, ni las lanzas de atravesar, ni la sangre de correr, ni la muerte de cosechar hasta el momento en que apareció la primera luz del día, en la que Dios insufló todo Su esplendor, iluminando toda la tierra. En ese momento, el estandarte del Profeta (que la plegaria del Rey victorioso sea sobre él, tanto de día, como de noche) penetró en la ciudad, y las gentes de el-‘Arîsh pidieron tregua.

- ¡No habrá perdón para los infieles! –proclamó el rey–. ¡Juro, por la tumba del señor de los hijos de Adnân<sup>1</sup> que no me marcharé de aquí hasta haber convertido esta ciudad en un campo de ruinas, en donde solo se escuchará el grito del búho y del cuervo! ¡Perros miserables! ¿acaso creíais que se podía atacar impunemente a la esposa de un rey?



---

<sup>1</sup> Es decir, El Profeta: los “hijos de Adnán” son los Árabes del Norte, en oposición a los Yemeníes.

## 6 – En las ruinas de la ciudad desierta

“De cómo El-‘Adel Baïbars, después de tomar la ciudad de El-‘Arîsh, busca a Shîha y a sus prisioneros: el monje Yauán y el *babb* Frenhîch, pero, misteriosamente, todos ellos han desaparecido...”

*Y el narrador continuó su relato de este modo...*



**N**obles señores, la masacre continuó así durante un día y una noche. A la mañana siguiente, en El-‘Arîsh no quedaba ni un habitante: los más afortunados, habían conseguido huir, pero los otros, habían muerto a golpe de espada. La ciudad presentaba un espectáculo de un horror indescriptible: montones de cadáveres cubrían calles y plazas, soltando un hedor atroz.

Esa mañana, el sultán penetró en el palacio de Frenhîch, buscando a Shîha y a sus dos prisioneros: los tres habían desaparecido sin dejar rastro.

- ¡Sólo Dios, el Altísimo y Todopoderoso, tiene el poder y la fuerza! –exclamó El-‘Adel Baïbars, golpeándose ambas manos como señal de pesar.

- ¿Qué sucede, oh Servidor de los Santos Lugares? –le interrogó el visir Shâhîn, que se encontraba a su lado.

El rey le contó el papel que había jugado Shîha en todo ese asunto, y le explicó que le había dejado allí, confiándole la guardia de Yauán y de Frenhîch.

- No te inquietes, oh poderoso rey, le tranquilizó Shâhîn–. Si a Dios le place, nada grave le habrá pasado, gracias a la bendición de Aquel que purifica las almas.

Aún preocupado, a pesar de las palabras del visir, El-‘Adel Baïbars ordenó que saquearan la ciudad, y luego la arrasaran; los soldados se pusieron manos a la obra, y, muy pronto, de El-‘Arîsh no quedó nada más que algunos muros resquebrajados, de las fortificaciones desmanteladas, y un inmenso campo de ruinas bajo el que se pudrían los cadáveres de los habitantes. Hecho esto, el rey se retiró a cierta distancia con su ejército, para librarse de los infectos miasmas que emanaban de aquella carnicería. Se sentó dentro de su pabellón, y los combatientes por la fe, vinieron, uno tras de otro a felicitarle por la victoria que había conseguido. Los emires, a su vez, se adelantaron para saludarle y expresarle la tristeza que les había causado su ausencia; como de costumbre, Qalaûn se significó más que nadie:

- ¡*Amân, pâdichâh!* –exageró–. ¡Dios dar larga vida a ti! ¡*Mâ shâ Allâh!* Tú buena trampa hacer, yo nunca ver igual. *Vallahi* yo muy desgraciado cuando ver a ese maldito



Zeneto cortar tu cabeza en el cuarto de dormir. Yo decir: “¡qué gran desgracia! ¿Qué hacer ahora que El-‘Adel ya no estar más? ¡Yo no querer más vivir!” ¡*Mâ shâ Allâh yâ mewlana!* ¡*Mâ shâ Allâh!* ¡Tu plegaria, oh Profeta!

- Yo solo soy uno más de vosotros –les respondió Baïbars–. Lo único que pido, es que cada cual esté presto a ofrecer su vida por la causa de Dios, igual que lo he hecho yo, y que viva honestamente de las rentas que le son concedidas por el Estado.

Naturalmente, se había dado cuenta inmediatamente de la hipocresía de Qalaûn, pero quería evitar a cualquier precio evitar infligirle una afrenta públicamente. De modo que siguió recibiendo a sus compañeros de armas. Cuando llegó la noche, se acordó de Shîha y de la forma en que le había dejado en aquella sala en compañía de Frenhîch, y le invadió por ello una profunda tristeza que le hizo lanzar un gran suspiro.

- Pueda Dios alejar al que ha alterado tu buen humor –se apresuró a decirle el visir Shâhîn–. ¿Qué te pasa, oh justo y poderoso rey? ¿Cuál es la causa de tu tristeza? Déjanos compartir tus pesares, te lo pido por nuestro señor Abu Bakr el Verídico y por nuestro señor Omar el de los Cabellos Rojos<sup>1</sup>.

- Por Dios, visir, estoy preocupado por Shîha; me temo que haya podido ser víctima del maldito monje. No me quedaré tranquilo hasta poner la mano encima de Yauán y de Frenhîch, y de estar seguro de la suerte que ha corrido Shîha. Estoy convencido de que no han salido de la ciudad.

- Ten confianza en la bondad de Dios –repuso el visir–; un día u otro les atraparemos...

- De todos modos, quiero enviar a alguien en su búsqueda –insistió el rey–. Y bien, compañeros –prosiguió volviéndose hacia los emires– ¿quién de vosotros se presentará voluntario para ir a buscar a Shîha, Yauán y Frenhîch entre las ruinas de El-‘Arîsh?

Ante esas palabras, todos los emires bajaron la cabeza y permanecieron en silencio.

- ¡Qué! ¿No respondéis nada? ¡Por mi cabeza, el que lleve a cabo esta misión podrá pedirme lo que quiera, que yo se lo concedo ya por adelantado!

- ¡*Amân mewlana!* –protestó Qalaûn–. *Vallahi billahi* quién querer entrar en tierras de El-‘Arîsh con noche muy oscura, todo negro, llena cadáveres podridos, sangre por todos partes, cabezas cortadas entre piernas: el espíritu volverse loco.

- *Efendem*, nada más lejos de nosotros que discutir tus órdenes, pero si quieres ser obedecido, no pidas lo imposible –afirmaron los demás emires–. ¿No es cierto lo que dice el emir Qalaûn, que sería muy temerario penetrar durante la noche en esa ciudad desierta? Es muy posible que no hayan perecido todos los francos, y que los que quedaran nos tendieran una emboscada; ¡eso sin contar con los malvados *yins* que deben poblar ese lugar ahora desierto y arruinado!

- ¡Ah, qué verdad es eso de que no todos los hombres tienen el mismo temple! –suspiró El-‘Adel–. Si hubieran estado aquí los *fidauis*<sup>2</sup>, y yo les hubiera pedido esto

<sup>1</sup> Dos compañeros del Profeta, que le sucedieron a la cabeza de la comunidad musulmana, y que son objeto de una muy especial veneración en todo el Islam Sunní.

<sup>2</sup> Es decir, los Ismailíes; con este término se designa en esta saga a los aventureros y combatientes mercenarios, tanto cristianos, como musulmanes.

mismo, ¿creéis que me habrían respondido como vosotros acabáis de hacer? ¡Por mi cabeza y por la tumba de mi señor El-Sâleh, yo mismo me encargaré de esta misión! Como dice el proverbio: “¡nada más grato que el rascarse con tus propias uñas!”

Y, levantándose de golpe, se colocó la cota de mallas, y metiendo en la funda la espada de Bâdîs El-Subki<sup>1</sup> se puso en camino, sin prestar oídos a los ruegos de los emires, que todos le proponían acompañarle.

- ¡No necesito a nadie! –les cortó por lo sano–. De todos modos, el sitio es seguro; ¿no iréis a creer que hay ogros en esas ruinas?

Cuando llegó a la puerta de El-‘Arîsh, se anudó un fular sobre la nariz para protegerse de la fetidez que emanaba de los cadáveres, y penetró con valentía en la ciudad. En el interior se encontró con un espectáculo abominable: las tinieblas, los montones de cuerpos medio putrefactos, los gritos y los estertores de los agonizantes... el espíritu más templado se habría vuelto loco ante todo aquello. Pero el Servidor de los Santos Lugares, con impávido corazón, siguió avanzando, aplastando los cadáveres con sus botas de acero.

Después de vagar durante bastante tiempo por la ciudad, acabó por llegar a la entrada de un gran zoco, que recorrió de uno a otro extremo. Cuando llegó al final, se fijó en una puerta abierta, que daba a una escalera que parecía penetrar en el suelo. El lugar era realmente siniestro: estaba tan negro que, si un hombre hubiera extendido su brazo, no habría alcanzado a ver su mano. Pero El-‘Adel Baibars había tomado la precaución de hacerse con una lamparilla de camuflaje: la sacó de su bolsa, la alumbró y se internó por la escalera, que le llevó hasta una especie de gran cripta alargada, al borde de la cual se abría otra puerta. La franqueó, y se encontró en una vasta basílica, fortificada como una ciudadela.

Avanzando por el medio de la nave de la basílica, comenzó a escrutar las sombras por todas partes; de pronto, vio una luz que salía de un torreoncillo al que se accedía por una escalera exterior.

- Mi pequeño Mahmud<sup>2</sup> –se dijo para sí– si ahí dentro hay una luz, señal es de que hay alguien: ¡ahora habrá que ser muy silencioso para que no escape la presa!

Apagando rápidamente la lamparilla, ascendió por las escaleras con el sigilo de un lobo, y se acercó al torreón. Entonces escuchó una voz débil y temblorosa que imploraba la ayuda de Dios:

- Oh, ¡Tú, el más misericordioso de entre todos los misericordiosos!; oh, ¡Tú, consuelo de los afligidos!; yo Te suplico, por el amor del Profeta, ¡líbrame de esta desgracia! ¡Tú, que eres mi salvación y mi defensa!



<sup>1</sup> Esta arma maravillosa, propiedad de un antiguo rey de Egipto, fue descubierta por Baibars en un palacio abandonado que acababa de comprar; ver *Los bajos fondos de el Cairo*.

<sup>2</sup> Es el verdadero nombre de Baibars. Ver *Las infancias de Baibars*.

## 7 – De cómo Shîha fue capturado y liberado

“De cómo entró el rey El-‘Adel Baïbars en las ruinas de la ciudad de El-‘Arîsh para buscar a Shîha, y de la basílica subterránea que encontró, llena de tesoros y otras sorpresas...”

*Y el narrador siguió así con su relato...*



Generosos señores, cuando el rey oyó esa llamada, sintió que se le ponían los pelos de punta. Echando una ojeada a través de las rendijas de la puerta, vio a Yauán, flanqueado por Bartacûsh y el *babb* de El-‘Arîsh, bastante ocupados en azotar a Shîha, al que habían amarrado y atado a los barrotes de la ventana. Por cierto, que esta basílica, de paso os señalo, estaba situada al final de la ciudad, junto al mar, y la ventana en cuestión daba directamente sobre la playa. Y ahora, si queréis saber cómo se llegó a encontrar Shîha en una situación tan poco envidiable, os lo voy a contar.

Acordaos que, cuando Yauân y Frenhîch se fueron a capturar al falso Zeneto, dejaron a Bartacûsh, que no quiso acompañarles; pero poco después, El-‘Adel, después de apresar a los dos hombres, gracias a la estratagema de Shîha, y liberar a los cautivos, los musulmanes irrumpieron en la ciudad. Ahora bien, Bartacûsh, al escuchar de pronto el grito de “*Allâh akbar*” en las calles de la ciudad, se apoderó de él tal pánico que salió huyendo para buscar un sitio en el que refugiarse. Mas he aquí que por una terrible casualidad, entró en el palacio de Zeneto, en donde encontró a Juanito (Shîha).

- ¿Adónde se han marchado el patriarca, Frenhîch y Zeneto? –le preguntó.

- ¡Los han atrapado hace un momento, no sé adónde los han llevado!

En realidad, Shîha había ocultado a sus dos cautivos en un trastero situado al fondo de la habitación; pero había olvidado drogarles, para que se cumpliera lo decretado por Dios. De modo que, al oír la voz de su fámulo, Yauán se puso a gritar:

- ¡A mí, Sable de Bizancio! ¡Rápido, atrápame a ese *marfûs*! ¡Nada de lo que te ha dicho es verdad! ¡Ha sido él!; ¡él es el que nos ha tendido una trampa con sus artimañas y palabrería! Sí, el monje Yauán se ha dejado inocentemente engatusar; ¡así me

cuelguen si queda en el corazón de este tipejo una sola onza de los *Cristiani*! ¡Este muchacho es peor que la viruela, la peste y la cólera, todas juntas!

En un momento, Sable de Bizancio había sujetado a Shîha y amarrado fuertemente, tras lo cual, se fue a liberar a Yauán y a Frenhîch. En ese momento, los gritos de guerra de los musulmanes se elevaron en torno al edificio, con un rugido de tormenta.

- ¡*Wakbar, wakbar*<sup>1</sup>! –se burló el maldito monje–. ¡Ah, *marfûs*, así que tú eras musulmán sin que yo supiera nada! ¡Ah, *karimardûsh*, has sido tú el que ha entregado la ciudad esos enemigos de tu religión!

- ¡Exactamente, hijo de perra! –afirmó con total osadía Shîha– Y ahora, ya puedes hacer conmigo lo que te venga en gana, ¡me da absolutamente lo mismo!

Mientras tanto, Frenhîch había perdido el color, y sus rodillas le entrechocaban como unas castañuelas.

- ¿Qué va a ser de nosotros, *abbone*? –gemía el pobre desgraciado.

- No temas nada, *babb*. ¡Agarrad a ese canalla y seguidme!

Entonces, Yauán les condujo a esta basílica, en donde se ocultaron en un escondrijo subterráneo del que ni siquiera los yins tenían noticia de su existencia; cuando los musulmanes se retiraron de la ciudad, después de saquearla, subieron a Shîha al torreón y comenzaron a torturarlo, y decididos a matarlo lentamente. Pero Shîha estaba atado precisamente con la cara vuelta hacia la puerta; sufría tanto que, al divisar a El-‘Adel no pudo contenerse ni esperar a que entrara en la habitación.

- ¡A mí, rey de los musulmanes! –gritó–. ¡Sálvame de las manos de estos canallas!

- ¡Atrás, perros! –rugió el rey– ¡Pobre del que toque un solo pelo de la cabeza de Shîha!

- ¡*Uaj, marfûs*! –gritó Yauán dándose la vuelta–. ¿De dónde sales tú a estas horas? ¡Que Cristo nuestro señor te confunda!

Y, sin esperar respuesta, saltó por la ventana, aterrizando sin hacerse daño sobre la arena. Sable de Bizancio y Frenhîch le siguieron, sin perder un minuto, y los tres hombres desaparecieron en la noche, mientras el rey se ocupaba en liberar a Shîha.

- Dime, ¿qué es lo que te pasó? –le preguntó el rey a Shîha.

- *Efendem*, con todos mis respetos, este no es el momento de contarte mi vida: no vas a tener ni un minuto de reposo hasta que no hayamos puesto la mano encima de Yauán y del rey de El-‘Arîsh. Ruego humildemente a tu majestad que permanezcas en la región con tu ejército y retrases tu partida hacia El Cairo hasta que yo les haya echado el guante a esos tres sinvergüenzas.

Dicho esto, el valiente Shîha también saltó por la ventana y se lanzó, en medio de la noche, tras las huellas de los fugitivos.

- ¡Qué diablo de hombre! –se extrañó El-‘Adel Baïbars, quedándose solo–. ¡Vive Dios que necesito a alguien así si quiero convertirme en un gran rey!

Con el corazón en paz, Baïbars abandonó la ciudad y regresó a su campamento. Los visires y los emires le estaban esperando en su pabellón, muy preocupados; al verle

<sup>1</sup> Por “Allâh akbar” (Dios es el más grande) grito de guerra de los musulmanes.

entrar, cual león furioso, se levantaron de un brinco. El rey se sentó en su sitio, hizo una señal a los demás para que se sentaran, y se dirigió a Qalaûn:

- ¿Has visto, emir Qalaûn? ¡El trono no ha sido abandonado, y el que aspire a él, debe afrontar la muerte roja! ¿De qué le han de servir ejércitos y batallones a quien no se haya ganado el poder de la realeza por su valor y por la fuerza de sus brazos?

- ¡Eso seguro ser así! –aprobó escandalosamente Qalaûn–. ¡Eso ser bien verdad, ¡*vallahi doghri!* ¡*mâ shâ Allâh, pâdishâh, mâ shâ Allâh!* ¿Pero tú has entrado de verdad en El-‘Arîsh?

- ¿Y por qué no iba yo a entrar? ¿Me tomas por cobarde?

- ¡El Profeta no quererlo! *Vallahi* yo siempre decir sultán como tú no haber: siempre valiente, mucho nobleza, mucho buen descendencia. Dios prolongar tu vida y siempre poner el sable sobre tu cabeza tus enemigos.

- ¿Sobre mi cabeza, maldito chapurrero? –se indignó Baïbars.

- Nada de eso, oh *efendem*, Dios me perdonar, yo decir: tú, enemigo a tú, sable sobre la cabeza poner. *Ichté*, eso desear para ti.

- Pues bien, ¿eso no se arregla así! –Suspiró El-‘Adel–. Mi pobre Qalaûn, tu caso me parece verdaderamente desesperado: podrías vivir en El Cairo cuarenta años, y seguirías mal chapurreando el árabe. De todos modos, ahórrame el escuchar tus deseos y tus invocaciones, será mejor.

- ¿Has descubierto algo, oh, poderoso rey? –intervino el visir Shâhîn, deseoso de cerrar el incidente.

- Sí –respondió El-‘Adel.

Les refirió lo que había sucedido, y luego, cada cual se retiró a su tienda. A la mañana siguiente, envió a un destacamento para ampararse del tesoro de la basílica, que se les había escapado durante el saqueo de la ciudad. Después se quedó a esperar el regreso de Shîha, para cumplir con la promesa que le había hecho.

Al cabo de unos días, los emires, que andaban de lo más aburridos, fueron a quejarse al visir Shâhîn. Qalaûn se encargó de exponer sus quejas con su habitual elocuencia:

- ¡*Amân, hadchi* Shâhîn! ¡Nosotros aburrirnos sin la casa y los niños! Tú ir hablar con *pâdishâh*: ¿por qué hacer quedar nosotros aquí en ciudad toda ruinada con cadáver apestar muy fuerte y sangre toda podrida, segura soldados caer malos? Esto no normal, porque: *ichté* si ‘Arîsh demolido, quemado, saqueado, ¿por qué no volver a El Cairo, dar a él la *bay’a*<sup>1</sup> y dejar a nosotros en paz?

- Por Dios –respondió Shâhîn–. Yo mismo he pensado muchas veces en hacerle esa pregunta, pero siempre me he abstenido, por no darle la impresión de que discuto sus órdenes. Además, él ve las cosas desde una perspectiva más profunda que la nuestra... En fin, tampoco querría yo que vosotros estuviéseis a disgusto por nada; así que iré a verle.

Shâhîn se presentó en el pabellón de El-‘Adel Baïbars, ante el que hizo una profunda reverencia.

<sup>1</sup> Ceremonia de juramento que marca la ascensión al trono de un nuevo soberano.



- ¡Bienvenido seas! –le saludó–. ¡Siéntate, olvídate del protocolo entre nosotros!

El visir tomó asiento y el rey le preguntó por el motivo de su visita.

*Efendem* –respondió el visir–, querría preguntarte una cosa; pero, ruego a tu majestad que no me lo tenga en cuenta.

- Habla sin temor, mi querido visir.

- *Efendem*, los emires han venido a verme: echan de menos a sus familias y a sus hijos, y prácticamente me han forzado a que viniera a suplicar a tu majestad que ordenaras nuestro regreso a El Cairo para proceder a tu solemne investidura. También señalaron que no veían provecho alguno en permanecer acampados ante un campo de ruinas...

- Visir –respondió Baïbars secamente–, ya me has hecho tu pregunta: por esta vez no te voy a decir nada, pero jamás vuelvas a hacerlo. Yo soy el rey, y los emires están bajo mis órdenes, y no al contrario. Partiremos cuando yo lo decida, y punto; eso es todo de momento, no tengo ninguna prisa por regresar a El Cairo... Mientras tanto, tú puedes decirles que vayan recogiendo sus tiendas, porque vamos a ir a instalarnos a Tell Oyûl<sup>1</sup>.

El visir regresó para transmitir a los emires la orden del rey; lo que ocasionó un buen tumulto entre los enemigos de Baïbars:

- ¡Que Dios no te dar recompensa, hadchi Shâhîn! –le fulminó Qalaûn–. Tú hacer rey a ese mameluco culo cagao<sup>2</sup>, y ahora él se creer un gran señor ante los emires de Egipto: “No, yo no tener ganas de entrar a La Cairo, *ichté*, yo volver atrás, no de acuerdo.” Dios proteger a nosotros.

Pero pensarán lo que pensarán, no les quedaba otro remedio que obedecer; con que levantaron el campamento y fueron en dirección opuesta a El Cairo. El sultán había dado esa orden para proteger al ejército de los miasmas que emanaban de la ciudad saqueada; pero los emires se creían que hacía eso sólo para fastidiarles, obligándoles a volver sobre sus pasos, en lugar de atender a su petición de volver a El Cairo.

- ¡Alomajor también querer tomar Ascalón y todos los reinos de la Costa! – renegaba Qalaûn– ¡Todo querer destruir por culpa de la mujer! Yânem, ¿por qué no entrar a La Cairo, dar bay’a solemne, y después él marchar a la guerra? ¿No ser eso mejor? ¡Puaf, qué manera gobernar es ésta, mundo al revés estar!

Llegados a Tell Oyûl, echaron pie a tierra, levantaron las tiendas y los pabellones y desplegaron las oriflamas. Días después, el visir Shâhîn, que continuaba perplejo, se fue en busca del rey y, aprovechando que estaba solo, se arrojó a sus pies y le dijo:

- Mi señor, te conjuro por la tumba de El-Sâleh, dignate decirme la razón por la que has dado la orden de quedarte aquí. Yo soy tu visir, y es preciso que esté al corriente de tus planes secretos; de ese modo, si te ocurriese alguna desgracia, yo podría continuar tu obra.

- ¿Tú de verdad quieres que te lo diga?

- ¡Desde luego!

<sup>1</sup> Aldea situada a unos cuantos kilómetros al norte de El-‘Arîsh.

<sup>2</sup> La primera vez que Qalaûn encontró a Baïbars, éste padecía una diarrea espantosa. Ver *Las infancias de Baïbars*.

- Pues bien, has de saber que Shîha, antes de lanzarse a perseguir a nuestros enemigos, me pidió que no me moviera de El-‘Arîsh y que le esperara allí hasta que regresara o me enviara un mensaje. Y me dijo: “si tardo mucho –añadió–, vete a acampar a Tell Oyûl.” Así que dime, visir, ¿cómo podría volverme a El Cairo, después de pedirme que me quedara? Eso sin contar, que mi señor El-Sâleh, también me ha anunciado que ese hombre (Shîha) está destinado a ser uno de los grandes campeones y defensores del Islam, que la victoria brillará sobre su frente, y que será el principal soporte de mi reino. Así que vete a saludar a los emires de mi parte, y diles que yo soy su soberano y que ellos están bajo mis órdenes, pero que yo, yo estoy bajo las órdenes de Shîha, y que no pienso hacer nada sin su consejo.

- ¡Que Dios prolongue tu vida! Si eso es así, tú tienes toda la razón –afirmó el visir.

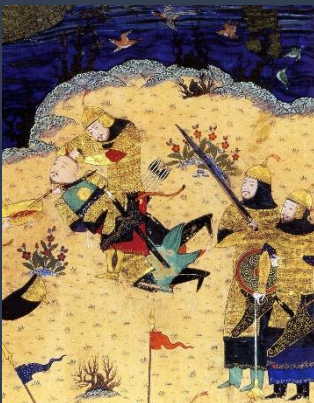
Después, Shâhîn se fue a poner al corriente de su reunión a los emires; estos dejaron de protestar, pero la procesión iba por dentro.



## 8 – Atentado contra el sultán

“De cómo un *fidadui* desconocido, se infiltra en el campamento del rey El-‘Adel Baïbars, vestido como si fuera un mensajero, y desenvainando su *shâkriyyeh* le ataca, descargándole un tremendo tajo en la cabeza...”

*Y el narrador siguió así con su relato...*



**E**l-‘Adel permaneció durante veinte días en Tell Oyûl; el día veintiuno, después de rezar la plegaria del alba y pronunciar sus invocaciones, se sentó en el trono, rodeado de los emires y los visires, que habían llegado a presentarle sus respetos. Con los ojos bajos, mirando al suelo, todos ellos mantenían una solemne compostura y un perfecto silencio. Y fue justo en ese instante, cuando el rey, al echar una ojeada por casualidad a la entrada de su pabellón, se fijó en que a la puerta había un hombre joven, vestido con el traje de los mensajeros. Era un tipo larguirucho y grande, de talla hercúlea, con unos ojos azules saltones, una ancha nariz chata, y unos mostachos pelirrojos, tan largos que se los habría podido atar en la nuca, pasándolos por encima de las orejas: en fin, ¡un auténtico tipo patibulario, de esos que a uno no le gustaría encontrarse en un rincón de un bosque! Por su aspecto, el rey se dio cuenta de que no pertenecía a su ejército; así que se acercó al oído de Shâhîn y le preguntó:

- ¿Sabes tú quién es ese mensajero? ¡Por mi vida, su cara no me viene a la cabeza!

- Lo ignoro, *efendem* –respondió el visir después de examinar a su vez al desconocido—. Desde luego, no es de los nuestros: sin duda debe tener algo que decirte.

El-‘Adel Baïbars le hizo una señal a un mameluco, para que hiciera acercarse a ese joven mensajero.

- Aproxímate, muchacho –le dijo—. Nuestro señor el sultán desea hablarte.

El mensajero se acercó al rey, que le preguntó:

- ¿Quién eres tú, amigo mío?

- Un extranjero, errante por los caminos –le respondió.

- En ese caso, si no tienes nada que pedirme, ¿por qué te has quedado plantado delante de mi tienda?

- ¡Al contrario! Vengo a rogarte que me concedas un favor.

- ¿Qué favor?

- El de entregarme tu cabeza y tu vida –rugió el joven blandiendo una *shâkriyyeh* que había ocultado bajo su capa.

Con un terrible grito, abatió su arma, hiriendo gravemente al rey en la cabeza, y haciendo que su turbante rodara por el suelo.

- ¡Ah, traidor, me has matado! –gritó El-‘Adel, cegado por la sangre que le salía a chorros de su frente–. ¡Atrapadle!

Los emires se lanzaron a coger al criminal; pero éste, hirió a unos, se libró de otros, y consiguió llegar hasta la entrada del pabellón. Los guardias intentaron detenerle, pero sin éxito alguno: arrojando todo a su paso, llegó hasta el caballo del sultán, que estaba embridado y dispuesto ante el pabellón real, cortó la atadura, saltó a la montura de un brinco y clavando las espuelas en los flancos de la bestia, el caballo partió raudo como una flecha.

Entre tanto, el sultán había perdido el conocimiento a causa del dolor: su herida, aunque no mortal, era muy grave. Los médicos se apresuraron a vendarle la herida y aplicarle ungüentos y vulnerarios tan eficazmente, que al poco rato, el rey recobró el sentido.

- No hay más Dios que Dios, y Muhammad es Su profeta –consiguió articular–. ¿Dónde estoy?

- No temas, oh poderoso rey –respondieron los emires–. Estás en tu tienda, rodeado de tus emires y de los notables de tu reino.

- ¿Qué ha sido de mi agresor? –continuó El-‘Adel, que había recobrado un poco las fuerzas–. ¿No le habéis detenido?

- Verás, *efendem*, es que ha conseguido escapar –le respondieron lamentándose.

- ¡Cómo! ¿Con todos vosotros aquí presentes y no habéis podido atraparle?

- Pues, a decir verdad, es que huyó montado en un caballo de raza; ¡de no haber sido por eso, no se nos habría escapado, ni volando!

Ante tal respuesta, la furia del rey se desbordó: la pérdida de su caballo le encolerizaba más incluso que la herida recibida.

- ¡Desde luego, emires de Egipto, un rey que cuente con vosotros para asegurarle la victoria, se expone a todo tipo de desengaños! –dijo el rey con ironía–. Si los fidauis hubieran estado aquí, ¿creéis que habrían dejado huir a ese maldito perro después de atentar contra mi vida?

Al escuchar esas palabras, los emires estuvieron a punto de reventar de despecho: la insistencia del rey en mostrarles a los fidauis como un ejemplo a seguir, les exasperaba muchísimo. No obstante, como sabían que habían cometido una falta imperdonable, tuvieron que tragarse su cólera en silencio.

El rey tardó veinte días en curar la herida; pasado ese tiempo, el tajo se había cerrado, dejando una profunda cicatriz. Pero desde ese día, cada vez que el rey presidía el Consejo en su pabellón, permanecía con los ojos fijos en la entrada, y siempre que recordaba su herida y el robo de su caballo bayo, no dejaba de lanzar amargos sarcasmos a los emires, señalándoles su incompetencia y su falta de celo en comparación con los ismailíes.





## 9 – El regreso de Shîha

“De cómo Shîha consigue enviar un mensaje al rey El-‘Adel Baïbars para advertirle que de nuevo, instigados por Yauán, se han aliado todos los reyes cristianos de la Costa, con el rey Godofredo de Yaffa a la cabeza, para atacarle...”



**P**ero he aquí que, un buen día, mientras el rey El-‘Adel Baïbars estaba reunido con su Consejo en su pabellón, se fijó que cerca de la puerta había un hombre de aspecto miserable y harapiento, que permanecía allí de pie, y de vez en cuando asomaba tímidamente la cabeza por la abertura, y luego reambulaba enseguida. Ese tejermeje despertó enseguida las sospechas del rey: puede que se tratara de un enemigo infiltrado, que proyectar un nuevo atentado. Decidido a no dejarse pillar por sorpresa, interpeló al desconocido y le ordenó que se adelantara.

- ¿Quién eres? –le preguntó cuando se hubo presentado ante él.

- Un hombre de buen consejo.

- ¿Ah, sí? ¿y qué consejo vienes a darme? Antes de nada, ¿eres musulmán?

- Por supuesto, oh rey: alabado sea Dios que nos ha dado al Islam por religión, pues es el mejor de los dones que nos ha concedido. En cuanto a la razón de mi presencia hoy aquí, has de saber que he vivido durante mucho tiempo cautivo en Yaffa, tras caer en manos de los infieles; mi amo era un hombre duro y cruel que, no contento con imponerme los trabajos más arduos y pesados, me azotaba sin piedad cuando me lamentaba de mi debilidad. Ah, Comendador de los creyentes, roguemos a Dios que dispense a los musulmanes de caer bajo el poder de los infieles, ¡por la gracia del Profeta! Pero, un día, un tabernero de la ciudad, habiéndome visto por casualidad, sintió piedad por mi lamentable estado: me preguntó el nombre de mi amo, me compró, y me llevó a la taberna.

- Y bien, amigo mío, ¿sabes por qué te he comprado?

- Tú lo sabrás mejor que yo, pues solo Dios es omnisciente –le respondí.

- Tengo la intención de rescatarte y enviarte a tu país –prosiguió.

Ante sus palabras, yo le bendije, suplicando a Dios que le concediera larga vida, y que le permitiera hacer la peregrinación al Santo Sepulcro, pero entonces, él me interrumpió sonriendo.

- No te molestes en desearme esas cosas, hermano: yo soy musulmán como tú, y creo en Dios y en Su profeta. Si te he vuelto a comprar, ha sido para librarte de tus sufrimientos; no obstante, tengo que pedirte un pequeño servicio.

- ¡Señor, que Dios te haga misericordioso! Pero, al menos, dime quién eres tú, y cuál es el servicio que esperas que yo te haga.

- Yo me llamo Shaabân, apodado Shîha, y querría tan solo, que cojas esta carta y que vayas a entregarla en mano al rey de los musulmanes que, en este momento, se encuentra con todo su ejército en la región de Tell Oyûl. Después de eso, podrás volver a tu casa, y nosotros dos habremos quedado en paz.

Esa es toda mi historia, y la razón por la que yo estoy hoy aquí.

- Está bien, entonces dame esa carta, con las bendiciones de Dios –ordenó el rey.

El hombre se la entregó; El-‘Adel rompió el sello de la misiva y leyó lo siguiente:

*“De Shîha Yamâl El-Dîn al rey El-‘Adel,*

*Comendador de los creyentes, tengo el honor informarte de la siguiente situación, y que Dios haga que nunca recibas más que buenas noticias.*

*Después de que me hubieras liberado en la basílica de El-‘Arîsh, seguí y volví a encontrar el rastro de Yauán, Bartacûsh y Frenhîch: huyeron a Yaffa, y allí, se presentaron ante el babb Godofredo\* para pedirle socorro y ayuda. Como de costumbre, Yauán derramó una catarata de lágrimas de cocodrilo, adobadas con todo tipo de mentiras y absurdos, extendiéndose en propósitos tendenciosos y deformando la verdad para servir así a sus propios fines. En lo que respecta a Frenhîch, pues se quejó de la destrucción de su capital y de la masacre de su ejército, solicitando a Godofredo que le concediera su protección. A lo que éste respondió: “vuestra llegada es una bendición para nosotros. Consideraos en vuestra casa: mi reino y todas mis fuerzas están a vuestra disposición. Y si el rey viene a pedirme cuentas, con todo su ejército del que se siente tan orgulloso, ¡yo le mostraré a ese don nadie, lo que cuesta enfrentarse a un hombre como yo!”. Resumiendo, que ese canalla que, a decir verdad, hablaba bajo los influjos de la bebida –mantuvo ese tono durante bastante tiempo, y mencionando sus propósitos, que prefiero no reproducir aquí. Al instante, concedió asilo y protección a sus tres huéspedes y se dispuso a poner rápidamente a sus tropas en pie de guerra, con la intención de llevar a cabo una campaña contra ti, y además, ha enviado mensajeros a los otros reyes de la Costa para pedirles su ayuda, engolosinándoles con la promesa de un rico botín.*

*En cuanto a mí, siguiendo la pista de Yauán, pues llegué hasta Yaffa cuando las tropas de refuerzo enviadas a Godofredo acababan de llegar; me disfracé, y de ese modo me introduje en la ciudad, en la que abrí una taberna. Mientras*

*buscaba la manera de avisarte, encontré por casualidad a este cautivo; me pareció que era un hombre valiente injustamente perseguido, así que se lo compré a su anterior amo y te lo envío con este mensaje.*

*En consecuencia, vengo a solicitar humildemente a tu majestad, cuyo celo es bien conocido y su valor más allá de todo elogio, que te dignes ponerte en marcha, y dirigirte con tu ejército hacia Yaffa: yo me encargaré de buscar el medio de abrirte las puertas de la ciudad.*

*P.D.- El bandido que te ha herido es el guardaespaldas personal de Godofredo, un peligroso y audaz asesino, llamado Kafîr de Mattâ: no te preocupes más por ese asunto, yo me encargaré de él.*

*P.D.2- Cuando hayas leído esta carta, dignate mostrarte generoso con su portador: le he garantizado que tú le recompensarías generosamente.”*

El-‘Adel ordenó en el acto que le dieran al cautivo dos mil monedas de oro, con lo que éste se marchó tan contento. Hecho esto, se volvió hacia su visir Shâhîn.

- Shîha me dice en su carta que el hombre que me hirió es el guardaespaldas personal de Godofredo, un guerrero terrible. Y aunque tengo la intención de marchar sobre Yaffa, con los inútiles que me rodean, no estoy tranquilo: ¿tú crees que yo puedo contar con tales cobardes para defenderme de un nuevo atentado? A ti, ¿qué te parece?

- *Efendem*, tus inquietudes son un poco excesivas –sugirió el visir– el atentado de Kafîr, hijo de Mattâ, fue algo excepcional e imprevisible. No, no tienes nada que temer: tus emires están de parte tuya, y son más fieros que leones. Además, y para mayor seguridad, siempre es posible, si así lo deseas, escribir a los fidauis para pedirles su ayuda: eso no puede perjudicar...

Fue mencionar a los fidauis, sus rivales más detestados, y los emires, todos a una, pusieron las caras largas.

- ¡*Yânem*, no necesidad *hachchi tfauî*<sup>1</sup> enviar una carta...! –protestó Qalaûn. *Pâdishâh* escribe y luego ellos poner cara enfado, y decir siempre: “Sin nosotros El-‘Adel no ser sultán.” ¡*Vallahi billahi*, yo decir eso peligroso! ¡No necesitar *fidauis*, nosotros capaces muy bien!

- A fin de cuentas, Shâhîn, hay algo de cierto en lo que dice Qalaûn –concedió el sultán, admirado por lo justo de ese razonamiento– Es cierto que los fidauis andan enfurruñados conmigo, desde que me negué a verles cuando me retiré a la ciudadela de Damasco<sup>2</sup>: si ahora yo les pido ayuda, se van a pensar que todo les está permitido, y no habrá manera de controlarles. No, es preferible que yo no les escriba; aunque a cambio, si vinieran voluntariamente, no rechazaríamos su ayuda.

- Hágase tu voluntad, oh poderoso rey –asintió Shâhîn.

<sup>1</sup> Deformación de Qalaûn para “fidaui”.

<sup>2</sup> Ver *Muerte en el hamam*.

El sultán ordenó entonces a sus tropas que estuvieran preparadas para partir al día siguiente; mientras estaban con estos asuntos, y los soldados se afanaban en los preparativos, vieron llegar a Hasan El-Horâni\* y a Dibl El-Baysâni\*; ambos venían, expresamente para rendir homenaje al rey y felicitarle por su ascensión al trono. Encantado de verles, éste les obsequió con unos caftanes de honor y concedió a todos los territorios que controlaban una dispensa total de tasas e impuestos durante todo su reinado; el visir Shâhîn redactó en el acto un certificado en ese sentido y se lo entregó.

- Por cierto –continuó diciendo el rey–, cuando estuve en Damasco, reformando la organización del Estado, ¿por qué no vinisteis vosotros?

- *Efendem*, es que por aquel entonces no estábamos en nuestras tierras –respondieron ambos compadres–. Al volver, nos enteramos de que habías recibido la *bay'a* y que habías partido en campaña hacia El-‘Arîsh; así que hemos venido a echarle una mano y aprovechar la ocasión para felicitarte. Pero se diría que estás a punto de partir, ¿no?

- Sí, me voy a Yaffa: ¡tengo unas palabritas que decirle a Godofredo!

- Entonces ¡vamos contigo!

Al día siguiente, al son de los tambores y de las trompetas, el ejército se puso en marcha, camino de Yaffa, para ajustarle las cuentas al *babb* Godofredo. Y esto es lo referido a El-‘Adel Baïbars.

Volvamos ahora al infame Kafîr, hijo de Mattâ. Por supuesto que fue Yauán el que le había enviado con la misión de matar a El-‘Adel, animándole con sus falaces promesas: si le traía la cabeza de El-‘Adel, le garantizaba que Godofredo le nombraría visir y le daría la mano de su hija Bahyat El-Nûr. Así que, cuando el asesino regresó, montando el caballo del rey Baïbars, fue directamente a presentarse ante el Consejo del *babb* Godofredo, ante el que hizo una profunda reverencia.

- ¡Asunto arreglado, *abbone!* –le espetó a Yauán– ¡Fíjate bien, *babb*, en lo que tus servidores son capaces de hacer! –continuó, dirigiéndose a su señor.

- ¿Pero se puede saber, Kafîr, de qué me hablas? –le preguntó este último intrigado.

- ¡Yo he matado a El-‘Adel!

- ¡Pero qué dices! ¿qué tú lo has matado? ¿Estás de broma, o qué?

- En fin, cuando digo matado... En realidad, nadie en el mundo podría cumplir esa misión; cuando él está sentado en su trono: es tan majestuoso e imponente, que se diría que es Alejandro, hijo de Darío<sup>1</sup>. Pero en fin, al menos lo he herido gravemente, y no creo que sobreviva.

Kafîr les contó toda su batallita al *babb* y a Yauán, sin olvidar el robo del caballo de Baïbars, que quería regalar a Godofredo.

- ¡Qué me dices! ¡Por mi religión, *figlione!* –protestó Yauán– Sólo tú eres digno de montarlo... Pero en fin, ¡si me hubieras traído la cabeza del rey, me habrías hecho aún más feliz, y ahora yo estaría más contento que unas Pascuas!

<sup>1</sup> Según una vieja leyenda, recogida por numerosos cronistas árabes, Alejandro de Macedonia era el “hijo secreto” de Darío; Alejandro, al apoderarse del trono aqueménida, no hacía otra cosa que apropiarse de nuevo de su herencia.

- ¿Y qué quieres, *abbone*? Como dice el proverbio: “¡El gavilán es astuto, lo que hoy se le escape, lo atraparé mañana!” Cuando llegue El-‘Adel, yo mismo me encargaré de liquidarlo.

Ahora bien, Shîha no se había perdido nada de esta conversación, pues disfrazado, se había mezclado con la asistencia. No obstante, no se atrevió a acercarse demasiado, por temor de que Yauán le reconociera. Al escuchar las bravuconadas de Kafîr, sintió que la sangre le hervía en las venas, y se juró a sí mismo que haría todo lo imposible para que Yaffa fuera arrasada hasta su última piedra, como reparación para esa afrenta. Esa misma noche, él compró al cautivo que acabamos de presentar y le hizo salir en secreto de la ciudad, después de recomendarle que se presentara ante el rey El-‘Adel Baïbars, y le rogara que se pusiera inmediatamente en marcha hacia Yaffa, sólo le quedaba pedir que lo llevaran en litera. En cuanto a nosotros; pues bien sabemos que el rey, gracias a Dios, se había repuesto de su herida; aunque, se sentía todavía muy débil y sufría intermitentemente violentos dolores de cabeza.



## 10 – La toma de Yaffa

“De cómo los dos ejércitos se enzarzan en un duelo de campeones en el campo de justas, junto a las murallas de Yaffa, y cómo Kafir desafía a los emires de EL-‘Adel Baïbars, infligiéndoles una gran derrota, hasta que...”



**D**ías más tarde, mientras Godofredo presidía su Consejo, los patricios que vigilaban, apostados en las murallas, irrumpieron en la sala.

- ¡Nuestro *babb* –informaron–, hace un momento, una columna de polvo se elevaba en el horizonte, y cuando se ha disipado, hemos visto que se trataba de El-‘Adel Baïbars y del ejército de Egipto que se nos viene encima!

- Disparad una salva<sup>1</sup> de advertencia –ordenó el *babb*– ¡No hay que dejarles que se acerquen a las murallas!

Los soldados volvieron a las murallas y abrieron fuego contra el ejército musulmán, que se batió en retirada y fue a plantar su campamento fuera del alcance de los cañones.

- Muy bien, *abbone*, El-‘Adel Baïbars está a nuestras puertas: así que dime, ahora, ¿cuál es tu plan? –preguntó Godofredo al fraile Yauán.

- *Figlione*, eso será su desgracia: no nos va a molestar por mucho tiempo. ¡Eh, Kafir! –continuó–, ¿Todavía estás dispuesto a cumplir tu promesa?

- ¡Por supuesto, *abbone*: te aseguro que le voy a matar y a liquidar a todos sus hombres en el campo de batalla! ¡Y si fracaso, que me excomulguen de la religión de los *Cristiani*!

Dicho esto, Kafir se fue a recoger sus armas y preparar el equipo.

En cuanto a El-‘Adel Baïbars, pues se quedó en su campamento los tres primeros días, según la costumbre; al cuarto día, redactó una misiva a la atención de Godofredo, y

---

<sup>1</sup> “Disparar una salva” es una incongruencia del narrador, pues en la época del Baïbars histórico no existían aún cañones. El narrador, aquí, traslada esas medidas a la época de dominación otomana.



pidió un voluntario para llevarla a su destino y traerle la respuesta. Viendo que los emires no manifestaban ningún entusiasmo, Hasan El-Horâni se levantó y dijo así:

- ¡Está bien, ya que aquí nadie da un paso al frente, *dawlatli*, seré yo mismo que

llevaremos<sup>1</sup> ese mensajito! ¡Además, será un gran honor te dar ese servicio!

Y fue decir esto y salir como una exhalación a vestirse su cota de mallas, y armarse hasta los dientes, dirigiéndose hacia las murallas de la ciudad.

- ¡Ah de la guardia! ¡Mensajero y emisario! –gritó con voz de trueno, agitando el brazo con la misiva.

Y los centinelas fueron rápidamente a avisar a Godofredo:

- Nuestro *babb*, acaba de llegar un mensajero de los musulmanes. ¡Un tremendo gigante! ¡Con una enorme cabeza, brazos gordos como mis pantorrillas, y una voz que se diría la de un camello en celo!

- Ese *ghandar*, seguro que es un bandido de las montañas –intervino Yauán– que había oído hablar de las andanzas del Caballero sin Nombre. No puedo soportar a esa gente: dile que nos pase la misiva, pero no le traigáis aquí, que no queremos contemplar su cabeza de rata.

Los patricios regresaron pues a las murallas, hicieron bajar una cuerda y llamaron al capitán Hasan:

- ¡Eh, *ghandar*, sujeta la carta al extremo de la cuerda!

- ¡De acuerdo! –dijo éste poniéndose a ello.

Y cuando tuvieron la misiva en su poder, se fueron a llevarla a Godofredo, que la leyó inmediatamente:

*“Del rey El-‘Adel a Godofredo,*

*¿Se puede saber qué mosca te ha picado, perro Franco, concediendo protección a Frenhîch? ¡Si quieres salvar el pellejo, ya puedes ir entregándomelo, junto con Yauán y su fámulo, y además, me habrás de pagar los gastos de esta campaña! y si no, ¡sal a pelear!”*

Godofredo redactó en el acto la respuesta, que se ceñía únicamente a estas palabras:

*“Pues a la guerra iremos”.*

El sultán rasgó la misiva con desdén; luego, todo el mundo se fue a acostar. A la mañana siguiente, se abrieron las puertas de la ciudad, y los francos descendieron al llano. Los dos ejércitos se colocaron frente a frente, dispuestos a la batalla; luego, un patricio avanzó e hizo galopar y caracolear a su caballo, desafiando a los campeones

<sup>1</sup> El lenguaje de los ismailíes en este relato es muy peculiar, pues a veces conjugan mal los verbos y utilizan una construcción gramatical algo disparatada.

adversarios a un combate singular. Uno de los emires de la guardia de El-‘Adel Baïbars se adelantó y fue a su encuentro, matándole en el acto. Se presentó un segundo franco, al que le hizo morder el polvo. Al tercero, lo liquidó; al cuarto, lo barrió; al quinto lo hizo prisionero, y al sexto, lo dejó fuera de combate. En fin, que el valeroso emir se pasó el día matando a unos, y capturando a otros, lanzando sus desafíos y retando a los francos, hasta que los tambores dieron la orden de retirada y, caracoleando fieramente, al son de la fanfarria, el emir se fue a recibir las felicitaciones del rey, que le concedió un caftán de honor.

A la mañana siguiente, otro emir bajó al campo de justas y alcanzó aún mayores éxitos y gloria; así continuó la cosa durante quince días. Al final, no quedaba un solo franco que se atreviera a cruzar su lanza con los campeones musulmanes. Los reyes coaligados fueron a quejarse a Yauán.

- *Abbone* –le dijeron– ¡en verdad que tú deberías estar ahora mismo rezando unas buenas plegarias por nosotros!

- Pero, ¿qué ha pasado con Kafir hijo de Mattâ? –se extrañó el fraile maldito– ¿Por qué no ha salido aún a combatir?

- Ve tú mismo a pedírselo –le sugirieron.

Esa misma tarde, Yauán se reunió en privado con el malvado Kafir, en torno a unas buenas botellas de vino.

- Vamos a ver, *figlione*: hasta el momento no se puede decir que hayas brillado en el combate.

- ¡Eh, *abbone*, entre nosotros, no escasean los guerreros!

- Desde luego, *figlione*, desde luego; pero no hay ni uno que te llegue a la suela del zapato. Sólo tú puedes asegurarnos la victoria.

- O sea que –respondió Kafir–, ¿el ejército de los francos no puede acabar con los musulmanes?

- Pues eso parece.

- ¡Muy bien, mañana, no te vas a creer lo que vas a ver, *abbone*! –repuso el bandido con aires de suficiencia– ¡Si hubiera bajado desde el primer día, no se habría podido comprobar que yo era el mejor!

De modo que, al día siguiente, se colocó su armadura, y revestido con su cota de malla, acorazado de hierro, y armado de pies a cabeza, semejaba una roca desgajada de una montaña, o el castigo divino cuando cae sobre los infieles. Le trajeron su caballo, montó en la silla y avanzó entre los dos ejércitos, desafiando a los campeones del ejército enemigo. Entonces, se presentó un primer emir, al que mató. Un segundo emir, al que hizo prisionero, y así continuó a lo largo del día: ante él, los emires duraban menos que un puñado de gorriones entre las garras de un gavián. Por la tarde, cuando los tambores tocaron a retirada, Godofredo le acogió con entusiasmo, le besó en la frente y le concedió el título de Sable de Cristo.

Al día siguiente, todo se desarrolló de la misma forma. Al otro día, más de lo mismo. En fin, que Kafîr controló el campo de justas durante diecisiete días, a lo largo de los cuales, capturó a más de ochenta emires; hecho éste que a los musulmanes comenzó a inquietarles muy seriamente. En cuanto al rey, dado que su herida aún no estaba cerrada del todo, se veía obligado a quedarse apartado de los combates.

Un día, cuando Kafîr descendió al campo de justas, no encontró a nadie que respondiera a su desafío. Pero, en ese momento, una gran columna de humo se elevó en el horizonte: eran los ismailíes que llegaban como refuerzo, al mando de Fajr El-Dîn Yisr\*, montado sobre un hermoso caballo árabe, y blandiendo su larga lanza en la mano. Al ver a Kafîr, que andaba pavoneándose en el centro del llano, cargó sobre él a toda velocidad: los dos guerreros se encontraron en un terrible choque.

- ¡Eh, despacito, muchacho! –exclamó Kafîr.

- ¡Largo de aquí, miserable! –respondió el otro.

Y después de lanzarse multitud de injurias, se aprestaron al combate con el sable en mano; tras unos cuantos asaltos, cada cual se encontró en disposición de dar el golpe fatal al otro. Kafîr fue el primero en golpear; Fajr El-Dîn recibió el golpe sobre su escudo, pero el arma, dejando tras sí una estela de centellas, prosiguió su trayectoria, infligiéndole una profunda herida en el muslo. Al ver esto, los *fidauis*, creyendo que Fajr El-Dîn había sido herido de muerte, se avalanzaron sobre las líneas de los francos, rugiendo de cólera; Yauán, a su vez, se precipitó sobre el *shinyâr* y lo agitó frenéticamente, gritando:

- ¡Dale!

Y desde ese momento, se enzarzaron en cruel batalla; valiente contra valiente; caballero contra caballero; los campeones se enfrentaban a los campeones, tajando y dando estocadas, el alma plena de oscuros terrores. El afilado sable y la aguda lanza hacían su mortal trabajo, cortando y perforando las carnes sin defensa; las llamas de la guerra rugían, devorando guerreros, y, entre los regueros de sangre, parecía vislumbrarse el espectro de la muerte...

Y de pronto, los francos comenzaron a decaer y se retiraron en desorden, pisándoles los talones los guerreros del Profeta elegido, que les persiguieron hasta las mismas murallas de la ciudad, antes de volver a su campamento, recogiendo por el camino los caballos y armas abandonados. El rey El-‘Adel Baïbars, se sentó en su pabellón para recibir el homenaje de los combatiente por la fe. Ahora bien, Fajr El-Dîn seguía sin aparecer: sólo se había podido encontrar su caballo, abandonado en medio de la llanura. Este descubrimiento sumió en la más profunda aflicción a Sulaymân el Búfalo y a los *fidauis*, que le creían muerto como un mártir.



## 11 – Shîha pone sus condiciones

“De cómo se cruzan los destinos del capitán *fidai* Fajr El-Dîn Yisr y de Shîha, y de cómo, este último, astuto como buen beduino, consigue imponer sus condiciones, a cambio ayudarle a conquistar la ciudad de Yaffa...”



**P**ero lo que en realidad había sucedido era que, en el momento de la desbandada de los francos, el valeroso ismailí, decidido costara lo que costase a tomar la revancha contra Kafîr, había echado pie a tierra, dejando libre a su caballo; cambió su turbante rojo vivo por la capucha marrón de los *fidais* francos y, camuflado de ese modo, aprovechó la confusión que reinaba en el campo enemigo para mezclarse entre sus filas y de ese modo introducirse en Yaffa. Al caer la noche, se puso a buscar un lugar donde dormir y después de errar por las calles durante mucho tiempo, divisó una taberna; entró allí, pensando encontrar en aquel antro un refugio para pasar la noche.

La taberna estaba llena, y el tabernero, que no parecía sentirse demasiado cómodo, gritaba con voz atronadora desde el mostrador, rodeado de sus criados... De hecho, este tabernero no era otro que el mismísimo Shîha, como ya os habríais dado cuenta. Por supuesto, a la primera ojeada, reconoció a Fajr El-Dîn; corrió hacia él, le saludó, y le condujo a una estancia privada y provista de muebles de calidad.

- Estoy herido, patrón –le confesó Fajr El-Dîn–. Esos bandidos de las montañas... Pero, permíteme que me presente: me llamo Abd El-Ahad, y soy de Antioquía.

- No te preocupes –le respondió Shîha–. Yo soy un poco médico y sé bien cómo tratar una herida. Yo mismo te coseré ese tajo.

Shîha se fue a buscar agua caliente, le lavó la herida y le aplicó un emplasto; tras lo cual le sirvió una bandeja bien provista de comida. Pero Fajr El-Dîn, apenas había probado un bocado, cuando comenzó a perder el conocimiento y se desplomó al suelo, fulminado por el *benj*. Shîha lo ató con fuerza, y luego le suministró el antídoto.

- ¿Pero qué broma es ésta? –clamó indignado el capitán al volver en sí.

- Es para enseñarte a mentir –le replicó con sorna Shîha–. ¿No te da vergüenza, a ti, a un buen musulmán? Tú te llamas Fajr El-Dîn Yisr, y te has infiltrado en la ciudad para

librarla al enemigo. Así que no me queda otra que entregarte al *babb* Godofredo y a Frenhîch... ¡Pero hombre, no me pongas esa cara! –continuó Shîha sonriente, mientras el otro gemía desesperado–. Yo soy musulmán, como tú, y voy a ayudarte a tomar esta ciudad.

- Entonces, ¿quién eres tú?

- Shîha.

- Ah, vaya –replicó Fajr El-Dîn con gesto desconfiado–. ¿Eres tú el que quiere ocupar el lugar de Maarûf\*?

- ¿Acaso no sería preferible que los Ismailíes estuvieran bajo la bandera del rey?

- ¡Quiero suponer que me estás tomando el pelo! –le espetó Fajr El-Dîn– Está bien, ya basta de tonterías, ahora vas a desatarme.

- ¡Seguro, para que ahora te me echés encima! Primero júrame que no me atacarás.

El fidauí le dio su palabra, y Shîha le liberó de las ataduras.

- Y ahora, ¡vayamos al Consejo del *babb*! –vociferó Fajr El-Dîn–. ¡Tengo que ajustar cuentas con ese desgraciado de Kafîr!

- Ni hablar, quédate aquí tranquilo –protestó Shîha–. Soy yo el que va a traerte su cabeza, y, además, voy a entregarte a los dos reyes, a Yauán, a Bartacûsh, y liberaré a los prisioneros.

- ¡Ni hablar! ¡Lo que hay entre Kafîr y yo es algo personal, y soy yo quien lo va a arreglar, cara a cara!

- En ese caso, ¡que Dios te guarde! Yo me encargaré de liberar a los prisioneros y de abrir las puertas de la ciudad.

Una vez que se pusieron de acuerdo, los dos compadres esperaron hasta bien entrada la mañana. Entonces, Fajr el-Dîn se levantó y dijo:

- Shîha, te pongo por testigo de que parto al combate solo por la gloria de Dios<sup>1</sup>.

- Ojalá que Él te haga fácil todo lo difícil –respondió Shîha.

En cuanto se alejó Fajr El-Dîn, Shîha Salió de la taberna y se puso a llorar como una plañidera, llamando así la atención de un grupo de patricios que pasaba por allí.

- Dinos, ¿qué te sucede? –le preguntó uno de los patricios.

- ¡Ay, ay! –sollozó el astuto Shîha–, me acabo de enterar de que mi madre ha muerto en Acre, pero yo no puedo ir porque tengo que mantener esta taberna...

- Está bien, ¡yo te la compro! –le propuso el patricio que le había preguntado.

Y así fue cómo Shîha vendió su taberna por la bonita suma de dos mil monedas de oro... ¡pues sí, porque Shîha era un pícaro redomado! Concluida la venta, se ocultó bajo el aspecto de un viejo encorvado sobre un bastón, y se dirigió pasito a pasito hasta la prisión, a la vez que lanzaba unos suspiros y lamentos, capaces de partirle a uno el corazón.

- A ver, y tú, ¿qué quieres, *bicho*<sup>1</sup>? –le soltó el carcelero.

<sup>1</sup> Con ese juramento, Fajr El-Dîn quiere mostrar que él es un *muyâhid*, un guerrero voluntario que lucha tan solo por la fe, en contraposición a los soldados de un ejército normal, que únicamente combaten por la soldada.

- Ay, mi buen amigo, yo era carcelero en El-‘Arîsh; mis cuatro hijos mayores murieron durante el saqueo de la ciudad, muertos a manos de los musulmanes. Sólo yo conseguí huir hasta aquí.

- Bienvenido seas, *bicho* –le soltó apiadado el otro–. Ven a sentarte un rato aquí conmigo.

Shîha no se lo hizo repetir dos veces. Al cabo de un rato, el carcelero volvió a tomar la palabra.

- Escucha, *bicho*, tengo que acercarme a mi casa un momento; vigila tú la prisión hasta que yo vuelva. Toma, aquí tienes las llaves.

En cuanto el carcelero se hubo dado la vuelta, Shîha aprovechó para ofrecer a los guardias unos racimos de pasas, bien sazónada de *benj*; nada más caer en un profundo sueño, los degolló limpiamente, abrió la puerta de la mazmorra, liberó a los cautivos y les entregó sus armas. Cuando salían de la prisión, escucharon unos gritos: era la voz de Fajr El-Dîn Yisr. Éste no se había quedado con los brazos cruzados; después de separarse de Shîha, se presentó en la sala del Consejo, en donde se encontraba Godofredo, flanqueado por Frenhîch, Yauán y Bartacûsh. Kafîr estaba ante ellos, y conversaba con el monje maldito.

- ¿Qué pasó ayer entre tu adversario, ese Fajr El-Dîn Yisr, y tú? –le preguntó Yauán.

- Lo herí; creo que no sobrevivirá...

- Pues yo... preferiría estar bien seguro. Hay que buscar a alguien que pueda darnos información...

- ¡Yo mismo te la puedo proporcionar, *abbone!* –intervino Fajr El-Dîn avanzando unos pasos.

- ¿Y tú quién eres? –le pregunto Yauán extrañado.

- Soy un soldado del ejército del *babb*; yo estuve en la batalla y vi lo que le pasó a Fajr El-Dîn después de que le hirieran; se disfrazó y se introdujo en Yaffa, en donde se ha encontrado con Shîha, que andaba haciéndose pasar por tabernero, y fue el mismo Shîha el que le curó la herida. Después, Fajr El-Dîn juró cortarle la cabeza a Kafîr en medio del Consejo del *babb*. Y, de hecho, ¡aquí estoy! ¡En guardia, Kafîr! ¡No vayas a decir que Fajr El-Dîn te ha matado a traición!

Fue hablar de este modo y, de pronto blandió su *shâkriyyeh\**, embistió contra Kafîr, y, de un tajo, lo decapitó; luego, agarró la cabeza y se la colgó de la hebilla de su cinturón. A la vista de esto, los dos reyes, Yauán y su fámulo, huyeron espantados, al tiempo que Fajr el-Dîn gritaba a pleno pulmón:

- ¡*Allâh akbar!* ¡Conquista y victoria! ¡Muerte a los infieles! ¡Por el honor de nuestro señor Muhammad, el Profeta de la radiante frente!

Al salir de la sala del Consejo, vio a los emires liberados por Shîha, que venían en su ayuda. Al ver su retaguardia protegida, se lanzó contra los francos que afluían de todas partes hacia él. Mientras tanto, Shîha buscaba desesperadamente la ocasión para abrir

---

<sup>1</sup> En castellano, “animal”; término familiar utilizado por los francos en el “Baïbars”.



las puertas de la ciudad, pero la muchedumbre de francos era tal, que tuvo que renunciar.

El combate duró todo el día, desde la aurora hasta el anochecer: por fin, Fajr el-Dîn, siempre acompañado por los emires, consiguió abrirse camino hasta las puertas, detrás de las cuales, el rey, avisado por sus gritos, esperaba impaciente a la cabeza de sus tropas. Con tan solo un espadazo, el heroico *fidaii* rompió los candados; todos los batientes se abrieron de golpe, y El-‘Adel Baïbars penetró en Yaffa, capitaneando al ejército de Egipto y a los Ismailíes, y perpetrando una terrible masacre entre los infieles.

Ese mismo día, el rey se batió como un león, sembrando el terror entre las filas de sus enemigos. Ahora bien, mientras los afilados sables cumplían con su cosecha de muerte, los descreídos sufrían por adelantado los tormentos del infierno, y la sangre corría por la tierra como el agua que brota de un canal roto, Godofredo se lamentaba a voces y le gritaba a Yauán:

- ¡Ya lo ves, ha sucedido lo que tanto me temía! ¡Tú y tus desgraciados consejos!

- ¡Déjame en paz y espérame aquí! –replicó Yauán enojado–. Me voy a la capilla a consultar a mis antepasados...

Levantándose, rozó la mano de Bartacûsh, para indicarle que saliera discretamente y le ensillara su mula. Pero Frenhîch y Godofredo, que ya empezaban a conocerle, se dieron cuenta de que se disponía a escurrir el bulto y largarse, y se pegaron a sus talones, sin separarse ni un pelo. Aunque de mala gana, el fraile maldito les condujo hasta un pasaje secreto que llevaba a las afueras de la ciudad. Dejémosles correr, no se pierde nada por esperar...

Mientras tanto, el rey El-‘Adel Baïbars y su ejército seguían combatiendo sin parar a los francos, que acabaron por pedir una tregua; el rey también les concedió la gracia sobre sus vidas y bienes, y luego mandó a buscar a los dos reyes, a Yauán y a Bartacûsh, pero por supuesto, sin éxito alguno. Así que tomó asiento en su pabellón real, rodeado de los grandes del reino y de los jefes del ejército de Egipto, y los combatientes por la fe desfilaron uno tras otro ante el rey para presentarle sus respetos y felicitarle por ese triunfo sobre los infieles. El valiente capitán Fajr el-Dîn se presentó el último.

- ¡Dios quiera que siempre veas a tus enemigos en esta situación! –exclamó, arrojando a sus pies la cabeza de Kafîr hijo de Mattâ.

- ¡*Afarem*<sup>1</sup> a ti! Ojalá Dios te conceda larga vida, a ti y a tu tribu, capitán. ¡Que Dios te recompense, pues eres un auténtico y valeroso caballero! Pero dime: ¿cómo has conseguido vencer a los infieles?

- ¡Por mi fe, *jauwand*<sup>2</sup>, por la vida e mi padre, a decir verdá: sin la ayuda d’esi ojetillo e Shuîa<sup>1</sup> (Shîha), jamás habríamos podido, como quien dici, ni biber un trago d’agua d’esta ciudá!

<sup>1</sup> “Bravo”, “bien jugado”: expresión turca.

<sup>2</sup> “Señor”, término de origen persa; así se suelen dirigir los Ismailíes a Baïbars.

Le contó fielmente lo que había sucedido durante el asalto a la ciudad; tal relato impresionó mucho al rey El-‘Adel, y a los capitanes *fidauis*.

- ¡Uy, maldición! –se decían unos a otros– ¿no es esi el pequiñajo que quiere ser nuestro sultán?

- ¡No mi toméis el pelo, compadres! –intervino Achbûr– ¿Qué tinemos que ver nosotros con esi iscuálido abortillo?

En tanto andaban los ismailíes con esas disquisiciones, se fijaron en que el principal aludido, que llegaba hacia ellos atravesando la llanura, andando a grandes zancadas; llegado al pabellón real, hizo una profunda reverencia ante el sultán, antes de preguntarle:

- Oh, rey, ¿por qué te quedas aquí?

- Escucha, hermano –respondió el rey– es que espero poner la mano encima de los dos reyes, de Yauán y de Bartacûsh, para darles un castigo ejemplar. Aunque ¿es posible que tú conozcas el paradero de esos malditos perros?

- *Efendem*, mientras ellos continúen a la sombra de Yauán, tú no podrás hacer nada en su contra, a pesar de todo tu ejército. Así que, sin pretender dar una orden a tu majestad, yo te aconsejaría que te pusieras ya en marcha y volvieras a El Cairo, para tomar en tus manos las riendas del Estado e instalarte definitivamente en el trono; en cuanto a mí, ¡yo acabaré, tarde o temprano, echando el guante a tus enemigos, así se encuentren en los confines del mundo!

Tras estas palabras, el señor Yamâl El-Dîn Shîha se dio la vuelta y desapareció. Dejémosle con sus sinuosos caminos y sus misteriosas acciones, y volvamos al rey El-‘Adel Baibars: éste procedió a repartir el botín, dando a cada cual lo que por derecho le correspondía, después de reservar una quinta parte para el tesoro de los musulmanes, conforme a la ley del Profeta. Después, los valerosos *fidauis*, recibida la parte que les tocaba, recogieron sus estandartes y regresaron a sus ciudadelas y fortalezas, con el corazón lleno de sombríos presentimientos, pues el rey les había dado a entender con palabras encubiertas, que él sostenía las pretensiones de Shîha.



<sup>1</sup> Los Ismailíes, enormes y musculosos mocetones, de aspecto hercúleo, simulan despreciar a Shîha por su pequeña estatura y aspecto regordete.

## 12 – El pachá de los calvos

“De cómo Baïbars regresa a El Cairo, sube por fin al trono de Egipto y, al escoger la espada oculta, aparece en su hoja la inscripción: “Rogad por el rey victorioso”, tomando desde entonces el sobrenombre de El-Zâher. También nos encontramos aquí de nuevo a su escudero Otmân, la Flor de los Truhanes de El Cairo, haciendo de las suyas...”

El narrador prosiguió su relato...



**H**abéis de saber, oh distinguida audiencia, que el rey pasó la noche en Yaffa. Al día siguiente, dio la orden de ponerse en marcha camino de el Cairo. Días más tarde, acompañado por los visires y los grandes del reino, alcanzó la Jâniqa<sup>1</sup>, en donde hizo un alto. Aprovechando esa parada, el gran visir, envió un mensajero a la capital para anunciar la llegada del rey El-‘Adel Baïbars, para que la población saliera en masa a recibirle. Disfrutando de esa acogida por su regreso, el rey hizo una entrada solemne a la cabeza de su ejército, entre la alegría generalizada, y con la ciudad adornada en su honor. Aquel fue un día memorable, en el que hasta las jovencitas y las recién casadas salieron de sus casas para aclamar al cortejo.

El rey, como era habitual, se fue a sus cuarteles en la Ciudadela, e inmediatamente se presentó en el harén, en donde su esposa le recibió como la tierra sedienta acoge las primicias de la lluvia. Le refirió las peripecias de su agitado viaje, y la decisiva ayuda que había recibido del Caballero sin Nombre.

- ¡Ah, reina mía! –suspiró El-‘Adel Baïbars–, ¡cuántas veces me habrá salvado la vida ese muchacho, sin querer decirme jamás su nombre! Pero la próxima vez que me lo encuentre, no pienso dejarle partir sin que antes me haya dicho quién es y cuáles son sus orígenes. ¡Y como insista en mantener esa actitud misteriosa, yo mismo lo mataré! ¡A fin de cuentas, ese persistir en el secretismo acaba rayando en la insolencia! ¿Acaso has oído hablar alguna vez de un hombre que no tenga nombre?

<sup>1</sup> Dicho lugar se encuentra a media etapa de El Cairo; tradicionalmente, las tropas hacían allí un alto en el camino, antes de hacer su entrada solemne en la capital.

*Y el narrador prosiguió...*

Nobles señores, habéis de saber que el rey, después de pasar la noche en el harén, a la mañana siguiente se fue al Consejo, sentándose en el trono de nuestro señor José el Verídico<sup>1</sup>, rodeado de sus visires, de los grandes del reino y de los dignatarios del Estado, tanto militares, como funcionarios; por fin le dieron la *bay'a* como sucesor del Profeta, a condición de que gobernara conforme a la santa ley de Muhammad –que sobre él sean mil plegarias y saludos– y garantizara la protección de los Santos Lugares y de la mezquita de Jerusalén. *El Sheij El-Islam*<sup>2</sup> dio lectura pública al acta, luego condujo al rey, con los ojos vendados, a la sala de las armas preciosas, de donde tomó una espada al azar, saliendo con ella en la mano. Sobre la hoja de esa espada se hallaba grabado lo siguiente: “Rogad por el rey victorioso”; de ahí que desde ese momento, Baïbars tomara durante su reinado el sobrenombre de El-Zâher, que significa “el victorioso”<sup>3</sup>. Al momento, los cañones de la Ciudadela dispararon salvas de honor, y clamores de alegría estallaron por toda la ciudad.

Al viernes siguiente, Baïbars se presentó en la mezquita de El-Azhar para rezar allí la plegaria común; los predicadores pronunciaron su sermón en su nombre. A la salida, el rey distribuyó puñados de monedas de plata entre los pobres y menesterosos, antes de regresar de nuevo a la Ciudadela, en donde se retiró al harén. Al día siguiente, tras tomar asiento en el trono real, confirmó a los dignatarios en sus funciones. De ese modo, el emir Ahmad, hijo de Aïbak\* fue nombrado visir encargado del *odyak*<sup>4</sup> de los Turcomanos, mientras que Izz El-Dîn El-Hilli\* lo fue de los Kurdos, y Edamor, a la cabeza de los Turcos Bahadoris. Taqtemûr\*, el hermano del rey, y Yusef Edaghmûsh, su sobrino, también fueron nombrados visires. En cuanto a Qalaûn El-Alfi, fue nombrado gran visir del lado izquierdo<sup>5</sup>, al mando de los Tcherkesses; mientras que el agha Shâhîn, naturalmente, siguió como visir del lado derecho.

Tras haber reorganizado el Estado, el rey gobernó con sabiduría y equidad; reprimiendo las injusticias y los abusos; amnistió a los prisioneros, redujo las tarifas de las aduanas y suprimió los impuestos ilegales. Y hete aquí que, un día, mientras presidía su Consejo, siempre atento y vigilante, apelando a la plegaria y a la salutación de Dios

<sup>1</sup> Según la tradición musulmana, el profeta José reinó en Egipto.

<sup>2</sup> Entre los títulos otomanos, éste lo ostentaba el gran muftí, primer dignatario religioso del Estado; aquí su uso es anacrónico.

<sup>3</sup> El-Zâher era, en efecto, el sobrenombre que tomó Baïbars durante su reinado, pero este ritual de la espada, evocado en varias ocasiones a lo largo del relato, es probablemente fruto de la imaginación de los narradores. No obstante, hay que señalar que habitualmente Baïbars aparecerá mencionado con este nuevo nombre.

<sup>4</sup> Término turco que designa a un destacamento del ejército, con frecuencia, formado en base a una afinidad étnica.

<sup>5</sup> Es decir, responsable de los asuntos militares.

sobre el Profeta árabe en cuya mano reverdecen las hierbecillas secas; el lector de El Corán recitó los santos versículos y pronunció la última invocación; luego, el *shauísh alam*<sup>1</sup> proclamó:

- Oh, rey, no seas orgulloso: ¡la verdadera realeza sólo pertenece a Dios, el Único, el Triunfante!

- ¡Gloria a Aquel que concede la realeza a quien él quiere entre Sus criaturas! – respondió el rey–. ¡Quien tenga alguna petición que formular, que lo haga saber! ¡Que el que pida reparación por una injusticia tome la palabra!

Habiendo pronunciado estas palabras, volvió su mirada a izquierda y derecha; todo el mundo guardaba silencio, con los ojos respetuosamente mirando hacia el suelo. En ese instante, los cortinones que cerraban la puerta se abrieron (¡ojalá Dios no prive de Su protección a ninguna de Sus criaturas!) y se vio entrar al *osta* Otmân hijo de la Gorda\*.

- ¡Saúos soldaito! –le espetó al rey– Di ¡gloria a Dios! Di ¡Alabao sea Dios! Así que t’has convertío en un pez gordo, *kif-kif*<sup>2</sup> qu’el viejo jefe Sâleh, t’has forrao, y has dao galones a to’l mundo, y yo, ¡yo m’he quedao *osta* Otmân, como antes, ni más, ni menos! Cucha, amigo, ¿t’has olvidao que semos compadres ante la Dama? Ahora, se diría que t’haces el interesante, pero ¿sabes?: a mí no me la das: ¡pronto t’has olvidao de que yo t’he conocío sin un céntimo, cuando no eras más qu’el señor piojoso y compañía, con tus palaferneros remendones, y cuando t’ibas a beber de gorra zumo regaliz aonde el *cadi* Yahya!

- ¡Está bien, es suficiente, viejo hermano! –le interrumpió El-Zâher Baïbars, decidido a poner fin a aquella desmesura de palabras– ¿No sería mejor que me dijeras claramente y de una vez adonde quieres ir a parar?

- ¡Vaya, pos ya era hora! ¿Asín que de veras t’has convertío en rey d’Egipto?

- Que traigan un caftán de honor –ordenó el rey, que acababa de recordar la promesa hecha a su compañero.

Trajeron el caftán y se lo pusieron a Otmân sobre los hombros, mientras el Consejo pronunciaba las palabras rituales:

- ¡Bendito sea! ¿Cuál será su función?

- ¡Otmân queda nombrado jefe de los palaferneros y *amîr ajôr*<sup>3</sup> encargado de las caballerizas reales! –respondió el rey–. A partir de ahora, todos los palaferneros estarán a sus órdenes.

- ¡Es digno de ello! –replicaron los asistentes al unísono–. Es el hombre que conviene para ese cargo.

- ¿Y eso es tó? ¿Chaval? –replicó Otmân, interrumpiendo la ceremonia.

- ¿Y qué más quieres?

- Pos verás, coleguilla: lo que más m’apetece es que me pases un pelpá<sup>1</sup>... eesooo, amos, un cacho e papel to’escrito y demás: un firman, pa que cada vez que m’encuentre

<sup>1</sup> Oficial del Consejo encargado de recordar al rey su insignificancia ante la omnipotencia divina. Durante su juventud, Baïbars ocupó este cargo junto al rey El-Sâleh (ver *Flor de Truhanes*).

<sup>2</sup> “Igual que”.

<sup>3</sup> El “Jefe de las caballerizas reales” es un título equivalente al de condestable.

a un calvo tenga que pagarme un ipuesto de veinte moneas, ¡y lo mesmo pa tos los que s’han peleao con su costilla!

- ¡Vaya una idea de chiflados! –le replicó El-Zâher, estallando de risa– Vamos a ver, pedazo de tonto, ¿qué tiene que ver eso con tu nuevo cargo? Y, además, ¿dónde los vas a encontrar, a tus calvos y a tus maridos irascibles?

- No t’impriocupes por eso, mi soldaito, y dame ya ese pelpá; ¿es que t’estoy pidiendo la luna, o qué?

El-Zâher Baïbars le redactó el firman que pedía, puso su sello y rúbrica y se lo entregó a Otmân que se marchó con él bajo el brazo, todo contento. Más tarde volveremos a ello.

Tras su partida, el rey volvió a sumergirse en el examen de las súplicas y peticiones. Al cabo de un rato, la cortina volvió a abrirse y se vio entrar a un joven de hermoso aspecto, cuya mirada respiraba honor y valentía. Se acercó hasta el sultán, y le saludó con una exquisita deferencia.

- ¡Bienvenido seas, hijo mío! –le dijo El-Zâher Baïbars– ¿Cómo te llamas y qué quieres de mí?

- Oh, Servidor de los Santos Lugares, mi nombre es Ibrahim Ibn Sharâra, y vengo a solicitarte un puesto al servicio del Estado. Fui yo el que escoltó a la reina Tâch Bajt desde El-‘Arîsh hasta El Cairo, y ayudé al Caballero sin Nombre. En fin, lo hecho, hecho está, y, como se suele decir: “el que trenza sus propias coronas no tendrá otra recompensa”. De modo que aquí estoy, y me someto a ti, que eres un océano de equidad y de justicia.

Una vez pronunciadas estas palabras, sacó una carta de su bolsillo y se la entregó al rey, que la cogió y, tras las fórmulas e invocaciones de cortesía al uso, leyó lo siguiente:

*“Del Caballero sin Nombre al jawand Baïbars:*

*Mi rey, tengo el honor de poner en tu conocimiento que las razones que me han empujado a escribirte estas líneas son, ante todo, la tristeza que me causa tu ausencia y, después, informarte de que el portador de la presente, Ibrahim Ibn Sharâra, nos ha rendido un señalado servicio. Por todo ello, te suplico que le concedas un puesto que le pueda convenir al servicio del Estado.*

*Saludos.”*

- ¡Que traigan un caftán de honor! –ordenó el rey.

- ¡Bendito sea! ¿Cuál será su cometido? –entonaron los asistentes cuando impusieron al joven el caftán sobre los hombros.

---

<sup>1</sup> En el lenguaje de Otmân: “papel” “firman” “mensaje”.



- Yo le nombro Jefe de la Aduana de El Cairo<sup>1</sup>; su salario y gastos de manutención y equipamiento correrán a cargo del tesoro real.

- ¡Digno es de ello, pues es un valiente caballero! –respondió a coro toda la asistencia.

En el acto, el escriba del Consejo tomó nota de su nombre en el registro de funcionarios reales y le asignó unos emolumentos convenientes. Así fue como Ibrahim Ibn Sharâra salió del Consejo con la cabeza alta, orgulloso de la distinción que le había sido concedida... No hemos acabado aún con él, pero ¡paciencia! Cada cosa a su tiempo; mientras tanto, que todos los que estén prendados de la belleza del Profeta elegido no dejen de implorar por él una oración y un saludo.

*El narrador prosiguió así con su historia...*

Al cabo de tres días, mientras presidía su Consejo, el rey se acordó de repente del *osta* Otmân y de los dos firman que le había entregado, por decirlo de alguna manera, o más bien que Otmân le había arrancado a la fuerza, instituyendo una tasa sobre los calvos, y otra, sobre los maridos irascibles. Volviéndose el rey hacia su gran visir, el agha Shâhîn El-Afram, le susurró:

- Mi querido visir, me gustaría saber por dónde anda el *osta* Otmân, hijo de la Gorda. Tengo como un presentimiento desagradable... ¿Y si nos disfrazamos tú y yo, y nos damos una vuelta por las calles de El Cairo? Podríamos tal vez cruzarnos con el *osta* Otmân y ver cómo se comporta. Y aunque no le encontráramos, quién sabe si no hallaríamos alguna injusticia que reprimir o un abuso que castigar. Para mayor seguridad que nos acompañen los visires Edamor y Qalaûn.

- A tus órdenes, oh, poderoso rey –asintió el visir.

Acto seguido, el rey levantó la sesión y el Consejo se dispersó. Acompañado de Shâhîn, de Qalaûn, y de Edamor el Campeón, el rey se fue a la sala de disfraces, y los cuatro hombres, con la apariencia de derviches qalandars<sup>2</sup>, salieron del palacio por una poterna secreta. Pronunciando las invocaciones rituales, recorrieron durante bastante rato las calles de la ciudad. Al llegar finalmente a Bâb El-Shaariyyeh, allí avistaron al *osta* Otmân, montado sobre su mula y seguido de su banda de muchachos descarriados y arrepentidos: allí estaban Harhash\*, Oqereb\*, el Hijo de la Larga\* y todos los demás. Otmân, plantado delante de la tiendecilla de un barbero, contemplaba con deleite a un hombre calvo, que se estaba terminando de rasurar la cabeza.

- Observa bien al *osta* Otmân –recomendó el rey al Hâch Shâhîn. ¡Vas a ver cómo le despoja de su dinero a ese pobre hombre!

---

<sup>1</sup> Para un emir beduino es un puesto bastante raro; pero al parecer, el narrador ha modificado aquí los rasgos de su personaje que, en este episodio y el siguiente, Ibrahim Ibn Sharâra aparecerá como un *shâter*, un joven valiente de los barrios marginales, devoto de las artes marciales y del culto al honor.

<sup>2</sup> Ascetas errantes, con frecuencia procedentes de Persia o de Asia Central. Su comportamiento excéntrico y los poderes mágicos que les achacaban, hacían de ellos objeto de desconfianza; por tanto, tomar esa apariencia era un buen medio de alejar a los inoportunos.

- ¡No seas demasiado severo con el *osta* Otmân, oh Servidor de los Santos Lugares – intercedió Shâhîn– Es un “bendito”, y no se le puede acusar de rapacidad: ¡a fin de cuentas, veinte paras, no son nada para ningún hombre!

Mientras andaban en estas reflexiones, el barbero había terminado de rasurar a su cliente calvo; le tendió el espejo, el otro lo cogió, se puso el turbante y se examinó atentamente; luego sacó veinte paras del fondo de su bolsillo, se los entregó al barbero y se marchó. Apenas había franqueado la puerta de la barbería, cuando el *osta* Otmân se le atravesó en medio del camino.

- ¡Ya stás aflojándome veinte moneas, compadre! –le lanzó de sopetón.

- ¡Y a cuento de qué te las iba a dar a tí, Flor de Truhanes! –protestó el otro– ¡No me digas que has vuelto a las andadas y a llenarte los bolsillos! ¡pero si todo el mundo sabe que hace años que te arrepentiste! Y, además, ahora eres un pez gordo; te han hecho jefe de los palafreneros del sultán.

- ¡Con que argumentando! ¿eh, cabroncete? Yo tengo al padre la Firma<sup>1</sup> e mi lao; me l’ha dao el mismísimo patrón Zâher: tos los calvos están obligaos a soltarme veinte moneas. Toma, ahí tiés el pelpá, míralo y verás qu’es verdá.

Otmân sacó su firman, y uno de los que pasaban por allí y que se había acercado al remolino de gente, lo leyó en voz alta:

*“Por orden y privilegio del rey El-Zâher, se autoriza a Otmân a percibir veinte paras sobre la cabeza de cada calvo.*

*Toda protesta o desobediencia a la presente orden será castigada”.*

Al ver que no se trataba de una broma, el pobre desgraciado intentó ablandar a Otmân:

- Oh, pachá de los calvos, perdóname por esta vez; por el amor de Dios: yo soy un pobre hombre, y de verdad que no llevo ahora mismo ni un céntimo. La próxima vez que venga al barbero, te pagaré tarifa doble.

- ¡Pero tú qué t’has creído, cacho e maricón! ¿Tomas a Otmân por una paloma? ¡Venga, suelta la pasta, o t’hago volar los carrillos de tu jeta!

- Escucha, ¡te acabo de decir que no llevo encima ni una moneda! –protestó el otro–. ¡Ya esta mañana me he peleado con mi parienta que me andaba pidiendo dinero para pagar el hamam!

- ¡Ah, hijo e perra! ¡ah, canalla! –exclamó Otmân lleno de júbilo–. ¡Mu bien, pues con eso, me tiés que pagar cuarenta paras d’unatacá!

Sacó de un tirón su otro *firman*, e intimidó al calvo para que metiera la mano en la bolsa. El otro, al ver que no había forma de deshacerse de aquella pesadilla, se puso a alborotar a la gente que le rodeaba a voz y en grito:

<sup>1</sup> Quiere decir que él tiene de su parte al que ha redactado y extendido el “Firman”.

- ¡Ah, buenas gentes, qué desgracia! ¡Ved cómo se nos trata! ¡Cómo se puede aguantar tanta injusticia! ¡Que el buen Dios se la devuelva a El-Zâher! ¡Cómo se le habrá ocurrido semejante idea; darle ese firman al hijo de la Gorda!

- ¡Eh, capullo! ¿Pero es qu’entavía n’has acabao de largar? –intervino Otmân–. No t’hagas el mártir; yo jecuto la voluntá el sultán, y punto. ¡Pero yo te conosco, gallito mío! Tú lo qu’eres es un desplumao, d’esos duros de roer! ¡P’hacerte apoquinar hay qu’emplearse a fondo! ¡Pos güeno, amos a ocuparnos de tí!: ¡Eh, Harhash, compadre mío, y tú, Oqereb, jodío hijo e puta, *shafa*<sup>1</sup>! ¡Ponérmelo pa bajo a esta basura!

El pobre hombre fue tendido en el suelo, con el vientre pegado a la tierra, y Otmân se dedicó a sacudirle una buena tanda de garrotazos; no dejó de pegarle hasta que gente caritativa, compadecidos por los gritos del desgraciado, le pagaron a Otmân los cuarenta paras.

*Y el narrador continuó...*

Pero, todo lo que allí estaba pasando sucedía ante los ojos del rey El-Zâher. Profundamente indignado ante ese espectáculo, se inclinó hacia el gran visir.

- Ves, Hâch Shâhîn, tú me decías que veinte paras no son nada, pero Otmân ya le ha extorsionado cuarenta a ese pobre hombre: veinte, porque era calvo, y otros veinte por haber regañado con su mujer.

- Un caso así no se debe dar con frecuencia, oh, Servidor de los Santos Lugares – objetó el visir.

- Con una vez basta, hermano. Ya es suficiente: vete a buscar a Otmân y recupérame ese maldito firman. Mi señor, el difunto rey El-Sâleh Ayyûb, me lo había repetido muchas veces: “Mientras duermes, el oprimido te maldice, y su maldición sube hasta el Cielo, cuyas pupilas ignoran el sueño.”

- A tus órdenes, oh, Servidor de los Santos Lugares. Voy a esforzarme en recuperar ese firman del *osta* Otmân sin provocar un escándalo.

Alejándose de El-Zâher, siguió discretamente a Otmân; cuando hubo doblado una esquina de la calle, le alcanzó y detuvo a su mula, cogiéndola por la brida.

- Anda, ahora un derviche –rezongó–. Sigue tu camino, *bâbeh*<sup>2</sup>, y qu’el güen Dios s’apiade e ti y t’ayude: yo no tengo ná que darte.

- ¡Mira bien a quien tienes ante tí, sheij Otmân! –insistió Shâhîn retirándose el velo con el que se tapaba la cara.

- ¡Ay va, el Hâch Shâhîn s’ha hecho derviche! ¿Qué t’ha pasao, colega? ¿El soldaito t’ha despedío y t’has quedao pelao, o qué?

- ¡Nada de eso, Otmân! Sigo siendo gran visir, es simplemente que he salido disfrazado a dar una vuelta con el sultán. Y ya que estoy aquí, dame ese firman que llevas en la mano: El-Zâher quiere ponerle el gran sello real, que se olvidó el otro día.

<sup>1</sup> “Darle de bastonazos” en turco imaginativo.

<sup>2</sup> “Padre”: tratamiento de origen persa que se da a los derviches.

- ¡A ver, Hâch Shâhûn! ¿de veras tomas a Otmân por un descerebrao? Di más bien qu’el soldaito Nénars m’ha visto sacudir n’el promontorio a ese desplumao. ¡Ta bien, toma; quéate con tu pelpá; yo ya no lo quiero!

El visir Shâhûn, una vez recuperados los documentos, se los llevó al sultán, que los rasgó en el acto. En cuanto al ota Otmân, regresó a las caballerizas reales y no quiso saber nada más de percibir aquellas tasas.



## 13 – Un asunto tenebroso

“De cómo el rey El-Zâher Baïbars, paseando con el visir Shâhîn, ambos disfrazados de derviches por las calles de El Cairo, descubren a un perverso brujo que había secuestrado a Hasan, hijo de un rico mercader de El Cairo, para llevárselo con él a Las Indias en busca de...”

*El narrador prosiguió su relato...*



**M**as he aquí que, ese día, le ocurrió al rey el-Zâher Baïbars una aventura muy extraña, que os voy a contar ahora mismo. Cuando Otmân se hubo alejado<sup>1</sup>, el rey continuó con su inspección a lo largo de las calles, siempre acompañado por el gran visir. Al constatar que la seguridad y el orden reinaban por todas partes, y que sus súbditos andaban en sus ocupaciones en paz y armonía, el rey alabó a Aquel que dispensa todos los bienes; luego, dirigiéndose a su visir:

- Mira, hermano Shâhîn, ¡esta ciudad es dulce como una taza de leche! –señaló.
- Por supuesto, oh Servidor de los Santos Lugares: haga Dios que esta situación se prolongue –respondió Shâhîn, que conocía bien el mundo.

Y fue entonces, mientras atravesaban una callejuela que llevaba al Puerto del Nilo, la que da sobre el muelle fluvial, cuando el rey se fijó en un derviche *qalandar* que caminaba por la calle a grandes zancadas, tirando del ramal de un asno cargado con un enorme cofre.

*El narrador prosiguió su relato...*

Justo cuando iba a franquear la entrada al puerto, un hombre joven se le atravesó en el camino: por su aspecto, parecía un bravuconcillo de barrio, pero, al observarlo más atentamente, El-Zâher Baïbars reconoció a Ibrahim Ibn Sharâra: ¿os acordáis?, el muchacho al que había nombrado hacía pocos días inspector jefe de la aduana.

<sup>1</sup> Ver capítulo anterior “VII.12 - El pachá de los calvos”.

El valiente Ibrahim se acercó al derviche en el momento en que éste iba a acceder al puerto, y, deteniendo su asno, le preguntó:

- ¿Adónde vas, *bâbeh*? ¿Y qué llevas en ese cofre?

- Ay, hijo mío –le respondió zalamero–; como puedes comprobar no soy más que un pobre derviche: este cofre solo contiene unos pocos vestidos viejos y sin valor. Vuelvo a mi casa, a Bursa<sup>1</sup>: hace sus buenos cincuenta años, ya ves, que no he visto el lugar donde nací, y siento nostalgia de mi terruño...

- Ojalá Dios te guíe a buen puerto y te conceda la alegría de volver a encontrarte con los tuyos –respondió Ibrahim, con la mayor cortesía–. No obstante, *bâbeh*, tengo que inspeccionar tu equipaje, igual que hago con los demás: es mi oficio, y su Majestad, el rey El-Zâher (¡que Dios le otorgue eterna gloria!) me ha confiado, personalmente y muy en especial, la responsabilidad de la aduana del puerto. De modo que, te rogaría que abrieras ese cofre, para examinar su contenido: si, como dices, solo encontramos efectos sin valor, te dejaré pasar en el acto; pero si, al contrario, hallamos en su interior tejidos de lujo, sedas u otras mercancías de ese género, tendrás que pagar los impuestos aduaneros, tanto si eres millonario, como si eres un pobre derviche.

- Por supuesto, hijo mío, tienes toda la razón –aprobó el otro–. Solo que, mira por donde, yo no tengo la llave del cofre... porque la he perdido hace unos días. Pero puedo jurarte por la cabeza del sultán que ahí dentro no hay nada interesante.

- *Bâbeh*, aunque te tragaras todas las páginas del Corán, no cambiaría de opinión –repuso Ibrahim sin dejar de hablarle amablemente–. Es indispensable que yo abra ese cofre y lo inspeccione.

- ¡Sólo Dios tiene la fuerza y sólo Él es omnipotente! ¡el Altísimo, el Todopoderoso! –suspiró el derviche–. Está bien, he comprendido...

Entonces, el derviche se metió la mano en el bolsillo y sacó cinco monedas de oro, que intentó deslizar en la mano de Ibrahim; es evidente que intentaba sobornarle, no hay necesidad de que os describa más la escena, me habéis entendido. Pero el valeroso joven rechazó con dignidad esa oferta.

- No trates de comprarme, mi buen derviche; yo no necesito dinero, mi salario es suficiente para atender a mis necesidades.

- Toma, aquí tienes, diez monedas –insistió el derviche.

- ¡Ya te he dicho que no una vez, y basta ya! ¡Tienes que abrir ese cofre; eso es todo!

Pero el derviche se obstinaba, subiendo progresivamente hasta llegar a setenta monedas de oro, a pesar del rechazo de Ibn Sharâra. El rey, que observaba todo esto desde lejos, quedó muy impresionado por la probidad de ese valiente muchacho y su honestidad al velar por las finanzas del Estado.

- ¡Pueda Dios perdonarle todos sus pecados! –murmuró el visir Shâhîn, al que casi se le saltaban las lágrimas–. Fíjate, Servidor de los Santos Lugares, cómo se mantiene firme ante las argucias de ese derviche.

---

<sup>1</sup> Puerto de Turquía, en la costa del Mar Egeo.



- ¡Vamos, mi querido visir, ¡ese es tan derviche como tú o como yo! Si realmente fuera lo que pretende ser, ¿de dónde habría sacado tanto dinero? No, aquí se oculta algo manifiestamente sospechoso.

Pero en ese momento, al ver el derviche que sus tentativas de corrupción no surtían efecto, decidió cambiar de táctica.

- ¡*Hay kedi, ayyâr!* –gritó, y sacando de su cinto un *nayaq*<sup>1</sup> –arma tan peligrosa como la *shâkriyyeh*– se arrojó sobre Ibrahim. ¡Cuidado, Ibrahim! ¡No es buen momento éste para que bajes la guardia, muchacho<sup>2</sup>!

Pero Ibrahim, rápido como el relámpago, desenvainó su sable; ya estaba a punto de propinarle el golpe fatal al derviche, cuando el rey El-Zâher le gritó:

- ¡Detente! ¡*Bora jâyin*<sup>3</sup>!

Ahora bien, Ibrahim, con su habitual sensatez, reconoció en el acto la voz de su soberano, y pensando que le había encolerizado, paró el golpe en seco y puso pies en polvorosa. Como se suele decir: “cuando la casa arde, salva tu pellejo y deja que se quemem los muebles<sup>4</sup>”.

Sin perder el tiempo en disipar este malentendido, el rey se dirigió a Qalaûn y a Edamor:

- ¡Haceos con ese derviche y con su cofre, y traédmelo a la sala del Consejo! –ordenó el rey.

- A tus órdenes, Comendador de los creyentes.

Después de esta aventura, el rey, acompañado por su gran visir, regresó a la Ciudadela; llegado allí, se sentó en su trono y esperó a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Mientras tanto, Qalaûn se acercó al derviche y agarró con fuerza a su asno por el ronzal.

- ¡*Tchekk, oghlan!* Tú, marchar todo derecho.

- ¿Y para ir adónde, *bâbeh*<sup>5</sup>? –protestó el derviche– ¡Es que tengo que embarcarme ya!

- *Bâbeh*, nosotros invitar a ti a *tekké*<sup>6</sup>, comer sopa juntos.

- ¡No gracias, *djânem!* ¡El rancho de *tekké* lo conozco de sobra, hace cincuenta años que no como más que eso!

- ¡Basta de protestar! ¡tú marchar, ser *pâdishâh, hazrat mewlana* el sultán querer verte!

- ¡Pues te digo que yo no pienso ir! –repuso el falso derviche con obstinación.

<sup>1</sup> Una suerte de hacha que suelen llevar los derviches.

<sup>2</sup> Esta fórmula, por la que el narrador se dirige directamente al personaje del relato, es bastante rara en el manuscrito; cosa que, en cambio, era muy frecuente cuando el narrador contaba sus historias ante el público.

<sup>3</sup> En turco, más o menos: “¡Ven aquí, traidor!”

<sup>4</sup> Este comportamiento es bastante extraño, y, su objeto es dar la entrada en el discurso a Baïbars, aunque sea al precio de una cierta falta de coherencia.

<sup>5</sup> Confundido por los disfraces de los dos emires, el derviche los toma por sus colegas,

<sup>6</sup> Fundación de caridad, que acoge a los derviches que están de paso; es como una especie de monasterio.

- ¡Y yo te digo que vas a venir, te guste o no, maldito imbécil! –intervino el emir Edamor, propinándole una bofetada que restalló como un latigazo.

Sometido, el derviche se dejó conducir hasta el Consejo Real como oveja camino del matadero. Cuando hubieron llegado, El-Zâher Baïbars ordenó que trajeran el misterioso cofre y que lo abrieran ante él. Sacando su puñal, Qalaûn forzó la cerradura, luego levantó la tapa, y, entonces, pudieron ver a un muchacho aún imberbe, que dormía apaciblemente en su interior. Era tan hermoso y encantador que el rey, al verle, no pudo dejar de alabar al Creador todopoderoso; luego, dándose cuenta de que el niño había sido drogado con *benj*, ordenó que le despertaran haciéndole respirar vinagre y polvo de eléboro. Enseguida, el jovencito abrió los ojos, pronunció la profesión de fe del Islam y preguntó que dónde estaba. Le sacaron inmediatamente del cofre y le llevaron ante el rey.

-No temas ni te aflijas, hijo mío –le aseguró el rey–. Tranquilízate, pues en este momento estás ante el Consejo del rey El-Zâher Baïbars, que reina sobre El Cairo. Cuéntame tu historia: ¿quién eres tú, y cómo has ido a caer en manos de ese derviche?

- ¡Por desgracia, oh, poderoso rey, la maldad de los hombres y la veleidosa fortuna han sido la causa de mi infortunio! ¿Acaso no dijo el poeta “Los golpes de suerte son más numerosos que las hierbas de los campos”? Has de saber, oh, rey, que yo me llamo Hasan, y que mi padre es Karîm El-Dîn, el *shahbandar*<sup>1</sup> de los mercaderes de El Cairo, un hombre bien conocido en la ciudad. Mi historia, en verdad que es muy extraña: si la inscribieran con una aguja en las hojas de los árboles, bien podría servir de útil lección al hombre que reflexiona...

- Pues bien, Hasan, cuéntame tu historia, pero no te extiendas demasiado –ordenó el rey El-Zâher.

*El narrador prosiguió su relato...*

He aquí, oh, generosos señores, la historia que el joven Hasan le refirió al rey.

Se dice –aunque solo Dios conoce los secretos del pasado y del porvenir– que hace tiempo había, entre los notables de El Cairo, un rico mercader llamado Karîm El-Dîn; tenía ya cincuenta años, y, a pesar de que había amasado una buena fortuna y que vivía en la abundancia, su felicidad no era completa, pues no había tenido hijos, ni hijas.

Un día, entró donde el barbero para que le afeitara la cabeza; cuando éste le tendió el espejo para ver si estaba conforme con su trabajo, el buen Karîm el-Dîn se dio cuenta de que ya tenía el pelo casi blanco. Pensando que ya no andaba muy lejos del final de sus días, sintió que su corazón se le encogía de tristeza, y exhaló un profundo suspiro.

- ¡Pobre de ti, Karîm el-Dîn! –se dijo–. ¡Pronto estarás muerto, y será como si jamás hubieras vivido: tu fortuna irá a parar a las arcas del Estado y no quedará nadie en la tierra para guardar tu recuerdo!

<sup>1</sup> “Jefe” de los mercaderes. Palabra de origen persa.

Rumiando estos sombríos pensamientos, pagó al barbero el precio de su trabajo, y luego regresó a su tienda a esperar a los clientes. Mas he aquí que, poco después, vio aparecer a un derviche *qalandar*. Llevaba el pintoresco hábito de su orden, un manto largo de crin lleno de remiendos, una piel de gacela sujetando los riñones, la ropa harapienta, desgarrada, deshilachada, echa un guiñapo, tocado con un alto bonete de pelo, iba pidiendo limosna a voces. Cuando llegó ante la tienda de Karîm El-Dîn, se inclinó profundamente; el honrado comerciante le dio unas monedas, que el otro recogió a toda prisa, rogando a Dios que le concediera abundantes ganancias, una larga vida, y que le colocara en primera línea entre los mercaderes de El Cairo.

- *Bâbeh*, has recibido lo que es de justicia; ahora, sigue tu camino –le interrumpió Karîm El-Dîn, un poco avergonzado– Yo no necesito ni oro, ni tesoros.

- ¡Para un hombre que dice no tener nada que desear, me parece que esta mañana has amanecido de muy mal humor! Dime qué es lo que echas de menos para que yo ruegue a Dios que te lo conceda.

- Mi buen derviche –repuso el comerciante, más atemperado–, ya ves la edad que tengo; pues bien, has de saber que nunca he tenido hijos. Esa es la causa de mi tristeza; ¡No te imaginas cuánto desearía que el Dispensador de toda bondad me enviara un hijo para alegrar mis viejos días y heredar mis bienes y mi fortuna cuando yo muera!

- Pues en ese caso, alégrate: ¡porque con la ayuda de Dios, puede que yo tenga el remedio para poner fin a tus penas!

El derviche pasó a sentarse en la tienda, y sacó de su saco una manzana, sobre la que escribió todo tipo de fórmulas cabalísticas en un misterioso alfabeto, antes de entregársela a Karîm El-Dîn.

- Esta noche, cuando vuelvas a tu casa, cortarás en dos esta manzana –le aconsejó el derviche–; tú tienes que comerte una mitad, y la otra se la darás a tu esposa. Luego, has de pasar la noche con ella, y, si Dios quiere, ella te dará un hijo, gracias al poder de los Nombres de Dios que acabo de escribirte<sup>1</sup>; cuando nazca, tú le pondrás por nombre Hasan. ¡Y ahora, adiós!

Después de decir esto, el derviche se levantó y se marchó. Cuando llegó la noche, el comerciante Karîm El-Dîn cerró su tienda y regresó a su casa, como acostumbraba a hacer todos los días. Su mujer le recibió con ternura y respeto, le acercó un asiento para que reposara un poco, y le trajo la cena; una vez satisfecho, el comerciante se lavó las manos, hizo sus abluciones y rezó las plegarias correspondientes al crepúsculo y a la de la noche. Después, aún estuvo levantado dos horas, y cuando comenzó a entrarle sueño, su esposa, siempre atenta, le extendió su colchón. El hombre comenzó a desnudarse para ir a dormir, pero, cuando estaba desatándose el cinturón, la manzana que le había dado el derviche se le cayó al suelo.

---

<sup>1</sup> El uso como talismán de los Nombres divinos, o pretendidamente divinos, escritos en alfabetos griegos, hebreos o siríacos, más o menos fantásticos, es un procedimiento mágico muy empleado en el mundo árabe.

- ¡Uy! ¿Por qué llevabas ahí esa manzana, esposo mío? –se extrañó la mujer.

- ¡Es verdad, querida, me había olvidado! Hoy, un derviche errante pasó por delante de mi tienda; él es quien me la ha dado...

Y el comerciante le contó a su esposa todo lo que había pasado.

- Tal vez, si Dios quiere, nos otorgue lo que te dijo el derviche –respondió la mujer–. Porque, como dice el proverbio: “Obra según el consejo de los hombres y refúgiate en el Creador.”

Así que el comerciante partió en dos mitades la manzana; él se comió una, y la otra, su esposa; luego, los dos se fueron a la cama. Tres meses más tarde, se hizo evidente que la mujer estaba encinta. Loco de alegría, el buen Karîm El-Dîn invitó a todos sus amigos y a sus vecinos, y distribuyó limosnas a pobres y menesterosos. Al noveno mes llegó el parto, gracias al permiso del Creador de todas las cosas; la mujer trajo al mundo un niño más hermoso que un rayo de luna. Las comadres y las parteras rápidamente le cortaron el cordón umbilical y pusieron *kohl* en los párpados del recién nacido; luego, fueron a presentárselo al afortunado padre, que le dio el nombre de Hasan.

Para celebrar tan feliz acontecimiento, que colmaba todas las expectativas, Karîm El-Dîn tuvo abierta la casa durante muchos días, distribuyendo limosnas a viudas y huérfanos, e hizo recitar el *Mawlid Sharîf*<sup>1</sup>. Y así creció el pequeño Hasan, rodeado de la ternura y el cuidado de sus padres, hasta que cumplió la edad de siete años. ¡Bendito sea Dios, Señor de todo lo creado!

Como es lógico, el mercader Karîm El-Dîn, después de aquel feliz día, profesaba una devoción particular a los derviches errantes, persuadido de sus enormes poderes espirituales: cada vez que veía a uno, le invitaba a su casa, le daba de comer, y le trataba con la máxima generosidad. Pero, un día en el que estaba sentado a la puerta de su tienda, de pronto, divisó al derviche de la manzana: éste acababa de entrar en el zoco, y avanzaba hacia él. En cuanto le vio de lejos, Karîm El-Dîn fue corriendo a su encuentro para saludarle:

- ¡La paz sea contigo, *bâbeh*! ¡Bienvenido seas! ¡Tú, al que le debo todo!

Sin esperar a que llegara la tarde, cerró la tienda, tomó a su huésped del brazo y lo llevó a su casa, instalándole en el sitio de honor y dándole un magnífico trato.

- Y bien, ¿alguna buena nueva? –preguntó por fin el derviche– ¿Debo suponer que el Creador, exaltado sea, te ha enviado un hijo?

- ¡Sí, *bâbeh*! –exclamó el buen hombre– Le he llamado Hasan, siguiendo tu consejo.

- ¿Y dónde está ahora?

- Aquí, al lado, *bâbeh*; listo para presentarse ante ti. ¡Hasan! Ven a saludar al santo derviche, tu maestro.

<sup>1</sup> Versículos del nacimiento del Profeta; se suele leer en los momentos felices, como acción de gracias.

El niño apareció y, acercándose al derviche, le besó la mano con gentileza, y se la llevó a la frente, antes de sentarse a sus pies, en una actitud llena de respeto y deferencia.

- Supongo que le estás enviando a la escuela del barrio, para aprender a recitar El Corán y copiar sus santos versículos –continuó el derviche.

- Pues en realidad, no, maestro –respondió Karîm El-Dîn un poco avergonzado–. No le dejo salir de casa por miedo al mal de ojo de la gente malintencionada<sup>1</sup>.

- Cometes un gran error, hermano, es indispensable que aprenda a leer y a escribir. ¿Acaso no dijo el poeta:

*La ciencia siempre da lustre a una mansión oscura,  
mas el ignorante convierte un palacio en basura.*

- Tienes toda la razón, *bâbeh* –asintió Karîm El-Dîn–. En fin, lo hecho, hecho está... Pero ahora, te agradecería que te dignases considerar a Hasan como tu propio hijo, y que, si te fuera posible, aceptaras vivir en mi casa y enseñarle un poco de la ciencia que Dios te ha otorgado.

- De acuerdo, ¡así sea! Lo acepto por complacerte, pero con una condición: una vez haya concluido su educación, me lo llevaré conmigo y me acompañará en todas mis idas y venidas.

- Está bien, no veo en ello ningún inconveniente.

De ese modo, la casa de Karîm El-Dîn se convirtió en morada del derviche, que se impuso el deber de enseñar el Corán a Hasan. Usando la dulzura y la persuasión<sup>2</sup>, pronto obtuvo excelentes resultados, y su alumno fue capaz de recitar el Libro sagrado totalmente, respetando todas las reglas de la prosodia. Luego, pasaron a la escritura: también en esta disciplina, el joven Hasan se mostró un alumno brillante y pronto se convirtió en un consumado calígrafo.

*El narrador prosiguió su relato...*

Ahora bien, habéis de saber, noble señores, que ese pretendido derviche en realidad era un brujo poderoso, un ser perverso, un malhechor que no creía ni en Dios ni en el diablo, y que no practicaba religión alguna. Profundamente dedicado a los arcanos de la geomancia, había sabido, mucho antes de los sucesos que acabamos de narrar, que existía en lo más profundo de la India un prodigioso tesoro ignorado por todos. Naturalmente, resolvió ir a buscarlo; pero al examinar con más detalle las formas que se dibujaban en los granos de arena, vio que aquel tesoro sólo podría ser descubierto por un joven de El Cairo, llamado Hasan, hijo de Karîm El-Dîn. De modo que se presentó

<sup>1</sup> Ese tipo de actitudes exageradamente protectoras para con los niños fue en otros tiempos bastante habitual, sobre todo en las familias de gente acomodada.

<sup>2</sup> Lo que no solía suceder en el caso de los maestros de escuela de barrio, pobres indigentes, apenas alfabetizados, cuya pedagogía se basaba esencialmente en el palo.

en esa ciudad, encontró al mercader, y le entregó la manzana: esa forma de proceder le había sido inspirada por sus artes adivinatorias. Luego, esperó pacientemente hasta que el niño hubiera nacido y creciera un poco, para hacer que su padre lo tomase como preceptor... ¡Ved el engaño y la audacia de este infame canalla<sup>1</sup>!

Cuando Hasan hubo cumplido catorce años, el derviche le desveló la existencia del tesoro y hablando, como en broma, le propuso partir con él en su búsqueda; pero el joven lo rechazó de plano, declarando que no se embarcaría en un viaje así sin que su padre lo supiera y le diera su consentimiento.

- ¡Imposible contar con eso! –se dijo para su colete el infame personaje– Si llega a hablar con su padre, éste no le dejará partir jamás; pues lo quiere más que a su propia vida.

- Está bien –respondió el derviche en voz alta–, si no quieres venir, no seré yo quien te obligue; como bien sabes, yo he hecho votos de seguir errante, y me gusta viajar de un país a otro, proclamando por todos ellos mi amor a Dios, exaltado sea. Así que ya solo me queda despedirme de ti...

Se lo llevó a un rincón apartado de la casa, le hizo sentar a su lado y le dedicó un largo discurso lleno de edificantes propósitos y consejos morales; luego, cuando hubo terminado, sacó unos granos de incienso y los dejó caer en un brasero. Apenas Hasan hubo respirado los vapores que emanaban, cayó al suelo, fulminado por el *benj*.

- Duerme bien, ojetillo –rezongó el horroroso personaje–. ¿Con que no querías venir conmigo, eh?

Sin esperar más, depositó al joven desmayado en un cofre, lo cargó en un asno y se fue hacia el puerto, deseoso de embarcar hacia las Indias. Entonces fue cuando Ibrahim Ibn Sharâra le cortó el paso, y el rey El-Zâher, allí presente, hizo que trajesen el cofre a su presencia en la sala del Consejo, en donde al abrirlo, descubrieron al joven y le interrogaron sobre su aventura, tal y como os lo he contado anteriormente. He aquí pues, noble y generosos señores, lo que le aconteció a Hasan.

*Y el narrador prosiguió su relato...*

Cuando el rey hubo escuchado esta extraña aventura, ordenó que fueran a buscar al derviche; lo trajeron a su presencia, todo tembloroso, y más muerto que vivo, pues había comprendido que al descubrirse su crimen, todo el trabajo que se había tomado durante tantos años había sido en vano.

- Habla, miserable, ¿Qué vas a decir ahora en tu defensa? –le preguntó el rey con un vozarrón terrible.

- Señor –lloriqueaba el brujo–, yo solo quería llevarme a este muchacho para descubrir el tesoro; después, se lo habría devuelto a sus padres...

<sup>1</sup> El narrador ha utilizado aquí, la trama de un cuento popular oriental, del que existen numerosas variantes, sobre todo la “Historia de Hasan de Basora” en las *Mil y una noches*.



Pero el rey, convencido de lo traicionero y de la perversidad del personaje, le condenó a muerte. Se lo llevaron en el acto a Remeileh y Qaramidân<sup>1</sup>, en donde se les sometía a la última pena; en fin, resumiendo, que le mataron y lo enterraron. Mientras tanto, el rey mandó a buscar al mercader Karîm El-Dîn, el padre del muchacho. Éste no se hizo esperar; llegó, hizo una profunda reverencia ante el trono y saludó al soberano con el protocolo más exquisito.

- Vamos a ver, amigo mío, ¿no has perdido alguna cosa últimamente? –le preguntó El-Zâher Baïbars.

- Sí, en efecto, oh Comendador de los creyentes; me han secuestrado a mi hijo Hasan. Un pretendido derviche, que se instaló en nuestra casa, nos ha jugado una mala pasada; se lo ha llevado con él, y ya hace tres días<sup>2</sup> que no tenemos noticias suyas.

- Pues bien, no has de preocuparte, porque tu hijo se haya bajo mi protección; en cuanto al derviche, sabe que lo he detenido y condenado a muerte. Si no llego a hacerlo, a estas horas, se habría llevado a tu hijo hasta Las Indias.

El rey le contó todo el asunto a Karîm El-Dîn, que se deshacía en agradecimientos y expresiones de gratitud; luego, se fue muy contento con su hijo.

Entre medias de estos acontecimientos, llegó Ibrahim Ibn Sharâra a la sala del Consejo; se inclinó hasta tocar el suelo ante el trono y saludó al rey, deseándole larga vida y prosperidad.

- Dime, hijo mío, ayer, teniéndole bien apresado como le tenías, ¿por qué dejaste que el derviche huyera con su cofre?

- Mi señor –respondió Ibrahim–, cuando me di cuenta de que tu majestad estaba allí mismo, me apliqué la máxima que dice: “¡Cuando el que manda está presente, el mandado pierde todos sus derechos!”<sup>3</sup>

- Bien respondido, Ibrahim –aprobó El-Zâher sonriendo–. Sea como sea, el caso está resuelto.

Entonces, le contó la desafortunada aventura del joven Hasan y su feliz conclusión.

- Oh Servidor de los Santos Lugares –repuso Ibrahim–, todo esto ha resultado así gracias a tu sagacidad y dedicación al servicio de los Creyentes.

- ¡Que le traigan un caftán de honor y se lo impongan sobre los hombros a este valiente muchacho! –ordenó el rey.

- ¡Bendito sea! –coreó todo el Consejo– ¿Cuál será su función?

- Yo le nombro inspector extraordinario con plenos poderes; será libre de actuar como mejor le parezca en cada circunstancia. Hermano Shâhîn, ¡redáctale un firman con ese mandato!

<sup>1</sup> Terreno cuya ubicación exacta es incierta, pero que estaba extramuros de la ciudad; era lugar frecuentado por ladronzuelos, y también en donde se llevaban a cabo las ejecuciones.

<sup>2</sup> Aquí nos encontramos con un evidente anacronismo o inexactitud temporal, en el que incurre nuestro narrador con bastante frecuencia.

<sup>3</sup> O lo que es lo mismo: “Donde hay patrón, no manda marinero”.

El visir se puso manos a la obra en el acto, y cuando lo hubo acabado, se lo entregó al rey para que lo firmara y pusiera su sello en el documento, que entregó a Ibrahim; éste se retiró, formulando votos a favor del rey.



## 14 – La tranquilidad dura poco

“De cómo el rey El-Zâher Baibars, después de un tiempo de paz y tranquilidad en su reino, tiene que hacer frente a dos problemas graves en las Tierras del Islam: Alejandría amenazada por bandidos cristianos, y Jerusalén con las aguas envenenadas...”



**T**ras el incidente del falso derviche, el sultán vivió un período de calma y tranquilidad, ocupándose de los asuntos del Estado, gobernando con justicia y equidad, reprimiendo los excesos y los abusos, tanto y tan bien, que muy pronto la paz y la seguridad se extendieron por todo el reino. Sus súbditos le obedecían, sus gobernadores provinciales le mantenían informado, su nombre figuraba en las monedas de oro y de plata y era invocado en todas las mezquitas durante la plegaria del viernes; sus partidarios le mostraban una lealtad sin fisuras, y sus adversarios conspiraban menos que de costumbre: en fin, que todo iba viento en popa.

En este periodo, el visir Shâhîn reorganizó el Consejo, de forma que cada cual conociese su rango. Naturalmente, él conservó el primer lugar, en tanto que gran visir extraordinario, responsable de la administración del reino y consejero personal del soberano, sentándose a su derecha. Qalaûn El-Alfi se convirtió en su segundo visir, ocupando el asiento a la izquierda del rey. Después, con rango de terceros visires, venían Edamor el Campeón; Izz El-Dîn El-Hilli, pachá de los kurdos; el emir Ahmad, hijo de Aïbak el turcomano, y Taqtemur, el hermano del rey. De ese modo, el Consejo se modificó contando con los siete visires que la profecía<sup>1</sup> había anticipado. El *shauîsh alam* quedó encargado de velar por el buen ordenamiento del Consejo, y de que cada cual se colocara en el lugar que le correspondía.

Pero he aquí que un día, mientras el rey presidía su Consejo, con espíritu vivo y atento, rogando por la plegaria y el saludo de Dios sobre el Profeta árabe, en cuya mano reverdecen las hierbecillas secas, y el que en el día de su nacimiento se vio cómo se extinguía la llama sagrada de los persas, y cuando los consejeros del sultán le rodeaban,

<sup>1</sup> Alusión al episodio de la Sala Misteriosa que aparece en *Las infancias de Baibars*.

reunidos todos, como un parterre de flores; el *shauísh alam* salmodió los versículos del Libro sagrado; el heraldo pronunció las invocaciones de costumbre a favor de la prosperidad del sultán, y el propio *shauísh* proclamó:

- ¡Oh, rey, no te enorgullezcas: la verdadera realeza sólo reside en Dios, el Único, el Triunfador!

- ¡Gloria a Aquel que concede la realeza a quien Él quiere entre Sus criaturas! – respondió el rey–. ¡Que quien tenga alguna petición que hacer, la haga! ¡Que el que pida reparación por alguna injusticia, tome la palabra!

Dicho esto, miró a su derecha, luego a su izquierda; los dignatarios guardaron silencio, con las miradas respetuosamente bajas. Acto seguido, el rey comenzó a tratar los asuntos de Estado, actuando con equidad y sabiduría, evitando los abusos y la injusticia. Y en ello estaba el rey, cuando de pronto se abrió la cortina de la puerta del Consejo y entró en la sala el guardián del palomar, que fue a inclinarse ante el rey.

- ¿De dónde viene la marca, mi valiente? –preguntó el rey.

- Mi señor, es un mensaje que acaba de llegar de Alejandría, en una paloma mensajera. No sé nada más.

- Está bien, hermano, dámelo.

El guardián del palomar entregó el mensaje al oficial de la guardia, que la fue pasando de mano en mano, por orden jerárquico, hasta llegar al sultán; éste rompió el sello y se enteró de su contenido antes de entregarla al jefe de los secretarios para que la leyera públicamente. Esto es lo que decía, tras las fórmulas de saludo usuales:

*Del servidor que se presenta ante tu puerta, de tu escudero Yusef Edagmûsh, virrey de Alejandría, a aquel cuyo esplendor ciega las miradas, y en cuya diestra empuña el sable ilustre y la brillante oriflama; a su majestad el rey El-Zâher, Comendador de los creyentes, pueda su agudo sable permanecer siempre sobre la nuca de sus enemigos.*

*Tenemos el honor de informar al Servidor de los Santos Lugares –pueda Dios evitarle toda mala noticia– lo siguiente:*

*En fecha más abajo indicada, ha aparecido en los alrededores de nuestra ciudad, un bandido cristiano, tan astuto como audaz, a la cabeza de un millar de sus congéneres, y ha establecido sus cuarteles en un bosque cerca de Alejandría, en el bosque de Qalansuwa<sup>1</sup>, y saquea impunemente a los viajeros de las caravanas que pasan por ese lugar.*

*En consecuencia, hemos considerado un deber advertirte, con objeto de que tomes todas las medidas que te parezcan más oportunas.*

*Y nada más. Saludos, los mismos al final que los de al principio.*

*El narrador continuó así...*

Entonces, justo cuando el rey estaba abriendo la boca para consultar a sus visires las medidas que convendría tomar, figuraos nobles señores, que de nuevo se abrió la cortina de la puerta del Consejo, dejando pasar a un mensajero todo lleno del polvo de los caminos. Tras inclinarse ante el rey y haberle deseado una larga vida y un reinado

<sup>1</sup> Este bosque es totalmente imaginario, ya que el litoral de Alejandría es totalmente desértico.

glorioso, sacó de su bolsa una carta envuelta en un pedazo de brocado verde, y se la entregó en mano al sultán, que rompió el sello, la desplegó, constatando que provenía de la ciudad santa de Jerusalén. Y esto es lo que decía:

*Del esclavo de los esclavos de nuestro señor el sultán, Ali Pacha Ibn El-Qaymari\*, gobernador de Jerusalén, a su majestad el rey El-Zâher,*

*Una serie de robos, efectuados con violencia, se ha producido recientemente en nuestra ciudad; además, el agua de los acueductos ha sido envenenada, a tal punto, que todo el que bebía de ella perecía.*

*Al no haber conseguido identificar a los culpables, nos hemos visto en la obligación de escribir a nuestro señor el sultá, para informarle.*

*Por lo demás, saludos, los mismos al final que al principio.*

*El narrador continuó así...*

Nobles y generosos señores, grande fue la cólera del rey El-Zâher Baïbars cuando se enteró de esta noticia; pero no tuvo más remedio que resolverse a pronunciar las únicas palabras que a nadie avergüenzan en estas circunstancias:

- ¡Sólo en Dios reside la fuerza y el poder, el Altísimo, el Todopoderoso!

Luego, volviéndose hacia el visir Qalaûn, le hizo una señal para que se aproximara hasta el trono; entonces, el rey ordenó que le impusieran un caftán de honor sobre sus hombros.

- ¡Bendito sea! –proclamaron los asistentes– ¿Cuál será su cometido?

- ¡Yo nombro al emir Qalaûn *seri askar*<sup>1</sup>! Inmediatamente se habrá de poner en marcha, a la cabeza del ejército para ir al bosque de Qalansuwa y castigar a los infieles, enemigos de la fe, que saquean a los pacíficos mercaderes y viajeros.

- ¡*Ichté!* Yo escuchar y obedecer mil veces a *mevlana* el sultán –respondió Qalaûn.

De inmediato hizo reunir a sus tropas, montó en su caballo y partió hacia Alejandría; pero de esto hablaremos más adelante.

En cuanto a su majestad el rey El-Zâher Baïbars –que la misericordia de Dios sea sobre él– esperó hasta la noche, luego, cuando dio por terminada la sesión del Consejo, retuvo al visir Shâhîn.

- Mi querido visir –le dijo–, te confío la regencia del reino; a partir de mañana, tú ocuparás mi lugar en el trono. No me cabe duda alguna de que gobernarás con justicia y equidad.

- Me pongo a tus órdenes, oh Servidor de los Santos Lugares –respondió Shâhîn.



<sup>1</sup> Jefe supremo de los ejércitos. Es un cargo otomano.

## 15 – Los misterios de Gaza

“De cómo, disfrazado de emir beduino, el rey El-Zâher Baïbars, sale de El Cairo y llega a la ciudad de Gaza; por el camino, se encuentra a uno de “Los hombres de Dios”, que le indica que será en Gaza en donde hallará a quien ha de ayudarle a descubrir el misterio de las aguas envenenadas de Jerusalén...”



**S**in perder más tiempo, el rey bajó a la sala de los disfraces y tomó la apariencia de un emir beduino; se colocó el velo del turbante de modo que disimulara los rasgos de su cara, se cubrió con una gran capa de piel de camello, y, después de encomendarse a Dios, abandonó el palacio por la poterna secreta, se presentó en las caballerizas y llamó a la puerta del *osta* Otmân.

- ¿Qué puñetas pasa ahora? –gritó Otmân desde el interior– Amos a ver ¿quién es el piazó cabrón que vié a joer a’stas horas a los palaferneros el rey?

Por toda respuesta, El-Zâher golpeó de nuevo, redoblando los aldabonazos.

- ¡No me lo pueo creer! –rezongó echando pestes Otmân– ¡Jodía noche! ¡Ni modo d’echar una cabezá con ese maricón!

- Venga, lárgate, buen hombre –le contestó a voz en grito–. ¿O’es que quiés que te den po’l culo mis cuarenta compares, uno tras otro?

- ¡Oh Tú que guías a los justos por el recto camino! –pronunció El-Zâher con su propia voz desde el otro lado de la puerta.

- ¡Ay, qué putá, si es el patrón! –susurró Otmân a sus compañeros– ¡Uy, uy, uy, qué vergüenza! ¡Eh, muchachos: tú, Harhash, hermanote mío, y tú, Oqereb, cacho hijo puta, rápido abrir al soldaito, y si pregunta por mí, pos le dicís que m’he marchao a ver a mi vieja!

Dicho esto, corrió hacia el almiar y se deslizó bajo un montón de paja molida, mientras Oqereb le abría la puerta al sultán. En cuanto el rey entró, Oqereb se arrojó a sus pies.

- ¡Oh poderoso rey, el perdón es la marca de las almas generosas! –suplicó–. No te habíamos reconocido, si no, te habríamos abierto inmediatamente.

- Está bien, está bien, dime más bien en dónde está vuestra jefe, el *osta* Otmân.



- Señor, digamos que se ha ido a ver a su madre la Gorda –respondió Oqereb señalando con un gesto expresivo en dirección del almiar de paja.

Ahora bien, Otmân, que no era tan tonto como quería que le creyeran, observaba la conversación por entre las ranuras de la puerta. Viendo el tejemaneje que se traía Oqereb, comprendió que se había descubierto su treta, y salió de su escondrijo.

- ¡Bora, Otmân! –le increpó el rey.

- Pos sí, aquí’stoy, mi soldaete, aquí’stoy entavía, y entavía más k’aquí’stoy! ¿En qué se pué servir a mi muchacho?

- Dime, pedazo de esperpento, ¿Es así como recibís a vuestros invitados?

- ¡Eh, oh, momento, soldaito! ¡Que yo; yo m’arrepentío! ¡No he vuelto hacer na malo andespues que tú me botonaras<sup>1</sup> mi guardipolvos! ¡Cucha, lo que yo decía to era broma, cosa cinco minutos e rechifla!

- Bueno, dejémoslo ya. Anda, ahora ve rápido a ensillarme el caballo, que me voy de viaje.

- ¿Ah, siiii? Y dime, ¿aónde te vas asín, hermanete e mis entretelas?

- No puedo decírtelo. Se trata de una misión secreta, cuanta menos gente esté al corriente, menos riesgo habrá de que se descubra.

- ¡Vaya, con k’esas tenemos! –protestó Otmân–. Pos mu bien, no tiés más que decir “Por el Alabao, por el Santísimo” ¡yo no curro por un puñao e moneas! ¡S’acabó, ya no vy’a suar más la gota gorda en tu casa! A ver, dime, ¿no m’habías jurao tú que no tendrías sicretos pa mí, cuando nos hacemos hermanos aonde la Dama? ¡Ah, ni hablar, yo no voy de coña, y tú lo sabes! ¿No t’acuerdas ya cuando te conocí, que no tenías ni un duro, eras más piojoso que yo, con tus palaferneros, unos muertos d’hambre, y cuando ibas a beber zumo e regaliz de gorra aonde el cadi Yahya? ¿Y aquella vez en El-Omq, qu’andabais sin na pa echaros a la boca, tú y tus mamaculos? ¿Quién se fue pa Alepo a mercachiflar su cinto pa traeros algo de comer<sup>2</sup>?

- ¡De acuerdo, mi viejo, tú ganas! –le interrumpió el rey– ¡Pero deja ya de recriminarme de ese modo, que pareces una buena mujer! Escucha pues: voy a Jerusalén para intentar desenmascarar a un criminal que está envenenando el agua potable.

El rey le contó todo el asunto a Otmân, que en el acto recobró su buen humor.

- ¡Ah, pos si es asín, en güena hora sea! ¡Si es pa defender a los oprimíos, na que decir! Ale, marchando, mi chavalote, y que Dios t’ayude n’el curro.

Sin perder más tiempo, Otmân corrió a ensillar un caballo; el rey saltó a la cabalgadura y salió de El Cairo. Galopando rápidamente, se reunió con la expedición que iba bajo el mando de Qalaûn, mezclándose con sus tropas, a las que acompañó durante tres días: con ello contaba con verificar el comportamiento del emir Qalaûn, por temor a que maltratara a los campesinos o les extorsionara sacándoles víveres y dinero. Ahora bien, sus temores fueron sin fundamento, porque su nuevo visir se mostraba de una probidad y equidad perfectas, tratando a la población con cuidado y generosidad.

<sup>1</sup> Anteriormente, para enseñar a Otmân las reglas elementales de la moral, Baibars asoció a cada pecado uno de los botones del guardapolvos que siempre llevaba Otmân (Ver *Flor de truhanes*).

<sup>2</sup> Ver *Muerte en el hamam*.

Sin duda, en el pasado, no se había comportado correctamente con Baïbars; pero la causa había sido únicamente la rivalidad que oponía a ambos hombres. Por tanto, aquellos que hablen mal del emir Qalaûn no son más que viles calumniadores; sólo Dios, exaltado sea, conoce el secreto de los corazones<sup>1</sup>.

Dicho esto, volvamos a nuestro héroe, el rey El-Zâher Baïbars. Éste, una vez que se separó del ejército, se adentró en el desierto, y, en unos días, llegó a las proximidades de Gaza. La oscuridad ya iba cubriendo el cielo con su manto, y mientras el rey caminaba entre las dunas de arena, vio el fulgor de una linterna justo delante de él; la llevaba un hombre que andaba, aparentemente sin mucha prisa, en medio de la noche. Contento de encontrar un compañero de viaje, El-Zâher Baïbars picó a su caballo para alcanzarle, y cuando llegó a su altura –después de más esfuerzos de los que hubiera creído necesarios– vio que se trataba de un hombre de edad avanzada, cuyos rasgos parecían resplandecer con una luz interior. Le saludó conforme a las formas exigidas por la ley de los musulmanes y le preguntó que quién era y adónde iba.

- ¡Dios mío, Mahmud, pero qué mala memoria tienes! –respondió el otro sonriendo– ¿Tan pronto has olvidado a tu hermano el Hâch Mohammad el Camellero\*, tu viejo compañero de la Gruta de los Cuarenta, en Damasco? Has de saber que Dios me ha concedido Su gracia, y me ha colocado entre Sus servidores, los Justos.

- ¡Por desgracia, yo no soy de los vuestros! –suspiró el rey.

- Oye, ¿vas solo y sin escolta? –repuso el sheij, cambiando de tema– ¿Con qué fin has emprendido este viaje?

- Qué más te da, hermano. Solo ruega a Dios por el éxito de la empresa que me ha confiado. Por otra parte, hay secretos que es mejor guardarlos para uno mismo...

- Mahmud –respondió el otro en tono severo–, no podrás ocultar tu secreto a un hombre como yo. Por Dios, Todopoderoso, yo te conmino a responderme: ¿no vas tú a Jerusalén para desenmascarar al criminal que envenena el agua potable?

- Ante tal juramento, no puedo negarme: sí, ese es mi objetivo, por Aquel que te ha hecho el depositario del Secreto y de la Prueba.

- Está bien, Mahmud, ve pues, y que Dios venga en tu ayuda para que asumas el destino que Él te ha asignado... Pero escucha: yo puedo darte una pista que te permitirá llegar hasta el culpable. En unos instantes, vas a llegar a Gaza: además, la ciudad está a dos pasos de aquí. Allí, vas a encontrar a un hombre que ha sufrido una gran injusticia. Tú habrás de reparar esa injusticia y le devolverás todos sus derechos, castigando al que le ha expoliado: a partir de ese momento, todo te resultará fácil, y triunfarás sin fatiga sobre el mal.

- ¿Pero dónde encontraré yo a ese hombre? –insistió el rey.

- En el primer sitio en que se detenga tu caballo, cuando hayas entrado en Gaza, oh Servidor de los Santos Lugares.

<sup>1</sup> Este apasionado homenaje hacia un personaje habitualmente representado bajo un aspecto odioso y ridículo no deja de sorprender; sin duda, el narrador recoge aquí el fragmento de otra versión, en la que Qalaûn –que a fin de cuentas está llamado a reinar después de Baïbars– juega un papel más positivo.

Dicho esto, el sheij Mohammed apagó de pronto su interna y desapareció. En ese momento, las primeras luces de la mañana iluminaron el cielo, y Dios hizo aparecer el día, alumbrando todos los rincones de la tierra; El-Zâher se dio cuenta entonces de que había llegado a Gaza.

Al entrar en la ciudad se dirigió a un caravasar, muy bien construido y de hermoso aspecto; mientras Baïbars pasaba por delante de la puerta, su caballo se detuvo bruscamente, como si lo hubieran clavado al suelo.

- Aquí debe de ser donde he de encontrar al infortunado del que me habló el sheij Mohammad –se dijo El-Zâher para sí.

En el acto echó pie a tierra, y, empuñando su hacha, golpeó con el mango violentamente sobre la puerta. Al despertarse ante tanto ruido, el posadero del caravasar, se levantó de muy mal humor: y todo hay que decirlo, pero aquel caravasar en cuestión, lo frecuentaban los ricos mercaderes y los grandes *najodas*<sup>1</sup>, gentes que no son dadas a levantarse temprano; de modo que el caravasar no se abría hasta pasadas las diez de la mañana. De modo que el posadero se fue a echar una ojeada por la mirilla de la puerta; al ver lo que le pareció ser un beduino, su furor no hizo más que crecer.

- ¡Eh, sheij de los árabes! ¿qué quieres? ¿Has terminado ya de aporrear a mi puerta?... ¡Que Dios te patee los riñones a ti y a toda tu ralea de piojosos beduinos!

- ¡Eeehh! Tabernero del diablo, ¿has acabado ya con tu cantinela? –contestó sañudo en el mismo tono-. ¡Abre maldito bellaco, que quiero alojarme aquí y guardar mi silla de montar! ¡Así que, amigo, más vale que me abras, sin más discusión!

- ¡Lárgate a tomar por saco, y que te den por culo! Esto es un caravasar de lujo, y no un vertedero: no queremos ver aquí a los deshechos del desierto, así se los lleve la peste! ¡Vamos, piérdete ya! Mira a ver en la ciudad, puede que allí encuentres un palacio de las pulgas que acepte a los beduinos.

- ¡Vamos, tengamos la fiesta en paz, amigo! Ábreme; aquí traigo un par de preciosos doblones de oro que están pidiendo cambiar de manos...

- ¡¿Oro?! –le gritó el posadero cuyos ojos brillaron avariciosos al momento– Dime, sheij de los árabes, ¿qué es lo que has robado hoy?, porque los beduinos no van repartiendo el oro así como así<sup>2</sup>.

Ablandado de ese modo, se apresuró a abrir la puerta y acoger a su huésped, confirmando así la verdad del proverbio que dice: “sin dinero no hay amigos”.

Él mismo se ocupó de llevar el caballo del rey al establo, luego, le alojó en su propia habitación y le trató con gran amabilidad, deseoso de borrar su desagradable recibimiento:

- Cuál es tu honorable nombre, oh, sheij de los árabes.

- Sabe que yo soy el emir Numayr, del clan de los Abu Layl, tan verdad como que tú eres un sinvergüenza –respondió El-Zâher Baïbars, imitando fielmente la arrogancia de los hombres del desierto. Vengo de Acre, en donde mi tribu posee inmensas riquezas.

<sup>1</sup> Término persa que designa a los grandes mercaderes marítimos y mayoristas.

<sup>2</sup> El oro era muy raro entre los beduinos, que acostumbraban a hacer, incluso sus transacciones más importantes, con plata.

- Que Dios bendiga a los beduinos –le deslizó servil el posadero.

- ¡Aparte de eso, amigo, te diré que vengo muy hambriento! –repuso Baïbars– Así que toma este doblón y vete a buscarme algo que comer. Tráete también una buena pitanza para mi montura.

- ¡Demonios! ¡Otra moneda de oro! –se extrañó el posadero– Pero ¿quién diablos podrá ser este beduino?

De modo que el posadero salió corriendo a la ciudad para buscar *zlabieh*<sup>1</sup> con miel; volvió al caravasar en un abrir y cerrar de ojos, trajo forraje para el caballo, y depositó el plato de comida ante el sultán.

- Permíteme servirte, oh hijo de los árabes; te he traído una comida que creo que te gustará, porque sé que los beduinos son muy golosos y les encantan los dulces.

- Sí, claro, esto me gusta... pero temo haberte importunado.

- ¡En absoluto, oh emir! Aquí, el cliente es el rey... siempre que tenga dinero en el bolsillo.

El-Zâher Baïbars se acercó entonces el plato, y, tras pronunciar el nombre del Señor de la misericordia, se comió el *zlabieh* con miel; la comida le pareció muy deliciosa. Pero, mientras andaba ocupado en rebañar y tragar, vio aparecer de pronto a tres niños que llegaban en fila india, todos ellos harapientos y descalzos...



*[Una laguna del manuscrito, tan grande como imprevista, nos priva del final de este episodio, que se preveía interesante. Imaginemos, de todos modos, que esos tres pequeños mendigos hubieran podido tener relación con el injustamente expoliado, al que Baïbars debía restablecer sus derechos. En cuanto al expoliador, suponemos que todos quisiéramos inclinarnos a pensar que se tratara del sinvergüenza del posadero del caravasar, pues tiene toda la pinta de ello. Pero jamás sabremos cómo Baïbars consiguió echar el guante a los criminales que aterrizaraban Jerusalén, ni tampoco cómo acabó la misión encomendada a Qalaûn en Alejandría.]*

*La narración continúa ahora dando cuenta de una situación que ha evolucionado bastante. En principio, y muy importante, la incógnita del Caballero sin Nombre, por fin se ha aclarado: se trataba, simple y llanamente, de Ibrahim, el “hijo maldito” del capitán Hasan El-Horâni, al que Baïbars, hacía mucho tiempo, arrancó de la venganza de su padre, que iba a enterrarle vivo por un pecadillo (ver Las infancias de Baïbars); aunque*

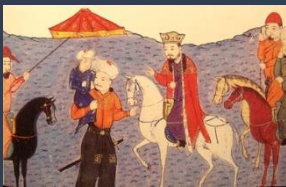
<sup>1</sup> Una especie de crepes fritas en aceite de sésamo y bañadas en miel.

*muchos de nuestros lectores ya lo habrán comenzado a sospechar. Habiendo expiado su falta, y reconciliado con el autor de sus días, Ibrahim ha entrado al servicio del rey. Encargado de una misión secreta en Tiberíades, ha tejido unos lazos profundos con Shîha: entre estos dos hombres tan diferentes y complementarios ya se ha establecido una ambigua complicidad, hecha de admiración y afecto recíprocos, y de intercambio de favores; aunque también de una profunda desconfianza, ya que Ibrahim, al igual que el resto de los ismailíes, no ve con buenos ojos las pretensiones del Maestro de las astucias.*

*Pero nuevos problemas estallan en el norte del reino: Alepo ha caído en manos de un bandido franco, Raymond, el hermano de Fort-Macûl, manipulado por el malvado Yauán. El texto recomienza aparentemente al final de un retroceso en la historia del bandido franco Raymond, y es éste último el que habla.]*

## 16 – Ibrahím hace de las suyas

“Comienza este relato con la estratagema urdida por el bandido franco Raymond, hijo de Fort-Macûl, para robar los caballos de los musulmanes y apoderarse después de la ciudad de Alepo...”



– **V**amos a empezar por apoderarnos de los caballos; así vamos adelantando; luego, marcharemos sobre Alepo –ordenó el franco Raymond a su gente.

Dicho y hecho: se deslizaron hacia la llanura de El-Omq<sup>1</sup> y se adueñaron de las monturas de los musulmanes, después de asesinar a sus palafreneros. La noticia llegó a oídos de El-Muzaffar, virrey de Alepo, que se presentó de inmediato ante los bandidos, a la cabeza de sus tropas; pero, tras ser derrotado por el infame Raymond, pereció en el campo de batalla. ¡Que Dios le tenga en Su misericordia!

Rápidamente, Raymond marchó sobre Alepo, aprovechando el efecto sorpresa. Además, por desgracia, el capitán Musa El-Qassâr\* y su padre Hasan se habían ausentado de la ciudad: anteriormente ya habíamos contado que el capitán Musa estaba a la cabeza de una gran casa de comercio, lo que le llevaba a realizar frecuentes viajes para arreglar sus asuntos, con lo que raramente residía en Alepo. Por culpa de esa ausencia, Raymond, el infiel, consiguió apoderarse de la ciudad. Pero numerosos habitantes pudieron huir para avisar al rey, que por aquel entonces se hallaba en Damasco. Éste saltó en el acto sobre su montura y, poniéndose al mando de la caballería, acudió en su ayuda.

Cuando llegaron a El-Nabek<sup>2</sup>, un caballero se adelantó a su encuentro; era un *fidaii* cristiano. Se presentó ante el rey, echó pie a tierra y le hizo una profunda reverencia.

- ¡Te saludo, *rey* de los musulmanes! –le dijo– ¡Cuánto honor para nuestras tierras que te hayas dignado poner el pie en ellas!

- ¿Quién eres tú, y que quieres de mí? –le lanzó El-Zâher con hosca voz.

<sup>1</sup> Llanura al norte de Siria, en donde también a Baïbars le robaron sus caballos unos bandidos armenios (Ver *Muerte en el hamâm*).

<sup>2</sup> Burgo grande situado a unos 75 Km. al norte de Damasco, en las estribaciones del Anti-Líbano; poblado por una mitad de musulmanes, y otra, de cristianos. El hecho de que aparezca en este relato, bajo el control de un bandido cristiano, más o menos vasallo de Baïbars, no es algo raro.



- Oh, rey, has de saber que me llamo El-Hariz, capitán de la ciudadela de El-Nabek, y que lo único que deseo es rogarte que vengas a gozar de mi hospitalidad, trayendo así tus bienaventuranzas sobre mí; me harías un inmenso honor, del que te quedaría eternamente agradecido. ¿Acaso no se dice que el soberano virtuoso es el que reconforta los corazones afligidos?

Aplacado por esas corteses palabras, el rey ordenó a sus tropas que echaran pie a tierra; rápidamente se montaron las tiendas, y El-Zâher ocupó su pabellón. Los habitantes de la ciudad trajeron provisiones para los hombres, y cebada para los caballos. Cuando el almuerzo estuvo preparado, extendieron los manteles y el rey tomó asiento, rodeado de sus compañeros. Pero hete aquí que, no había hecho más que sentarse el rey, cuando un derviche se presentó ante él.

- ¡Caridad para los errantes! –proclamó el derviche haciendo una reverencia–. *¡Hay sayyidi* –prosiguió–, coge esto con tu propia mano, *eh vallah ya ho!*

Dicho esto, el derviche sacó un pedazo de papel de su harapieta y remendada túnica, que deslizó en la mano del rey. Éste, desplegó la nota y la leyó:

*“Del servidor que se mantiene ante tu puerta, de tu humilde siervo Yamâl El-Dîn Shîha a nuestro señor el sultán:*

*Has de saber que la comida que os han puesto sobre los manteles está envenenada, así como la cebada que os han dado para los caballos.”*

Echando una ojeada alrededor, el rey se dio cuenta de que las gentes de El-Nabek se mantenían alejadas, salvo El-Hariz, que se había quedado de pie con el pretexto de velar por la buena organización del festín.

- ¡Ven a comer con nosotros! –le propuso El-Zâher– Como se suele decir: la comida no sabe lo mismo si no es en compañía del huésped.

- ¡No, oh rey! –repuso el otro– ¿Cómo me iba yo a atrever a sentarme al lado de tu señoría? Mi papel es el de quedarme de pie a tu servicio<sup>1</sup>.

- ¡No hay más que hablar! No sólo te vas a sentar con nosotros, sino que además tú serás el primero en hacernos el honor de comer el primer bocado.

- Por el Todopoderoso, oh rey, a decir verdad, tengo prohibido comer guisos con salsa...

- En ese caso, toma un dulce.

- No puedo, las golosinas excitan la bilis amarilla.

- ¡Ah, canalla! –explotó el rey– Entonces, ¿por qué nos has invitado? Querías envenenarnos ¿no es cierto? ¡Todo tuyo, Ibrahim!

Fue decir estas palabras, e Ibrahim, con un golpe de sable, lanzó la cabeza del felón a más de diez pasos.

- ¡*Allâh akbar!* – rugió Ibrahim.

<sup>1</sup> En efecto, esta costumbre es corriente en ciertas regiones rurales de Siria.

En ese mismo instante, los musulmanes se volvieron contra los habitantes de El-Nabek, con la espada en alto, y en media hora dejaron limpio el lugar. La ciudad fue totalmente despoblada y solo los que consiguieron huir salvaron la vida.

*El narrador siguió de este modo...*

El origen de todos estos acontecimientos había sido, como siempre, una treta urdida por Yauán. Al saber que Raymond había tomado Alepo, pensó que El-Zâher no podía dejar de marchar en ayuda de la ciudad, para reconquistarla con sus tropas. De modo que Yauân envió un patricio a El-Nabek, con una misiva para El-Hariz, junto con el jumento de Ibrahim. Cuando tuvo la misiva entre sus manos, el desesperado comenzó a frotarse los ojos con ella, para así impregnarse de las bendiciones que se suponía debía contener; luego la abrió, y leyó lo siguiente:

*“De la suprema beatitud de los Bizantinos, el rey pappa Yauán, pilar de la comunidad de los Cristiani, al figlione El-Hariz:*

*Sabe, figlione que, si quieres obtener la absolución de todos tus pecados y hallarte un día cerca de Asfût, de Shaarân y de Baarân, los ancestros del rey pappa Yauán... [Resumiendo, que Yauán le explicó aquí con todo detalle el asunto del banquete envenenado.]*

*También te envió con el mismo mensajero de esta carta, como regalo, la yegua del hijo de El-Korani<sup>1</sup>; en cuanto hayas cumplido esta misión, monta tu caballo, vete a buscar a tu hermano El-Filh a Qârah<sup>2</sup>, y venid a reuniros conmigo a Alepo: la ciudad ha caído en nuestras manos.”*

En cuanto hubo leído esta carta, El-Hariz la besó y se la llevó a la frente.

- Escucho y obedezco a nuestro respetado pontífice, su beatitud Yauán –confirmó El-Hariz.

Ya conocéis los que habéis seguido mi relato todo lo que aconteció después, así que es inútil que os lo repita; tal fue, pues, el origen de todo este asunto.

En cuanto al rey El-Zâher, pues sabed que se puso en marcha, tomando la dirección de Qârah; pero, al llegar bajo las murallas de la ciudad, recibió una carga de artillería que le obligó a retroceder y montar su campamento alejado del tiro de los cañones. Rabioso de cólera, el rey dejó pasar los tres días de rigor; luego, envió un mensaje conminatorio a El-Filh:

<sup>1</sup> Quiere decir “hijo del Horani”; así llaman los francos, en este relato, a Ibrahim, antes el Caballero sin Nombre. La transformación de la “h” fuerte árabe, en “k”, se considera característica de los armenios y los griegos.

<sup>2</sup> Villorrio a 20 Km. al norte de El-Nabek.

*“Pero tú, ¿por quién te has tomado, miserable, atreviéndote a cerrar ante mí las puertas de tu ciudadela y a abrir fuego sobre mi ejército, cuando cien de mis caballeros podrían llegar hasta ti y tu banda de asesinos? ¿Cuando se pretende desafiar a un rey, uno no se esconde tras las murallas! Sal, si te atreves y pelea conmigo en un combate singular; así te mostraré la suerte que les espera a los matones de tu ralea. ¡En verdad te digo, que acabas de firmar tu condena a muerte y la de tu ciudadela!”*

Al leer este mensaje, El-Filh envió la siguiente respuesta:

*“Tú no me das ningún miedo. Nada me detendrá hasta tomar venganza por la muerte de mi hermano el-Hariz, mantaro por el hijo de El-Korani. En cuanto a tu desafío, que sepas que no soy tan lerdo como para abrir las puertas de mi ciudadela y enfrentarme a ti en campo abierto.”*

El sultán rasgó la carta en mil pedazos, y juró que no se iría de allí hasta arrasar la ciudad y ejecutar a El-Filh. A medida que el asedio se prolongaba, comenzaron inquietantes desapariciones de entre las filas de los emires. Al final del décimo día, veinte emires se echaron en falta a la hora de pasar lista. No cabía duda de que El-Filh era el que los había secuestrado. Ahora bien, una noche, en que ese infame personaje se hallaba con sus compadres de borrachería; tras haberse trasquilado una muy respetable cantidad de botellas, llenó su copa y proclamó:

- *Ghandars*, ofrezco esta copa a aquel de entre vosotros que me traiga al rey de los musulmanes a su pabellón.

Un silencio sepulcral se hizo ante esta propuesta; así que la reiteró por segunda vez, y otra tercera, pero sin éxito alguno.

- ¡Ah, *marfus*! –exclamó–. ¡Por mi religión, que ya no beberá en mi copa cualquiera! ¡Yo, y solo yo, iré a buscarle!

Así que se levantó de golpe, se equipó, se vistió con el uniforme de los soldados musulmanes y salió por la poterna; deslizándose entre las tiendas, llegó hasta el pabellón en el que dormía el rey; lo rodeó por detrás, rasgó la tela con un puñal, y se introdujo en el interior. Al encontrar dormido a El-Zâher, le drogó con el *benj*, lo enrolló en una tela de saco, se lo cargó al hombro y se marchó. No obstante, cuando se hubo alejado del campamento, no se atrevió a dirigirse directamente a la ciudad, por miedo de no caer en manos de alguna patrulla. De pronto, se acordó de que estaba muy cerca del convento de El-Mewziq, y pensó que más valía dejar a su cautivo en manos de los monjes, para que lo guardaran durante unos días en las mazmorras, hasta que él volviera a buscarle.

De modo que se fue hasta el convento, llamó a la puerta y se dio a conocer a los monjes, que le abrieron y acogieron calurosamente; les puso al corriente de su hazaña, les confió al prisionero, y luego, sin perder un minuto, regresó a Qârah. En cuanto hubo

vuelto la espalda, aquellos diablos sacaron al rey de su celda y se pusieron a atormentarle de mil maneras, infligiéndole mil ultrajes y mil vejaciones, mientras El-Zâher se juraba a sí mismo que no dejaría piedra sobre piedra de aquel convento, si Dios le libraba de las garras de sus carceleros.

En cuanto a los monjes, cuando se cansaron, acabaron por dejar de nuevo al prisionero en su calabozo, y volvieron a sus rezos. De pronto, violentos golpes sonaron en la puerta.

- ¿Quién va? –gritó el hermano portero.

- ¡Abre, *abbone!* –respondió una voz desde el exterior–. ¡Soy Issa, de El-Difa’i!

*Y el narrador continuó con su historia...*

Porque habéis de saber que, en aquel tiempo, había una ciudadela en El-Difa’i<sup>1</sup>, que estaba en manos de los cristianos, y su capitán, que se llamaba Issa, había tomado como apellido el nombre de la ciudadela. Sabiendo con quién se las tenían que ver, los monjes se apresuraron a acoger al recién llegado:

- ¿Qué buen viento te trae por aquí, capitán Issa? –le preguntó el padre prior.

- *Abbone*, estaba yo en mi ciudadela, cuando me llegó la noticia de que El-Hariz había sido asesinado y que el rey de los musulmanes asediaba a mi viejo compañero, El-Filh. Muy inquieto ante estas nuevas, he venido a ayudarle. Como se suele decir: ¡En los malos tiempos, hay que ayudarse mutuamente!

- Pues bien, ¡ya puedes regocijarte! –exclamó el bellaco del monje–. No te lo vas a creer, pero no hace ni una hora que tu amigo El-Filh estaba aquí, con nosotros; ha secuestrado al rey de los musulmanes esta misma noche y nos lo ha traído aquí para que se lo guardemos en las mazmorras. Además, ha capturado a veinte emires musulmanes, que mantiene presos en su ciudadela.

- ¡*Afarem!* ¡Bien hecho, por mi religión! –exclamó el capitán Issa. De modo que, ¿el rey está aquí?

- ¡Por supuesto!

- Entonces, te lo ruego, *abbone*, tráele para que nos divirtamos un poco con él; lleva ya demasiado tiempo ese *marfús* haciendo que nos desesperemos, además de humillarnos y de masacrar a nuestros hermanos *Cristiani*.

Entonces, los monjes fueron a sacar a El-Zâher de su celda.

- Y bien, *rey*, ¡esta vez sí que se te acabó lo que se daba por diez! –le apostrofó Issa. Se diría que tu suerte ha cambiado... Pero, a propósito, *abbone* –continuó, volviéndose hacia el prior–, querría preguntarle algo.

- Haz cuantas preguntas quieras, capitán.

- ¿Está este convento situado en territorios del rey, y colocado bajo su protección?

- ¡Por supuesto que sí, *figlione!*

<sup>1</sup> No hemos podido identificar esta localidad que el narrador menciona en varias ocasiones.

- Y ¿tiene que pagar impuestos<sup>1</sup>, o no?

- No, no, nada en absoluto; a nosotros se nos ha eximido del pago de cualquier impuesto.

- ¡Pues mira por donde! –respondió Issa con voz de trueno– ¿Y no sabes que en ese caso todos vosotros podéis ser condenados a muerte?

- Pero, ¡qué me dices, capitán Issa! –balbució el otro, totalmente pasmado.

- ¡Aquí no hay ningún Issa, pobre estúpido! ¡Y tú! ¡tú, estás ante Mussa, el hijo de Hassan El-Qassâr!

Fue terminar de decir esto, y asestarle una bofetada de tal calibre que sonó como la descarga de una catapulta, dejándole la mandíbula tras las orejas; el maldito monje cayó al suelo rodando, escupiendo los dientes a puñados y sangrando por la nariz. Ante aquel espectáculo, los otros monjes trataron de huir, pero no llegaron muy lejos: desvainando su *shâkriyyeh*, el valiente capitán Musa se lanzó sobre ellos y los degolló como a ovejas, sin dejar que se le escapara ni uno. Hecho esto, regresó a donde estaba el rey y le liberó de las cadenas:

- ¡Que mi vida te sirva de rescate, oh Comendador de los creyentes! –proclamó Musa besándole la mano– ¡Y que tus enemigos jamás puedan gozarse con tu derrota!

- Que dios te recompense esta buena acción, capitán.

- Pero ¿cómo ese perro se ha podido apoderar de ti, *dawlatli*? ¿No tienes guardias de corps que vigilen tu sueño?

- Vive Dios, claro que tengo uno.

- ¿Y quién es?

- Es tu ahijado<sup>2</sup> Ibrahim.

Al oír esto, el rostro de Musa se tornó rojo como la púrpura, y fue tal su cólera que los ojos se le inyectaron de sangre.

- *Dawlatli*, te ruego que no tomes mis palabras como órdenes a tu majestad, pero deberías regresar al campamento –continuó Musa–. Yo, voy a intentar abrir las puertas de la ciudadela. Ah, por cierto, cuando veas a ese inútil total de Ibrahim, dile de mi parte que ya puede ir preparando su mortaja, porque la va a necesitar dentro de muy poco...

Dicho esto, se fue a la ciudadela mientras El-Zâher regresaba a su campamento. Cuando llegó allí, despertó a Ibrahim y le reprendió por su negligencia, contándole todo lo que había pasado mientras el andaba durmiendo el sueño de los justos.

<sup>1</sup> Estos impuestos, en principio, conciernen a los no-musulmanes que viven en territorio conquistado; desde el momento en que a los monjes se les ha eximido de ellos, estos son considerados como individuos pertenecientes por completo a Baïbars, y su comportamiento hacia él, constituye un delito de lesa majestad y un atentado contra su legítimo soberano, y no un acto de resistencia contra el enemigo.

<sup>2</sup> Aunque es evidente que el bautismo no existe entre los musulmanes, ese término traduce bastante bien el tipo de relación social que evoca aquí el texto; se trata más bien de un tipo de adopción ficticia, sin ninguna connotación religiosa, que crea entre los dos sujetos unos lazos y unas obligaciones bastante parecidas a las que, tradicionalmente, existían entre un padrino y su ahijado.

- Tu padrino, el capitán Musa, me ha pedido que te diga que vayas preparando la mortaja: tiene la intención de enterrarte vivo, al considerar que le has deshonrado ante los ismailíes –le dijo el rey como para terminar–. ¡Vamos, no pongas esa cara de imbécil! –continuó al ver que el pobre Ibrahim había palidecido como un muerto–. ¡No tengas miedo, no dejaré que te lo haga!

Luego, El-Zâher Baïbars puso a sus tropas en estado de alerta y presto a intervenir.

Mientras tanto, el capitán Musa había llegado hasta la ciudadela. Cuando llegó a sus puertas, alertó a la guardia aporreándolas con su maza de armas, y despertando a los centinelas.

- ¡Quién va! –gritaron los patricios–. ¡Eh, *ghandar*, *ala larga*<sup>1</sup>!

- ¡Abrid, *ghandars*! ¡Soy Issa El-Difa’i! ¡Vengo a ver a mi compañero El-Filh: id a avisarle!

Un grupo de patricios se presentó en el acto ante El-Filh.

- Capitán, tu compañero Issa El-Difa’i está a la puerta de la ciudadela: ¿le abrimos, o no? –le preguntaron estos.

- ¡Cómo, cretinos! ¿Pero es que aún no lo habéis hecho? –les respondió el-Filh.

Él mismo salió corriendo para recibir en persona a su visitante, le condujo a sus aposentos, y ordenó que le trajeran de cenar. Musa comió con buen apetito, luego, volviéndose hacia su huésped, le espetó:

- Verás, capitán, como yo andaba preocupado, temiendo por tí, al saber que los musulmanes habían *mantaro* a tu hermano y habían puesto sitio a Qârah; he venido rápidamente en tu ayuda, sin querer perder ni un minuto reuniendo a mis tropas. Mis lugartenientes se están encargando de eso, y no tardarán en llegar.

- ¡Ojalá nunca me vea privado de un compañero y un amigo tan fiel como tú, capitán! –respondió el otro–. Pero alégrate, porque yo ya he debilitado considerablemente al ejército enemigo, capturando a más de veinte emires, que tengo aquí prisioneros. Y no solo eso, esta misma noche, he conseguido apoderarme del *rey*: lo he confiado a los monjes de El-Mewziq, que lo han puesto al fresco en sus mazmorras. Mañana iré a buscarle: le haremos la *mantara* y arrojaremos su cabeza a los musulmanes. Después, salimos y con un ataque rápido nos bastará; ¡asunto arreglado!

- Tu plan es bueno, pero yo tengo uno aún mejor: trae a los prisioneros, abre la puerta de la ciudadela y ponles sobre el tapiz de sangre; nosotros les haremos la *mantara* y arrojaremos sus cabezas sobre los musulmanes. En ese momento, seguramente nos atacarán; pero será suficiente con que nosotros les contengamos, hasta que lleguen mis hombres, que apenas tardarán; además, cuando vean que la batalla ha comenzado, se lanzarán a ella, cogiendo al enemigo por la retaguardia, y dejándolo así entre el yunque y el martillo. ¡Les vamos a dar la paliza del siglo!

- ¡Por mi religión que tu plan es *bono*! –aprobó El-Filh.

<sup>1</sup> En lengua franca totalmente inventada: “quien está frente a nosotros”. Pero el sentido que tiene aquí esta expresión es: “Quién vive”.



Entonces sacó a los emires de los calabozos y dio orden a sus tropas de que subieran a sus cabalgaduras. Llevando a los prisioneros delante de ellos, se dirigieron hacia la puerta y la abrieron; colocaron unos escaños para El-Filh y para el capitán Musa, y pusieron a los cautivos sobre el tapiz de sangre.

- Con tu permiso, capitán, me gustaría *mantarlos* con mis propias manos –solicitó el capitán Musa.

- ¡Con mucho gusto, *ghandar*; todos tuyos! ¡Te los regalo de todo corazón!

- No obstante, antes de nada, quería hacerte una pregunta, capitán –continuó Musa, desenvainando su *shâkriyyeh*–. ¿Cómo has capturado a estos prisioneros? ¿en combate leal, o mediante una argucia?

- ¡Vaya pregunta, capitán Issa! ¡Tú sabes perfectamente que en la guerra, tres cuartos son de argucias y uno de coraje!

- ¡Sin duda! Sin embargo, tú supongo que ya sabes que yo he jurado no matar enemigos si no es en leal combate.

- Sí, de acuerdo, yo los he capturado durante la noche, valiéndome de mi astucia.

- En ese caso, sería una deshonra matarles –cortó el capitán Musa en tono perentorio–. ¡Si eres un auténtico *ghandar bono*, debes soltarlos y enfrentarte con ellos en el campo de batalla!

- Pero bueno, ¿se puede saber de qué va todo este cuento, Issa? –exclamó El-Filh, que ya estaba empezando a calentarse con lo que oía.

- ¡Qué Issa ni qué ocho cuartos, maldito *donnadie*! ¡El que tienes ante ti no es otro que el capitán Musa, hijo de Hasan El-Qassâr!

Y de un golpe tan rápido y certero como el mismísimo Decreto divino, le cortó la cabeza, junto con gorguera y todo. Luego, con una voz que retumbó a más de una legua en toda la llanura, lanzó su grito de guerra:

- ¡*Allah akbar*! ¡Conquista y victoria! ¡Al fuego con los infieles!

Y se arrojó contra los francos como un león furioso. Mientras tanto, el ejército musulmán se lanzó en su ayuda: el primero en llegar hasta él fue Ibrahim.

- ¡No te acerques demasiado, no! ¡pedazo de inútil, no vayas a hacerte daño! –le apostrofó el capitán Musa a su ahijado, mientras se afanaba en liberar a los emires cautivos.

Pero la vanguardia musulmana ya había llegado; en pocos minutos, exterminaron a la guarnición, y solo algunos afortunados consiguieron escapar. Después, el sultán se fue a su pabellón, y los combatientes por la fe vinieron a felicitarle por esta victoria. El último en presentarse fue el capitán Musa: arrojó la cabeza de El-Filh a los pies del rey, proclamando:

- ¡Ojalá que siempre veas a tus enemigos en este estado!

Entre tanto, el pobre Ibrahim, aterrorizado por su padrino, intentaba ocultarse detrás del trono.

- Y bien, *dawlatli*, ¿adónde se ha metido ese mequetrefe? –se interesó Musa–. ¡Esta vez sí que le voy a enterrar vivo! ¡Ese cretino no sabe hacer más que tonterías y, siempre hace que la vergüenza recaiga sobre mí!

- Permite, capitán, que interceda por él –susurró el rey–. Es cierto que ha cometido algunos pecadillos, pero todo el mundo se puede equivocar...

- Sea, acepto tu intercesión, pero a condición de que él repare su falta.

Entonces, Ibrahim salió de su escondite y corrió a besar la mano del capitán Musa.

-Padrino, tú sabes mejor que nadie que nada se puede contra la voluntad de Dios. Pero, esta vez, estoy preparado para reparar mi falta: tan solo dime lo que debo hacer para recuperar mi honor.

- De acuerdo, pues si quieres que yo esté satisfecho contigo, habrás de traerme la cabeza de Raymond, el hermano de Fort-Macul, y destruir a todo su ejército. Si no lo haces, ¡ya sabes lo que te espera!

- ¡Lo juro por mi toca, padrino!

Sin esperar más, se despidió del rey, montó su caballo y espoleándolo, trotó rumbo a Alepo.

- Verás, *dawlatli*, a decir verdad, y en el fondo de mi corazón –continuó el capitán Musa, mientras Ibrahim se alejaba–, pienso que el muchacho es un chico valiente: cuando empuña su *shâkriyyeh*, vale por diez como yo. Y además de ser un joven valeroso, es cortés y bien educado. Pero, te voy a dar un consejo, no le dejes demasiado flojas las bridas, porque entonces se creerá que todo le está permitido... Bueno, ya está bien, permítame ahora que me retire; voy a seguirle discretamente, no vaya a hacer alguna tontería. Y tú, yo creo que deberías ponerte en marcha ya.

Dicho esto, el capitán Musa montó en su cabalgadura, y se alejó, siguiendo las huellas de su ahijado. El rey dio la señal de partida y el ejército también se puso en camino. Más adelante nos los volveremos a encontrar; mientras tanto, volvamos a Ibrahim.



## 17 – El hijo de El-Jorani venga su honor

“En donde Ibrahim, hijo de El-Jorani, se infiltra en la ciudad de Alepo para cumplir con la promesa dada a su padrino, el capitán Musa, ante el rey El-Zâher Baibars, de traerle la cabeza del bandido franco Raymond y conquistar la ciudad; pero... ¡cosas del destino! ¿a quién creéis que se va a encontrar Ibrahim cerca de la ciudadela?”



**I**brahim (el ahijado del capitán Musa, e hijo de El-Jorani) después de despedirse del rey El-Zâher Baibars, se fue directamente hacia Alepo, y provisto de un buen disfraz, atravesó sin dificultad el campamento de los francos, penetrando en la ciudad, que encontró atestada de una muchedumbre de patricios, bandidos cristianos y aventureros de todo pelaje. Después de andar errante un buen rato a la ventura, se halló al pie de la ciudadela, en el zoco Nâsir El-Dîn; entonces, se fijó en la tienda de un comerciante de buñuelos. Como tenía mucha hambre, y el establecimiento le pareció bastante limpio y cuidado, decidió entrar allí para comer, asegurándose así que con los dulces no le servirían carne de cerdo.

- ¡Bienvenido, *ghandar!* –le saludó el buñuelero al ver que se acercaba– ¡Te saludo mil veces! Tómame la molestia de entrar en mi humilde casa.

El buñuelero le condujo al interior de su tienda y le instaló en un gabinete privado. Ibrahim ocupó un taburete; pero, al sentarse, tuvo la extraña sensación de que el suelo de madera temblaba a sus pies. Se levantó de un salto, retiró una alfombra, y descubrió una trampilla; la abrió, y se encontró con dos cadáveres a los que les habían debido estrangular hacía poco tiempo. Tras colocar de nuevo todo en su sitio, esperó al buñuelero, que no tardó en aparecer otra vez, con un plato de cobre lleno de buñuelos; depositó la bandeja ante su cliente, y se dispuso a retirarse, cuando, éste, le agarró el brazo con fuerza.

- ¡Espera un poco, muchacho, tengo cuatro cosas que decirte que se me acaban de venir a la cabeza! –le dijo en tono amenazante–. Explícame este acertijo: ¿voy a salir vivo de aquí, o voy a terminar bajo la trampilla?

- ¿De qué trampilla hablas, *ghandar?* –le respondió el otro poniendo su mejor cara de inocente y como si aquello no fuera con él.

- ¡De ésta! –repuso Ibrahim, levantándose de pronto y apartando la alfombra.

- No te hagas mala sangre por eso, *ghandar*. Se trata de dos clientes que abusaron del hachís; estaban tan drogados que se mataron entre ellos.

- Pero bueno, pedazo de imbécil, ¿tú te crees que yo me voy a tragar tamaña idiotez? Un momento; que ya estoy viendo la escena: ¡el primer tipo se carga al segundo, que resucita ipso facto, degüella al primero, y vuelve a morir inmediatamente! ¡Felicidades, tío, menuda bola! ¡Hay que reconocer que como mentiroso no tienes precio!

- ¡Vale, vale, *ghandar*, dame un respiro! ¿Me vas a decir tú que no has hecho cosas parecidas?

- ¡Claro que sí, buen hombre! Mañana pienso ir a ver al *babb* para ofrecerle mis servicios, y de paso aprovecharé para hablarle de cierto vendedor de buñuelos que atrae a su tienda a los ricachones, para cargárselos y quedarse con sus *ducatos*<sup>1</sup>. ¡Eres buena carne de horca, compadre!

- ¿Pero tú te crees que yo me muerdo la lengua? –le espetó el otro sin inmutarse– Seguro que el *babb* va a estar muy interesado en saber que el hijo de El-Jorani ha venido especialmente para *mantarlo* y librar la ciudad al rey de los musulmanes...

- Oye, muchacho, ¿no te he visto yo antes en alguna parte? –le interrumpió Ibrahim de pronto–. ¿No trabajamos juntos, formando un buen equipo, en el Tiberíades?

- ¡Pues claro que sí, Ibrahim! –respondió el otro echándose a reír– ¡Sí, yo soy Yamâl El-Dîn Shîha!

- ¿Y no te gustaría que volviéramos a trabajar juntos? La última vez que lo hicimos me trajo suerte.

- Pues yo no tengo nada que objetar...

Desde ese día, Ibrahim salía todas las noches a visitar las tiendas del vecindario, robando azúcar, harina, mantequilla; en fin, todos los ingredientes necesarios para el negocio de su socio. Durante el día, acosaba a los patricios en la calle y los llevaba a la tienda de Shîha, que los drogaba y los degollaba limpiamente; cuando llegaba la noche, se deshacían de los cadáveres arrojándolos al foso de la ciudadela. En resumen, que su negocio prosperaba a las mil maravillas; hasta que un día, el rey El-Zâher Baïbars apareció al frente de su ejército y estableció su campamento delante de la ciudad.

- Mi viejo amigo Yamâl El-Dîn –le dijo entonces Ibrahim–, tengo que presentarme ante el rey para que me confíe el mensaje que he de enviarle a Raymond; eso me dará la ocasión de matar a ese descreído y mantener mi promesa. Tú, mientras tanto, encárgate de liquidar nuestro comercio: arregla todo lo mejor que puedas, y sobre todo ¡guárdame bien mi parte, en ti confío!

Dicho esto, se deslizó fuera de la ciudad y se presentó ante el rey El-Zâher Baïbars; éste, le redactó el mensaje y se lo entregó, una vez sellado y rubricado. Ibrahim cogió el documento y se lo llevó a la frente; luego, armándose de pies a cabeza, se dirigió hacia

---

<sup>1</sup> Ducados.

el campamento de los francos. Marchando con un corazón impávido, llegó hasta el pabellón de Raymond. Echó una ojeada al interior, y vio a su padrino, el capitán Musa, que estaba arrodillado sobre el tapiz de sangre, y el verdugo, situado tras él, se disponía a cortarle la cabeza...

*El narrador continuó así su relato...*

¿Cómo habría llegado hasta allí el infortunado capitán Musa? Sin duda, os acordáis de que, cada vez que Ibrahim y Shîha asesinaban a un patricio, arrojaban su cadáver al foso de la ciudadela; pues bien, a la larga, los francos acabaron por inquietarse y avisaron a Yauán.

- ¡Por mi religión, seguro que es obra de esos bandidos de las montañas! –murmuró el fraile maldito.

Entonces, Yauán, acompañado de Bartacûsh y algunos patricios, partieron en busca del culpable, y así es cómo cayó el capitán Musa en sus manos: Éste, como ya hemos contado anteriormente, se había infiltrado en la ciudad, con la intención de vigilar a Ibrahim, y también porque andaba preocupado por su padre Hasan El-Qassâr, del que no había tenido noticias después de la toma de la ciudad por Raymond. Y hete aquí que, mientras andaba rondando alrededor de la ciudadela, fue reconocido por Yauán, que lo cogió desprevenido y, apresándolo, le condujo hasta Raymond, que le condenó a muerte.

La ejecución era inminente cuando el capitán Ibrahim se abalanzó dentro del pabellón; empezó por decapitar al verdugo con un golpe certero, luego, de igual modo, hizo volar la cabeza del *babb* Raymond; la atrapó al vuelo y se la colgó al cinturón, en menos que canta un gallo. Hecho esto, liberó al capitán Musa y le besó la mano.

- ¡Que mi vida te sirva de rescate, padrino! –proclamó Ibrahim– ¡Ojalá que tus enemigos jamás puedan regodearse por tus derrotas!

El capitán Musa le dio las gracias y le bendijo; luego, ambos se prepararon para el combate.

Mientras tanto, los lugartenientes de Raymond se habían puesto al abrigo y corrieron a dar la alerta; rápidamente, el ejército de los francos avanzó hacia Ibrahim y el capitán Musa; pero estos, montaron en sus cabalgaduras y galoparon al encuentro del enemigo, haciendo saltar chispas con los herrajes de sus monturas. El choque fue terrible: valiéndose del sable y de la lanza, el capitán Ibrahim sembraba el terror entre los francos, que comenzaron la desbandada. Pero, al ver esto, el maldito monje Yauán, apoderándose del gran *shinyâr*, gritó a pleno pulmón:

- ¡Dale, hijos de la santa Iglesia! ¡Sus, y a por el hijo del Korani! ¡Matadle; a él y a ese bandido de Musa!

Encorajinados por este discurso, el grueso de las tropas francas se lanzó contra los dos heroicos *fidauis*; pero, en ese mismo instante, llegó en su ayuda el ejército de Egipto, al mando de El-Zâher Baïbars que iba en primera línea. Los sables se aplicaron

a su cosecha de muerte, abatiéndose a diestro y siniestro sobre los frágiles cuellos; el caos reinaba por todas partes, entre los gritos y estertores de los moribundos; las cabezas cortadas volaban en todas direcciones, mientras los cobardes, crocotando los dientes, cruzaban sus sables y picas. Pero los francos no daban la talla y no resistieron por mucho tiempo; muy pronto, echaron pie a tierra en total desorden, dejando siete mil muertos sobre el campo de batalla, y se dieron a la fuga hacia Antioquía. Como siempre, el primero en huir fue el fraile Yauán, y pisándole los talones, su fámulo Bartacûsh.

Los soldados musulmanes volvieron sobre sus pasos, recogiendo todas las armas y caballos desperdigados. Ibrahim avanzó hasta el rey y arrojó a sus pies la cabeza de Raymond.

- ¡Ojalá que siempre puedas ver tú a tus enemigos en esta situación, oh poderoso rey!  
–proclamó.

El-Zâher Baïbars le dio las gracias y le concedió un caftán de honor; después, se retiró a su pabellón.





## 18 – Baïbars cae en una trampa

“De cómo el rey El-Zâher Baïbars cae en una trampa urdida, como es habitual, por el malvado monje Yauán; en donde un hombre del ejército franco de Fort-Macul, de Antioquía, se infiltra entre las filas de las tropas egipcias, haciéndose pasar por un valiente capitán *fidai*...”



Los alepinos por fin pudieron regresar a sus casas. El sultán pasó unos cuantos días en Alepo, restaurando el orden público. Luego, después de designar a Imâd El-Dîn Abu-l-Jaysh para suceder a su padre El-Muzaffar, dio orden a las tropas de que se prepararan para marchar contra Antioquía. Hartos de tantas campañas y de ir y volver de un sitio a otro, los emires turcos, como de costumbre, comenzaron a protestar:

- ¡Esto no se puede aguantar! –protestaron enérgicamente– ¡No tenemos tiempo ni de ver a nuestras familias, ni vivir en nuestro país, al menos entre dos campañas!

- Sí, pero no hay motivo alguno de queja –replicaron los kurdos–. Eso estaba en el pacto que acordamos con él cuando llegó a sultán: juramos seguirle a todas partes sin discutir.

Así que, al día siguiente, el rey dejó Alepo y salió a campo abierto; de pronto, sonó la alerta y vieron perfilarse en el horizonte unos estandartes. Pronto apareció un capitán ismailí, seguido de cuatrocientos caballeros. La tropa echó pie a tierra ante el pabellón real, y el jefe se presentó ante El-Zâher Baïbars, al que saludó con toda cortesía. Era un hombre de hermosa apariencia, de aspecto fiero y marcial, con unos mostachos negros como las alas de un águila.

- Bienvenido seas, capitán –le saludó el rey– ¿Cuál es tu nombre y en qué región se encuentran tus territorios?

- Has de saber, *dawlatli*, que yo me llamo Issa Ibn El-Jumayr, de las ciudadelas de Nahrawân<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ciudad al sur del Irak.

Ante estas palabras, los capitanes ismailíes se arremolinaron a su alrededor para saludarle.

- ¿Qué te ha traído tan lejos de tu país, capitán? –se extrañaron los ismailíes– Sabíamos de vuestra existencia, pero ¡es la primera vez que nos encontramos con uno de los vuestros!

- Es que la reputación de este gran rey ha llegado hasta nosotros, además de la profecía de nuestro antepasado, el imán Alí; así que he venido a ofrecerle mis servicios –explicó el recién llegado.

- ¡Pues con mucho gusto lo acepto, y pueda Dios recompensarte conforme a tus deseos! –repuso el rey, que ordenó colocar un caftán de honor sobre los hombros del capitán Issa.

- ¡Es digno de ello! –proclamaron los asistentes–. ¿Cuál será su función?

- Él velará por mi seguridad mientras yo duerma –declaró el sultán–. Su sueldo será de cien monedas de oro.

El recién llegado se deshizo en agradecimientos; el rey ordenó que colocaran un pabellón para el nuevo capitán y tiendas para sus hombres.

*Y el narrador prosiguió su relato de este modo...*

Mas, todo esto sucedía bajo la atenta mirada de Ibrahim que, como ya sabemos, había sido él, quien desde la toma de Tiberíades, se había encargado de velar por la seguridad del sultán mientras dormía, protegiéndole así de posibles atentados de sus enemigos. Por la noche, cuando quiso volver a su puesto, El-Zâher le despidió así:

- Esta noche puedes dormir en tu cama, Ibrahim –le dijo–. El capitán Issa Ibn El-Jumayr se encargará de mi custodia.

Herido y confuso, el pobre Ibrahim se retiró sin decir nada; pero el rey se dio cuenta de su tristeza y se prometió confiarle otro cargo en la primera ocasión que surgiese.

Así que, esa misma noche, El-Zâher se durmió bajo la guardia del *fidai* Issa, que no se sentó ni un instante, pasando el tiempo haciendo rondas en torno al pabellón del rey, e invocando en voz baja los Nombres divinos, hasta el momento en que Dios hizo que amaneciera, iluminando los confines del mundo. El sultán se levantó, hizo su primera plegaria, la del alba, y ordenó recoger las tiendas. Los soldados montaron a caballo y el ejército se puso en marcha, en dirección a Antioquía. A lo largo de todo el viaje, el capitán Issa no se separó del rey ni un instante, marchando a su lado durante el día, y montando guardia ante su pabellón por la noche.

Cuando llegaron a su destino, encontraron la ciudad en estado de sitio: los francos les acogieron con una buena andanada de artillería, que obligó a las tropas de El-Zâher a acampar alejados de las murallas y del tiro de los cañones. A la mañana siguiente, el sultán ocupó su trono, rodeado de sus emires y visires, todos muy atentos a sus órdenes. El-Zâher redactó una carta para Fort-Macul, que pensaba enviársela por medio de

Ibrahim; pero éste, que aún se sentía muy vejado, se había abstenido de presentarse ante el Consejo. Entonces, el *fidaii* Issa Ibn El-Jumayr aprovechó la ocasión para que le dieran a él ese encargo, y, armándose de pies a cabeza, se dirigió hacia las murallas de Antioquía.

- ¡Mensajero y emisario! –voceó a la guardia.

- ¡*Ala larga, ghandar!* –respondieron los patricios.

Arrojaron entonces un cordel para que el capitán Issa enganchara allí el mensaje; poco después, le pasaron del mismo modo la respuesta de Fort-Macul. Issa se fue a llevársela al sultán, que la leyó; era una declaración de guerra en toda regla. El-Zâher rasgó desdeñosamente el mensaje y ordenó que redoblaran los tambores de guerra bajo el estandarte del Profeta; luego, se fue a acostar.

Al alba del día siguiente, las puertas de Antioquía se abrieron y el ejército de los francos formó sus líneas de combate ante las murallas, mientras las campanas de la ciudad redoblaban con fuerza, los monjes invocaban a san Juan, a la virgen María, y algunos frailes salmodiaban el Evangelio. En esas estaban, cuando un caballero salió de las filas enemigas, cubierto de hierro y semejante a una torre de acero. Hizo caracolear a su montura, lanzando un desafío a los campeones del ejército adversario. Asimismo, los musulmanes también se habían dispuesto en formación de ataque, bajo sus banderas. Issa Ibn El-Jumayr salió de las filas y cargó con vigor contra el caballero franco, matándole al primer asalto. Se presentó un segundo caballero, al que desarzonó. Tampoco falló con el tercero; al quinto, se lo ventiló; al sexto, lo liquidó, y al séptimo, lo envió directamente a la tumba, y así a lo largo del día no cesó de ganar terreno, matando a unos, capturando a otros, y caracoleando fieramente con su caballo a lo ancho y largo del campo, mientras lanzaba su grito de guerra. Al final, después de haber liquidado a veinte caballeros, se arrojó contra el grueso del ejército, arrasando todo a su paso, se apoderó del *shinyâr* de los francos y se fue a depositarlo a los pies del Comendador de los creyentes, que le otorgó un caftán de honor y le felicitó por su celo. Esa noche, los musulmanes durmieron sin temor, envalentonados por ese éxito.

Al día siguiente, los dos ejércitos se dispusieron de nuevo, uno frente al otro, e Issa Ibn El-Jumayr ocupó otra vez el campo de lizas, sin ceder la más mínima ventaja a ninguno de sus adversarios. Esa situación se prolongó once días seguidos, durante los cuales, las proezas del valeroso capitán Issa le valieron la admiración de todos.

Pero, el duodécimo día, por la mañana, el sultán fue arrancado de un apacible sueño por un enorme tumulto que procedía del cuartel de los kurdos. Rápidamente, el rey envió a sus chambelanes para que le informaran de lo que sucedía; al volver de allí, le anunciaron que durante la noche habían desaparecido diez emires kurdos. Esta noticia enfureció al sultán.

- ¡Esto debe ser fruto de alguna traición! –recalcó.

- Seguro que ese secuestro ha sido obra de los de Antioquía –aprobó Issa Ibn El-Jumayr–; pero, ¡paciencia! Yo voy a investigarlo y mataré al culpable.

De nuevo, bajó hasta el campo de batalla, y ese día realizó proezas aún más prodigiosas que las acostumbradas. Pero, cuando volvió adonde el rey, al final del día, el sultán decidió:

- Este asunto se está prolongando demasiado y no es bueno para la moral de las tropas. Mañana libraremos la gran batalla, y tú irás al frente del ejército.

- Escucho y obedezco –asintió el capitán.

Esa misma noche, el sultán no se acostó hasta muy tarde y, mientras estaba tendido en su lecho, vio cómo una silueta penetraba, sable en mano, en su pabellón. El sultán brincó de su lecho, blandiendo el *lett*<sup>1</sup> de Damasco; pero su adversario ya se había arrojado sobre él, con su arma en alto. El-Zâher, proyectando su *lett*, consiguió desviar en parte el golpe, y el sable, en lugar de abatirse sobre su cabeza, le rozó únicamente la frente. El sultán lanzó un grito terrible, dando la alerta al campamento; lo que aprovechó su adversario para huir. Los soldados llegaron a la carrera y entraron en el pabellón real, en donde hallaron a los guardias dormidos y drogados con *benj*, y al rey, de pie, en la entrada, con el rostro cubierto de sangre.

- ¡Pueda mi vida servirte de rescate! –exclamó el gran visir– ¿Quién ha podido atentar así contra tu vida?

- Vete a ver en dónde se encuentra Ibrahim –murmuró el rey–. No he podido ver bien la cara de mi agresor en la oscuridad, pero, a la carrera, yo habría jurado que era él. De hecho, puede que no me aprecie demasiado desde que tomé a Issa Ibn El-Jumayr a mi servicio.

- ¡No creo que Ibrahim haya llegado a esos extremos! –protestó el visir.

*Y el narrador prosiguió su relato de este modo...*

Pero hete aquí que, justo en ese momento, Ibrahim se presentó ante el rey y le hizo la siguiente observación:

- Oh, Comendador de los creyentes, ¡mi pacto con Dios me habría impedido cometer tal crimen! Pero hay algo que yo no acabo de comprender bien: en el momento del atentado, ¿dónde se encontraba tu guardia de corps Issa Ibn El-Jumayr?

- ¡Vive Dios, eso es cierto! –asintió el visir Shâhîn– ¿Cómo es que aún no le hemos visto?

- ¿Habrá partido en pos del culpable? –sugirió el sultán.

- Y sus hombres, ¿adónde se han metido? –insistió Ibrahim.

Enviaron entonces a un destacamento en su búsqueda, pero todo fue en vano: no hubo más remedio que reconocer que Issa se había esfumado con toda su tropa. La consternación y el temor se extendieron por el campamento de los musulmanes.

---

<sup>1</sup> Especie de maza o pica que siempre lleva Baibars a mano, y que adquirió en los primeros tiempos de un anticuario de Damasco. Al parecer, esa pica o *lett* había pertenecido a un antiguo rey, y tenía poderes. (Ver *Las infancias de Baibars*)

Vendaron la herida al rey. A la mañana siguiente, cuando Dios extendió la aurora, iluminando al mundo, las puertas de Antioquía se abrieron: el ejército de los francos formó para la batalla, y en ese momento, se destacó de entre sus filas una especie de hiende montañas, un gigantesco personaje forrado de hierro, que comenzó a pavonearse a lo largo y ancho del terreno, con aire belicoso y desafiante.

- ¡Eh, musulmanes! –les gritó– ¡Soy yo el que os ha apresado a vuestros diez emires! ¡Yo, el que ha herido a vuestro rey! ¡Yo, el que se ha hecho pasar por Issa Ibn El-Jumayr! ¡Sabed que quién está ante vosotros no es otro que Mu’ayyaq, hijo de Yahrub el armenio!

*Y el narrador prosiguió su relato de este modo...*

Al escuchar tales baladronadas, el rey se arrepintió amargamente de haber concedido su confianza a aquel canalla. Aunque todo esto, ni que decir tiene, había sido otra de las tretas urdidas una vez más por Yauán que, tras su huida de Alepo, fue a refugiarse a Antioquía, anunciando las malas noticias a Fort-Macul. Temiendo las represalias del sultán, éste puso inmediatamente a la ciudad en estado de sitio, almacenando en su interior todas las provisiones. Ahora bien, Yauán se fijó que en el entorno de Fort-Macul había un espléndido guerrero de imponente aspecto y aire marcial, y le preguntó su nombre.

- Yo me llamo Mu’ayyaq, hijo de Yahrub el armenio –le respondió el guerrero.

- ¿Estarías dispuesto a llevar a cabo una difícil misión, que te valdría las bendiciones de mis antepasados? –prosiguió el monje– Tú te pareces mucho a cierto bandido musulmán, llamado Issa Ibn El-Jumayr... En fin, que Yauán le explicó la trampa que acabamos de relatar.

- Pues claro que sí, *abbone*, tampoco es para tanto –respondió Mu’ayyaq–. Pero, hay una cosa que me preocupa: para que todo eso salga bien, tendré que matar a algunos soldados de Antioquía.

- Puedes matar a tantos como quieras, yo te absuelvo por adelantado –le aseguró Yauán.

Con que Mu’ayyaq se disfrazó de *fidai* ismailí y usurpó la identidad de Issa Ibn El-Jumayr, y acompañado de cuatrocientos patricios, vestidos de la misma guisa, se presentó en el campamento de los musulmanes... en resumen, que ya conocéis lo que sucedió después. Mu’ayyaq, después de herir al rey, huyó, temiendo la venganza de los ismailíes; sus hombres ya se habían eclipsado antes que él, regresando a Antioquía, y Mu’ayyaq informó de todo a Yauán.

- ¡Qué desgracia! –se lamentó el muy hipócrita del malvado monje– ¡Cuando pienso en todos esos valerosos muchachos que has masacrado para nada!

- ¡No te preocupes, *abbone*, que esto no ha acabado así! –le calmó Mu’ayyaq– ¡Para mí ya se ha convertido en algo personal! Y ahora que lo pienso: ¿qué ha sido de los diez emires kurdos que os envié?

- ¿Qué emires kurdos? ¡Por mi religión, que no he visto ni rastro de ellos!

Esa respuesta le extrañó mucho a Mu’ayyaq, porque él había confiado esos cautivos a diez de sus hombres, con la orden de conducirlos a la ciudad. Dejando para más tarde la investigación de tal misterio, se fue a acostar. A la mañana siguiente, bajó al campo de lizas y desafió a los campeones musulmanes, tal y como hemos dicho. Desesperado por sus bravuconerías, el sultán se volvió hacia Ibrahim y le dijo:

- ¡Todo tuyo, muchacho! –ordenó– ¡Sus y a por ese traidor!

*Y el narrador prosiguió su relato de este modo...*

Ibrahim espoleó en el acto a su caballo y cargó contra ese canalla a todo galope, mientras le lanzaba todo tipo de insultos.

- ¡Eh, despacito, hijo de El-Korani! –respondió el otro– ¡Por mi religión, que hace mucho tiempo que había oído hablar de ti, *marfús!* ¡Y qué mejor ocasión que ésta, para que tú y el rey muráis a mis manos!

Sin decir palabra, Ibrahim se abalanzó sobre Mu’ayyaq, enzarzándose en terrible combate: chocaban entre sí como montañas, y se separaban como naos, golpeando y parando, a diestro y siniestro, soportando heroicamente el cansancio y el terror de los combates, mientras los cuervos de mal augurio volaban tras sus cabezas. Uno tras otro, golpeando y deteniendo, atacando y contraatacando, volviendo una y otra vez a la carga, los dos adversarios parecían tan igualados como los platillos de una balanza, tan furiosos como dos camellos disputándose a una misma hembra. Pronto, desaparecieron ante los ojos de los espectadores entre una densa polvareda levantada por sus cabalgaduras. El combate se prolongó así hasta la hora cuarta: los dos ejércitos, inmóviles y silenciosos, compartían la misma admiración por los dos héroes.

*Y el narrador prosiguió su relato de este modo...*

Nobles y muy generosos señores, rogado por el que concede su protección al zorro de las dunas, nuestro señor Muhammad, el de la faz resplandeciente, el elegido por el Soberano todopoderoso. ¡En verdad, que ese Mu’ayyaq debía ser un temible guerrero para resistir de ese modo al León de Ezraa y de El-Horân<sup>1</sup>! Cubiertos de sangre, los dos adversarios continuaron combatiendo a lo largo de todo el día; mas cuando Mu’ayyaq, vio que comenzaba a perder fuerzas, temiendo una muerte segura, se escapó de su enemigo y huyó a galope tendido hacia las líneas de los francos. A la vista de esto, Ibrahim, enfebrecido por el ardor del combate, galopó en su persecución; pero, Mu’ayyaq, ya al abrigo detrás de las tropas, lanzó a los soldados contra él:

- ¡Dale! ¡Sus y a por el hijo del Korani!

¡A esta señal, los francos entraron al ataque, rodeando a Ibrahim por todas partes, bramando con furiosos gritos!

<sup>1</sup> Gentilicio de Ibrahim El-Horâni. Ezraa (Deraa en la actualidad, está en la frontera entre Siria y Jordania) es la ciudad más importante de El-Horân.



¡Ojalá que Dios recompense al valeroso capitán Ibrahim por lo que hizo aquel día! Recibió de frente el choque de los enemigos, acogiéndolos igual que la tierra sedienta espera las primicias de la lluvia; rugiendo y gritando:

- ¡*Allah akbar!* ¡Muerte a los tiranos y a los infieles!

*Y el narrador prosiguió su relato de este modo...*

Nobles y generosos señores, apenas Ibrahim hubo lanzado su grito de guerra, cuando los hijos de Isma'il llegaron en su ayuda, más furiosos que leones en busca de su presa, haciendo temblar la tierra bajo los cascos de sus caballos; tampoco el ejército egipcio se hizo esperar, y todos entraron en la liza, confrontándose en dura lucha: guerrero contra guerrero, caballero contra caballero. Ya la sangre corría a borbotones, ya volaban por todas partes cabezas y miembros tajados, en un tumulto apocalíptico, y las corazas caían destrozadas golpe tras golpe. Los caballos se desplomaban, arrastrando consigo a los jinetes en la caída. Solo se escucha el férreo entrecocar de las espadas y los gemidos de los heridos. Ya solo quedan los más bravos combatiendo: los cobardes hace rato que han abandonado el campo. Los musulmanes lanzan su grito de guerra, mientras la sangre del enemigo corre por el suelo en largos y purpúreos regueros.

*Y el narrador prosiguió su relato de este modo...*

Aún pasó algún tiempo en el que los sables continuaron cosechando cabezas y las lanzas atravesando ojos, entre los gritos de los guerreros y los relinchos de los caballos enloquecidos, mientras la sangre salía a borbotones por las venas cortadas, y el fuego de la guerra abrasaba el campo de batalla. Mas, de pronto, los francos huyeron en desbandada y en desorden, perseguidos por los soldados del Profeta elegido que, amenazándoles a punta de espada, les empujaron hasta las puertas de la ciudad y, antes de retirarse, recogieron a su paso un rico botín. Ibrahim iba entre ellos; todo cubierto de sangre, semejante a un enorme rubí. El sultán fue a su encuentro, le puso un caftán de honor y le volvió a nombrar su guardia de corps.



## 19 – Mu’ayyaq vuelve a las andadas

“De cómo el rey El-Zâher Baibars está de nuevo a punto de ser asesinado por Mu’ayyaq. Éste, al ser descubierto dentro del pabellón del sultán, se da a la fuga y llega herido hasta un convento habitado por un único fraile, que le acoge afectuosamente y le cura de sus heridas...”



**E**sa misma noche, el ejército musulmán durmió bajo las banderas de la victoria. Contento de haber infligido un grave golpe al enemigo, el sultán se retiró a su pabellón, se reclinó en su lecho y no tardó en adormilarse: ¡gloria a Aquel que nunca baja la guardia! Mas, de pronto el sultán se despertó alertado por un ligero ruido que provenía del interior mismo de su tienda; entonces dio un grito atronador, que alertó a los guardias. Ibrahim, que, en ese momento, efectuaba una ronda alrededor del pabellón real, también fue corriendo, y vio que una sombra se perdía en la noche, más ligera que un *yin*. Se trataba de Mu’ayyaq: a causa de la oscuridad, Ibrahim no pudo reconocerle, pero tuvo el buen criterio de alertar a los ismailíes, ordenándoles que bloquearan todas las salidas del campamento.

*El narrador siguió su relato de este modo...*

Después de su combate singular con Ibrahim, Mu’ayyaq, que había huido, volvió de nuevo a Antioquía, tal y como os he contado anteriormente. Entonces, Yauán salió a su encuentro.

- Y bien, ¿qué es lo que ha pasado? –le preguntó.
- ¡*Abbone*, mientras el hijo del Korani siga allí, no cuentes conmigo para volver a combatir en duelo! –respondió Mu’ayyaq.
- ¡Si es así, todo el trabajo que te has tomado hasta ahora no habrá servido de nada!
- ¡Está bien, sea! Esta noche, te traeré la cabeza del *rey* –prometió Mu’ayyaq.

Mu’ayyaq fue testigo de la derrota de los francos y su retirada desde las murallas de Antioquía; luego, cuando cayó la noche, hizo que le bajaran desde lo alto de las almenas y se deslizó en el campamento de los musulmanes; sorprendido por el rey, y avistado por Ibrahim que, como ya dijimos, dio inmediatamente la alarma; al verse rodeado, el bandido saltó sobre el caballo del sultán y huyó al galope; pero al instante, el rey El-

Zâher salió de su pabellón, blandiendo el arco de Bâdîs El-Subki; al reconocer a su enemigo, le lanzó una flecha que le atravesó el muslo derecho de parte a parte, clavándolo en la silla de montar. Pero, Mu’ayyaq era un guerrero fuerte, y hacía falta más de una flecha para abatirle; así que, apretando los dientes para no gritar, siguió galopando sin darse un respiro, hasta que pronto se dio cuenta de que los ismailíes le habían cortado todos los caminos que llevaban a Antioquía; de modo que se vio obligado a acercarse hasta un convento que había en las proximidades; el Convento de las Fuentes. Al llegar, vio a un monje en el dintel de la puerta, que le acogió con presteza.

Mas sabed, noble señores, que ese era el único monje del convento, y además era musulmán, en fin, que el susodicho monje era, ni más ni menos, que el capitán Yamâl El-Dîn Shîha. Poco antes, Shîha se había introducido en el convento y había masacrado a todos los frailes. Esto, habéis de saber, se produjo poco después de que Mu’ayyaq hubiera secuestrado a los diez emires kurdos que, como recordaréis, los había confiado a sus hombres para que los trasladaran a Antioquía. Pero estos, temiendo ser descubiertos por una patrulla musulmana, se habían refugiado en ese convento, con la intención de pasar allí la noche hasta que, pensaron, la situación fuera más propicia y pudieran llegar a Antioquía sin problemas. Pero justo ese día, llegó Shîha al convento, y al darse cuenta de qué iba todo el asunto, esperó tranquilamente a que acabara el día, y luego, después de drogar y atar al cocinero, condimentó con una buena cantidad de un poderoso veneno todos los alimentos. Todos los que comieron, cayeron muertos en el acto, y a los demás, Shîha los degolló, tras haberlos dormido por medio del *benj*. Así que, al día siguiente, tuvo el convento para él solo; no hablo de los diez príncipes kurdos, que seguían encerrados en las mazmorras. Al caer la noche, alertado por el ruido de un galopar, salió del convento y se encontró de manos a boca con Mu’ayyaq, al que hizo pasar rápidamente.

- ¡Ayúdame, *abbone!* –imploró el desesperado–. ¡Sácame esta flecha que me han clavado en el muslo!

Shîha le ayudó a ponerse de pie y le arrancó la flecha; pero la sangre corría a borbotones de la herida.

- ¡Ay, mi pobre amigo! –exclamó Shîha en tono caritativo– ¿Quién ha podido hacerte tal cosa, *figlione?*

- Ha sido el rey de los musulmanes.

Después de meter el caballo en el establo, el falso monje se ocupó del herido, limpiando la desgarradura, restañando la sangre, aplicando ungüentos y vulnerarios; Para abreviar: Shîha trató la herida de Mu’ayyaq conforme a todas las reglas del oficio.

*El narrador siguió contando así la historia...*

Ahora bien, entre tanto, los musulmanes no dejaban de patrullar por toda la llanura, buscando a Mu’ayyaq, y como nunca se les ocurrió llegar hasta el convento, sus esfuerzos resultaron inútiles. A la mañana siguiente, regresaron con las manos vacías ante el sultán.

- Qué más da, simplemente dejadle correr –decidió el sultán–. Un día u otro caerá en nuestras manos. Mientras tanto, tengo una segunda misión que confiaros: aquel que de vosotros consiga abrir las puertas de Antioquía, y capturar a Mu’ayyaq, Yauán, Bartacûsh y Fort-Macul, podrá pedirme el favor que quiera, porque se lo concedo por adelantado.

- ¿Llegarías incluso a proclamarle sultán de los ismailíes hasta que regresara Maarûf? –pregunto astutamente Ibrahim.

- Lo juro por mi cabeza.

- Entonces, díguese tu majestad entregar un documento en ese sentido, escrito y firmado por tu puño y letra, a cada capitán.

El sultán redactó y firmó al momento dichos documentos y entregó uno a cada jefe de los ismailíes. Rápidamente todos ellos se reunieron en la tienda del capitán Sulaymân el Búfalo.

- ¡Buena jugada, Ibrahim! –alabaron los capitanes– ¡Ha sido una magnífica idea, hijo de la Canosa<sup>1</sup>!

- Bien, ahora vais a dividirlos en ocho grupos de a diez –repuso Ibrahim–: cada uno probará suerte por turno, comenzando desde esta misma noche.

Designado para pasar el primero, Sulaymân el Búfalo escogió a nueve compañeros. Cuando oscureció, se equiparon y se hundieron en la noche. Los otros capitanes esperaron a que volvieran, pero fue en vano: cuando se hizo de día, aún no habían aparecido.

- No cabe duda de que han entrado en la ciudad, pero no han podido hacerse con las puertas –sugirió Ibrahim–. Esta noche, el segundo grupo acudirá en su ayuda.

Esa noche, un valiente capitán, llamado Ammâr de Qadmûs, tomó el relevo con otros nueve compañeros; a la mañana siguiente, ninguno de ellos había regresado, ni de este grupo, ni del anterior, y lo mismo sucedió durante los días siguientes; de modo que al final, Ibrahim se encontró solo. Muy avergonzado, se presentó ante el sultán.

- Dime, Ibrahim, ¿qué hay de los valientes hijos de Isma’il? –le preguntó el rey.

- ¡Un desastre, Comendador de los creyentes! No te lo vas a creer, pero uno tras otro, todos han desaparecido...

En fin, que le contó todo lo que había pasado.

- ¡Vaya, muchacho, pues no voy a felicitarte por eso! Esta noche vas a ir tú mismo y vas a tratar de averiguar lo que les ha pasado.

- Escucho y obedezco –murmuró Ibrahim, avergonzado.

Ibrahim aguardó a que cayera la noche y, colocándose su cota de mallas, salió del campamento y se dirigió hacia Antioquía.



---

<sup>1</sup> La madre de Ibrahim es conocida como “Aïsheh la de los Cabellos grises, o la Canosa”, y es la hermana de Maarûf.

## 20 – La falsa virgen

“El valiente y caballeresco Ibrahim, de noche, y bajo las murallas de Antioquía, encuentra a una joven monja, que pretende ser perseguida por el superior de su comunidad para violarla. La doncella pide ayuda al caballero para que detenga al malvado prior y la libre de semejante ultraje...”



Cuando Ibrahim llegó a su destino, comenzó a recorrer las murallas, buscando un resquicio en donde enganchar su garfio. Mientras andaba ocupado en estas tareas, escuchó de pronto una voz de mujer que se lamentaba en la noche y que pedía socorro. Ibrahim se acercó, y vio a una jovencita con hábitos de monja; no tendría más de catorce años y era más hermosa que la luna al emerger de entre las nubes del cielo.

- ¿Quién eres, y qué haces aquí fuera a estas horas? –la preguntó Ibrahim.
- ¿Eres musulmán? –le preguntó ella a su vez.
- Sí, por supuesto.
- En ese caso, oh valeroso guerrero, sé testigo de las palabras que voy a pronunciar: no hay más Dios que Dios, y Muhammad es Su profeta.
- ¿Y si me contaras un poco tu historia? –le sugirió Ibrahim.
- Has de saber que yo soy la hija de Fort-Macul; que no tiene ningún otro hijo más que a mí; pero, hace cuatro meses, mi padre me ha obligado a entrar como novicia en el convento que está a dos pasos de aquí. Durante todo ese tiempo, el padre prior no ha cesado de perseguirme con sus avances<sup>1</sup>; cada vez me resultaba más difícil rechazarle y hacerle ver el horror de un pecado así; pero él volvía una y otra vez a la carga. Esta noche, decidido a conseguir lo que quería, se las arregló para enviar a los monjes fuera del convento, de modo que se quedara él solo conmigo. Por eso he huido, para escaparme de él, e implorar la ayuda de un hombre valiente y caballeroso, y entonces,

---

<sup>1</sup> La presencia de una jovencita en un convento de monjes, evidentemente, no es normal, pero el narrador parece que tiene unas ideas muy vagas sobre las reglas monacales, así como sobre la diferencia entre el clero seglar y el ordenado.

has aparecido tú. Te lo ruego, llévame con los musulmanes, mis hermanos... y si quieres castigar como se merece a ese horrible monje, podrás apoderarte del tesoro de ese convento, que no es poco.

Al escuchar el relato de la joven, la sangre del generoso Ibrahim comenzó a hervir en sus venas. Nosotros ya lo sabemos; él era un hombre de honor, siempre dispuesto a defender a débiles y oprimidos. Sin dudarle ni un instante, se dirigió rápidamente al convento que le había indicado la joven novicia... y encontró el lugar totalmente desierto.

- Pero vamos a ver, ¿dónde está tu monje? –preguntó Ibrahim un tanto contrariado.

- Está allá arriba, en el campanario. Mira... allí, donde hay una luz...

El fidaui subió las escaleras de cuatro en cuatro y penetró en la habitación, que estaba tan vacía como el resto del convento. Dio medio vuelta y se volvió por donde había venido, pero se tambaleó y cayó al suelo profundamente dormido.

Cuando recuperó la consciencia, se halló bien amarrado y cubierto de cadenas; al abrir los ojos, vio a los ochenta capitanes ismailíes, que se encontraban en su misma situación.

- ¡Ah, maldita hija de perra! –estallaron todos– ¡Mira que atrapar también a Ibrahim...!

- ¡Qué alegría volveros a ver, y sin rasguño alguno, compañeros! –clamó Ibrahim– ¿Qué os ha pasado a vosotros?

- ¡Qué nos va a pasar! ¡pues lo mismo que a ti, cojonazos! –gruñó Sulaymân el Búfalo.

- Pues a mí, no os lo podéis ni imaginar, pero vine en socorro de una joven monjita...

- ¡Sí, sí; ya nos lo imaginamos! –le interrumpió Sulaymân–. ¡Pues que sepas, que tu monjita es tan monjita como yo! Y, el que nos ha capturado es el Shuïa<sup>1</sup>, ¡el abortejo que pretende convertirse en nuestro jefe!

*El narrador prosiguió así su relato...*

Mientras andaban intercambiándose estas palabras, vieron de pronto entrar un monje en la habitación; éste se dirigió a Ibrahim:

- ¿También tú rechazas obedecerme?

- Y así, de entrada, ¿quién eres tú?

- Tu viejo compañero Shîha, y, por supuesto, siempre decidido a convertirme en sultán de los hijos de Isma'il.

- ¡Ah! ¡pues para eso, ya puedes esperar sentado! ¡Jamás te querrá nadie, eso te lo garantizo yo! Además, pedazo de necio, ¿cómo crees que tú vas a tener la última palabra sobre los hijos de las montañas?

<sup>1</sup> Quiere decir “Shîha”.



Al ver que se mostraba tan intratable como los otros, Shîha le encerró solo en una celda.

- Con que ¿así es como respetas la palabra que me diste, Ibrahim? –le reprochó Shîha– ¡Pero paciencia! ¡Un día, si Dios quiere, te he de pagar con la misma moneda!

Dicho esto, el falso monje volvió donde Mu’ayyaq: éste que aún no se había recuperado de su herida, no se había levantado de la cama, e ignoraba todo lo que estaba pasando en el convento. Pero, ese día, se sintió mejor, y cuando llegó la noche, Shîha le vio venir.

- *Figlione* –le dijo–, querría confiarte una carta para Fort-Macul y Yauán.

- ¿Y cómo quieres que entre en Antioquía? *Abbone*, ya sabes que la ciudad está sitiada.

- Por supuesto, *figlione*; pero da la casualidad de que yo conozco un pasadizo bajo tierra que lleva, desde este convento hasta el interior de las murallas, desembocando en el Molino de Safrán.

Así que Shîha escribió una carta y se la entregó a Mu’ayyaq; en el acto le condujo hasta la entrada del pasadizo secreto, que se encontraba oculto en las cocinas del convento. Poco después, el bandido se hallaba dentro de las murallas de Antioquía; rápidamente se fue al palacio, en donde halló a Fort-Macul, pasando la noche cinco de sus visires, con Yauán, y Bartacûsh.

- Bienvenido, Mu’ayyaq –le saludó el maldito monje– ¡Ni te imaginas lo que nos preocupaba tu ausencia!

- *Abbone* Yauán, es que, durante mi misión, me sorprendieron los musulmanes; el rey me hirió con una flecha, que me atravesó el muslo, y no tuve fuerzas más que para refugiarme en el Convento de Las Fuentes, en donde pude reponerme gracias a los cuidados del prior; que nuestro señor el Cristo le bendiga. Por cierto, que el prior me ha entregado una carta para ti:

*Del prior del Convento de las Fuentes a nuestro bien amado padre Yauán.*

*Has de saber, abbone, que ha llegado hasta nosotros un monje errante que pretende llamarse Masjalún. Este individuo nos parece sospechoso, y tenemos razones para creer que podríamos estar ante ese peligroso y traicionero personaje, al que los musulmanes llaman Shîha. Por lo que pudiera suceder, nosotros nos hemos apoderado de él y le hemos dejado bajo una buena custodia. Estaría bien que tú vinieras a examinarle, acompañado del babb Fort-Macul. Si es un auténtico monje, le soltaremos; si, por el contrario, se tratara de Shîha, le mataremos.”*

Pero, dime, Mu’ayyaq, ¿cómo has dicho que se llamaba ese prior, *figlione*? –le preguntó Yauán a Mu’ayyaq después de leer la carta.

- ¡Por mi religión, que no tengo ni idea! Yo le llamaba simplemente *abbone*.

- Yo sí que conozco muy bien su nombre –intervino Bartacûsh sombrío– ¡Me apuesto lo que sea a que se llama Issa el de El-Difa’i!

- ¡Mira que eres cretino, mi pobre amigo! –le replicó Yauán mientras se partía de risa–. Está bien, venid conmigo: vamos a aclarar este asunto.

Yauán se levantó, seguido de Bartacûsh, de Fort-Macul y de los cinco visires. Mu’ayyaq les condujo a través del túnel subterráneo hasta el convento, que hallaron totalmente desierto.

- Por mi religión, aquí dentro hay algo fuera de lo normal –rezongó Yauán–. Eh, Mu’ayyaq, ¿dónde se ha metido tu prior?

- ¡No tengo ni idea! –respondió Mu’ayyaq.



## 21 – Ibrahim se apunta un tanto

“Hemos dejado a Shîha, en el capítulo anterior, dentro del Convento de las Fuentes, intentando convencer a los ismailíes de que le acepten como jefe, pero sin resultado alguno. Luego, procura negociar con Ibrahim, pero al no conseguir su propósito; llega finalmente a un acuerdo con los otros capitanes ismailíes, que aceptan, aunque, al final, las cosas se complican...”

*Y prosiguió el narrador...*



Cuando Yauán, Bartacûsh, Fort-Macul y los cinco visires, ya en el convento, estaban a punto de partir en busca del monje fantasma, un suave perfume les invadió, y uno tras otro cayeron al suelo perdiendo el conocimiento, afectados por los vapores del benj que emanaba de un pebetero hábilmente disimulado. Shîha salió entonces de su escondite, degolló a los cinco visires y ató bien atado a Yauán, a Fort-Macul, a Bartacûsh y a Mu’ayyaq.

Hecho esto, se fue a las celdas en que estaban encerrados los emires kurdos y los liberó.

- Regresad junto al rey y avisadle de que se prepare y esté atento –les recomendó–; porque esta noche Antioquía será tomada.

- Escucha, ¡tenemos una gran deuda contigo! –le dijeron los kurdos– Pero, dinos, ¿quién eres tú?

- Shîha Yamâl el-Dîn.

Después de que los emires kurdos le expresaran su agradecimiento, Shîha les confió el caballo del sultán y les condujo a la salida del convento; luego, volvió a donde tenía encerrados a los *fidauis*.

- Hijos de Isma’il, mirad adonde hemos llegado –les dijo–: Yo acabo de apresar a Mu’ayyaq, a Yauán, a Bartacûsh y a Fort-Macul, el rey de Antioquía, y he mandado aviso al sultán de que esta misma noche encontrará abiertas las puertas de la ciudad. Y vosotros, mientras tanto, seguiréis aquí, deprimidos en esta celda, por culpa de vuestra cabezonería.

- Escucha, Yamâl El-Dîn –suplicó Sulaymân el Búfalo–: no nos prives de la recompensa que espera a los que combaten por la Fe, y si nos dejas luchar, nosotros te prometemos reconocerte como nuestro jefe en cuanto nos enrolemos bajo los estandartes del sultán<sup>1</sup>.

- ¡Trato hecho! –aceptó Shîha.

Antes de liberarles, les hizo prestar juramento de que no intentarían perjudicarlo o traicionarle, y luego, les quitó las ataduras, les devolvió sus armas, y les condujo hasta la entrada del pasadizo secreto que llevaba hasta Antioquía.

- Cuando estéis dentro de la ciudad, id directamente a la puerta de San Pablo, abridla y lanzad vuestros gritos de guerra –les aconsejó Shîha–; el sultán acudirá entonces con todas sus tropas.

- ¡Dalo por hecho! –respondieron los *fidauis* introduciéndose en el pasadizo.

Una vez solo, Shîha se fue adonde Ibrahim, que seguía en su celda, y comenzó a regañarle, esperando así remover sus mejores sentimientos.

*Y el narrador prosiguió su historia...*

Mientras tanto, los ochenta *fidauis* habían llegado ya al interior de la ciudad, y, apenas salieron del túnel subterráneo, se precipitaron hacia la puerta de San Pablo. A la cabeza iba el capitán Sulaymân el Búfalo, que a voz en grito proclamaba:

- ¡*Allah akbar!* ¡Conquista y victoria! ¡Muerte a los infieles!

Tras él, avanzaba el capitán Fajr El-Dîn Yisr, seguido de los otros. Todos juntos, se lanzaron a por el puesto de guardia; masacraron a los centinelas, y abrieron la puerta de San Pablo. En el acto, el ejército de Egipto penetró en la ciudad; Sulaymân el Búfalo mantuvo las puertas abiertas hasta que hubo entrado el sultán. A partir de ese momento, un feroz combate se desarrolló en las calles; un combate que duró hasta el amanecer, e incluso continuó al día siguiente<sup>2</sup>, hasta que los francos fueron totalmente derrotados, excepto algunos afortunados que consiguieron escapar. Entonces, el rey tomó posesión solemnemente de la ciudad y ordenó arrasar el palacio de Fort-Macul.

*Y el narrador prosiguió así...*

Pero volvamos a Shîha, al que habíamos dejado amonestando a Ibrahim:

- ¿Qué vas a sacar de bueno de toda esa tozudez? Sabes bien que la guerra es una fuente de ingresos para los musulmanes; así que ¿por qué privarte de tu parte del botín?

<sup>1</sup> Esta promesa no compromete a gran cosa a los isma'ílies; por eso, precisamente, y para que no se les imponga a Shîha como jefe, se abstienen de dar su juramento solemne de fidelidad al rey.

<sup>2</sup> En este pasaje hemos aligerado el texto, que evoca largamente la batalla, conforme a los tópicos que ya conocemos, y dado que a continuación viene un pasaje parecido, nos ha parecido aquí inútil alargar el ritmo del relato.

- ¡Dios hará justicia entre nosotros! –replicó tercamente Ibrahim– Tú eres el único culpable de impedirme obtener la recompensa prometida a los que luchan por la Fe.

- Escucha, te voy a proponer un buen trato: tú me reconoces como jefe, y yo te dejo el tesoro de este convento.

Ante esas palabras, los ojos de Ibrahim se iluminaron de codicia.

- ¡Escucha, tú sabes de sobra que yo siempre he estado de tu parte, ¡ojalá Dios te conceda larga vida! –replicó Ibrahim con una gran sonrisa–. ¡En cuanto entre al servicio del sultán, yo seré el primero en reconocerte como jefe<sup>1</sup>!

Entonces, Shîha le liberó, y al salir de su celda, Ibrahim vio a los cuatro prisioneros, junto a los cadáveres de los visires.

- ¡Vaya, compadre! –exclamó Ibrahim admirado– ¡Sólo un tipo tan astuto como tú podría haber dado un golpe así!

Acercándose a los cautivos, los despertó con el antídoto del *benj*, y comenzó a lanzarle puyas a Mu’ayyaq:

- Así que, dime, armenio cabrón, ¿cómo creías que podrías salir indemne cargándote a la cabeza de los musulmanes? ¡Bien se ve que tú no conocías a Shîha!

- ¡Que nuestro señor el Cristo te confunda, esmirriado! –le apostrofó Yauán al volver en sí–. En cuanto Mu’ayyaq me paso tu carta, en seguida tuve como un presentimiento...

En esas estaban, cuando se abrió la puerta de golpe e irrumpió un patricio en el convento: era un enorme y fornido hércules, que parecía escapado del pueblo de Ad<sup>2</sup>. Detrás de él, como una nube de tormenta, avanzaba una columna de diez mil caballeros francos, que parecían demonios vomitados del infierno.

*Y el narrador continuó de este modo...*

Era un ejército de apoyo, enviado por el *babb* Francis\*, rey de Sîs<sup>3</sup>. Pues, en efecto, éste era un antiguo compañero y pariente cercano de Fort-Macul; al enterarse de que los musulmanes marchaban sobre Antioquía, había organizado rápidamente una tropa de apoyo de diez mil caballeros, al mando de su guardia de corps personal, el capitán Sájer el Armenio, que, a su vez, era primo de Mu’ayyaq. Y aunque Sájer actuó con diligencia, llegó demasiado tarde: Antioquía ya había caído en manos de los musulmanes, y tras una encarnizada batalla, del ejército franco no quedaron más que pequeños grupos de hombres que huían dispersos por la llanura y por los pantanos.

<sup>1</sup> Esta respuesta es incoherente, porque, a diferencia de los otros isma’ílies, Ibrahim ya forma parte del ejército del rey el-Zâher Baibars.

<sup>2</sup> Pueblo de gigantes que, según una leyenda, recogida en El Corán (XI, 50-60), vivió en Arabia; fueron destruidos por la cólera divina, por haber rechazado obedecer al profeta *Hûd*. Se les ha equiparado a los *Nefilím* de la Biblia (Génesis, 6 : 4).

<sup>3</sup> Sîs, en el sudeste de la actual Turquía fue, en época de las Cruzadas la capital del reino armenio aliado a los Cruzados.

El recién llegado, ante esta situación, se desvió hacia el Convento de las Fuentes, con la esperanza de que los monjes pudieran darle algunos detalles sobre este asunto e informarles de si Fort-Macul aún estaba vivo. Y la mala fortuna había querido que cuando Shîha liberó a los emires kurdos, estos, estaban tan contentos de haber conseguido de nuevo la libertad, que se olvidaron totalmente de cerrar tras ellos la puerta del edificio; lo que explica la inopinada irrupción de Sájer, que pilló totalmente desprevenidos a Shîha y a Ibrahim.

- ¡A mí, primo! –gritó Mu’ayyaq en cuanto les vio aparecer–. ¡Líbranos del Shuîa de los musulmanes y del hijo del Korani!

Al oír esto, Sájer desenvainó su sable y avanzó hacia los dos musulmanes.

- Amigo mío, te voy a hacer una proposición –le detuvo Ibrahim con estas palabras–: Tú me dejas libre el paso y, a cambio, yo me abstengo de liquidar a tu banda de miserables... del resto, haz como gustes.

- ¿Quieres decir que, si yo te deajo en paz, tú nos dejas a Shîha? –insistió Sájer, incrédulo.

- Mira, ahí lo tienes, delante de ti, y los prisioneros también –asintió Ibrahim.

Sájer inmediatamente dio órdenes a sus hombres de que le abrieran paso, y el valiente *fidaii* caminó entre dos filas de guerreros francos; *shâkriyyeh* en mano y avanzando con feroz talante.

- ¡Eh, oye, Ibrahim, no me digas que me vas a dejar en manos de enemigos de la religión! –protestó el pobre Shîha, que ya no dominaba la situación.

- ¡Cuando se quieren calzar las botas del capitán Maarûf, se ha de saber valerse por uno mismo! –le replicó Ibrahim con una carcajada sardónica.

Y se marchó Ibrahim, sin un rasguño, en dirección a Antioquía; apenas si había vuelto la espalda, cuando el infame Sájer se abalanzó sobre Shîha y le amarró con fuerza, antes de liberar a los cuatro cautivos.

- ¡Por mi religión, *ghandar*, acabas de rendirme un señalado servicio y por ello te quedaré reconocido mientras vivas! –le dijo Yauán– Pero, dime, tú ¿quién eres y cómo es que has llegado aquí justo en el momento oportuno?

El otro le explicó rápidamente lo que ya sabemos; luego, se fueron del convento. Fort-Macul echó una ojeada sobre Antioquía y, al fijarse en los estandartes del Islam que ondeaban por encima de las murallas, comprendió que la ciudad había sido tomada, y no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

- Vamos, no llores, oh poderoso rey –le reconfortó Sájer–. Venid todos con nosotros y entremos en Sîs: el *babb* Francis, mi señor, seguro que en breve reconquistará Antioquía y vengará así la afrenta que te han infligido.

- Por el honor de mi religión. Mis antepasados dejaron dicho que el rey de Sîs nacería bajo una buena estrella, y que todo lo que emprendiera, lo conseguiría –comentó Yauán–. Desde luego que sería una buena idea ir a reunirnos con él. Pero, mientras tanto, comenzad por cortarle la cabeza a este demonio de Shîha; del resto, no hay por qué preocuparse...



- No, *abbone*, dejémosle vivo –sugirió Sájer–. Hace mucho tiempo que mi señor ha oído hablar de él y desea conocerle en persona; ¿por qué privarle de ese placer? Nosotros le mataremos en Sís, en presencia del rey, y ya está.

- Sea –asintió Yauán–; pero, vigíladlo bien y abrid bien los ojos.

Así que se pusieron en marcha, llevando tras ellos al cautivo, cargado de cadenas; durante todo el viaje, no dejaban de atormentarle, prometiéndole mil muertes. Shíha hacía esfuerzos para soportar con valor esta prueba, y repetía sin cesar: “Me someto a Dios, y reclamo Su juicio contra Ibrahim.”

Cuando estaban a dos jornadas de marcha de Sís, Sájer el armenio decidió adelantarse con su ejército, para informar a su señor de los infortunios de Fort Macul y de su próxima llegada, con objeto de que el *babb* Francis y los grandes del reino salieran al encuentro de sus invitados, tal y como lo requería el protocolo. Mientras tanto, Mu’ayyaq, Yauán, Bartacûsh y Fort-Macul, se quedaron rezagados, junto con Shíha y los diez patricios que Sájer había puesto a su disposición.



## 22 – Shîha desencadenado

“Yauán, el monje maldito, acompañado de Bartacûsh, Fort-Macul, y Shîha, su prisionero; siguiendo las sugerencias del capitán franco Sájer, se dirigieron hacia Sîs, la ciudad del *babb* Francis. En el camino, se hallaron en medio de una hermosa y florida campiña que, con el suave canto de los pájaros, y un riachuelo cercano, invitaba a reponer fuerzas y hacer un alto para comer y descansar de las fatigas del viaje...”



**M**archando sin prisa, llegaron<sup>1</sup> a la orilla de un riachuelo, el Irmaq. Aquel paraje estaba rodeado de árboles y floridas praderas; los pájaros cantaban, celebrando la unicidad del Creador. En fin, que, ante ese espectáculo tan agradable y bucólico, hasta el mismo Yauán, no podía quedar indiferente.

- ¡Por mi religión, en verdad que éste es un sitio placentero! –exclamó Yauán– Esto sí que es un regalo para la vista y calma para el corazón. Sería buena idea pasar aquí la noche. Vosotros dos –continuó dirigiéndose a Mu’ayyaq y a Bartacûsh–, acercaos al pueblo de ahí al lado a buscar unos cuantos odres de vino viejo... Y no dejéis de traeros un cordero para hacernos esta noche un buen méshui.

Al poco rato, los dos compadres estaban de vuelta con las provisiones; encendieron la hoguera, y pusieron a asar el cordero; escanciaron el vino y toda la banda comenzó con entusiasmo a vaciar los jarros, mientras esperaban a que el cordero terminara de asarse. Los brindis duraron hasta la noche; ¡así que podéis imaginaros en qué estado se encontraban a esas horas! Mientras tanto, Shîha, siempre encadenado, contemplaba esta escena con ansias; el olor del cordero asado le cosquilleaba en la nariz y se le abría ferozmente el apetito. Como ya no podía más, le llamó a Yauán:

<sup>1</sup> Empieza aquí el relato en donde lo dejamos en el capítulo anterior, refiriéndose al Monje Yauán, a Bartacûsh, a Fort-Macul, a Mu’ayyaq y al pobre y encadenado Shîha, junto con los diez patricios de la tropa franca de Sîs, que les había dejado para su guardia el capitán Sájer.

- ¡Por el amor de Dios, hijo de Asfut, dame un trozo de carne! ¡Hace días que no pruebo bocado!

- ¡Como si revientas con el buche abierto, cabroncete! –le replicó el maldito monje, lleno de malevolencia.

Para entonces, Mu’ayyaq y Fort-Macul ya estaban totalmente borrachos y dormían el sueño de los justos; Yauán y Bartacûsh, con voz pastosa y atrancándoseles las palabras, daban muestra de no estar en mejores condiciones. De hecho, no tardaron en quedarse dormidos, con el profundo sueño de los ebrios. En ese momento, los patricios se precipitaron sobre los restos de comida, hartándose de la carne de cordero y vaciando todos los pellejos de vino que quedaban intactos, y lo hicieron tan a conciencia, que al poco rato ya estaban tan inconscientes como el resto. Shîha, al ver el campo despejado, se arrastró hasta el fuego, y acercando sus ataduras a las brasas; la cuerda no tardó en consumirse, dejándole libres los brazos. Rápidamente se deshizo de las cadenas que le trababan los pies, y, al cabo de un largo y paciente esfuerzo, consiguió quitarse las abrazaderas de hierro de los tobillos.

Shîha, nada más verse libre, se deslizó, con el sigilo de un lobo, hasta donde dormían Yauán y Fort-Macul, decidido a liquidarles de una vez por todas; pero, justo en ese momento, el maldito monje –sin duda, advertido por su señor, Satanás– se despertó y dando gritos como un poseso, despertó a todos los demás.

- ¿Qué te ocurre, *abbone*? –le preguntó Fort-Macul.

- ¡*Ghandars*, Shîha se ha escapado! ¡Atrapadle!

En efecto, echando una ojeada alrededor, descubrieron a su cautivo que huía a todo correr a través de la explanada, más rápido que un avestruz macho. En el acto, todos se lanzaron a perseguirle y no tardaron mucho en darle alcance, cercándole en la orilla del río. Viéndose sin escapatoria, Shîha no se lo pensó dos veces: se lanzó de cabeza al agua y desapareció ante los ojos de sus perseguidores. Estos, tras esperar un buen rato, concluyeron que se había ahogado y regresaron para informar a Yauán; pero éste, siempre desconfiado, pasó el resto de la noche y todo el día siguiente buscándole vivo o muerto, aunque sin resultado alguno.

- No merece la pena seguir aquí, *abbone* –intervino Fort-Macul– Este río es tan profundo y lleno de rápidos, que hasta un camello con toda su carga podría desaparecer sin dejar rastro; así que menos veo cómo ese mierdecilla de Shîha podría salir sano y salvo de esas aguas.

- ¡Ya! –refunfuñó Yauán– ¡Ese mierdecilla, como tú dices, es un auténtico demonio: si alguien es capaz de salvarse de una situación así, ese es él, y aún mucho más!

Rumiando sombríos pensamientos, se pasó el día vigilando las márgenes del río; pero, al caer la tarde, y cuando sus compañeros se disponían a pasar allí otra noche, Yauán dio la orden de marchar: quedarse en aquel sitio no les serviría de nada, y les exponía a un posible ataque de Shîha durante la noche, si es que había sobrevivido.

Así que siguieron camino de Sís, y, cuando llegaron a su proximidad, el rey Francis salió a su encuentro y les hizo entrar en la ciudad con gran pompa. Derramando lágrimas a raudales, Fort-Macul se arrojó a los pies de su huésped.

- Oh, *babb* –gimió– ¡imploro tu ayuda! ¡Los musulmanes han devastado mis tierras y me han arrebatado mi reino!

- Cálmate, mi querido amigo –le tranquilizó el rey Francis–. El capitán Sájer me ha puesto al corriente de la situación y ya he convocado a todo el grueso de mis tropas; dentro de poco, me pondré a la cabeza de mi ejército y echaré a los musulmanes fuera de tu reino, vengando así tu honor.

- ¡Oh, sí! ¡Tú eres ese que anunciaban los prodigios y la profecía! –exclamó Yauán.

Pues bien, el rey Francis se ocupó de consolarlos, ofreciéndoles una hospitalidad digna de reyes; luego se dedicó a reunir a sus tropas y a ponerlas en pie de guerra, preparando el contraataque.

Y mientras tanto ¿qué había sido de Shíha? Pues, después de arrojarle al río, había estado nadando entre dos aguas, hasta colocarse bajo el ojo de un puente que había no muy lejos y, como el puente era bastante bajo, consiguió esconderse allí hasta el día siguiente por la noche. Cuando sus enemigos recogieron sus bártulos, Shíha salió del agua, tendió sus pertenencias al sol, y se sentó cómodamente bajo un árbol a esperar que se secaran. Pero en ese momento oyó, no lejos de allí, unos lamentos:

- ¡Santa Virgen, ven en mi ayuda! ¡Conduce hasta mí a alguien que pueda llevarme a Sís!

Rápidamente Shíha se levantó y vio a un joven de unos veinte años, postrado en el bosque, y con todo el cuerpo cubierto de heridas.

- ¿Quién eres tú, *ghandar*? –le preguntó Shíha.

- Yo me llamo Bakrumo, hijo de Paulo, y soy de Sís –respondió el joven.

### *El narrador prosiguió así...*

El joven, era un muchacho de buena familia, cuyo padre, muerto hacía poco, le había dejado una buena fortuna. Pero este joven descerebrado no tuvo otra cosa que hacer que dilapidar toda la herencia en un abrir y cerrar de ojos en tabernas, burdeles y en el juego, ayudado por todos los parásitos de la ciudad. Resumiendo, que en nada de tiempo se encontró sin un céntimo; de modo que, cuando se enteró de que Fort-Macul preparaba una expedición contra los musulmanes, y que muchos patricios se estaban alistando en Antioquía para enrolarse en su ejército, pues se unió a ellos, empujado por la necesidad de hacer algún dinero y por la esperanza del botín; como es natural, la única recompensa que recibió en aquella empresa fueron los golpes. Con numerosas heridas tras la batalla final, en la que los francos se dieron a la fuga, él había conseguido huir, intentando llegar a Sís; pero sus fuerzas le traicionaron; incapaz de dar un paso más, se dejó caer en la tierra, clamando socorro, con la esperanza de que alguien que pasara por viniera en su ayuda. Y, como os hemos contado, fue Shíha el que respondió a sus gritos.

- ¿Te queda aún familia en Sís? –le preguntó Shíha al conocer su historia.

- Sí, tengo un viejo tío, ciego, llamado Abd El-Salíb el Posadero: es un hombre muy rico y sin hijos. Se ocupa de una posada que pertenece al capitán Sájer, y que él la alquila por un pedazo de pan; pero mi tío no quiere saber nada de mí.

*Y el narrador continuó de este modo...*

Entonces, una idea comenzó a germinar en el cerebro de Shíha: eliminar a aquel joven tonto, apoderarse de su identidad y aprovechar esa ocasión para introducirse en Sís, con objeto de vengarse de Yauán y todos los demás. Shíha se había dado cuenta de que Bakrumo y él eran más o menos de la misma estatura y el mismo aspecto; así que sacó de su saco un trozo de pasta, que tendió a su compañero.

- Toma, trágate este pedazo de pasta, muchacho –le aconsejó–. Eso te va a calmar los dolores y te ayudará a curarte, ya verás...

El joven le obedeció, e inmediatamente pasó a mejor vida. En un abrir y cerrar de ojos, Shíha le quitó la ropa y se la puso él; luego, tras enterrar el cadáver, se dirigió a Sís.

Cuando llegó allí, preguntó por la posada de Abd El-Salíb. Encontró a su pseudo-tío sentado, tomando el fresco, a la puerta de su establecimiento: el hombre parecía un viejo búho de patas torcidas, y muy ajetreado por la edad. Nada más verle desde lejos, Shíha se precipitó hacia él y, arrojándose a sus pies, comenzó a besarle las manos llorando.

- ¡Ay, tío mío! ¡Ay, qué buena suerte! Nunca creí que volvería a verte.

- Pero ¿quién eres tú? –le preguntó desconfiado Abd El-Salíb.

- ¡Soy tu sobrino, Bakrumo, el hijo de tu hermano Paulo!

- Entonces ¿no te han matado en la batalla de Antioquía?

- No, querido tío: cuando los musulmanes tomaron la ciudad y masacraron el ejército de Fort-Macul, yo pude huir junto con otros. Pero has de saber que sobre mí cayeron todas las desgracias... ¡y ahora que mi padre ha muerto, no tengo a nadie más que a ti en este mundo! –añadió llorando amargamente.

- ¡Ah! ¿si? ¿y qué esperas tú de mí? –le respondió el viejo, cada vez más a la defensiva.

- Querría que me cogieras a tu servicio, a cambio de que cada día me dieras un trozo de pan; te juro que me he arrepentido de mis errores de juventud y que estoy completamente decidido a enmendarme.

Mientras andaban con esta conversación, un numeroso grupo de curiosos se había formado a alrededor de los dos hombres, atraídos por los llantos y quejas de Shíha; todo el mundo se puso de acuerdo en lamentar la triste suerte del joven e interceder a su favor ante su tío:

- ¡No nos digas que vas a renegar de tu propio sobrino; sobre todo ahora que se ha arrepentido! Sus desgracias le han servido de lección, ya lo verás. No tienes más que ponerle a prueba durante unos días, y así podrás darte cuenta de si ha cambiado y, podrás decidir en consecuencia. Además, tú ya no eres tan joven, y siempre es bueno contar con alguien que se ocupe de la clientela, y éste sólo te costará un sitio donde dormir y la pitanza...

- Está bien, está bien –terminó por dar su brazo a torcer el viejo– ¡te voy a coger a mi servicio, pero más vale que te portes en derecha!





## 23 – La herencia de Shîha

“De cómo Shîha consigue penetrar en la ciudad de Sîs, en donde se habían refugiado, al amparo del rey Francis, el maldito monje Yauán, Bartacûsh, Fort-Macul y Mu’ayyaq. Shîha, haciéndose pasar por Bakrumo, el joven franco al que acababa de rematar en el bosque, se convierte en ayudante de un viejo y avaro ciego que regenta la posada propiedad del capitán Sájer, primo del temible Mu’ayyaq...”



**S**hîha se precipitó a besarle la mano al viejo (su supuesto tío) y entró en la posada, en donde pasó la noche. Al día siguiente, se levantó antes de que despuntara el día; barrió el patio y lo regó; luego hizo la ronda por todas las habitaciones, preguntando a los clientes se necesitaban alguna cosa y, llevando agua a los unos, corriendo a hacer encargos a los otros.

Ya era media mañana, cuando se presentó ante su tío, y le ofreció una oblea de pan.

- Toma, querido tío; aquí tienes tu tentempié –le dijo.

- Pero... ¿qué es esto?

- Pues que hoy les he hecho unos pequeños recados a los clientes de la posada, y ellos, a cambio, me dieron este pan.

- ¿Y por qué no te lo comes tú mismo?

- Porque yo ya me he desayunado con una de las obleas, y ésta, la he guardado para ti.

Ahora bien, Abd El-Salîb era el tacaño más espantoso que jamás se había visto en esta tierra, y eso, a pesar de que era riquísimo. La idea de gastar un céntimo, le ponía enfermo. De modo que con gran alegría y agradecimiento se amparó de la oblea que le ofrecía Shîha. Éste, continuó mostrando el mismo celo en su trabajo, y tan bien lo hacía, que, al llegar la noche, los clientes le recompensaban por sus servicios, dándole una parte de su cena; de ese modo, muy pronto se encontró con una cantidad de comida suficiente como para satisfacer a cinco tragazanes. Y en ese momento, le llamó Abd El-Salîb.

- Toma, hijo mío, coge este dírham y vete a comprar un *otmani*<sup>1</sup> de queso blanco y dos *otmanis* de pan para cenar –le ordenó.

- Escucha, mi querido tío, ¿por qué hacer tan locos dispendios? –protestó Shîha–. Yo tengo aquí todo lo que necesitamos: con lo que me han dado los clientes, tenemos para hartarnos a comer durante dos días.

- ¡Que la Virgen María, madre de las luces te proteja! –exclamó el viejo avaro, con lágrimas en los ojos. ¡Qué pena, si yo llego a saber que tú eras así de serio, hace tiempo que te hubiera tenido a mi lado! Pero eso ya da igual. Necesitamos luz: vete a buscar medio *otmani* de aceite para la lamparilla.

- ¿Y para qué queremos la lamparilla, tío? De todos modos, tú no puedes ver... No, mejor guarda tu medio *otmani* para otro día en que podamos necesitarlo.

- ¡Que la buena Virgen te bendiga! –le deseó Abd el-Salîb– Eres un buen muchacho.

- Convendría reservar las sobras –añadió Shîha, sentándose a la mesa– nunca se sabe lo que nos deparará el mañana...

En fin, que se instaló entre ambos una entente perfecta. Por las mañanas, Shîha siguió haciéndose indispensable para los clientes de la posada; a cambio de sus servicios, estos le daban comida suficiente para alimentarles sobradamente a él y a su tío. Y así discurrieron las cosas durante diez días; al undécimo, Abd El-Salîb llamó a Shîha y le dijo así:

- Hijo mío; hoy, me apetece darme una pequeña alegría: hace meses que no bebo más que agua. Así que... ¡al diablo con el ahorro! Aquí tienes diez dírhams; vete a buscarnos un buen pescado y unas cuantas frascas de vino viejo.

- ¡Qué dices, tío! ¡No merece la pena que hagas tantos gastos! –protestó el falso Bakrumo– Yo puedo apañar todo eso sin que te cueste un céntimo. Tengo un amigo pescadero que, desde hace tiempo me prometió darme a probar su mercancía; me voy a pasar ahora mismo por su pescadería y le cogeré dos buenos pescados. También, he guardado un poco de aceite de primera, vaciando los fondos de las lámparas de los comerciantes ricos que pasan por aquí.

- ¡Bendito seas, hijo mío! –exclamó Abd El-Salîb.

- Además –continuó Baïbars–, entre mis conocidos tengo a un tabernero que, desde hace mucho, me ha prometido una jarra de vino viejo. Voy ahora mismo a por el pescado, a coger el vino, preparar una ensalada, y todo eso sin que nos cueste una piastra; lo único que tendrás que comprar es el pan.

Colmado de bendiciones por su tío, Shîha se fue al mercado, adquirió las provisiones con dinero de su propio bolsillo, y regresó a la posada. Una vez hubo terminado su trabajo, se ocupó de freír el pescado, preparar la ensalada, y poner la mesa en la habitación de su tío.

- Venga, hijo mío, vamos a cenar –propuso el viejo.

---

<sup>1</sup> El “*otmanî*” era la moneda más pequeña en la época Otomana; equivalía a un cuarto de *para*; es decir, algo así como un céntimo de antes de 1914. Aquí, el *dírham* que mencionan seguramente corresponde a la *piastra*, que por aquel entonces sería el equivalente a unos cincuenta céntimos.

- ¡No me digas que vamos a cenar, dejando la puerta abierta! –le replicó Shîha–. Si entrara alguien, nos veríamos obligados a invitarle: ¡un poco fuerte tener que compartir con otro lo que es nuestro! ¿no?

- Mi querido sobrino, ahora sí que ya no tengo dudas acerca de ti –afirmó Abd El-Salîb solemnemente–. ¡Acabas de darme la prueba de que, en materia de ahorros, yo no te llego ni a la suela del zapato!

Así que cerraron la puerta con llave, se sentaron a la mesa y empezaron a comer; Shîha no dejaba de servir vasos bien repletos de vino a su tío, que no tardó en mostrar una cierta embriaguez.

- Querido tío –le dijo entonces Shîha–, yo he ahorrado diez dírhams de las propinas que me han dado los clientes; ¿querrías guardármelos tú?

Al decir esto, Shîha llevaba dándole vueltas a una idea muy concreta: quería llevar al viejo avaro a que le descubriera en donde había escondido sus ganancias; pues, aunque sabía que su falso tío era inmensamente rico, jamás le había visto una moneda de oro en las manos.

- Mi querido sobrino –repuso Abd El-Salîb–, he podido constatar que tú eres tan ahorrador y austero como yo; así que te voy a rebelar un secreto. Levanta esta estera.

Shîha obedeció y descubrió una trampa; al abrirla, apareció una escalera que llevaba hasta una espaciosa cava, arreglada con mucho confort. Contra el muro del fondo se hallaba un cofre repleto de oro.

- ¡Aquí están los ahorros de toda una vida! –exclamó orgulloso el viejo–. Ahora que conoces mi secreto; consévalo, e intentemos llenar un segundo cofre.

- ¡Y hasta un tercero, con la ayuda del Señor! –añadió Shîha.

Volvieron a subir a la habitación y se pusieron a beber. Shîha, llenó otra copa y se la tendió a Abd El-Salîb, que se la bebió de un trago, cayendo al suelo fulminado por el efecto del *benj*. Hurgando entre los restos del pescado, Shîha, el Maestro de las Trampas cogió una gruesa espina y se la hundió profundamente en la garganta a su tío, que pereció ahogado, sin haber recobrado el conocimiento. Hecho esto, Shîha salió corriendo del cuarto, dando gritos y alaridos como un loco.

- ¡Aaaayyyy, mi pobre tío! ¡Socorro, buenas gentes! ¡Mi tío acaba de ahogarse con una espina!

Los clientes de la posada corrieron en su ayuda, pero solo pudieron constatar que Abd El-Salîb había entregado ya su alma.

- ¡Tu tío ha muerto, mi pobre Bakrumo! –le confirmaron.

- ¡Ah!, ¡qué desgracia! –sollozó Shîha– ¡Maldito sea el pescado que le ha causado la muerte! ¡Juro no volver a probar pescado en toda mi vida!

- Vamos, vamos, ¡de nada sirve ponerse así! Mañana, enterraremos a tu tío, y luego iremos a ver al propietario de la posada para que te confíe su gestión en lugar de tu tío.

Resumiendo, que la gente de la posada le acompañó durante toda la noche, intentando consolarle. A la mañana siguiente, enterraron el cadáver y, terminada la ceremonia, los clientes se reunieron en torno a Shîha.

- Ven –le dijeron–. Hay que ir ahora mismo a ver al propietario, de otro modo, corres el riesgo de que alguien se te anticipe.

- ¿A quién pertenece esta posada?

- A Sájer el Armenio, el guarda de corps del rey Francis.

En compañía de algunos mercaderes, que solían frecuentar la posada, Shîha se presentó en el palacio de Sájer, y, al entrar en la espaciosa sala, vio a Mu’ayyaq, hijo de Yahrub, que se alojaba en casa de su primo. El maestro de ceremonias acogió amablemente a los recién llegados, que le expusieron la razón de su visita.

- Ojalá Dios te conceda larga vida, capitán. Venimos a anunciarte el deceso de Abd El-Salîb, y a presentarte a su sobrino Bakrumo, que nos parece muy capacitado para llevar la gerencia de la posada y, para serte sinceros, deseáramos que le concedieras suceder a su tío en ese cargo.

- Por supuesto, no veo ningún inconveniente, a condición de que me pague puntualmente cada semana el alquiler convenido.

- Quedo a tus órdenes –asintió Shîha.

Sájer redactó el contrato de alquiler por un año. Provisto del documento, Shîha se retiró en compañía de los mercaderes, que le felicitaron, deseándole mucha prosperidad. Al cabo de una semana, Shîha cogió el montante del alquiler y fue a llevárselo a Sájer; éste se hallaba en su palacio, muy ocupado en vaciar frascas de vino.

- Siéntate un rato y tómate un trago conmigo–le propuso Sájer una vez se hubo embolsado el dinero.

- Verás, capitán, he hecho el voto de no beber vino nunca más –se excusó Shîha–, porque a causa de la bebida dilapidé toda la herencia de mi padre. Pero, si tú me lo permites, me sentaré un instante contigo, para hacerte compañía.

Shîha se sentó, y, sacando de su túnica una flauta, comenzó a tocar un aire, tan melodioso, que hasta los muros de la sala parecían bailar con su cadencia, y Sájer fue poseído de una dulce euforia.

- A partir de ahora, has de venir aquí todas las noches –le ordenó Sájer– y a cambio, te perdono el alquiler de la posada.

- Quedo a tu servicio.

Después de ese día, Shîha cogió la costumbre de pasar cada noche una hora o dos en compañía de Sájer, que, se había habituado tanto y tan bien a él, que cuando tardaba en llegar, mandaba a buscarle.

Esta situación se prolongó a lo largo de diez días; pero, una mañana, en la que Shîha estaba sentado a la puerta de su posada y reflexionaba sobre cómo transmitir un mensaje al rey el-Zâher Baïbars para avisarle de que él ya estaba en condiciones de entregarle la ciudad; cuando vio a un joven *fidauî* musulmán, un guapo y fuerte muchachote de unos veinte años. Se paró delante de él con una mula cargada con dos serones llenos de uvas, mientras discutía el precio con los que pasaban por allí. Intrigado, Shîha se acercó también.

- Eh, *ghandar*, ¿tus uvas están en venta?
- ¡Pues claro! –le respondió el joven.
- ¿Y cuánto pides por ellas?
- Cuatro monedas de plata por toda la carga.
- Está bien; puedes descargarlas.
- ¿Y para qué necesitas tú dos serones de uvas? Que yo sepa, tú no comercias con uvas.
- No, pero voy a hacer vino, para venderlo a mis clientes.
- El joven descargó los serones y los llevó al interior de la posada.
- Por cierto, *ghandar*, ¿cómo te llamas? –le preguntó Shîha– ¿Quién es tu padre y de dónde vienes?
- ¿Y a ti qué te importa, jodido cabrón? –le contestó el joven bruscamente–. Además, dime, ¿qué vas a ganar sabiendo que yo me llamo Hasan el Sombrío, hijo de Shâker, y que somos los dueños de las ciudadelas de El-Amîq?

*Y el narrador continuó así su historia...*

Por aquel tiempo, había en tierras de Sîs, tres ciudadelas pertenecientes a los hijos de Shâker<sup>1</sup>; estos vivían del producto de sus viñedos y de sus huertos, que luego iban a vender a la capital, y la gente les temía de tal modo, que nadie se atrevía a meterse con ellos.

- Abre la mano –le dijo entonces Shîha.
- El otro la abrió y Shîha le entregó cien monedas de oro.
- ¿Qué significa todo esto? –le preguntó Hasan con desconfianza.
- Es el precio de las uvas... además de un pequeño favor que te voy a pedir.
- Imaginándose que Shîha le iba a hacer una proposición deshonesta, el muchacho se puso rojo como la grana de la rabia que le entró.
- ¡Ya me sé yo de qué va tu pequeño favor, pedazo de mierda! –le gritó, sacando su puñal–. ¡Espera un poco, que vas a ver cómo te aireo las tripas!
- ¡Deja en paz ese puñal si quieres conservar tus dientes! –le replicó Shîha–. ¡Pedazo de imbécil, yo soy musulmán, igual que tú!
- ¿Ah, sí? ¿y quién eres tú?
- Me llamo Shîha Yamâl El-Dîn.
- Ante estas palabras, el muchacho dejó caer su puñal y corrió a besarle las manos.
- Perdóname –le suplicó–. No te había reconocido, y eso que mi padre nos habla con frecuencia de ti...
- Está bien, olvidemos esto. Toma, coge esta carta: vas a ir a entregarla en mano al propio rey el-Zâher Baïbars, que, en estos momentos, debe encontrarse en tierras de Antioquía; luego vuelve aquí rápidamente.

---

<sup>1</sup> Uno de ellos, el capitán Badr -que ya apareció en *La traición de los emires*- habiendo disputado con sus hermanos a causa de la herencia de su padre, se marchó para instalarse en Siria.

Una vez que hubo jurado obediencia, el joven Hasan montó en su mula, volvió a su casa, ensilló su mejor caballo, y se fue a galope tendido hasta Antioquía, llegando al campamento del ejército egipcio, y presentándose allí ante el rey.

*Y el narrador continuó así su historia...*

Después de que cayera Antioquía, El-Zâher había tomado posesión del reino de Fort-Macul; una delegación de isma'ílies vino a presentarle sus respetos y a felicitarle por la gran victoria que había logrado sobre su enemigo.

- Pero ¿adónde os habíais metido? –se extrañó El-Zâher.

- Caímos en manos de Shîha, oh poderoso rey –tuvo que admitir, avergonzado, el capitán Sulaymân el Búfalo, que le explicó brevemente la trampa que les había tendido el Maestro de las Trampas.

- Y Yamâl el-Dîn ¿dónde está ahora? –continuó preguntando El-Zâher.

- Probablemente, en el Convento de las Fuentes. Todavía tiene prisionero a Ibrahim.

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando Ibrahim hizo acto de presencia.

- ¿Dónde está Shîha? –le preguntó el sultán.

- Yo le dejé en el Convento de las Fuentes –respondió evasivo Ibrahim.

- Que vayan ahora mismo a buscarle, a él y a sus prisioneros.

Inmediatamente se presentó una avanzadilla en el convento, que lo halló desierto. Avisado, el sultán envió a sus soldados para que buscaran por toda la región, pero todo fue en vano. Entonces, el sultán decidió no moverse de Antioquía hasta tener noticias de Shîha; aunque, en su fuero interno, temía que los isma'ílies no lo hubieran liquidado. Pero Ibrahim se guardó muy bien de decir ni una sola palabra.

Mas, un día en que el rey estaba presidiendo su Consejo, sentado en el trono que fuera de Fort-Macul, rodeado de los visires y los capitanes isma'ílies, el joven Hasan se presentó ante él, se inclinó con una profunda reverencia y le entregó la carta. El sultán la cogió, y leyó lo siguiente:

*“Del más leal de tus amigos, Shîha Yamâl el-Dîn, al Comendador de los creyentes:*

*Has de saber, oh, poderoso rey, que, al recibo de la presente, yo me encuentro en la ciudad de Sîs. En cuanto leas estas líneas, te ruego que vengas a reunirme conmigo, a la cabeza de tu ejército, porque yo ya estoy en disposición de abrirte las puertas de la ciudad y de entregarte a Fort-Macul, a Yauán y a Francis.*

*P.d.- Te ruego que te dignes transmitir mis mejores recuerdos a Ibrahim, y dile de mi parte que, gracias a la bondad del Señor, el sultán de las ciudadelas y de los castillos, ha conseguido salvar el pellejo: que vigile bien ahora el suyo, porque, un día u otro, tengo la intención de despellejarle vivo.”*



Después de recompensar y despedir al joven Hasan, el rey El-Zâher se volvió hacia Ibrahim.

- ¿Qué es toda esta historia? –le interrogó severamente– ¿Qué ha pasado entre Shîha y tú para que te envíe esas amenazas?

- Pero, ¿de dónde viene esa carta?

- Es Shîha el que me la ha enviado desde Sîs.

Ibrahim cogió el mensaje, lo leyó, y cambió de color en el acto, lamentando amargamente la mala jugada que le había hecho a Shîha. Al ver que de nada serviría ya disimular, le contó al sultán todo el asunto.

- ¡Por mi cabeza, que has hecho una enorme barbaridad! –le dijo el rey–. Y ahora, si caes en manos de Shîha, ¿tú crees que podrás salirte de rositas?

- ¡Me da igual! Un hombre que no sea capaz de valérselas por sí mismo nunca será digno de llegar a sultán de las ciudadelas –se obstinó Ibrahim–. Por lo demás, si caigo en sus manos, ¡que sea lo que Dios quiera! Pero, dime, ¿quién te ha traído esta carta?

- Un joven que no conozco.

Ibrahim salió del pabellón real en busca del mensajero, pero, aunque miró por todas partes, no halló ni rastro de él, lo que hizo que se sintiera aún peor.

En cuanto al rey El-Zâher, dio órdenes a sus tropas de que se preparan para partir. Al día siguiente, levantaron el campamento y tomaron el camino de Sîs.



## 24 – Bajo las murallas de Sís

“De cómo Baïbars envía un mensaje al rey Francis, en el que le exige que le entregue al maldito monje Yauán, a Bartacûsh y a Fort-Macul, o pasará la ciudad a saco. La respuesta no se hace esperar: ¡guerra! Francis declara el Estado de Sitio en Sís y, de nuevo, se suceden los desafíos entre campeones; aunque, en esta ocasión, son los temibles capitanes ismailíes los que se enfrentarán a los *ghandars* del rey Francis...”



**A**dvertido por los campesinos de la comarca, el rey Francis declaró el estado de sitio en la ciudad, y cuando llegó el ejército musulmán, éste se encontró con las puertas cerradas a cal y canto; siendo recibidos con una andanada de artillería, que obligó a las tropas de El-Zâher a alejarse de allí e instalar su campamento al abrigo de los proyectiles. Después de pasar la noche organizando su ejército, el sultán se sentó en su trono del pabellón real, rodeado de sus dignatarios y de los prohombres del reino; redactó un ultimátum destinado al rey Francis, y se lo confió a Ibrahim. Éste, armado de pies a cabeza, ensilló su caballo de guerra y se dirigió hacia las murallas.

- ¡Ala larga, *ghandar*! –vocearon los patricios.
- ¡Mensajero y emisario! –respondió Ibrahim.

Los soldados arrojaron un cordel a lo largo del muro, para que atara en él la carta que, de ese modo, llegó a su destinatario. Esto era lo que decía el mensaje:

*“Del rey El-Zâher a Francis:*

*Si valoras en algo tu vida, entrégame inmediatamente a Yauán y a su fámulo, junto a Fort-Macul; si no, prepárate para el combate.”*

Francis redactó la respuesta, se la hizo llegar a Ibrahim de la misma manera, y éste marchó a entregársela al sultán. Cuando El-Zâher leyó el mensaje, al ver que se trataba

de una declaración de guerra, la desgarró con desprecio; luego, ordenó que redoblaran los tambores bajo el estandarte del Profeta. Esa noche, los musulmanes se fueron a dormir, después de terminar los preparativos para el combate.

A la mañana siguiente, las puertas de la ciudad se abrieron y los francos descendieron hasta la planicie; los dos ejércitos se dispusieron uno frente al otro, en formación de combate, mientras que Francis, Fort-Macul, Yauán y su maldito Bartacûsh se colocaban bajo los estandartes. Un patricio se destacó de entre sus filas, hizo caracolear a su caballo entre los dos ejércitos, desafiando a los campeones del Islam. Un gallardo *fidaii*, llamado Bahr de Marqab, se lanzó a su encuentro y, con un único tajo de su sable, le separó la cabeza del tronco. Entonces, se presentó un segundo franco, al que Bahr lo remató de igual modo; la misma suerte corrieron el tercero y el cuarto, y así sucesivamente hasta la puesta del sol; pero, no contento con esto, y para colmar la medida, el *fidaii* cargó él solo contra el ejército franco, poniendo a su paso todas las patas arriba; se apoderó de una bandera y fue a depositarla a los pies del rey El-Zâher, que le felicitó calurosamente, concediéndole un caftán de honor.

Aquella noche, los musulmanes durmieron tranquilos por este primer éxito. Al día siguiente, por la mañana, cuando Dios hace llegar la aurora, los dos ejércitos se dispusieron nuevamente en orden de combate; esta vez, fue otro caballero ismailí, llamado Ammâr, el que se ocupó de las lizas durante todo el día, eliminando a todos sus adversarios. Y así siguieron durante diez días, al cabo de los cuales, los terribles *fidaiis* diezmaron considerablemente las filas de los enemigos. Hartos de esta situación, los patricios fueron a quejarse a Yauán:

- *Abbone*, ¿no ves lo que nos está ocurriendo? ¡Los soldados musulmanes nos están liquidando alegremente y tú, andas aquí tan tranquilo, como si no pasara nada!

- Por mi fe que tenéis razón, *figlioni*. Esta misma noche voy a rezar a mis antepasados para que vengan en vuestro auxilio.

Cuando llegó la noche, se fue a ver a Sájer el Armenio y a su primo Mu'ayyaq, hijo de Yahrub, y les reprochó severamente:

- ¡Pero bueno, *marfus*! ¿es que no conocéis el honor? ¿Cómo podéis estar aquí, pasando el tiempo tranquilamente, mientras vuestros hermanos *Cristiani* están siendo masacrados por el enemigo?

- A tus órdenes, *abbone* –respondió Sájer–: ¡Mañana, uno de nosotros bajará a luchar y ya verás lo que es bueno!

- Está bien –aprobó Yauán–. Que Cristo nuestro señor os proteja.

A la mañana siguiente, Mu'ayyaq, hijo de Yahrub salió de las filas y fue a pavonearse ante los dos ejércitos, mientras proclamaba:

- ¡Eh, musulmanes, *mira*<sup>1</sup>! ¡Yo no vengo hoy aquí a desafiar a miserables y vagabundos!; ¡sólo aceptaré combatir con el hijo del Korani! ¡Hoy espero reventarle su gorda panza y hacer desaparecer su nombre de la faz de la tierra!

Apenas pronunciadas estas palabras, el capitán Ibrahim, picando espuelas, cargó como un ariete y le dio un golpe como para quebrar montañas; Mu’ayyaq detuvo este primer asalto y se entabló la contienda. Al cabo de una hora, la ventaja se vislumbraba a favor de Ibrahim: abordando a su adversario más de cerca, se pegó a él, impidiéndole maniobrar, y consiguió propinarle un fuerte tajo en mitad de la cabeza. Gravemente herido, y temiendo por su vida, Mu’ayyaq dio media vuelta y huyó hacia sus filas, con Ibrahim pisándole los talones. Al ver esto, el monje Yauán se apoderó del *shinyâr* y comenzó a agitarlo en todos los sentidos, al grito de:

- ¡Dale, hijos de le Iglesia de Cristo! ¡Sus! ¡y a por el hijo del Korani! ¡No dejéis que se aproxime a Mu’ayyaq, porque, por el honor de mi religión, que si lo permitís, yo ordenaré a la tierra que se hunda bajo vuestros pies, y que os engulla el mar!

Fanatizados ante tal cantidad de tonterías, los ingenuos francos se lanzaron por todas partes contra Ibrahim. Éste hizo una gran carnicería entre ellos, recibiendo con su habitual sangre fría; arrojando las cabezas cortadas, como si fueran balas de cañón. El ejército no tardó mucho en entrar también en danza; la sangre corría a chorros y los miembros cortados cubrían la tierra; sólo se podía oír el chocar de las espadas y los lamentos de los heridos. El combate se prolongó hasta bien entrada la tarde; pero los francos, tratando de no acrecentar sus ya enormes pérdidas, se retiraron al refugio de las murallas de la ciudad, con la firme decisión de no volver a salir de allí.

Pero, cuando las tropas musulmanas se retiraron a su campamento, se dieron cuenta de que faltaba Ibrahim.

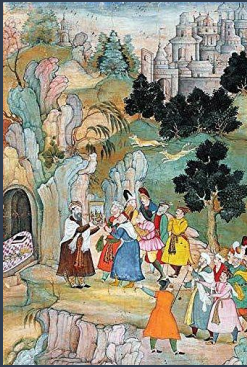


---

<sup>1</sup> En *lingua franca*: “atención”, “escuchad”.

## 25 – La célebre posada de Bakrumo

“De cómo Ibrahim, disfrazado de guerrero franco, penetra en Sís, y después de vagabundear por las calles, termina en la posada de Bakrumo que, como recordamos, no es otro que Shíha. Éste le tiende una trampa, y consigue apresarle, encerrándole en la cava de su establecimiento, pero...”



**N**obles y generosos señores, os voy a relatar ahora la causa de la desaparición del capitán Ibrahim, tal y como nos la contó el que me transmitió esta historia: Cuando los infieles, derrotados, se dieron a la fuga, el valiente capitán Ibrahim se deslizó entre ellos, después de ponerse las vestiduras de uno de los patricios muerto en la batalla: en medio del desbarajuste generalizado, consiguió penetrar en la ciudad sin que le descubrieran. Pero, ahora tenía que encontrar un lugar donde pasar la noche. Así que, mientras vagabundeaba a la ventura por las calles de la ciudad, su destino le condujo hasta la posada de Yamâl El-Dîn Shíha; como es natural, éste, le reconoció al primer golpe de vista.

- Menudos buenos días te voy a dar –murmuró Shíha para su colete– ¡hace tiempo que te andaba esperando!

Shíha se levantó rápidamente y, cogiendo a Ibrahim por el brazo, lo atrajo hasta su posada.

- ¡*Beyrem*<sup>1</sup>, *siñore*! –le adulaba Shíha– Dígnate entrar en esta posada, la célebre posada de Bakrumo, en donde encontrarás todo cuanto puedas desear.

Ibrahim dejó que le guiaran al interior del establecimiento.

- *Ghandar*, me da la impresión de que no eres de aquí –prosiguió Shíha.

- Cierto, *jawâya*<sup>2</sup> Bakrumo; yo soy de El-Arîsh, en la frontera con Egipto. Mis cuatro hermanos murieron cuando saquearon la ciudad, y fue bien lamentable, porque eran unos auténticos *ghandars* y valientes *bono bono*. Y a mí, pues el destino me ha

<sup>1</sup> En turco-persa: “fiesta”; es una exclamación que denota alegría.

<sup>2</sup> Tratamiento que se suele dar a los maestros de un oficio.

conducido hasta aquí, porque confío en entrar al servicio del *babb* Francis. Esa es toda mi historia.

- Mi pobre amigo, desde luego, hay que reconocer que la mala suerte se ha cebado contigo –suspiró Shîha en plan compasivo– Sobre todo, la muerte de tus hermanos me entristece hasta tal punto que... En fin, *beyrem*, entra y ven a alojarte a mi posada, en esta habitación podrás quedarte todo el tiempo que gustes; yo quedo a tu servicio; además, por el amor de Dios, te la voy a fiar hasta que te hayas enrolado en el ejército del *babb* y te hayan pagado tu primera soldada.

- Pues bien, a decir verdad, *jawâya* Bakrumo, me estoy muriendo de hambre –repuso Ibrahim, muy contento por su suerte– ¿Tienes en tu posada un cocinero que pueda hacerme algo de comer?; por supuesto, pagando lo que se deba.

- ¡Hay, hay, *ghandar*, ni qué decir tiene! ¡En la célebre posada de Bakrumo, puedes encontrar todo cuanto desees en materia de comida, bebida y *bibar*<sup>1</sup>!

Shîha desapareció de pronto y volvió al cabo de unos instantes cargando una bandeja bien surtida.

- ¡*Beyrem siñore!* –exclamó, depositándola ante Ibrahim– Aquí tienes, *ghandar*, ¡come hasta que te hartes! ¡Que no seas tú quien diga que has pasado hambre en la célebre posada de Bakrumo!

Ibrahim se acercó a la bandeja: allí había un enorme plato de arroz, preparado al estilo armenio, con un montón de especias: canela, clavos olorosos, cardamomo... en fin, un manjar como para hacer salivar a un muerto; además, un plato de arroz con leche, bien rociado de azúcar, completaba la comida.

#### *Y el narrador dijo así:*

Al ver toda aquella succulenta comida, a Ibrahim se le hizo la boca agua y se acercó a la bandeja; pero, cuando se sentó a la mesa, una horrible sospecha le pasó por la cabeza: ¿y si todo esto no fuera sino una argucia más de Shîha? Ibrahim no ignoraba que éste se encontraba en la ciudad; pero, tras dudar un instante, terminó por dejar a un lado sus sospechas:

- No –se dijo para sí–, si Shîha está en Sîs, no se habría camuflado como posadero; más bien se habría instalado como fabricante de buñuelos.

Desde luego, ese argumento no es que fuera muy brillante, pero ¿acaso no era lo mejor que se podía argumentar cuando uno se muere de hambre? Porque, no cabía duda, el pobre Ibrahim en ese momento andaba tan fascinado por aquel banquete, que era incapaz de pensar en otra cosa. Así que, sin pensarlo dos veces, comenzó a tragar y a tragar, moviendo alegremente las mandíbulas. Pero no llegó muy lejos; después de unos cuantos bocados, su mirada se tornó vidriosa, sus gestos se volvieron más y más lentos hasta que, al final, se desplomó en el suelo por los efectos del *benj*. Entonces, el capitán Shîha lo ató fuertemente, le bajó a la cava, y allí, le despertó con el antídoto; Ibrahim

---

<sup>1</sup> En su peculiar *lingua franca* inventada: “vino”



estornudó y recobró la consciencia, pronunciando la profesión de fe de los verdaderos creyentes.

- ¡Ja, ja, ja, tú solito te has traicionado, *marfús!* –le soltó Shîha, haciendo todavía de Bakrumo– ¡Tú eres musulmán, hijo de un musulmán! ¡y en tu corazón no hay ni una gota de la religión de los cristianos!

- ¡Te juro que no, Bakrumo! –protestó Ibrahim– ¡Esto no es más que un malentendido, te lo aseguro! ¡No vayas a cometer una injusticia después de haberte mostrado tan generoso conmigo! ¡*Sono cristiano* y me llamo Abd El-Ahad!

- ¡Cállate, *marfús!* ¿No te da vergüenza mentir así para salvar el pellejo? Por el honor de mi religión, tú eres Ibrahim, hijo de El-Horâni, y te has infiltrado en esta ciudad para destruirla y matar a los *Cristiani*. Pero hoy para ti, todo ha terminado: voy a informar al *babb* Francis, que vendrá a buscarte y te hará la *mantara*. Y a mí, pues me dará una buena recompensa...

- ¡Deja ya de decir payasadas, pedazo de imbécil, que ya te he reconocido! –le interrumpió Ibrahim– Por el Nombre supremo de Dios, yo te conjuro a que me respondas. ¿Eres tú Shîha? ¿Sí o no?

- ¿Acaso lo dudabas? –remachó el Maestro de las Astucias– Pues sí, mi pobre Ibrahim, tu mala suerte te ha conducido hasta aquí: ¡qué quieres, los malos siempre reciben su castigo!

- ¡Eh, escucha, amigo, no olvides que tú y yo somos viejos compañeros! Nunca hubo entre nosotros ninguna pelea por asuntos de dinero, o de sangre...; además, como se suele decir: “el perdón es lo que distingue a los hombres generosos”.

- ¡Pero qué desfachatez la tuya! ¿Crees que me he olvidado de la jugada que me hiciste en el Convento de las Fuentes, dejándome solo en las garras de Sájer? ¿No fuiste tú el que entonces me dijo: “si quieres ser el sultán de los ismailíes, debes saber apañártelas tú solo?” Pues, ya ves, mi buen capitán, yo solito me las he apañado, y ahora, eres tú el que está en mi poder: puedo tomarme la revancha con toda tranquilidad, tal y como aconseja el dicho del poeta: “¡Por un ojo, los dos ojos! ¡por un diente, el hocico<sup>1</sup> entero!”

- ¡Dios está por encima de ti! –recalcó valeroso Ibrahim– De todos modos, ¿qué más puedes hacer que cortarme la cabeza?

- No te inquietes, no está en mis intenciones el matarte, ni siquiera despellejarte; sólo quiero dejarte al fresco en esta cava hasta que te decidas a someterte de una vez y a jurarme por el supremo Nombre de Dios que nunca volverás a jugarme una mala pasada ni a traicionarme, y que, durante toda tu vida, me obedecerás en cualquier circunstancia, sin rechistar, y sin discutir jamás mis órdenes.

Ibrahim se pasó un buen rato retorciéndose las puntas de sus mostachos sin decir nada; hubiera preferido mil veces un buen tajo de sable que la situación en la que se encontraba. Al fin, levantando la cabeza, tomó de nuevo la palabra, recuperando esta vez su rudo acento montañés.

---

<sup>1</sup> Sería algo así como el “Ojo por ojo y diente por diente”, pero aumentado.

- ¡Víamos a ver, mochuelillo!, ¿tú m’has mirau bien a la cara? ¡Si estás isperando que yo te lama las botas, ya pués esperar sentau! ¡Por la cabeza mi padre, esa mierda e juramento nunca saldrá de mi boca, así el diablo se folle a su hermana! ¡No ti voy a dar ese gusto, hasta que las vacas monten a los toros, y las gallinas pongan patatas!

- Como quieras –respondió Shîha con indiferencia–. Obra conforme a tus ideas; yo, actuaré conforme a las mías: cada cual corre la suerte que se ha buscado. Tú te quedarás en esta cueva el tiempo que haga falta. Ah, y, sobre todo, no trates de escapar, porque no lo conseguirás. Y, te juro por la cabeza del sultán, que si no te sometes, no volverás a ver jamás el mundo de los vivos: te dejaré aquí hasta que revientes, y nadie encontrará ni rastro de tu persona.

Dicho esto –Shîha se marchó, cerrando la puerta de la cava y subiendo a sentarse en su habitación como si nada hubiera pasado. Mientras tanto, el pobre Ibrahim se aburría en su encierro, reducido a la impotencia por la venganza de Shîha. Para pasar el tiempo, improvisó esta coplilla del lamento<sup>1</sup>:

*En medio de la batalla  
hice temblar a los reyes  
con el estoque y la lanza  
Todo caía ante mí  
hermoso mientras duró  
mas nunca se eternizó  
Pues la vida gira y gira  
y como una noria es  
un golpe la llena y subes  
otro, la vacía, y bajas*

*Y el narrador prosiguió así su relato...*

Dejemos ahora a este bravo guerrero mortificar a las musas y maldecir a su gusto a los golpes de suerte y a los reveses de la fortuna, y volvamos a este otro héroe, el Hâch Yamâl El-Dîn Shîha –que Dios le tenga en Su misericordia–. Éste, después de haber encerrado a Ibrahim en la cava, fue a sentarse a la puerta de su posada, con las piernas cruzadas, despreocupado y canturreando un romance bizantino: igual que un gato que acabara de robar y relamerse un buen tazón de leche, poniendo cara de inocente. Al poco rato, un patricio se dirigió hacia él, con la capucha sobre la cara.

- ¡Beyrem, jawâya Bakrumo! –le saludó–. Dígnate venir conmigo; el capitán Sájer el Armenio, tu arrendador, desea verte para un asunto urgente.

- ¡Vamos allá! –respondió Shîha levantándose de golpe.

<sup>1</sup> Se trata de un *marwal*, poema que se canta en lengua dialectal; ya hemos visto una variante en *Las infancias de Baibars*.

Acompañado del patricio, se presentó en el palacio de Sájer; le introdujo en la estancia en que se encontraba el maestro de ceremonias, que le saludó con la máxima cortesía, a la manera de los francos; el otro, le dio la bienvenida e hizo que se sentara a su lado. Después de intercambiar algunas frases de cortesía, Sájer entró en materia.

- ¡Querido *jawâya* Bakrumo, hay que reconocer que estos musulmanes nos están amargando la existencia! Desde que comenzaron las hostilidades, no ha habido manera de reposar un poco. No te puedes ni imaginar la de preocupaciones que me está dando el hijo de Korani: ha herido gravemente a mi amigo Mu’ayyaq hijo de Yahrub y he perdido toda esperanza de que se recupere.

- ¡Ah, qué desgracia! ¡Qué tristeza! –se lamentó Shîha– ¡Que el Señor te confunda, hijo del Korani! Pero, ¿no habéis encontrado un hábil médico y un cirujano *bono* para curar a ese pobre Mu’ayyaq?

- ¡No, no, *jawâya* Bakrumo! Es nuestro venerable padre, su beatitud Yauán, en persona, el que se ocupa de él.

- *Molto bono* –aprobó Shîha– Seguro que las manos del hijo de Asfût están benditas y devuelven la salud...

- ¡Qué va, así le lleve el diablo! Muy al contrario, pues cada día que pasa la herida tiene peor aspecto, y todos los ungüentos de Yauán no le están sirviendo de nada. ¡A este paso, mi pobre amigo no sanará jamás!

- Escucha, capitán Sájer, yo te diría que trajeras a tu compañero a mi casa, en la posada, para mostrarte de lo que soy capaz; pero temo que su beatitud Yauán no se vaya a poner celoso: “¡Cómo! –diría él– ¿Un posadero de tres al cuarto, un vacío orinales, va a querer rivalizar con el hijo de Asfut, el patriarca de los Bizantinos?”

- ¡Por el honor de mi religión, que llevas toda la razón! Es posible que Yauán no aprecie... De todos modos, yo podría llevarte a Mu’ayyaq en secreto, sin que se enterara Yauán: tú le curas, y, si le sanas, te prometo una soberbia recompensa, y, en caso de que la cosa se torciera, yo me haría cargo de ello.

- Está bien, *siñore* –asintió Shîha– si es así, yo no pido otra cosa que la de ser de utilidad, a condición de que todo esto quede entre nosotros. ¡Ojalá que Cristo, nuestro Señor, haga que los hombres hábiles, y buenos, jamás desaparezcan de la faz de la tierra!

*Y el narrador prosiguió así...*

Sájer el Armenio ordenó inmediatamente el traslado de Mu’ayyaq hijo de Yahrub a la posada de Bakrumo. En cuanto le trajeron, Shîha ordenó a los patricios que lo tendieran en una cama, y él se dedicó a tratar su herida y a aplicarle una serie de ungüentos. ¡Ah, si solo las manos hábiles pudieran escapar a la corrupción de la muerte! La herida no tardó en cicatrizar y cerrarse del todo. No obstante, Mu’ayyaq aún sufría de una gran debilidad, que le obligaba a quedarse bajo los cuidados de Shîha. Pero, so pretexto de un régimen especial, nuestro astuto compadre apenas le daba de comer, lo que, evidentemente, retrasaba su total restablecimiento.

Ahora bien, un buen día, Yauán preguntó a Sájer por su amigo.

- Se ha restablecido por completo, *abbone*, gracias a la eficacia de tus oraciones y al poder de tus manos –le aseguró Sájer–. Se siente tan bien que ha salido a dar una vuelta...

Ante estas palabras, Yauán, encantado de haberse conocido y halagado su amor propio, comenzó a pavonearse.

- ¡Ved, *figlioni!* –dijo triunfante– ¡Ahora habréis podido comprobar hasta dónde llegan los poderes de mis antepasados! Por el honor de Cristo, nuestro Señor: ¡a mi lado, todos los *Cristiani* no valen más que un pedo de conejo!

- ¡Y dale a la lengua, y venga a pavonearse! –suspiró Bartacûsh–. ¡Menuda pinta que tiene, meneando la barba como una noria! ¡si se parece a las sandalias de un persa, siempre yendo y viniendo<sup>1</sup>! Vamos a ver, *abbone*, ¿tú crees conveniente presumir de ese modo, rebajando a tus hermanos *Cristiani*? ¿Puedo hablar, o tengo que callarme?

- ¡Cállate, criatura! y ¡cierra el pico, monada! No tenemos ganas de escuchar tus tonterías –respondió Yauán– Pero, dime *figlione* –continuó Yauán volviéndose a Sájer– ahora que tu compañero está curado, ¿qué es lo que le impide volver a combatir a los musulmanes?

- Tienes toda la razón, *abbone*, es su deber –aprobó Sájer.

- De todos modos, se me acaba de ocurrir otra idea que tampoco está mal: esta noche tú vas a colarte en el campamento enemigo y vas a secuestrar al rey; ¡luego, no tendremos más que atacarles por sorpresa, y el golpe será nuestro!

- A tus órdenes, *abbone*.



*[Aquí, los manuscritos presentan dos versiones divergentes, que nos hemos visto obligados a combinar, con objeto de paliar las lagunas de nuestro texto: en la primera, la que hemos utilizado para comenzar, habría que suponer que Sájer fracasa en su misión y vuelve a Sîs con las manos vacías. En el camino de vuelta, encuentra a Shîha tomando el fresco a la puerta de la posada, y le cuenta sus penas.]*

<sup>1</sup> La traducción de esta réplica y de la siguiente son conjeturas, ya que su traducción no tiene demasiado sentido.

## 26 – Ibrahim, Paladín de Doncellas, capítulo

“En el capítulo anterior dejamos al capitán Sájer que, siguiendo las órdenes del maldito monje Yauán, debía infiltrarse en el campamento de los musulmanes y secuestrar al rey, para traerlo a Sís y luego, atacar al ejército de Egipto que caería derrotado, pero...”



- **P**ues sí, jawâya Bakrumo –le contaba el capitán Sájer a Shîha–, todas las molestias que me he tomado no han servido de nada: cuando llegué al campamento de los musulmanes, había puestos de guardia por todas partes, y si he salvado el pellejo ha sido gracias a que me di a la fuga a todo correr.

- ¡Pero eso no tiene importancia! Los dos tercios del valor consisten en saber huir a tiempo... e incluso los tres tercios, según se dice. De todos modos, doy gracias a Cristo, nuestro Señor, por haberte devuelto sano y salvo. Vamos, capitán Sájer, no estés triste, y recuerda el proverbio: “El guepardo es astuto, lo que hoy se le escape, lo atraparé mañana”. Y ahora, ¿qué tal si entras un momento a visitar a tu compañero Mu’ayyaq, hijo de Yahrub? Hace un momento que preguntaba por ti: ve a ver qué quiere, y aprovecha para tomar un buen vaso de *bibar*, que te entone el cuerpo.

Sájer penetró en la posada y, en compañía de Shîha, fue hasta la habitación en la que reposaba Mu’ayyaq.

-Hermano, le debo una buen cirio al posadero Bakrumo –afirmó Mu’ayyaq–. Me ha curado admirablemente, y en ningún momento me ha hecho sufrir... ¡no te puedes ni imaginar las manos tan suaves que tiene, y todo lo que sabe de los secretos de la medicina y de la cirugía! Lo único que le reprocho, es que me está dejando morir de hambre: ¡con su maldito régimen, solo tengo derecho a un caldo aguado con unos granos de arroz, mañana y tarde y, francamente, eso me está matando! Así que cuento con tu amistad para decirle que se deje ya de ahorrar y que me sirva un buen plato de arroz con carne y manteca de primera.

- Escucha, hermano, mañana, te prometo un auténtico festín: yo me ocuparé de todo. Montaremos una buena fiesta y le diremos al *jawâya* Bakrumo que toque la flauta.

- *No, no, signori* –protestó Shîha, que no había perdido ni una palabra de esa conversación– ¿Cómo podéis decir algo así? ¿Es que creéis que el *jawâya* Bakrumo es tan ingrato? ¿Acaso pensáis que en su casa no hay provisiones ni *bibar*? No, tenéis que hacerme el honor de ser mis invitados. Que no se diga eso de que “El que visita a un

vivo sin gozar de su hospitalidad, más le valdría haber visitado a un muerto en su tumba.”

Dicho esto, Shíha salió corriendo de la habitación; poco después, volvió con una enorme bandeja espléndidamente guarnecida, y seguido de un criado que traía botellas y vasos.

- ¡*Beyrem siñori!* –continuó Shíha– Dignaos sentaros a mi mesa y compartir mi comida, y pueda, Cristo nuestro Señor, acrecentar vuestro prestigio, para recompensaras el inmenso honor que habéis concedido al pobre Bakrumo.

- ¡Pero, hombre, Bakrumo, no había necesidad de que te tomases tantas molestias! – exclamó Sájer– Éramos nosotros los que queríamos invitarte, ¿por qué cambiar las cosas?

- Os lo ruego, comed, *siñori* –insistió Shíha–. Aun así, yo siempre os quedaré obligado.

Dejándose llevar por tan amables propósitos, los dos compadres se sentaron ante sus platos. Shíha sacó entonces su flauta y comenzó a tocar dulces melodías; interpretando tanto las tonadas de los francos, como los aires árabes.

*Y el narrador prosiguió así su relato...*

Apenas aquellos dos buenas piezas habían tragado unos bocados, cuando cayeron sin sentido fulminados por los efectos del *benj*.

- ¡Dormid bien, pobres idiotas! –se burló Shíha dejando caer su flauta.

Después de atarles bien atados, Shíha los bajó, uno tras otro, a la cava en la que se hallaba el capitán Ibrahim<sup>1</sup> (antes, conocido como El Caballero sin Nombre y Paladín de doncellas).

- ¡Eh, mierdecilla! ¿de qué va todo esto? –protestó Ibrahim– ¿No crees que ya estamos aquí bastante estrechos?

- ¡Aquí te traigo a dos compañeros, Paladín de doncellas! El primero, es Sájer el Armenio, y el segundo, es Mu’ayyaq, hijo de Yahrub, justo el hombre que tú habías venido a buscar. Bueno, ahora, escúchame bien Ibrahim: yo estoy firmemente decidido a entregar esta ciudad al Comendador de los creyentes, a capturar a Yauán y a su fámulo y, en una palabra, a realizar tales hazañas que queden grabadas por siempre en la memoria de los hombres, obligando así a los ismailíes a reconocer mi valor y a aceptarme como sultán.

- ¡Que el buen Dios te patee el culo, Shuaia! –exclamó Ibrahim, aunque a pesar de todo, impresionado–. ¡Por la vida de mi padre Hasan, que aunque no tienes buena facha, es cierto que no te faltan recursos! Pero bueno, dejemos esto, compañero: ¿hasta cuándo me vas a dejar pudrir en esta maldita prisión?

- Eso depende de ti, capitán Ibrahim: en cuanto hayas jurado obediencia, yo te liberaré. En cambio, si te obstinas en rechazarla, te quedarás aquí hasta el fin de tus

---

<sup>1</sup> El capitán Ibrahim, antes, era conocido como El Caballero sin Nombre, y Shíha, no sin cierta ironía, y recordando el momento en que Ibrahim salvó de una emboscada de los francos a la esposa del Sultán El-Zâher, le llama Paladín de doncellas)



días... algo que no tardará en suceder, pues yo no pienso pasar más tiempo ocupándome de ti.

- ¡Sólo Dios es fuerte, el Altísimo, el Todopoderoso! –suspiró Ibrahim resignadamente– Me refugio en Él... Está bien, escucha, Yamâl El-Dîn, has de saber que en el fondo de mí mismo siempre te he reconocido como mi maestro. Hemos sido compañeros y socios, y no merece la pena que nos pongamos a hacernos mala sangre entre nosotros, y como se suele decir: “conservar un amigo vale igual que hacer cien buenas obras”.

- ¡Vaya, ya era hora, por fin vuelvo a encontrarte! –exclamó Shîha– Pues sí, mi buen capitán, la obstinación es la madre de la impiedad, ¡que Dios maldiga a quienes se empecinan en el error!

- Una última cosa, tío mío –continuó Ibrahim–: en lo de reconocerte como mi *jawand*, pues estoy mil veces de acuerdo y espero que con frecuencia tengamos la ocasión de trabajar juntos; pero ante los ismailíes, ¡la boca bien cerrada! Yo soy aún el más joven de ellos, y un buen creyente debe saber mantenerse en su sitio. Bueno, venga, amigo mío, desátame rápido y te juro que yo siempre seré el primero en obedecerte, y el último en discutir tus órdenes.

- Está bien, que así sea, Paladín de doncellas; si me reconoces como jefe, no te pediré que lo muestres ante los otros. Ahora, antes de liberarte, júrame por el Nombre Supremo de Dios que no intentarás traicionarme y que te abstendrás de perjudicarme de cualquier modo.

Ibrahim le prestó juramento, conforme a la fórmula consagrada, y Shîha le quitó las ataduras; los dos hombres se dieron un abrazo, y desde ese momento, la concordia y una buena amistad reinaron entre ellos. Luego, suministraron el antídoto del benj a Sájer el Armenio y a Mu’ayyaq, hijo de Yahrub, que se despertaron, estornudando, e invocando el nombre de Cristo. Fue entonces, cuando se dieron cuenta de que estaban atados como pavos para el matadero.

- ¡Eh, *jawâya* Bakrumo, qué significa esta broma! –protestó Sájer–. ¿Así me recompensas todas mis bondades? ¿No te he perdonado el alquiler de mi posada? ¿Por qué nos tratas de este modo?

- ¡Aquí ya no hay más Bakrumo que valga, maldito perro infiel! –le espetó el Maestro de las Astucias con una risa sardónica–. ¡El que tienes ante ti no es otro que Yamâl El-Dîn Shîha, el pilar del Islam!

Dejando a sus prisioneros presa del terror y la consternación, condujo a Ibrahim a una de las habitaciones de la posada, y le trajo una suculenta comida para que recuperara fuerzas.

- A partir de ahora, el pasado queda muerto y enterrado, capitán Ibrahim –afirmó Shîha cuando Ibrahim hubo terminado de comer–. Los errores que hayamos podido cometer uno contra el otro son agua pasada, y ahora comenzaremos desde unas nuevas bases... Bueno, pero eso no es todo, muchacho: habrá que ver cómo conquistamos esta

ciudad, de forma que nos presentemos con la cabeza bien alta ante nuestro sultán. ¿Qué me dices a eso, Paladín de Doncellas?

- Mi querido tío Yamâl El-Dîn, estoy a tus órdenes: dime lo que quieres que haga, que yo me encargo del resto. De todos modos, en lo que respecta a tomar esta ciudad, mi más caro deseo sería...



## 27 – Ibrahim pasa a la acción

“En el capítulo anterior asistimos al juramento de obediencia de Ibrahim “Paladín de Doncellas” ante Yamâl El-Dîn Shîha, reconociéndole como su jefe y, reconciliándose ambos, tras las mutuas jugarretas que se habían hecho. También dejamos al capitán Sájer y a Mu’ayyaq atados y presos en la cava de la posada, que hasta entonces había regentado Shîha (el falso Bakrumo)...”



*[Aquí pasamos a la segunda versión de este episodio: en ella, el capitán Sájer ha conseguido capturar al rey El-Zâher Baïbars; triunfo que le dura poco, ya que Sájer no tarda en caer en una trampa que le tiende Shîha, liberando en el acto al rey. En esta versión, también se menciona la presencia en la ciudad de cierto número de emires musulmanes, seguramente capturados por Sájer y Mu’ayyaq en las emboscadas anteriores.]*

- **E**scucha, vamos a hacer lo siguiente –continuó Shîha dirigiéndose a Ibrahim–, yo me encargo de poner en libertad a los emires prisioneros y de capturar a los dos reyes enemigos, y tú, te ocuparás de tomar las puertas de la ciudad mientras yo me voy al campamento a poner en alerta a los soldados del Islam para que vengan a rescatarnos.

- ¡Por la vida de mi padre Hasan, aunque todos los caballeros de Mudar y de Rabí’a<sup>1</sup> se unieran contra mí, por la gracia de Dios, que no dejaría ni a uno solo de pie! –exclamó Ibrahim, sintiendo nacer en él el ardor de los combates– Por lo demás, me gustaría que el Comendador de los creyentes se evitase cualquier fatiga, y que simplemente se digne camuflarse con la túnica de los patricios y me observe de lejos. No obstante, si desea prestar ayuda a los emires, yo tampoco veré en ello inconveniente alguno... No tomes todo esto a mal, oh, Comendador de los creyentes –continuó

<sup>1</sup> Poderosas confederaciones tribales, originarias del norte de Arabia, que jugaron un importante papel durante las grandes conquistas del s. VII. Su reputación de bravura era proverbial.

Ibrahim—. ¡No pluga a Dios que yo, el último de tus siervos, vaya a dudar de tu valor y de tu fuerza: es más, al saber que tu señoría protege mi retaguardia, y que estoy combatiendo ante tu mirada, me siento capaz de enfrentarme a la tierra entera. Pero ¡basta ya! Es hora de pasar a la acción.

Ante esas palabras, Shîha, que solo estaba esperando esa señal, se levantó de repente, se despidió del rey y a la media hora estaba de vuelta.

- Y bien, Yamâl El-Dîn, ¿en qué punto estamos? –le preguntó el rey.

- Efendem, yo ya he cumplido mi parte del trabajo: he capturado a los dos reyes y liberado a los prisioneros, que han recuperado sus armas y estarán aquí de un momento a otro. ¡Vamos, Ibrahim, ahora te toca a ti! Muéstranos de lo que eres capaz.

Ante estas palabras, Ibrahim, como un león furioso, se abalanzó sobre sus armas, y como un torbellino se colocó la cota de mallas y la armadura, y se dirigió hacia la puerta de la posada.

- ¡Ahí te dejo a tus clientes, Yamâl El-Dîn! –le lanzó Ibrahim sin volver la cabeza– ¡Liquídalos rápido y ven a reunirme conmigo!

En la calle, se encontró con los prisioneros liberados, que llegaban corriendo, armados de pies a cabeza.

- ¡Eh, muchachos, ocupaos solamente de vigilar la puerta de la posada –les gritó Ibrahim– ¡Para lo demás, no os necesito!

Ibrahim continuó su camino; llegó a las puertas de la ciudad y se arrojó contra el cuerpo de guardia.

- ¡Rayos y centellas; despejad la puerta, pandilla de imbéciles! –bramó a la vez que blandía la *shâkriyyeh*– El primer patricio cayó fulminado, partido en dos, desde lo alto de la cabeza hasta la cintura; el segundo, fue decapitado de un revés que lanzó la cabeza a más de veinte pasos; el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto, el séptimo y el octavo no tardaron en correr la misma suerte, y los siguientes, espantados, huyeron sin perder más tiempo. Inmediatamente, el heroico *fidai* rompió con un tajo de su arma el candado, abriendo ambas puertas de un golpe, a la par que lanzaba su grito de guerra, haciendo temblar la tierra una legua a la redonda.

Despertados de golpe, los francos se aprestaron a coger sus armas y se precipitaron hacia las puertas. Mientras tanto, Shîha había masacrado a los comerciantes que estaban en la posada, y, luego de haber confiado a Sájer y a Mu’ayyaq bajo la vigilancia de los emires, cerró la posada cuidadosamente; se deslizó fuera de la ciudad, dirigiéndose a toda prisa hacia el campamento musulmán para darles la alarma. En cuanto al valeroso capitán Ibrahim, al ver que los francos avanzaban por todas partes contra él, más numerosos que los pueblos de Gog y Magog<sup>1</sup>, lanzó su grito de guerra:

- ¡Allah akbar! ¡Conquista y victoria! –y se arrojó sobre sus enemigos como un león feroz. Luego, poseído de inspiración, improvisó estos versos:

<sup>1</sup> En la escatología musulmana, se refiere a pueblos semihumanos, de una voracidad y fertilidad monstruosas, que, al final de los tiempos, se extenderán por todo el mundo. Ver *El Corán*, XVIII, 94 y XXI, 96.

*De todas partes llegan las tropas enemigas  
rompen como un océano bravío  
mas yo me he de enfrentar a ese furioso mar  
y nada he de temer, pues una estrella  
luce para mí en el firmamento:*

*Dios guía mi espada contra los infieles  
Y me guarda de los descreídos  
Cuántos caballeros, bajo mi hoja cruel  
Bañados en su sangre han perecido*

*Cuando los rayos del sol brillan sobre los sables  
¡Dios mío, mira que eres grande!  
¡Cuando tiemblan los impíos y sus campanas tañen  
Todo me grita: adelante, adelante!*

Dicho esto, se lanzó contra los francos, rechazándolos lejos de las puertas, y echándoles hacia atrás, como león que emerge de la selva.

*Y el narrador continuó de este modo...*

Todo ese tumulto acabó de despertar al malvado Yauán.

- ¡Eh, *figlione*, despierta! –le gritó a Bartacûsh–. ¡Parece que hubiera llegado el fin del mundo mientras dormíamos! Vete rápido a ver qué pasa.

Bartacûsh se levantó gruñendo y fue a echar una ojeada: vio a Ibrahim que se batía como un león, contra un enjambre de francos que se mantenían a una prudente distancia.

- ¡Arriba, *abbone*, no tenemos un minuto que perder! –le dijo a Yauán–. ¡El hijo de El-Korani, el solo, ha conseguido abrir las puertas de Sîs: está bajo la bóveda de la entrada y nadie se atreve a acercársele!

Entonces, Yauán, dejando allí plantado a su compadre Bartacûsh, saltó de la cama y se precipitó hacia la escena del combate.

- ¡Eh, no tan de prisa, *abbone*! –protestó Bartacûsh– Sería mejor que nos largáramos sin hacer ruido antes de que los musulmanes nos caigan encima...

- No te preocupes por eso, *figlione*, siempre tendremos tiempo: ¡conozco una salida secreta, que ni siquiera conocen los *yins*!

Se fue corriendo hacia las puertas, gritando a pleno pulmón:

- ¡Dale, hijos de la Iglesia! ¡Todo el mundo a las puertas! Por mi religión, que el que haga *mantara* al hijo del Korani, le garantizo un excelente lugar junto a mi padre Asfût, eso sin contar con las ventajas que yo le otorgaré en el cielo.

Galvanizados por esas falaces promesas, los infieles, se reagruparon y, todos juntos, se lanzaron contra Ibrahim, sin importarles dejar su vida en el empeño. Pero el valeroso *fidai* contuvo el choque con un corazón impávido, haciendo una enorme carnicería entre los francos que tuvieron que retirarse dejando más de un muerto en tierra.

Ibn El-Dinari<sup>1</sup>, que nos transmitió este relato, cuenta que, esa noche, el capitán Ibrahim defendió las puertas de la ciudad, desde las seis de la tarde hasta el amanecer del día siguiente; en resumen, que rechazó al enemigo en tres ocasiones, lejos de la posada en donde se habían reunido los emires, antes de regresar junto a las puertas.

Al despuntar el día, llegó el rey a la cabeza de su ejército<sup>2</sup>. Agarrándose firmemente a uno de los batientes de las puertas, Ibrahim las mantuvo abiertas hasta que El-Zâher hizo su entrada; éste vio a Ibrahim totalmente cubierto de cuajarones de sangre más gruesos que los hígados de un camello.

- ¡Por mi cabeza, que te has ganado bien el sobrenombre de “Paladín de doncellas” y el de “El León de Ezraa y de El-Horân! –le dijo al pasar, antes de mezclarse en la batalla lanzando su grito de guerra.

*El narrador continuó así...*

El valeroso capitán Ibrahim conservo su posición hasta el momento en que el estandarte del Profeta penetró en la ciudad. Entonces, el sable tajador cumplió con su obra de muerte, cortando los jóvenes cuellos. Pronto, los francos pidieron una tregua, pero el rey la rechazó, proclamando:

- ¡No habrá perdón alguno a los que estén fuera de la fe!

Y la masacre comenzó con toda su virulencia, de tal modo, que todos los impíos fueron eliminados a punta de espada, con excepción de algunos afortunados que consiguieron huir, y Sîs terminó completamente despoblada.

Tras ordenar que la ciudad fuese dada al pillaje y arrasada, El-Zâher se retiró a su pabellón para recibir las felicitaciones de los combatientes por la Fe. Los últimos en presentarse fueron Ibrahim y Shîha, empujando con arrojo ante ellos a Mu’ayyaq hijo de Yahrub y a Sájer el Armenio, Fort-Macûl y el *babb* Francis, a los que el sultán hizo que cargaran de cadenas, después de insultarles e injuriarles. Luego, procedió al reparto del botín, después de haber apartado un quinto para el tesoro de los Musulmanes.

Tres días más tarde, el ejército desmontó el campamento y se dirigió hacia Alepo. Advertido de su llegada, Imâd El-Dîn Abu-l-Jaysh, tomó los atributos reales y, acompañado de los notables de la ciudad, fue al encuentro del soberano, que entró solemnemente en la ciudad, instalándose en el palacio de la ciudadela, mientras los soldados colocaban sus tiendas fuera de las murallas de la ciudad.



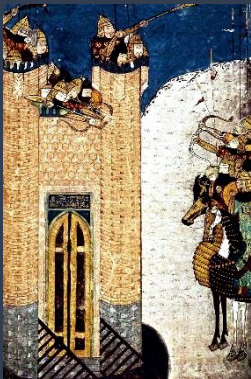
<sup>1</sup> Es la primera vez, en toda la saga del “Baïbars”, que aparece mencionado, a través de uno de los narradores del relato, el nombre de quien dice haberle transmitido esta historia: un tal Ibn-Dinari.

<sup>2</sup> Aquí hay una gran incoherencia, pues según nos relataban anteriormente, el rey debía encontrarse en ese momento dentro de la ciudad, y con los otros emires que habían sido liberados.



## 28 – Invitación al suplicio

“En el capítulo anterior, después de tomar la ciudad de Sîs, y coger presos a Fort-Macûl y al *babb* Francis, gracias a la intervención de Shîha y del capitán Ibrahim, el rey El-Zâher Baïbars y su ejército marcharon a Alepo; allí, Baïbars fue recibido solemnemente por su virrey, Imâd El-Dîn Abu-l-Jaysh. Pero Shîha quería dar una muestra de fuerza ante los *fidauis* ismailíes, y no tardó en hacerle una terrible propuesta a El-Zâher-Baïbars ...”



**T**ras dejar pasar los tres días de rigor, Shîha pidió audiencia al rey.

- Comendador de los creyentes –declaró–, tengo la intención de desollar vivos a Sájer y a Mu’ayyaq, en presencia de los *fidauis*: es posible que eso les haga reflexionar...

- Tienes carta blanca –aprobó El-Zâher.

A la mañana siguiente, cuando el rey hubo ocupado su sitio en la Sala de Audiencias, rodeado de sus visires, dignatarios y valerosos ismailíes; una vez que la asamblea estuvo al completo, ordenó que sacaran de la mazmorra de los condenados a muerte<sup>1</sup> a Mu’ayyaq y a Sájer, y los trajeran a su presencia,. Así que cuando estos dos bribones se hallaron tirados en el suelo boca abajo en medio de la sala, Yamâl El-Dîn Shîha hizo su entrada con un equipamiento muy estudiado para impresionar a los corazones más duros: iba vestido de cuero de pies a cabeza, y de su cinturón había colgado toda una batería de cuchillos y ganchos puntiagudos. Tras él, venía un ayudante encargado del potro de tortura y de los ungüentos. Shîha avanzó hacia el trono y, con una profunda reverencia, solicitó permiso para proceder al suplicio.

Comenzó despojando a Sájer de sus vestiduras; luego, lo tendió sobre el potro de tortura, le cortó la piel de la corva, sopló por esa incisión y lo despellejó totalmente,

<sup>1</sup> Ese siniestro lugar, aún existía en los años 90 en la ciudadela de Alepo.

arrancando la piel hasta llevarla al ombligo<sup>1</sup>. Después, hizo lo mismo con Mu’ayyaq, tras lo cual, arrojó los cadáveres al foso de la Ciudadela. Este espectáculo había provocado una fuerte impresión entre los *fidauis*, que no pudieron reprimir un escalofrío.

Esa misma tarde, Shîha se reunió en privado con el rey y con el capitán Ibrahim.

- *Efendem*, ¿no me había dado su palabra, tu señoría, de nombrarme sultán de los ismailíes? –le recordó.

- Mi querido Yamâl El-Dîn, francamente no querría nada mejor –respondió el rey un poco avergonzado–; solo que no acabo de ver cómo podría hacerlo...

- Y tú, Ibrahim, ¿qué piensas? –continuó Shîha.

- Por mi fe, Yamâl El-Dîn, por mi parte, sabes bien que yo soy el primero en haberte reconocido; solo que, yo soy el más joven del clan, y no puedo oponerme a mis mayores...

- Entonces, indícame, al menos, una manera de entrar en materia con ellos; luego, Dios proveerá.

- Si solo se trata de eso, ¡nada más fácil! Convida a los capitanes a un gran banquete, y ten previsto un caftán de honor para cada uno, junto con un buen tazón de sopa. Cuando tomen asiento en torno a los manteles, los criados les han de servir la sopa y les pondrán los caftanes, al tiempo que se proclame lo siguiente: “¡Por el nombre de Dios! amigos míos, este banquete y estos caftanes os los ofrece Yamâl El-Dîn, que desea ser vuestro sultán, y reemplazar a Ma’rûf hasta su regreso.” En ese momento, observa bien lo que pase: si se comen la sopa y se quedan con los caftanes, eso quiere decir que te aceptan; pero, si tiran los tazones de sopa y dejan caer los caftanes, pues, eso significa que te rechazan. Eso es todo.

- Pues vaya –gruñó Shîha, muy poco convencido– ¡En fin, que sea lo que Dios quiera!

Al día siguiente, envió las invitaciones a los jefes ismailíes y, al otro día, estos se reunieron en el salón real; los sirvientes extendieron los manteles y pusieron los tazones de sopa, mientras otros, colocaban un caftán de honor en los hombros de cada invitado.

- ¡En el nombre de Dios! –pregonó el heraldo– Dignaos disfrutar de la hospitalidad de Yamâl El-Dîn Shîha: él es quien os ofrece este banquete y esos caftanes, con la esperanza de que le aceptéis como sultán, ocupando el lugar de Ma’rûf, hasta que éste regrese.

El primero en arrojar el tazón de sopa fue Shâhîn de Masyât, seguido muy de cerca por su hijo Dawûd “El iracundo”. Los demás no tardaron en imitar su ejemplo.

---

<sup>1</sup> Este tipo de suplicio, aunque prohibido por la Ley musulmana, se extendió durante la época de Las Cruzadas por todo el Oriente Medio, bajo la influencia de los Mongoles. En el “Baïbars”, es el propio Baïbars el que recurre en varias ocasiones a este recurso (ver *La Cabalgada de los Hijos de Isma’il* y *La traición de los emires*)

- ¡Para eso, ya puede esperar sentado ese memo don nadie! –gritaron todos a la vez. Y sin esperar más, abandonaron la sala, recogieron sus estandartes, montaron en sus cabalgaduras y se fueron a sus castillos y fortalezas respectivas, firmemente decididos a no volver a moverse de allí.

- Escucha, Yamâl El-Dîn, ¿no crees que sería mejor que abandonaras esa idea? –le sugirió el rey, preocupado por la reacción de los ismailíes.

- *Efendem*, ¿eso quiere decir que no vas a cumplir tu promesa?

- ¡Claro que no!

- En ese caso, suplico a tu majestad que me redacte un *firman* en ese sentido, rubricado por tu puño y letra. ¡De que me obedezcan, con la ayuda de Dios, ya me encargo yo! Pero, con ciertas condiciones...

- ¿Cuáles?

- Así, de entrada, tú te comprometerás a arrasrar toda ciudadela en la que se vierta una gota de mi sangre, y a pasar a sangre y fuego a todos sus habitantes.

- Concedido. ¿Y luego?

- Después, todo el que se obstine en desobedecer, yo mismo lo desollaré vivo en presencia de todo tu Consejo; tú te abstendrás de intervenir en su favor, incluso aunque hubiese entrado a tu servicio en los *odyaq* de los *fidauis*.

- También te lo concedo, pero yo también tengo ciertas condiciones que poner. Uno: los ismailíes juramentados son míos; en cuanto a ti, sólo te encargarás de los irreductibles. Dos: cada vez que un rey franco se levante contra mí, tú tendrás que capturarlo para mí. Tres: siempre que yo ponga sitio a una ciudad, serás tú el que deberá abrirme sus puertas. Cuatro: en el momento en que yo te pida que captures a Yauán y Bartacûsh, tú me los traerás sin demora.

- Acepto todas las condiciones –aprobó Shîha.

El rey entonces redactó el *firman* que le había pedido, y los dos hombres firmaron un pacto en toda regla, poniendo como testigos a los visires y a los grandes dignatarios del reino.

- *Efendem*, no pienses que te digo esto para dar órdenes a tu majestad, pero creo que deberías regresar a El Cairo para tomar las riendas de los asuntos del reino –le sugirió Shîha a Baïbars–. Yo, me voy a perseguir a los ismailíes, ¡y que se haga la voluntad de Dios!

Habiendo dicho estas palabras, Shîha desapareció: dejémosle perseguir sus tortuosos deseos, todavía no hemos terminado con sus historias.

A la mañana siguiente, el ejército se puso en marcha rumbo a El Cairo. Llegado a destino, el rey volvió a sus cuarteles de La Ciudadela, y ordenó arrojar a las mazmorras a Fort-Macûl y a Francis, en donde hicieron compañía a Frenhîch y Godofredo. Pero, a pesar de la paz y de la tranquilidad que reinaban en su territorio, aún le faltaba una cosa para lograr el reposo de su alma: que los *fidauis* ismailíes reconocieran su soberanía y se enrolaran bajo su estandarte.



## 29 – Un regreso inesperado

“De cómo Shîha se camufla entre los capitanes ismailíes y comienza a maniobrar para conseguir que le acepten como su sultán; pero el regreso del irascible capitán Nisr -preboste de los jefes de clan de los *fidauis* y cuñado del desaparecido capitán Ma’rûf- y empeñado en dar muerte a Shîha, hace que comience una danza macabra, nutrida de trampas y engaños...”

*Ahora, el relato nos cuenta el regreso de Nisr...*



Mientras tanto, los *fidauis* habían regresado a sus castillos y ciudadelas; el capitán Sulaymân el Búfalo, entre ellos, junto con sus dos hijos, Saqr y Fahd, su primo Fajr El-Dîn Yisr, y sus sobrinos Saqr El-Lawlabi\* y Saqr El-Hayâm\*. Recordemos que Sulaymân era el portaestandarte de los ismailíes, y que ejercía sobre ellos una influencia nada desdeñable. Ahora bien, mientras ellos estaban en la ciudadela de Ma’arra, les llegó el rumor de que el rey había dado a Shîha un *firman* rubricado por su puño y letra, cuyo contenido ya conocemos. Esta noticia provocó la cólera del irritable Fajr El-Dîn.

- ¡Argg, como un día mi caiga entri las patas esi triquiñuelas de biduino, se va’entirar de cómo mi llamo! –vociferaba Fajr El-Dîn, ruidosamente apoyado por los más jóvenes.

- ¡No digas tonterías! –le interrumpió el capitán Sulaymân, molesto por las fanfarronadas– Esas no son maneras de hablar de un buen y piadoso musulmán, que ha prestado inmensos servicios a la Comunidad de los Creyentes. De hecho, ¿es que nuestro rey no le ha tomado un gran afecto? Y con toda la razón del mundo: A ver: ¿quién de entre nosotros sería capaz de conseguir ni la cuarta parte de los que ha hecho él? No, ya os lo digo yo; ese hombre marcha protegido por Dios, y está predestinado a convertirse en nuestro sultán, tanto si nos gusta como si no. De modo que, ¡no quiero oír a ninguno de vosotros hablar de él en ese tono!

- Entonces, ¿qué pasa? ¿es que estás de su parte?

- ¡Por supuesto! Y lo reconocería voluntariamente como jefe, si me fuera posible decir lo que pienso. Pero, mientras los demás no lo hayan aceptado, yo guardaré silencio: ¡ante todo, soy un ismailí y, si se le ocurriera atacar a alguno de los nuestros, me hallaría en su camino!

- ¡Muy bien; en ese caso, nosotros también lo aceptaremos, por respeto a ti y a El-Zâher-Baibars! –afirmaron sus compañeros.

Con ese sólido apoyo, el capitán Sulaymân decidió enviar a buscar a Dawûd y a Shâhîn, para recriminarles su fea conducta; ya que pensaba que, una vez obtuviera el arrepentimiento de estos dos, sería posible unir a todos los *fidais*. Así que despachó a uno de sus lugartenientes a Masyât; pero éste regresó con las manos vacías:

- No estaban en su casa, capitán –le dijo–: el preboste de las ciudadelas, Nisr, hijo de Ajbûr, ha regresado inesperadamente, y todos han partido a saludarle a su castillo de Safita<sup>1</sup>. Han aprovechado para contarle sus enfrentamientos con Shîha y, al parecer, Nisr está furioso y ha jurado que lo va a despellejar, y ahora, ¡toda la montaña está que arde!

- ¡Vaya! –exclamó Sulaymân– Si Nisr ha vuelto, los otros se van a poner de su parte, dado que es nuestro preboste, además de primo de Ma’rûf, hijo de su tía materna. La única solución para Shîha, sería que le convenciera; ¡pero frente a tanta cabezonería, no lo tiene nada fácil!

En fin, que Sulaymân decidió no mezclarse en nada de esto; se abstuvo de ir a dar la bienvenida a Nisr, y se quedó tranquilamente en su ciudadela, esperando a ver cómo se iban desarrollando los acontecimientos.

*Y el narrador prosiguió de este modo...*

Ahora bien, Shîha no se había perdido ni una sola palabra de toda esta conversación: camuflado con uno de sus múltiples disfraces, se había deslizado dentro de la ciudadela de Ma’arra, y había espiado la charla que el capitán Sulaymân había mantenido con los suyos. Una vez que se aseguró de las buenas intenciones de éste para con él, se marchó discretamente y, tomando de nuevo su auténtica apariencia, se presentó ante el capitán. Éste, se levantó de inmediato para recibirle, imitado por todos los que allí se encontraban.

- ¡Bienvenido sea nuestro *jawand*! –proclamó Sulaymân– Tu visita nos causa un gran placer y es un honor para nosotros.

Le invitó a sentarse a su lado y ordenó que le sirvieran una colación.

- ¡Pues fíjate, que yo esperaba algo mejor de vuestra parte! –protestó Shîha después de comer. ¡Menudo escándalo me organizasteis el otro día en Alepo! ¡Y además, en presencia del rey!

- Y qué quieres que te diga, todo eso fue por culpa de Shâhîn y de su hijo; luego, ya viste que los demás les imitaron, y yo no tuve más remedio que seguirles. Y ahora que Nisr ha vuelto, se han reunido todos en su casa: si quieres asegurarte la obediencia de los *fidais*, tendrás que apañártelas para atraer a Nisr a tu lado, y todos los demás te seguirán.

- Y tú, ¿no podrías acercarte a hablar con él? –le sugirió Shîha.

<sup>1</sup> Plaza fuerte de la cadena costera siria, en el interior de Tartûs.

- ¡Oh, sí, claro! ¡Con un tipo terco como una mula como él, no será con buenas palabras que obtengas algo! No; en este asunto, sólo puedes contar con la ayuda de Dios y la tuya misma.

- Bueno, si eso solo depende de Nisir, ese mal tiene remedio. Además, yo tengo un *firman* del rey en el que se prometen pequeñas molestias a los recalcitrantes...

Dicho esto, Shîha se despidió de su huésped y se marchó. Esto es todo de momento en lo que respecta a Shîha.

*Y el narrador prosiguió su historia...*

Hacía ya bastantes años, que Nisir había partido al país de los francos, en compañía de algunos hombres de confianza, con la esperanza de tener noticias de Ma'rûf. A pesar de todos sus esfuerzos, no encontró ninguna huella del capitán; no obstante, tuvo la satisfacción de asesinar a un buen número de francos y ampararse de sus bienes; combinando, de ese modo, venganza y beneficio. Cuando obtuvo una considerable fortuna, sintió nostalgia de su país natal, y embarcándose con sus compañeros en un navío mercante, que le llevó hasta Trípoli<sup>1</sup>, allí alquiló una recua de mulas a unos cristianos para que transportaran sus mercancías. Cuando la caravana llegó a Nahr El-Bârid<sup>2</sup>, Nisir asesinó a los muleros, se apoderó de sus pertenencias y envió un mensajero a Safita para avisar a los suyos. Estos vinieron a su encuentro, le dieron la bienvenida y le escoltaron entre la alegría general. En cuanto llegó a la ciudadela, Nisir puso su tesoro a buen recaudo y mandó que dejaran las mulas en las caballerizas; luego, esperó al regreso de su padre Ajbûr que, en ese momento, había partido a la guerra en compañía del rey El-Zâher.

Cuando volvió Ajbûr, Nisir lo recibió con enormes manifestaciones de alegría, le saludó y le dio un gran abrazo; el padre, le comentó la campaña de Sîs. Aunque, conociendo como conocía el carácter violento de su hijo, se guardó bien de ponerle al tanto de las pretensiones de Shîha, al que él, personalmente le profesaba una gran estima. Además, Ajbûr era un hombre valeroso al que no le gustaban esas historias, y no deseaba mal a nadie.

Pero volvamos ahora a Dawûd El Irritable y a su padre Shâhîn: estos, después del incidente que habían provocado en Alepo, derramando los tazones de sopa, se habían retirado a Masyât. Poco después se enteraron de que el rey El-Zâher Baïbars había llegado a un acuerdo con Shîha, otorgándole el *firman* que ya conocemos, y que Shîha estaba decidido firmemente a que le obedecieran; esta noticia les causó una viva inquietud.

- ¿Es que no habrá ningún medio de estar tranquilos con ese mierdecilla de beduino piojoso? –gruñó Shâhîn dirigiéndose a su hijo.

<sup>1</sup> Se refiere a la ciudad costera de Trípoli, situada al norte del Líbano, y no a la Trípoli libia.

<sup>2</sup> Río costero de la región de Trípoli.



Pero he aquí que un buen día en el que ambos estaban en la gran sala del castillo, ocupados en remover esos malos pensamientos, llegó un mensajero de Safita, que se presentó ante ellos, les saludó y ellos le devolvieron el saludo, interesándose por su salud.

- ¡Pues yo estoy bien, gracias a Dios, compadres; pero no he venido hasta aquí a que me preguntéis por mi salud! –les respondió– Tengo una gran noticia que daros: ¡Nisr ha vuelto! Hace diez días que llegó a Safita.

- ¡Que el buen Dios te recompense, muchacho! –le respondió contento Shâhîn– Bueno, hijo mío –continuó volviéndose hacia Dawûd–; ahora que Nisr ha regresado, puede estirarse un poco para llegar a sultán, en vez del otro tonto del haba! Tenemos que darnos prisa en ir a saludar a Nisr y contarle todo este asunto; después, seguro que daremos un buen golpe para liquidar a la Shuwaiya y así quedarnos tranquilos de una vez por todas.

- ¡Justo opinamos lo mismo! –aprobó Dawûd.

Habiéndose provisto de un regalo para Nisr, los dos hombres montaron en sus cabalgaduras y partieron hacia Safita. Horas más tarde, cuando Nisr se hallaba en la gran sala del castillo, y recibía las felicitaciones de sus visitantes, le anunciaron la llegada de Shâhîn y de su hijo Dawûd; se levantó en seguida para recibirles. Ellos le saludaron y le ofrecieron el regalo que habían traído, mientras lloraban como becerros.

- ¡Que Dios nos libre de todas las desgracias! –exclamó Nisr– ¿Por qué lloráis de ese modo?

Les invitó a sentarse a su lado y procuró tranquilizarles.

- ¡Ah, déjame que llore, hijo de Ajbûr! –gimió Shâhîn cuando consiguió recuperarse y poder hablar–. ¡En realidad, lo que yo debería llorar en este momento son lágrimas de sangre por lo inconstante de la fortuna! ¡Fue una desgracia, hijo de Jamr, el día que nos dejaste! ¡Cuando el león se marcha, son los chacales los que disputan su presa!

Entonces, le contó todos los enfrentamientos con Shîha, pero, ni siquiera había terminado, cuando Nisr, con los ojos inyectados en sangre, apostrofó a su padre:

- Y tú, ¿cómo es que no me pusiste al corriente de todo esto? ¿Tenías miedo?

- Qué le vamos a hacer, hijo mío, todo eso no son más que asuntos del sultán –le respondió Ajbûr–. Cuando el rey decide una cosa, hay que inclinarse ante él. Además, ese Shîha es un hombre valiente y eficaz, que siempre consigue todo lo que se propone; de nada sirve obstinarse en luchar contra él. Créeme, hijo mío, no te vayas a embarcar en esa historia: aún no sabes con quién te las tendrás que ver.

- Métete tus palabrerías en el bolsillo o en el culo! –le gritó furioso Nisr a su padre– ¡Mientras Nisr esté vivo, El-Zâher no nos impondrá su ley! ¡Yo le voy a mostrar lo que valgo! ¡Y a su Shîha, voy a cortarlo en tantos pedazos como días tiene el año!



## 30 – Asem el temerario

“De cómo Asem, hijo de Arfid el Elefante y de la hermana de Nisr, es recibido a bofetadas por su tío, el capitán Nisr, y de cómo Asem se ve envuelto en una serie de desventuradas aventuras que le llevan a caer en manos de Shîha y perder...”

*El narrador prosiguió así su relato...*



Ahora bien, había cerca de Safita otra ciudadela conocida como el castillo de El-Arîm; la ocupaba un capitán llamado Arfid el Elefante. Éste, se había casado con la hermana de Nisr, Ayyûsh, que le había dado un hijo, de nombre Asem. Y aunque todavía no había dejado la infancia, ya despuntaba como una mala bestia, de mal carácter, que sólo se divertía hiriendo y golpeando. Su principal ocupación consistía en penetrar clandestinamente en Trípoli para robar en los almacenes de los mercaderes francos. Éste Asem, había asistido al banquete de Alepo, y se había sentido tan ultrajado que, sin quedarse ni un minuto en la ciudadela, se fue directamente a Trípoli, en donde penetró enmascarado, descargando su cólera con sus víctimas habituales. Con un abundante botín, llegó a El-Arîm, y como se extrañó de no encontrar allí a sus padres, los sirvientes del castillo le informaron de que se habían ido a reunirse con Nisr, su tío materno, que acababa de volver del viaje. Ante esta noticia, Asem se frotó las manos y se dijo:

- ¡Ya tenemos quien nos vengue de Shîha!

Rápidamente, haciéndose con un suntuoso regalo, se marchó a Safita.

Cuando llegó a Safita, se presentó ante Nisr, le saludó y, al mismo tiempo, le refirió el asunto de Alepo.

- Y tú, ¿tú estabas allí, en el banquete? –le preguntó el capitán Nisr.

- Pues... sí.

Ante esa respuesta, su tío le asestó una bofetada más ardiente que una paletada de carbones al rojo vivo.

- ¡Ay! –gimió Asem–. Eh, tío, ¿qué mosca te ha picado para pegarme así?

- ¡Maldito donnadie cobarde! ¡Cómo tú, mi sobrino, te atreves a venir aquí con esa bocaza de imbécil a contarme cómo has perdido tu honor! ¡Y yo pensando que me traías

la cabeza de ese mierdecilla! ¡Rayos y centellas! ¡Te vas a largar ahora mismo de aquí y vas a buscarme esa cabeza en el acto! ¡Y no quiero verte más hasta que este asunto esté zanjado!

- ¡Lo juro por mi *kufiyyeh*! –respondió Asem abochornado.

En ese mismo instante, salió por donde había venido y se fue de la ciudadela; su madre corrió tras él y le preguntó que adónde iba.

- Hijo mío –le dijo la madre cuando su hijo la hubo puesto al corriente–, tu tío te ha enviado a tu perdición: él aún no sabe quién es Shîha. Ese hombre es de la categoría de los vencedores, no de los vencidos: ya hemos pagado demasiado caro como para saberlo.

- ¿Y qué quieres que haga? –rezongó Asem– Ya conoces a tu hermano: si no hago lo que me ha ordenado, es capaz de sacarme las tripas...

Se despidió de su madre, que le confió, llorando, a la protección de Dios; luego, saltó sobre su montura y se marchó. Sólo, en medio, de la llanura, comenzó a sentirse francamente mal; temía tanto una sorpresa de Shîha que no se fiaba ya no de su propia sombra. Cada vez que veía a alguien de una estatura inferior a la media, lo detenía y, amenazante, le sometía a un interrogatorio en toda regla; preguntándole que de dónde venía, adónde iba, cómo se llamaba, qué oficio tenía, y así sucesivamente.

- ¿Y por qué eres tan pequeño? –terminaba de preguntarle con desconfianza.

- ¡Y yo qué sé! ¡Pues porque Dios me ha creado así! –respondía el interrogado alzando los hombros.

Por fin, Asem, llegó a Hama sin haber encontrado a ningún sospechoso por el camino.

- Es probable que me lo encuentre en Alepo –pensó.

Después de pasar la noche en una posada, se puso en marcha a la mañana siguiente. Cuando llegó a El-Difa’i, se detuvo, porque dudaba si continuar por el camino de Taybeh o el de Mahrûqa. Mientras andaba con estas dudas, vio de pronto a un viejo todo encorvado por la edad, de barba canosa y aspecto venerable, montado en un viejo jamelgo cojo y sarnoso. Cuando el animal pasó por su lado, Asem lo agarró con presteza por la brida.

- ¡Que la paz sea contigo! –le saludo al anciano.

- No, yo vengo de Ma’arra –le respondió con voz temblorosa el viejo.

- ¡Que la paz sea contigo! –repitió Asem dos tonos más alto.

- Sí, a Hama es adonde voy –respondió el viejo.

- ¡Que la paz sea contigo! –le gritó a pleno pulmón Asem.

- ¡Pues que también sea contigo la paz! ¡Y no hace falta que me grites tanto!

- ¡Anda y que te lleve la peste, casi me hernio a fuerza de gritar! –gruñó Asem–.

Dime, ¿tú no serás por casualidad Shîha?

- ¿*Shîh*<sup>1</sup>? Sí, por aquí hay un montón...

- ¡Pero mira que soy idiota! –murmuró para sí, comprendiendo al fin que el viejo estaba sordo como una tapia– Este buen hombre es sordo, no entiende nada de lo que le digo. ¡Y yo, haciéndole preguntas! Eh, tío –continuó Asem a gritos– ¿qué llevas ahí dentro?

- Estuve en el pueblo de al lado para vender bonetes y cosillas de esas, y, a cambio, me han dado unas provisiones: buñuelos y tres pollos guisados.

- ¡Dame un poco! –ordenó Asem, al que se le estaba haciendo la boca agua.

- Con mucho gusto; pero, ayúdame a bajar.

El viejo vendedor ambulante echó pie a tierra y sacó de las acémilas una gallina guisada y un buen saco de buñuelos. Asem se arrojó sobre la gallina, devorándola con huesos y todo. Pero cuando hubo terminado, sintió algo raro: sus párpados comenzaban a cerrársele mientras un extraño torpor se apoderaba de todo su cuerpo.

- Dime, viejo chocho, ¿qué has echado en la comida? –le preguntó con voz pastosa.

- Come tranquilamente, hijo mío –le respondió el viejo–, no es nada, sólo un poquito de *benj* fulminante, no hay nada de qué preocuparse...

- Dime, jodido cabrón, y a ti ¿quién te ha enseñado a jugar con el *benj*? Y así, de entrada, ¿quién eres tú? –pudo aún preguntarle Asem antes de perder el conocimiento.

- Yo soy la causa de que tu tío te haya sacudido una sonora bofetada –le respondió el vendedor ambulante–. Ese al que tú quieres cortarle la cabeza, destruyendo así lo que Dios ha creado.

#### *El narrador prosiguió el relato de este modo...*

Como habréis podido adivinar, el viejo comerciante no era otro que el mismísimo Shîha Yamâl El-Dîn en persona: después de partir de Ma'arra, se había ido a Masyât para tener unas palabras con Shâhîn y Dawûd. Al saber que esos dos se habían ido a Safita, a recibir a Nisr, les siguió de cerca, camuflado entre los criados; llegó a la vez que Asem, y asistió al momento mismo del incidente entre su tío y él. Tras su partida, se eclipsó discretamente y se fue a esperarle a la región de Hama, en donde había conseguido hacerse con él, gracias a la estratagema que acabamos de contar.

Llevándose Shîha a su cautivo a una garganta que había allí cerca, lo encadenó a un árbol y le suministró el antídoto del *benj*: Asem estornudó y se despertó de pronto.

- ¿Así, pobre idiota, pensabas atraparme? –se rio burlón Shîha.

- ¿Y cómo iba a saber yo, maldito cabrón, que tú te habías hecho vendedor ambulante? –replicó Asem.

- Pues que sepas, que para mí esta trampa es como el *abc* de este arte, cretinillo! ¡y te por mi palabra, que eres tan bestia como mal educado!

- ¡Cierra tu bocaza, jodío cabrón, beduino dao por culo!

---

<sup>1</sup> Especie de arbusto espinoso típico de desiertos y llanuras. El sobrenombre de Shîha deriva de ese arbusto, ya que cuando el malvado monje Yauán lo apresan siendo un niño; éste se había intentado esconder tras una mata *shîh*, y de ahí su apodo (Ver *La traición de los emires*)

- ¡Espera, espera un poco! –le gritó Shîha– ¡que voy a enseñarte yo lo que significa cortesía, joven insolente!

Sacó de su cinturón una fusta que había fabricado él mismo para este tipo de ocasiones: la llamaba “la rabiosa”. Estaba hecha con nervios de camello trenzados con hilos de hierro genovés; erizada de picos parecidos a los dardos de escorpión, y con numerosas bolas de plomo en sus extremos. Además, nunca se había servido de ella. Shîha la empuñó y la hizo chascar: silbaba como una víbora y emitía un sonido como el de las mujeres cuando suben a las terrazas para anunciar la muerte de un pariente. Pero Asem no se dejó impresionar por ello.

- ¿Y qué piensas hacer con esa cosa? –le preguntó con sorna.

- Darte una mínima lección de cortesía.

- ¡Valiente tontería! ¡Ni aunque te hubieras untado los brazos con zumo de nabo, ya puedes metérmela en el ojo si te apetece, que lo que es yo, ni siquiera me voy a enterar!

- ¡Con que esas tenemos! –gritó Shîha furioso– ¡Pues yo te juro por el nombre supremo de Dios que, si al tercer golpe no has gritado, me convertiré en tu esclavo de por vida!

Asem aceptó el reto. Shîha, agarrando fuerte la empuñadura, golpeó con el látigo en la espalda del joven, que sintió el fuego del infierno en todo su cuerpo; mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, emitió un sordo gruñido. Shîha le azotó por segunda vez, luego, una tercera.

- ¡Ahhh, pedazo de malnacido! –gritó Asem– ¡Me haces daño!

Shîha continuó golpeando hasta que el desgraciado perdió el conocimiento, con la espalda completamente despellejada. Más tarde volvió en sí.

- Llévame al castillo –gemía– ¡Que me estoy muriendo!

- No tengas miedo, todavía te queda un bonito futuro ante ti –le tranquilizó Shîha.

Le administró entonces una poción reconstituyente, y luego le durmió por medio del *benj*, le colocó, atravesado, sobre su caballo y se lo llevó hasta Ma’arra. Avisado de su llegada por los centinelas, Sulaymán fue a su encuentro y lo recibió en el castillo.

- ¿Qué nos traes aquí, Yamâl El-Dîn? –le preguntó Sulaymán.

- Preguntadle, y ya veréis –respondió Shîha.

Suministraron a Asem el antídoto del *benj*, que abrió los ojos pronunciando la profesión de fe y pidiendo misericordia; sólo entonces fue cuando se dio cuenta de dónde se hallaba.

- ¡Protégeme, capitán Sulaymán! –le suplicó.

- ¿Y puedes decirme cómo te las has arreglado para caer en su poder? –le preguntó el capitán Sulaymán.

- Pues yo... siguiendo las órdenes de mi tío Nisr, me había puesto en marcha para matarle y...

En fin, que le contó todo lo sucedido.

- Pues sí, como ya sabes, desde el momento en que tú habías tenido la intención de matarle, él tiene derecho sobre tu vida y tu muerte: es la ley de la guerra.

En ese momento, Shîha ató fuertemente a Asem, sacó un cuchillo de carnicero de su cinturón, lo afiló cuidadosamente y comenzó a dar vueltas en torno a su prisionero, igual que un ave rapaz que acecha a su presa.

- Eh, compadres, protegedme, ¡por el honor del que hablaba a las gacelas y a los camellos<sup>1</sup>! -gimió el desgraciado Asem.

- ¿Qué piensas hacer con él, Yamâl El-Dîn? -intervino Sulaymân.

- Voy a despellejarle vivo y colgar su pellejo a la puerta del castillo de Safita para darle una buena lección a su tío.

- ¡Y, por la vida de nuestro padre, que se lo tiene bien merecido! –aprobó el capitán– Sin embargo..., el muchacho está dentro de mi casa y me ha pedido que le proteja: ¿rechazarías tú mi petición, si yo te rogara que le perdonaras?

- Nunca la rechazaría; te la concedo y con gusto –respondió Shîha–. Pero, tengo que verter su sangre, tal y como me ha ordenado el sultán.

Así que le cortó el dedo meñique del pie al desdichado Asem; sobre la herida le colocó un emplasto curativo, le liberó de sus ataduras y, luego, redactó unas líneas sobre una hoja de papel que le entregó:

- Toma –le dijo–, coge esta carta y llévasela a tu tío, y cuando se la entregues, le relatas fielmente todo lo que has visto.

Asem cogió la misiva, saltó sobre su montura y se fue a Safita, aún extrañado de haber conservado la vida. Cuando llegó al castillo, entró en la sala de audiencias en donde su tío le estaba esperando, rodeado de sus hombres.

- A ver, ¿dónde está la cabeza de Shîha? –le soltó nada más verle entrar.

- ¡Toma! –le respondió Asem entregándole su dedo meñique.

- ¡Pedazo de imbécil! –gritó furioso Nisr–. ¡Te dije que me traieras su cabeza, no su dedo meñique del pie!

- ¡Pues no cuentes con ello! –le replicó Asem en el mismo tono– ¡A ese, ni los Siete Yins reunidos contra él, podrían tocarle un pelo! Toma, cógelo: ese dedo meñique que ves es el mío.

Luego le contó todo lo que le había pasado y le entregó la carta de Shîha. Nisr la cogió y leyó lo siguiente:

*“De Shîha Yamâl El-Dîn a Nisr, hijo de Ajbûr:*

*Has de saber que todos los fidauis estás dispuestos a someterse; solo tú andas todavía enarbolando el estandarte de la rebelión. Muéstrate razonable y ten piedad de tu hermosa juventud: entiende que solo el temor de Dios y el respeto que siento hacia vuestros antepasados han retenido mi brazo hasta ahora. ¡Y menuda idea la tuya, enviando al tonto de tu sobrino a por mi cabeza! De modo que, si entras en razón, será mucho mejor; ¡en caso contrario, tendrás que preocuparte seriamente de tu persona, porque, más vale que comprendas, Nisr,*

<sup>1</sup> Alusión a un milagro atribuido a Mahoma.



*que cuando duermas, Shîha será tu manta y tu colchón; que cuando ciñas tu espada, Shîha estará en su empuñadura; que cuando blandas la lanza, Shîha será su afilada punta; que cuando te refugies en la ciudadela, ¡cada piedra de sus muros será Shîha!*

*Saludos a los que saben distinguir el justo camino y se rigen según esos buenos principios.”*

El contenido del mensaje causó una gran consternación en los que allí estaban.

- ¡Uyuyuy! Pero eso no tiene nada que ver con nosotros, eso solo le concierne a Nisr –arguyeron los allí presentes.

- ¡Cómo, vosotros, mis compadres, y todos tembláis ante ese aborto poca chicha! – rugió Nisr–. ¡Está bien, pues desde este momento, os juro que, si no vuelvo aquí con ese donnadie, no quiero que nadie vuelva a llamarme hombre! Y tú, sobrino, ven conmigo: tenemos una venganza por cobrarnos.

Los dos hombres se pusieron de inmediato en marcha, camino de Ma’arra.



## 31 – Retorno del garrote

“En el capítulo anterior dejamos a Nisr, el capitán fidaui rebelde, rumiando cómo vengarse de la afrenta que su sobrino Asem había recibido de Shîha, al cortarle el dedo meñique del pie y enviárselo con un mensaje amenazante. De modo que Nisr, acompañado de su sobrino, decide ir al encuentro de Shîha al que piensa encontrar en el camino de Ma’arra...”



**M**ientras tanto, Shîha, que había pasado la noche donde el capitán Sulaymân, a la mañana siguiente, se despidió de él y, camuflándose bajo la apariencia de un mensajero, se puso a recorrer los caminos, acechando a Nisr. Cuando llegó a Dôrât Latamên, se dio de narices con Asem, que cabalgaba solo. Éste, en cuanto lo vio de lejos, se acercó hasta él y le abordó. Shîha se aproximó, entre temeroso y desafiante: porque desde luego, aquel lugar era de lo peor, y, además, estaba plagado de bandidos.

- No temas –le tranquilizó Asem–; sólo quería pedirte un sorbo de agua.
- Verás, es que, todavía me queda por delante mucho camino y solo he traído este pequeño odre. Además, hace calor y yo voy a pie, mientras que tú vas a caballo...
- Dame la mitad de tu agua, y yo te dejaré la otra mitad –le propuso entonces Asem.
- Ya, ya; pero mucho me temo que aproveches para bebértela toda –objetó el mensajero.
- Que no, qué va; no te preocupes por eso –protestó Asem apoderándose del odrecillo.

Con que Asem, atrapó el odre y se lo llevó a la boca, echándose un primer trago: el agua le supo tan deliciosamente fresca, que siguió bebiendo sin parar, tanto y tanto que vació el odre hasta la última gota antes de devolvérselo al mensajero.

- ¡Que el buen Dios te llene de mierda! –le gritó el mensajero furioso.
- A ver, a ver, pedazo de imbécil, ¿tú me vas a venir con esos humos por un trago de agua? ¿A mí, a Asem, al sobrino del capitán Nisr? ¡Espera y verás!

Entonces Asem desenvainó su espada y quiso lanzarse contra Shîha, pero, de pronto, se encontró agitado por una violenta convulsión y se desplomó por tierra, perdido el

conocimiento. Shîha, entonces, se apresuró a maniatarle, pero, en ese instante una voz atronadora lo dejó paralizado:

- ¡Atrás, perro maldito, cabronazo de mierda!

Shîha alzó la mirada y vio a Nisr que venía al galope hacia él.

Y es que cuando Nisr y Asem partieron de Safita, el tío había dicho a su sobrino:

- Escucha, muchacho: seguro que Shîha va a seguirnos, así que nosotros dos, como que vamos a repartirnos el trabajo.

Ambos se llegaron hasta Dôrât Latamên: allí Nisr se escondió para tender una emboscada, en lo alto de una colina.

- Tú –ordenó a Asem– vas a barrer la estepa, y cada vez que te encuentres con alguien que llegue de Ma’arra, le detienes: si es Shîha, seguro que encontrará un medio para drogarte con el *benj*. Yo estaré vigilando desde lo alto de esa loma, y, en ese momento intervendré y le echaré el gancho encima. Entonces se va a enterar la gente de las ciudadelas quién es el más astuto, si él, o yo.

Luego, fue a esconderse a su puesto, después de atar a su caballo un poco apartado y fuera de la vista, oculto entre las rocas, de modo que solo podían verse los ojos, que giraban en sus órbitas como víbora moteada. Y así es como asistió a toda la escena que acabamos de describir: en ese momento había montado en su caballo, tras comerse una buena dosis del antídoto contra el *benj* por tomar todas las precauciones posibles, y se precipitó a rescatar a Asem. Al poco rato, había sometido y maniatado a Shîha, que se encontró de pronto en poder de su enemigo.

- ¡Y ahora qué! ¿Qué tal si me dijeras tu nombre, renacuajo de mierda? –le ordenó Nisr a Shîha.

- Pero tú, ¿qué quieres de mí? –protestó Shîha haciéndose el inocente.

- Vamos a ver, cacho cabrón, ¿estás tratando de hacerme creer que tú no eres Shîha? –remachó Nisr propinándole una sonora bofetada.

- ¡No me maltrates injustamente, noble señor! –gimió el falso mensajero– Yo no tengo ni idea de quién es ese Shîha del que me hablas. Todo esto es un terrible error, causado por un exceso de precaución por mi parte. Me han desvalijado con tanta frecuencia al pasar por aquí que tomé la costumbre de poner algo de *benj* en mi odre al penetrar en este desfiladero: de ese modo, si caigo en manos de un bandido, no tengo más que ofrecerle un poco de agua para deshacerme de él...

- ¡Mientes, maldito enano! –tronó Nisr–. Sé muy bien lo retorcido y falso que eres, pero hay un juramento que todos respetan, hasta los campesinos más atrasados; ¡yo te conjuro en el Nombre supremo de Dios a que me digas si tú eres Shîha, sí o no!

- Ante un juramento así, no puedo esconderme –respondió Shîha tras un momento de silencio–. Sí, yo soy ese que buscas y, si he venido hasta aquí, ha sido únicamente para capturarte.

Nisr se disponía a liquidar a su enemigo sin más preámbulos, cuando de pronto se echó atrás, al imaginar que se vería más glorioso si llevaba a su cautivo al castillo y lo

ejecutaba allí delante de sus compañeros. Así que dejó a Shîha atado y se apresuró a despertar a Asem.

- ¡Ya ves, muchacho! ¡ya ves de lo que es capaz tu tío! –se pavoneó–. Aquí lo tienes, en mi poder, ese hombre que os hacía temblar: ¡voy a darle en público un castigo ejemplar, que servirá de lección a todos los que intenten imitarle!

Los dos hombres subieron a sus monturas y tomaron el camino de vuelta; Nisr llevaba tras él a su cautivo, atado a la cola de su caballo. Al llegar cerca de Safita, envió a su sobrino por delante, encargándole de que anunciara su regreso triunfal. Poco después, Nisr penetró en la ciudadela, acogido por sus habitantes y los invitados.

- Bueno, cacho cabrón, esta vez tu última hora ha llegado –le soltó a Shîha.

Ante esas palabras, estalló una violenta discusión entre los asistentes por saber qué suplicio convendría infligirle: unos, querían desmembrarle; otros, sugerían quemarle vivo; mientras que algunos se inclinaban por la crucifixión. Mientras tanto, el pobre Shîha, no salía de su asombro; elevó los ojos hacia el Creador de la Estela y de la Pluma<sup>1</sup>, y se esforzó por aceptar lo inevitable.

- ¡Basta ya, muchachos! –interrumpió Nisr–. Guardaos vuestras propuestas en donde os quepan; aquí, el que decide soy yo: ¡con un solo golpe de mi *shâkriyyeh* le voy a rajar de arriba a abajo!

Pero en el momento en que depositaba a Shîha en el tapiz de sangre, su padre Ajbûr irrumpió en la sala.

- Pero, hijo mío, ¿se puede saber qué estás haciendo? –le preguntó inquieto.

- ¿Es que no lo estás viendo? Le voy a matar.

- ¡Más vale que te largues a buscar dos céntimos de sentido común, pedazo de imbécil! ¡Como hagas eso, estamos jodidos!

- ¿Y por qué?

- ¿Es que no sabes que el sultán ha jurado arrasar cada ciudadela en la que se vierta una sola gota de sangre de Shîha y pasar el arado con sal sobre las ruinas en las que se haya derramado?

- Tiene razón –intervinieron algunos de los jefes ismailíes, de entre los más mayores y moderados–. No querrás vernos obligados a exilarnos –replicaron a Nisr–. Lo que es seguro es que, después de un golpe de esa magnitud, no podremos permanecer más aquí.

- ¡Con que, vosotros, capitanes ismailíes, tembláis ante El-Zâher, ese que hasta ayer, solo era un vagabundo, un mameluco de mierda! –se indignó Nisr–. ¡Pues a mí, me la trae floja! Pero, de acuerdo, ya que no queréis que vierta la sangre de este perro, así lo haré: no perecerá por mi acero, sino a palos. Tendrá derecho a una paliza por la mañana, otra al mediodía y otra, por la noche, y así, hasta que reviente. Y si El-Zâher os pide cuentas, le decís que es un asunto personal entre él y yo: ¡si puede, él me matará, pero no tendrá ningún pretexto válido para atacaros a vosotros!

<sup>1</sup> Según el Apocalipsis musulmán, se trata de la estela sobre la que está escrito, desde el principio de los tiempos, el destino de todas las criaturas: las del pasado, las del presente y las del futuro.

Dicho esto, arrojó a Shîha contra el suelo; luego, viendo un enorme tronco de leña que acababan de traerle del bosque en previsión del invierno, agarró una gruesa rama, inmovilizó los pies de la víctima en el cepo de los bastonazos y comenzó a golpearle.

- ¡Y con éste hacen diez! –dejó caer Shîha al primer golpe como si tal cosa.

- ¡Diez qué, cacho cabrón! Éste no es más que el primer golpe, ¿o es que no te habías dado cuenta?

- Más te valdría aprender a contar a mi manera, pobre imbécil –replicó Shîha impasible–. Por cada golpe que reciba, yo te devolveré diez: ¡espera un poco a que caigas en mis manos, y entonces vas a ver!

- ¡Jodido enano! ¿todavía crees que vas a salir de ésta? –exclamó Nisr, a pesar de todo, impresionado.

- Yo pongo mi esperanza en manos de Dios: algún día me tocará a mí...

- ¡Cuenta con eso y bebe agua! –rezongó el otro golpeando de nuevo.

De ese modo, Shîha recibió diez palos sin gritar ni pedir gracia; simplemente, cuando llegó el segundo, contó veinte, al tercero, treinta, y así sucesivamente. Cuando llegó a cien, Ajbûr intervino:

- ¡Pobre hijo mío, estás completamente loco! ¿Es que has olvidado lo que dijo el sultán?

Acercándose a su hijo, le arrancó el palo de las manos, mientras le murmuraba al oído:

- ¡Un poco de sentido común, pequeño! Bájale a la mazmorra y esta noche nos las arreglaremos para estrangularle o envenenarle: ni visto, ni oído. Y así, si alguna vez el sultán nos pidiera cuentas, le diríamos que se escapó y que después no le volvimos a ver: en fin, enredaremos las cosas de tal modo que jamás se llegará a conocer el final de este asunto.

- ¡De acuerdo! –concedió Nisr.

Condujo a su prisionero a la mazmorra y se lo encomendó a los buenos cuidados del carcelero de Safita, un tal Abu Ali; poco después, Ajbûr cogió al carcelero en un aparte y le dijo:

- Escucha, Abu Ali, hay que impedir a cualquier precio que Nisr lo mate: cuento contigo para que mantengas los ojos bien abiertos.

Así que, cuando Nisr descendió con la intención de ejecutar su funesto deseo, el carcelero se interpuso:

- ¡He dado mi palabra de honor a tu padre de no permitir que se le mate!

- De todos modos, yo también he jurado que perecerá bajo mi garrote –le espetó el otro–. De acuerdo, sea, que viva todavía unos días: así sufrirá aún más.

Y otra vez comenzó a dar de palos a Shîha, dejándole medio muerto. Cuando volvió en sí, poco después, llamó al carcelero con un hilo de voz.

- Pásame mi saquillo, mi buen Abu Ali, sollozaba Shîha: dentro hay una bolsa llena de oro, que quiero regalarte. Si muero, no querría que cayera en manos de Nisr: prefiero que la guardes tú para ti y para tu familia. Lo único que te pido a cambio, es que te ocupes de mi mortaja y de mi entierro...

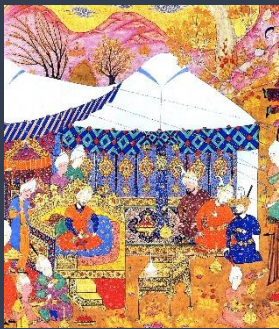
Abu Ali, como podéis figuraros, no juzgó útil desatender tal petición; se guardó la bolsa y devolvió el saquillo a Shîha. Éste sacó una botellita llena de un bálsamo curativo, que extendió por las heridas. Algo más aliviado, se instaló lo mejor que pudo en su celda, esperando con el corazón valiente el desarrollo de los acontecimientos.





## 32 – Misión de confianza para un truhán

“Hemos dejado al pobre Shîha, preso en las mazmorras del castillo de Safita, y a punto de perder la vida en manos de su enemigo, el capitán Nisir; aunque, Ajbûr, su padre, que temía la reacción del rey el-Zâher, ordenó al carcelero que no permitiera a Nisir asesinar a su prisionero... Pero ahora el narrador abandona el relato de Shîha, y trae de vuelta nuevamente a Flor de Truhanes, encargado esta vez de una compleja misión de espionaje en Constantinopla...”



**E**l rey El-Zâher Baibars, tras el incidente del banquete, había abandonado Alepo y regresado a Egipto con todo su ejército, tal y como lo habíamos contado en anteriores episodios. Pasó los tres primeros días en el harem para descansar de las fatigas del viaje, luego, al cuarto día, reunió a su Consejo en sesión plenaria, confirmó a los dignatarios en sus funciones y volvió a hacerse cargo personalmente de los asuntos del Estado. Pero a pesar de todos sus éxitos, el rey no estaba tranquilo: la desafección de los ismailíes le inquietaba, a la vez que le molestaba, pues su más ardiente deseo era unirles a todos bajo su estandarte. Más de una vez hizo partícipe de estas preocupaciones al visir Shâhîn, que trataba de serenarle.

- *Efendem*, todas las dificultades acabarán por solucionarse cuando llegue el momento oportuno –concluía siempre Shâhîn.

Pero hete aquí que, un buen día en que el rey presidía su Consejo, vio entrar a un hombre, de aspecto macilento, con el cabello largo y enmarañado, la barba enredada, vestido de harapos totalmente cubiertos de polvo de los caminos: en fin, que tenía todo el aspecto de un cautivo liberado recientemente. Acercándose al trono, se inclinó con una profunda reverencia y pronunció las invocaciones y cumplidos acostumbrados.

- ¿Quién eres tú? –le preguntó el rey.

- ¡Alguien que reclama justicia, oh Comendador de los creyentes! A Dios no le pluga que, bajo tu reinado, una petición como ésta, sea rechazada:

*¿Sufriré yo los golpes del infortunio ante tus ojos?*

*Y siendo tú un león, ¿permitirás que me coman los lobos?*

- ¿Y quién te ha ofendido de tal modo? –prosiguió el rey.

Por toda respuesta, el hombre sacó de su túnica una galleta de pan duro y se la tendió al sultán, quien, cogiéndola la observó atentamente: era una torta de pan negro mezclado con paja, como con las que se alimenta a los cautivos.

- ¿De dónde viene esta cosa? –le interrogó.

- Pártela, Comendador de los creyentes.

El rey rompió el pan sobre su rodilla, y vio que contenía una pequeña cápsula de cobre. La abrió, y sacó de allí un papel de seda cubierto de una escritura tan menuda que más bien parecía una fila de pequeñas hormigas. Comenzó a leer aquel mensaje, y decía así:

*“En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.*

*De los doce mil cautivos musulmanes, presos en la ciudad de Constantinopla, al Comendador de los creyentes, Servidor de los Santos Lugares, El-Zâher Baïbars, ojalá que su sable sea una constante amenaza sobre el cuello del enemigo.*

*La razón que nos ha empujado a escribir este mensaje es la siguiente:*

*Has de saber, oh poderoso rey, que el babb Micael\*, soberano de Constantinopla, habiendo caído gravemente enfermo hace unos pocos días, y viéndose a las puertas de la muerte -¡quiera Dios que sus temores no hayan sido en vano!- ha hecho un voto por el que, si se cura, sacrificará a todos los cautivos musulmanes de su reino a las puertas de la basílica de Santa Sofía el día de la fiesta de la Elevación de la cruz. Horrorizados ante la idea de perecer degollados en tierra de infieles, y convencidos de que no teníamos otro refugio que el Servidor de los Santos Lugares, hemos comprado la libertad de uno de los nuestros; ese que hoy está ante ti, y le hemos enviado para poner en conocimiento de tu generosa majestad nuestra desgraciada suerte: tú eres nuestro pastor y el pastor debe responder por sus ovejas.”*

Al leer esta carta, el rey sintió tal cólera, que se le nubló la vista.

- ¡Shâhîn! –reclamó colérico el rey.

- Sí, señor.

- ¿Es que se ha vuelto ciego ese perro de Micael? ¿No quedan más bueyes ni corderos en su país, que quiere degollar a inocentes cautivos?

- ¡Qué desvergüenza! –replicó el visir– ¡Cómo ese descreído podría hacer algo así, sabiendo que tu majestad está a la cabeza de nuestros ejércitos! Tu mirada ve más lejos que la nuestra: dígnete tomar las medidas que te parezcan más oportunas.

El-Zâher Baïbars dictó una carta al jefe de los escribas (más adelante diremos su contenido), luego, llamó a su *jazindar*<sup>1</sup>, el emir Baylabak, y le ordenó que fuera a buscar mil monedas de oro y un caftán real. Cuando tuvo esos objetos ante él, echó una ojeada a su alrededor sobre sus consejeros y les dijo estas palabras:

- ¡Grandes del reino de Egipto y todos los aquí presentes! ¿Quién de vosotros desea llevar esta carta, el caftán y las mil monedas de oro, y cumplir con la misión que le voy a confiar? Tendrá que ir a Constantinopla, en donde se habrá de infiltrar en el palacio del *babb* Micael, clavando esta misiva en la puerta de su dormitorio. Al día siguiente, se habrá de camuflar y entrar en su Consejo, para espiar los propósitos que intercambie con los grandes de su reino.

Un silencio de muerte acogió esta propuesta; el rey la repitió dos veces, sin éxito alguno. Entonces, volviéndose hacia el gran visir, le manifestó su amargura:

- Ay, Shâhîn, si los *fidauis* hubieran estado aquí, ¿tú crees que ni uno solo habría rechazado esta misión? ¡Por supuesto que no, y hasta el más joven de ellos la hubiera llevado a buen puerto!

- *Efendem*, como se suele decir, “No porque Bilal haya muerto hay que dejar de llamar a la oración<sup>2</sup>” –replicó el visir– Si no podemos contar con los *fidauis*, pues bien, ya encontraremos algún otro, eso es todo.

- Y según tú, ¿quién podría ser?

- Creo yo, que habría que encargárselo a los truhanes de El Cairo; todo el mundo sabe que ellos saben mejor que nadie desenvolverse bien en este tipo de asuntos.

- Muy bien; pero, de hecho, ¿quién es su jefe?

- ¡*Efendem*, que Dios te conceda larga vida, pero si tú le conoces muy bien! Es el *osta* Otmân, hijo de la Gorda.

- ¡Santo cielo, es verdad, en qué estaría yo pensando! Que vayan a buscármelo inmediatamente.

Un criado se fue hasta las caballerizas y, minutos después, Otmân se presentó ante el servidor de los Santos Lugares.

- ¡La panza sea contigo, patrón! –le largó Otmân con su habitual aplomo–. Di: ¡Gloria a Dios! Di: ¡Loado sea Dios! Di: ¡No hay más Dios que Dios! ¡Vaalee mi soldaete, a lo menos no m’has tratao de chulear al *osta* Otmân! ¡Porque ya sabes qu’hay una cosa que no tiés qu’olvidar, chaval!

- ¿Y qué es esa cosa?

- ¿T’acuerdas cuando yo t’he conocío? ¡ibas tan pelao como yo: de piojoso y lo siguiente; tus palaférmicos s’ataban las botas con cacho cuerdas, y tú t’andabas chupando e gorra el jugo e regaliz!

- ¡Vaya, se diría que por una vez me he librado de tu bronca! –ironizó Baïbars con una sonrisa indulgente– ¡Pero mira que eres exagerado, Otmân!

- Güeno, pos entonces, ¿tú qué quieres?

<sup>1</sup> Tesorero; guardián del Tesoro Real.

<sup>2</sup> Expresión proverbial: célebre por su hermosa voz, Bilal, esclavo liberto por Mahoma, fue, según la tradición, el primer muecín de la historia del Islam.

El rey le explicó la situación, concluyendo con estas palabras:

- Querría que me escogieses a uno de tus truhanes para llevar esta carta a Constantinopla y traerme la respuesta.

- ¡Marchando, tío! No te muevas d’ahí qu’en ná te traigo uno.

Bajó rápidamente adonde sus hombres y les propuso la misión; pero todos la rechazaron a gritos, incluidos Harhash y Oqereb.

- ¡Que la peste sus lleve a tos! –vociferó Otmân– D’acuerdo, sois unos cagaos, pero ahora ¿qué le digo yo al soldaete? Tá bien, ¡a tomar po’l culo, ya me las arrengraré sin tos vosotros!

Tras un instante de profunda meditación, se decidió por un briboncete llamado Ahmad, hijo del Intendente. En efecto, su padre era intendente de los equipamientos de los militares en la época del rey El-Sâleh, pero murió bajo el reino de Aïbak, habiendo nombrado en su lugar a uno de sus favoritos. Dejándole huérfano y sin consejo, el joven Ahmad dilapidó la herencia del padre, tanto y tan bien, que no tardó mucho en encontrarse en la más absoluta miseria.

Ahora bien, en la época de su opulencia, había hecho más de un favor a Otmân, que por entonces llevaba la miserable vida de los truhanes y vagabundos; cada vez que se presentaba en su casa, le reservaba una calurosa acogida, le servía una buena comida y le daba un poco de dinero. Y, justo por eso, Otmân había pensado en él, diciéndose que por fin tendría la ocasión de devolverle el favor.

Precisamente esa misma mañana, Amad, el hijo del Intendente había llegado al límite de la miseria. Al despertarse, había preguntado a su mujer:

- ¿No quedaría algo para meterse al estómago?

- ¿Y qué quieres que nos quede? ¡Ayer ya, los niños se fueron a la cama sin cenar! Y tú, que te pasas todo el día metido en casa, ¿me puedes decir de qué nos sirve eso? ¡Mejor harías en buscar un medio de traer a casa un *ratl*<sup>1</sup> de pan!: ¡Ayúdate y el cielo te ayudará!

- Ay, mi pobre amiga, ¿y adónde quieres que yo vaya? ¡En cuanto asomara la nariz a la calle, todos mis acreedores me caerían encima!

En ese momento, llamaron a la puerta.

- ¡Ya está! ¡Me han demandado y vienen a por mí! –gimió Ahmad.

- ¿Quién es? –gritó la mujer desde el otro lado de la puerta.

- ¡Abre! –respondió Otmân.

Al reconocer la voz de su antiguo favorecido, Ahmad se apresuró a hacerle pasar.

- Siéntate, *osta* Otmân. No te enojas conmigo si no tengo nada que ofrecerte: la suerte no nos ha sonreído últimamente...

- ¡Ya me sé yo qu’andas pelao! Pero yo n’olvidao lo qu’has hecho por mí to’este tiempo. Amos, ven, que to se v’arreglar.

- ¿Y dónde quieres llevarme?

<sup>1</sup> Medida de peso, variable según las regiones: en Alepo, un *ratl* equivale a 1,8 Kg.

- Ven, te digo; qu’el soldaete quié hablar contigo.
- Sí, ¿pero dónde están mis credenciales?
- ¡Eh, tío, no t’enprioscupes d’eso! Con la Flor de Truhanes d’el Cairo, ¿de qué tiés miedo?

Agarrando a su compañero por el brazo, se lo llevó a la Ciudadela. No habían andado ni tres pasos por la calle, cuando pasaron por delante de la tienda de un vendedor de especias, al que Ahmad debía dinero.

- ¡Vaya, vaya, ahora los morosos salen a la luz del día! –les soltó el tendero– ¡Ven aquí, hijo mío, y págame lo que debes!

Al ver que el otro no se detenía, corrió detrás de él, agarrándole del manto; pero, en ese instante, vio a Otmân que se había vuelto y le lanzó una mirada fulminante.

- ¡No hay ninguna ofensa, nobles señores! –balbució el pobre tendero– Solo ha sido una inocente bromilla... Toda mi tienda está a su servicio: entre hombres de honor, no hay cuentas pendientes...

Otmân y Ahmad siguieron su camino y llegaron sin mayores complicaciones hasta la sede del Consejo.

- ¡Aquí’stá’l compadre que m’has pedío, soldaete! –espetó Otmân–. Sólo que, si tú te’ices entavía mi hermanote ante la Dama, tiés qu’hacerle un favorcillo...

- ¿De qué se trata?

- Sólo dale un pelpá<sup>1</sup> e tu puño y lerta, y cuando vuelva pacá ya te’ice lo que quiere.

- De acuerdo –consintió el rey–, que se redacte el certificado que pide. Y ahora, Ahmad –continuó–, toma esta carta, este manto y las mil monedas de oro, y ve a ocuparte de todos los preparativos. Mañana, irás hasta Alejandría; te voy a dar una orden de misión para El-Batarni\*, ordenándole que te conduzca hasta Constantinopla. Cuando llegues a destino, te deslizarás en el dormitorio de Micael y le dejas esta carta; a la mañana siguiente, te has de camuflar y apostarte a la puerta de su Consejo, de forma que escuches lo que diga. Y luego, me traes una prueba.

- ¿Cómo es eso, *efendem*?

- Me has de traer la corona que lleva en la cabeza y de la que no se separa jamás: yo la reconoceré, porque lleva grabado su nombre en ella.

- Escucho y obedezco –asintió Ahmad.

Si el sultán había impuesto esta condición, era para asegurarse de que la misión sería llevada bien a cabo: a fin de cuentas, nada le impedía a Ahmad, una vez en Constantinopla, quedarse unos cuantos días en una posada y, cuando volviera, contar cualquier historieta.

Así que, provisto de la carta para Micael y de la orden de la misión, Ahmad se retiró. Después de agradecerle infinitamente al *osta* Otmân, se ocupó de comprar provisiones, ropa, y, en fin, todo lo que su mujer y sus hijos pudieran necesitar durante su ausencia. Antes de partir, le dejó a su mujer el resto de las monedas de oro.

---

<sup>1</sup> Recordemos que Otmân Flor de Truhanes, en su peculiar forma de hablar, a todo documento escrito lo llama “papel”, pero, al revés: “pelpá”.

- Ahora ya no me preocuparé más por vosotros –le dijo–, porque, aunque no regresara, sé que vosotros tendréis con lo que vivir durante largos años: por lo demás, pues que Dios nos proteja.

A la mañana siguiente, se puso en marcha; llegado a Alejandría, se fue a ver a El-Batarni, le saludó y le entregó la orden de misión. Tras conocer el contenido del mensaje, el corsario envió a buscar a su lugarteniente, Omar Ibn El-Yazzâr\*, y le transmitió la orden del sultán. El capitán Omar hizo que aparejaran una saeta<sup>1</sup>, que acomodó al estilo bizantino; el propio capitán se vistió según la moda de Bizancio, como un capitán franco, mientras que los cuarenta berberiscos que formaban la tripulación, se ponían la ropa de los marineros. Cuando todos estuvieron a bordo, levaron anclas y partieron rumbo a Constantinopla.



---

<sup>1</sup> Del italiano *saetta* (flecha): navío pequeño, de dos mástiles, rápido y manejable, muy usado en el Mediterráneo en otras épocas (Dozy, *Supplément aux dictionnaires arabes*).



### 33 – Una bofetada salvadora

“En la anterior narración, Ahmad, amigo de Flor de Truhanes, se embarcaba en Alejandría en un navío del capitán El-Batarni, para dirigirse a Constantinopla, por orden del rey El-Zâher Baïbars, con la misión de entregar a escondidas una carta al *babb* Micael, emperador de Bizancio, sustraerle su corona y espiarle mientras mantenía una reunión con su Consejo...”

*Y el narrador continuó así su relato...*



**E**n el origen de todo este asunto se escondía una nueva intriga de Yauán: fue en el momento en que el rey El-Zâher Baïbars estaba saqueando Sís, cuando el maldito monje consiguió huir de allí, en compañía de Bartacûsh, su malvada alma gemela, a través de un pasadizo subterráneo que sólo él conocía, y que iba a dar al interior del convento de los armenios. Una vez que llegó por mar a Constantinopla, los dos monjes se presentaron ante el emperador Micael, gimiendo, lamentándose, y vertiendo un mar de lágrimas. El emperador se dirigió hacia ellos, les acogió calurosamente y les preguntó por la causa de sus lamentos. Yauán le informó de la destrucción de Sís y exigió que Micael organizara una expedición punitiva contra los musulmanes.

- ¡Pero, *abbone*, de sobra sabes que yo no puedo enfrentarme al *rey*! –protestó Micael– De hecho, el patriarca de Santa Sofía ya me avisó que Baïbars nació bajo el horóscopo de una estrella afortunada y que, mientras él está ala cabeza de su ejército, nadie podrá vencerle... En cambio, si tú encuentras un medio de capturarlo, mediante alguna astucia y me lo traes aquí, entonces, nada mejor que seguir tus planes.

- Tienes toda la razón –aprobó Yauán–. Pero la trampa, ya la tengo pensada: haz correr el rumor de que tú has caído enfermo y retírate a tus habitaciones privadas. Días más tarde, debes anunciar que has hecho un voto de que, en caso de que sanes, sacrificarás a todos los cautivos musulmanes; así, estos no tardarán en avisar a El-Zâher Baïbars. Y, tal y como yo le conozco, te garantizo que vendrá en persona, bajo cualquier apariencia, a prestarles ayuda y, entonces, nada me resultará más fácil que capturarlo.

Convencido por estos engañosos argumentos, Micael siguió las indicaciones del maldito monje; los cautivos, como ya sabemos, cayeron en la trampa y escribieron a El-Zâher Baïbars.

- Bien, *abbone* –le replicó a Yauán el emperador– Ya he hecho lo que me habías ordenado, ahora te toca a ti jugar: muéstrame un poco cómo cuentas apresar al *rey*.

- De la manera más simple del mundo: manda cerrar todas las puertas de la ciudad, excepto una sola; allí harás que instalen un baldaquino, en donde yo me situaré para supervisar a todos los que entren. Por otra parte, pondrás a mi disposición quinientos patricios escogidos entre tus tropas de élite: en cuanto vea al *rey* (Baïbars), daré la alarma, le saltarán encima y te lo traeremos. Luego, nada nos impedirá invadir su reino, vengar a nuestros hermanos *Cristiani* y liberar a los cuatro reyes. ¡Además, gracias a los numerosos cautivos que hemos reunido, reconstruiremos Antioquía, orgullo de los bizantinos, que destruyó El-Zâher Baïbars!

*El narrador dijo...*

En realidad, el objetivo de Yauán era otro: totalmente al corriente de los enredos de Shîha con los ismailíes y del desencuentro que se había producido de estos con El-Zâher; el monje había montado todo este lío con la esperanza de que Baïbars confiara esa misión al Maestro de las Argucias (a Shîha), y así Yauán conseguiría capturarlo, porque, después de haber leído la profecía del Libro de los Griegos, sabía que Shîha era su enemigo más peligroso. Lo que en cambio, Yauán ignoraba, era que Shîha había caído en manos de Nisr y que, en consecuencia, su plan se había desbaratado.

Con que, Micael dio la orden de cerrar las puertas, dejando solo una abierta, en la que Yauán se colocó, escoltado por dos patricios: no permitía entrar ni salir a nadie sin someterle a un interrogatorio en regla, preguntándole su nombre, su dirección, su oficio y todo lo demás.

Pero volvamos a Ahmad hijo del Intendente, al que dejamos bogando hacia Constantinopla: cuando la nave llegó a la vista de Gálata<sup>1</sup>, Omar Agha (el capitán de la nao) le explicó lo siguiente:

- Ahora, Ahmad, tengo que explicarte cómo se van a hacer las cosas. De entrada, no me voy a arriesgar a llegar al puerto, entre los barcos de los francos: aquí es donde has de desembarcar para llevar a cabo tu misión. Además, yo no te voy a esperar más de tres días; pasado este plazo, yo partiré, tanto si estás a bordo como si no. Estas cosas se hacen así, y tú no tienes nada que objetar. Por otra parte, si te atrapan y torturan, guárdate bien de denunciarnos, porque serías tú quien habría de responder de mi muerte y de la de mis hombres. ¡Ahora, vete, y ten mucho cuidado!

- De acuerdo –asintió Ahmad–. Pero tú vendrás cada noche aquí a esperarme; durante el día, tú te mantendrás lejos de la orilla. Además acordemos una señal: cada

<sup>1</sup> El narrador se confunde seguramente con el Cuerno de Oro, en donde el barrio de Gálata no queda lejos.

vez que pases por aquí, depositarás una piedra sobre esta roca. De ese modo, cuando la vea, sabré que has venido y que te has ido; yo, por mi parte<sup>1</sup>, haré lo mismo.

Habiendo tomado estas disposiciones, Ahmad ganó la costa a nado y, cuando llegó a tierra, se acercó a la ciudad; entonces se encontró con todas las puertas cerradas, excepto una, ante la que se apiñaba un gentío espantoso. Arrastrado por la muchedumbre, penetró en las murallas: por una afortunada casualidad, en ese preciso momento, la atención de Yauán se distrajo porque el jefe de los patricios vino a susurrarle algo; pero, al levantar la cabeza, se fijó en Ahmad que se alejaba.

- ¡Eh, ghandar! –le gritó.

Naturalmente, el otro se guardó muy mucho de responder: haciendo como que andaba borracho y dando tumbos, prosiguió su camino, como si no hubiera oído nada. Entonces, Yauán se volvió hacia Bartacûsh.

- ¿Quién es ese patricio de ahí abajo? –le preguntó.

- ¡Y yo qué sé! –replicó el otro alzando los hombros. ¡No te pensarás que yo voy a conocer a todos los habitantes de Constantinopla!

- Bien, de acuerdo, pero yo le encuentro bastante raro; corre detrás de él y tráemelo aquí.

En unas zancadas, Bartacûsh alcanzó a Ahmad y lo agarró con fuerza de un hombro.

- Ven acá, muchacho –le ordenó–. Su beatitud Yauán quiere hablar contigo.

- ¡Déjame en paz con tu Yauán! –gruñó Ahmad, intentando soltarse. ¡Qué tiene que ver ese conmigo!

- ¡*Way marfûs!* ¡Ven aquí ahora mismo! –bramó Bartacûsh autoritario.

El pobre Ahmad sintió que su lengua se le pegaba al paladar: no se daba cuenta de que su disfraz no le serviría de nada ante la perspicacia diabólica de Yauán. Pero, entonces, mientras daba traspies, sin saber cómo salir de aquel mal paso, se le acercó un desconocido, le miró un instante, y le propinó una bofetada más dolorosa que el día en que los amantes se han de separar.

- Vamos a ver, *marfûs*, ¿es que ni siquiera puedes recordar que te llamas Sayf El-Massîh, el sobrino del conde? –Vociferó este curioso personaje– ¿Dónde te habías metido? ¡Hace horas que te llevo esperando!

- ¿Tú le conoces? –intervino Bartacûsh.

- Pues claro que sí, *abbone*: yo soy el conde del *babb* y este desgraciado es mi sobrino, el hijo de mi hermana. Esta mañana le envié a Scutari<sup>2</sup>, a cobrar el alquiler de una taberna que tengo allí, y este *cafurti canayas* se ha quedado allí bebiendo y mira en qué estado vuelve!

- Si es tu sobrino, entonces, todo va bien –replicó Bartacûsh bonachón– Da lo mismo, pero podrías haber evitado abofetearle y humillarle en público: esa es una acción que repugna a nuestro señor Jesucristo. Además, a su edad, es normal hacer algunas tonterías...

<sup>1</sup> Aquí es difícil de entender el texto, posiblemente porque esté dañado, de modo que nuestra traducción es aproximada.

<sup>2</sup> Barrio de Estambul en la orilla oriental del Bósforo.

Después de estas nobles palabras, Bartacûsh regresó a informar a Yauán:

- Falsa alerta: era simplemente el sobrino del conde.

- Descríbemelo –exigió el maldito monje.

Bartacûsh lo hizo lo mejor que pudo, mientras Yauán parecía sumido en una profunda meditación.

- ¡Por el honor de mi religión, tiene todo el aspecto de un musulmán! –exclamó finalmente–. Seguro que se trata de uno de esos bandidos de las montañas... Bien, me largo ahora mismo a prevenir a Micael, para que tome todas las precauciones necesarias; ¡tú, quédate aquí y ordena a los patricios que abran bien los ojos!

Mientras tanto, Ahmad se alejaba lo más rápido que podía, con la cabeza aún dándole vueltas por la bofetada que había recibido y con el corazón lleno de gratitud por el que se le había propinado:

- ¡Que Dios le recompense y le perdone esa bofetada, hayan sido sus intenciones las que hayan sido! –se decía para sí– Me ha hecho muchísimo daño, es verdad, pero me ha salvado de la muerte. De todos modos, ¡qué extraño!: ¿cómo es que me conocía? ¿y por qué ha venido en mi ayuda?

En ese momento, buscó a su benefactor, pero éste había desaparecido entre la multitud.

- ¡Quién sabe, tal vez sea mi ángel de la guarda! –se imaginó.

Luego, sin hacerse más preguntas sobre este asunto, se dirigió hacia el palacio real, para hacer un reconocimiento del sitio en previsión de su incursión nocturna.

Pero, volvamos ahora a Yauán: éste se había reunido con el babb Micael y le había anunciado la presencia de un individuo sospecho en la ciudad.

- Me temo que se trata de uno de los bandidos de las montañas –terminó diciendo–. Toma las máximas precauciones, porque la situación es grave.

- ¡Pues qué bien! –suspiró el babb, totalmente desmoralizado por esta última noticia– Pasaré la noche en el jardín; todavía sigue siendo el lugar más seguro.

Es cierto, que en medio de sus jardines, había un pabellón de reposo, espléndidamente avituallado y lujosamente amueblado: así que envió a los patricios a que ordenaran preparar su lecho, y, cuando llegó la noche, se retiró allí, protegida por su guardia.

Ahora bien, mientras Micael tomaba estas medidas; Ahmad, vestido aún como un patricio, lo espiaba desde la puerta de la sala, de modo que estaba al corriente de toda la situación.

- ¡Estupendo! ¡Parece que mis asuntos se van arreglando! –pensó Ahmad.

Oculto en un escondrijo, esperó a que la noche avanzara; luego, se acercó a los muros del jardín, que le parecieron altos y difíciles, pero hacía falta algo más que eso para detenerle. Enganchó su garfio a la primera, escaló la muralla, descendió del otro lado, recuperó su herramienta, y luego, se fue, rápidamente a abrir la puerta, para tener una retirada fácil, en caso de que le descubrieran los guardias.

Hecho esto, se acercó, sigiloso como un lobo, al pabellón en el que descansaba Micael, sobre un gran lecho rodeado de todo tipo de mesillitas bajas, con vasijas llenas de flores y bandejas cargadas de fruta. Avanzó con prudencia, con el firme deseo de robar la corona del rey y depositar la carta sobre su almohada, después de drogarle por medio del *benj*; pero en ese momento, la vaina de su daga se enganchó con un florero de porcelana, que fue a estrellarse contra el suelo armando un ruido espantoso. Despertando sobresaltado, Micael comenzó a lanzar gritos como un descosido, alertando a los guardias. Estos de un salto se arrojaron como locos a la persecución de Ahmad, que se había largado sin esperar a más, corriendo como un poseso hacia la puerta del jardín. Pero desgraciadamente, desorientado por la oscuridad y el pánico, se equivocó de dirección y, en un instante, sus perseguidores lo rodearon y apresaron.

En ese mismo momento vio aparecer entre los árboles una silueta alta: se trataba del conde que anteriormente le había salvado de las garras de Bartacush. El misterioso personaje se le acercó y le asestó otra buena bofetada que resonó como la cuerda de una ballesta.

- ¡Dejadle, ya sé lo que pasa aquí! –ordenó a los patricios.

- ¡Pero, *signore*, es que quería matar al *babb* Micael! –protestaron los patricios.

- ¡Qué va, si es mi sobrino! –remachó el conde– ¡*Marfûs*! –continuó el conde volviéndose hacia Ahmad– ¡Qué necesidad tenías de meterte en esos líos! ¡Cómo se te ha ocurrido semejante tontería, tú, que siempre has sido un imbécil, un incapaz, un payaso, un donnadie y un desastre! ¡A ver qué cara pones ahora, idiota!

- Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa? –interrumpió el oficial.

- Pues pasa que este *cafurti canayas* ha pasado la noche con algunos jóvenes tan descerebrados como él y, después de haber vaciado unas cuantas botellas, han empezado a pavonearse de su destreza y de su habilidad, y a contarse sus hazañas. Cada cual intentaba superar a los demás, hasta que al final, uno propuso un desafío, cuyo premio era una noche en el hamam<sup>1</sup>, y al día siguiente una fiesta campestre: se trataba de deslizarse en el jardín del *babb* Micael, entrar en el pabellón y coger un ramo de flores y una copa de frutas. Todos los demás se escabulleron, excepto este cretino; por supuesto, no consiguió su objetivo, y si yo no hubiera llegado a tiempo, a estas horas estaría a punto de ser descuartizado por cuatro caballos!

- Todo eso está muy bien pero, de todos modos, tenemos que conducirlo hasta el *babb* –replicaron los patricios–. Tú mismo personalmente podrás explicarle lo que acabas de contarnos.

El pequeño grupo se dirigió hacia el pabellón; el conde le hizo una profunda reverencia a Micael y le repitió su historietta.

- Si no fuera tu sobrino, le habría matado –afirmó el *babb*–; pero, en fin, por deferencia hacia ti, vamos a correr un tupido velo. Ven aquí, *ghandar* –añadió dirigiéndose a Ahmad. Que no se diga que tus compañeros te van a sacar los colores.

<sup>1</sup> Hay que señalar aquí, que la higiene no era la única motivación que podía tener un grupo de jóvenes para quedar en un hamam.

Y cogiendo el *babb* Micael un florero y una copa de fruta, se la ofreció bondadosamente a Ahmad:

-Toma, hijo mío, llévalos esto a tus amigos y que te den el premio. Solo que en el futuro, no se te ocurra volver a hacer algo así.

Aún aturdido, Ahmad cogió sus dos trofeos y salió del jardín acompañado de su misterioso salvador, que le hizo señas de que le siguiera. Poco después, entraron en una morada de hermoso aspecto, en donde les esperaba un joven hercúleo. Sin decir nada, los dos desconocidos se pusieron a preparar algo de comer; luego, todos se sentaron a la mesa; de vez en cuando, Ahmad se pellizcaba para estar seguro de que no estaba soñando. Una vez que terminaron la cena, el conde tomó la palabra.

- Y bien, Ahmad, me da la impresión de que no acabas de reconocernos.

- ¡A decir verdad, pues no, señor! Como dice el proverbio: “Quien jamás ha visto el claro de luna, ¿cómo va a reconocerlo?”

- Has de saber que yo me llamo Shamseh, y soy una hija de la montaña –contestó el conde– ¡Sí, Ahmad, sí: es una mujer la que está ante tus ojos! Y en cuanto al joven, pues es mi hijo, Badr, y has de saber, que nosotros somos oriundos de la ciudadela de El-Aqás.





## 34 – La leona de las montañas

“En el anterior relato, habíamos dejado a Ahmad, el hijo de Intendente, salvado de morir en su intento de robar la corona al babb Micael, y ya tranquilo en la mansión del supuesto conde franco, su salvador, que no era otro que Shamseh, una hija de las montañas y auténtica heredera de todas sus virtudes, con su joven y hercúleo hijo Badr; ambos originarios de la famosa fortaleza ismailí de El-Aqás...”

*Y el narrador continuó así su relato...*



**S**in duda os estaréis preguntando por qué estos dos ismailíes se hallaban en Constantinopla. Pues la causa venía desde el famoso banquete de Alepo: cuando los fidauis, para demostrar su hostilidad hacia Shíha, habían vertido sus platos de sopa y se habían retirado a sus ciudadelas, entre ellos, el propio Badr, que acaban de presentarnos como el hijo de Shamseh (el falso conde franco). Cuando Badr regresó a El-Aqás, puso al corriente a su madre de todo el asunto; ésta le regañó duramente por su imprudencia, y le hizo un retrato tan inquietante de Shíha, que el joven, temiendo por su seguridad, había decidido emigrar.

- Pues si él es así, más me vale poner tierra de por medio –decidió.

Volveré a instalarme en el país de los francos hasta que regrese el capitán Ma'rûf, y si acaso hubiera muerto, ¡prefiero acabar mi vida en el exilio antes que doblar la rodilla ante ese ridículo cipote!

Su madre intentó por todos los medios hacerle entrar en razón, pero no quiso atender a razones, y juró por el Nombre de Dios que se iría. Shamseh, empujada por su amor maternal –solo tenía a ese hijo– decidió acompañarle, disfrazada de hombre. De modo que abandonaron su ciudadela y se presentaron en el país de los francos; al enterarse de que Micael preparaba una expedición contra los musulmanes, se instalaron en Constantinopla, en donde Shamseh se hizo pasar por un conde al servicio del rey: pero

Shamseh era una auténtica *labweh*<sup>1</sup>, tan fuerte y valerosa como un hombre. Cuando apareció Yauán y aconsejó a Micael que cerrara las puertas de la ciudad y vigilara a cuantos entraran y salieran, con la esperanza de capturar a Shîha y a El-Zâher Baïbars, entonces vio Shamseh con eso una buena ocasión de servir al sultán, lo que le permitiría obtener gracia para su hijo. Así que cada día, ella se ponía a cierta distancia de la puerta en donde estaba Yauán, para que éste no la reconociera, y así fue cómo, por segunda vez, ella había podido salvar la vida de Ahmad, antes de llevarle bajo su techo.

El relato de Shamseh dejó a Ahmad, el joven cairota, muy pensativo; sus propios logros y los de los truhanes de Egipto le parecieron en ese momento insignificantes comparados con los de sus dos anfitriones.

- Hijo mío –continuó Shamseh–, este hombre es extranjero y pobre, y si ha aceptado la misión del sultán, ha sido por la esperanza de obtener una recompensa que le permitiera mejorar su situación y la de su familia. Ahora que está bajo nuestro techo y que ha comido nuestro pan, se ha convertido en uno de los nuestros: no sería conveniente que le dejáramos partir con las manos vacías. En fin, que yo he cumplido con mi parte del trabajo, y ahora te toca a ti hacer la tuya: vas a ir a buscar la corona de Micael y no olvides de depositar la carta sobre la almohada.

- ¡Allá voy, madre! –respondió apaciblemente Badr, levantándose.

Una hora después, estaba de vuelta con la corona de Micael, entregándosela a Ahmad.

- Y ahora, hijo mío, no es por ponerte en la puerta de la calle, pero es tiempo de que vuelvas a embarcarte: mañana, darán la alerta y toda la ciudad estará conmocionada. Y por cierto, sería inútil que hablaras a El-Zâher Baïbars de nuestro papel en este asunto; estas nimiedades no merece la pena que ocupen la atención de un rey; además, de ese modo, tú ganarás la recompensa prometida. En cuanto a Micael, no tienes por qué preocuparte: aunque no hubiera recibido la carta, jamás se habría atrevido a tocar el pelo a ninguno de los cautivos. Vamos, ven, voy a llevarte hasta el puerto antes de que amanezca.

Shamseh cogió a Ahmad por el brazo, le guio hasta las murallas y arrojó su garfio; Ahmad pudo escalar así el muro y descender hasta el puerto.

- ¡Eh! –le pidió Shamseh mientras se alejaba después de despedirse de él– Espero que me hayas perdonado las dos bofetadas que te he dado!

- ¡De todo corazón! ¡Ojalá perdone Dios todos tus pecados en este mundo y en el otro!

Ahmad encontró a Omar que le estaba esperando en el lugar convenido; ambos hombres se embarcaron en la saetía, que inmediatamente desplegó sus velas; días más tarde, llegaron a Alejandría después de un viaje sin incidentes. Dios había decretado que tuvieran una apacible travesía. Omar Ibn Al-Yazzâr le ofreció su hospitalidad a Ahmad,

<sup>1</sup> “Leona” tratamiento que se da, en el “Baïbars”, a las Amazonas ismailíes.

que pasó una noche en su palacio; a la mañana siguiente, se puso en camino hacia la capital. Cuando llegó a El Cairo, el Consejo ya había cerrado la sesión, sus miembros se habían marchado y el rey se había retirado a sus alojamientos; de modo que Ahmad se fue directamente a las caballerizas reales, en busca de Otmân.

- ¡Anda, a las mu güenas, chaval! –le lanzó Otmân– Y asín, como si ná, ¿ya t’has vuelto?

- Pues sí, *osta* Otmân.

- ¿Y t’has agarrao l’alijo?

- Aquí lo tienes –asintió Ahmad sacando la corona de su saco.

- ¡Cojonúo! Y el cacho e pelpa, ¿lo has entregao?

- ¡Sí, jefe!

- Tá bien, mañana viés a ver al patrón y le largas el alijo; yo’staré allí pa ocuparme del resto.

Así que Ahmad regresó para pasar la noche con los suyos, que le acogieron con la alegría que se pueden imaginar. Al día siguiente, a media mañana, se presentó en la Ciudadela: era la hora en la que el rey ocupaba su trono y el Consejo se reunía al completo. Ahmad avanzó, hizo una profunda reverencia y pronunció las invocaciones y fórmulas protocolarias.

- Bienvenido seas, Ahmad –le respondió el rey con una sonrisa afable– ¿Qué buenas nuevas nos traes? Según parece ¿has cumplido con tu misión?

- Sí, oh Comendador de los creyentes, gracias a tu protectora mirada que te has dignado concederme –respondió Ahmad.

Entregó la corona a El-Zâher Baïbars, que la examinó atentamente antes de responder:

- Sí, en efecto, ésta es la corona de Micael. ¡Bien hecho, Ahmad! Pero cuéntanos un poco cómo has conseguido hacerte con ella.

- Mi señor –respondió Ahmad después de inclinarse de nuevo–, la mentira es indigna de un hombre de honor y la franqueza es la nave de la salvación: así que voy a decirte la verdad, aunque callarme me vendría mejor. Y la verdad es que no soy yo el que ha conseguido apoderarse de la corona; pero afortunadamente Dios, exaltado sea, me ha enviado una ayuda, gracias a la que yo he podido llevar mi misión a buen puerto.

Entonces, le contó todo lo que había pasado, insistiendo en el papel esencial que había jugado Shamsêh y Badr.

- Bien, y ahora, dime Shâhîn –protestó El-Zâher Baïbars cuando Ahmad acabó su relato– ¿No tengo yo razón cuando siempre me quejo de la ausencia de los fidauis? Que Dios bendiga su fuerza: si sus mujeres son capaces de tales proezas, ¿qué no harán sus hombres!

- Por supuesto, *efendem*, que Dios te conceda larga vida. A nadie se le ocurriría negar que los fidauis son temibles guerreros; pero no te inquietes, cada cosa, a su tiempo.

El sultán había quedado muy favorablemente impresionado por el comportamiento de Ahmad, y sobre todo por su honradez y franqueza.

- Tanto si has sido tú, como si ha sido otro; el que se ha hecho con la corona, no cambia nada el asunto –declaró el rey–. O, más bien sí: tú has merecido doble recompensa por haber salido airoso de la misión y por no haber temido decir la verdad. Pídeme lo que quieras.

Avergonzado y confuso, Ahmad comenzó a balbucear sílabas inaudibles; por suerte, el *osta* Otmân apareció en ese instante para sacarle del atolladero.

- ¡Salúos pa tí, patrón! –le largó, entrando en la sala–. ¡Asín que ya ha vuelto, el pequeñajo el Ahmad!

- Sí, como puedes comprobar tú mismo, Otmân –le respondió El-Zâher Baïbars.

- ¿Y t’ha dao l’alijo?

- Lo ha traído.

- ¡Vaale, pos entonces asín de pronto, yo tengo derecho e pedir un diseo!

- ¡Que nooo, Otmân, el deseo, lo tiene que pedir él, no tú!

- ¡Yo sé lo que me digo!; ¡voy a pedir el diseo en su lugar, asín como si m’hubiera dao una procuración!

- ¿Te ha dado él una procuración? ¿Y cuándo ha sido eso?

- ¡Pos si yo te digo que me l’ha dao, es que me l’ha dao, y punto!

- De acuerdo, anda, Otmân, dime –suspiró el sultán, comprendiendo que no podría tener nunca la última palabra ante Flor de Truhanes.

- Él lo que quiere es ser jefe itedente<sup>1</sup>, como su padre cuando el patrón Sâleh.

- Pues de acuerdo, éste es el hombre que conviene para ese puesto –aprobó El-Zâher Baïbars.

- Ordenó al *qafatân agâsi* que trajera un qaftán de aparato y se lo pusieran a Ahmad.

- ¡Bendito sea! –replicaron los asistentes– ¿Cuál será su función?

- Yo le nombro jefe de intendencia de los equipamientos militares; que todos los que me amen, le feliciten como es debido, pues es un muchacho leal y valiente.

Los dignatarios del Consejo se juntaron en torno a Ahmad para felicitarle y ofrecerle los presentes acostumbrados. El rey ordenó luego que lo llevaran en cortejo a tomar posesión de sus nuevas funciones, y fue el gran visir en persona, el que le condujo hasta los almacenes de la intendencia militar y a la reserva de las tiendas de campaña del ejército. Después, seguido de una escolta y precedido por una fanfarria, llegó con gran pompa hasta su domicilio; gracias a los regalos de los altos dignatarios de la Corte, y de los prohombres del reino, Ahmad pudo renovar su guardarropa y el de su familia, remodelar su casa y contratar criados. Desde entonces, provisto de un cargo importante y con un salario más que generoso, vivió en la opulencia hasta el final de sus días. Y esto es todo en cuanto a Ahmad.

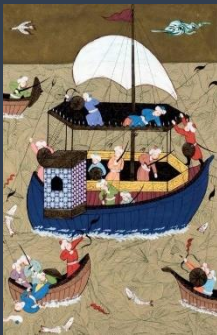


<sup>1</sup> Por “intendente” según el habla de Otmân Flor de Truhanes.

## 35 – La cólera del *babb*

“De cómo el *babb* Micael, al ver que le habían robado su corona, y siempre aconsejado por el malvado monje Yauán, llama a la guerra a los otros reyes de la costa, para una nueva cruzada contra los musulmanes. Alepo es amenazada; los francos reconstruyen Antioquía, y el rey El-Zâher, vestido de beduino va en busca de los fidauis para ver de qué lado se encuentran...”

*Y el narrador continuó así su relato...*



**M**ientras tanto, ¿qué había pasado con el *babb* Micael? Como os acordaréis, le habíamos dejado apaciblemente dormido bajo su mosquitera, en los jardines de su palacio. A punto de amanecer, se despertó al notar extrañamente frío en la cabeza. Llevándose la mano a la frente, se dio cuenta de que su corona había desaparecido; frenético, la buscó por todas partes, y en esas, encontró una carta sobre su almohada. Rompió los sellos y leyó lo siguiente:

*“Del Comendador de los creyentes a Micael,*

*¡Maldito seas, babb! ¿Es que te has vuelto ciego, o es que tu reino está tan mal de bueyes y corderos como para que quieras sacrificar a tus doce mil cautivos musulmanes? ¡Recuerda, pobre desgraciado, el día en que vine a Constantinopla, y dónde te capturé cuando yo no era más que el mameluco de El-Sâleh<sup>1</sup>! Además, te aconsejo que cuides y muy bien a tus cautivos: si se te ocurre verter una sola gota de su sangre, arrasaré el Santo Sepulcro, asolaré los reinos de la Costa y cortaré la cabeza a los veinte mil cautivos cristianos que tengo en El Cairo. Así que si quieres salvar tu reino de la ruina y a tu ejército de una lamentable derrota, deroga públicamente tu decisión y hazme llegar la*

<sup>1</sup> Ver *La traición de los emires*.

*suma de un jazneh<sup>1</sup> como rescate de tu sangre. Por lo demás, la forma en que te ha llegado esta carta, habla por sí misma.”*

Con el corazón hirviendo de rabia e impotencia, Micael mandó llamar en el acto a Yauán.

- Y bien, *abbone* –le dijo con voz glacial–, ¿y si me comentaras un poco lo que andas haciendo, obstaculizando la puerta de la ciudad, e impidiendo a mis súbditos ganarse el pan de cada día?

- Pues... estoy vigilando a todos los que entran y salen, para capturar al rey de los musulmanes cuando llegue: ¿no era ese nuestro plan?

- ¡Sí, tu plan; un plan que no vale un comino! –explotó Micael– ¡Gracias a ti me han robado mi corona y mi honor!

Entonces le contó lo sucedido por la noche, incluido el extraño papel que había jugado el conde.

- ¡A mí también me ha pasado lo mismo! –exclamó Yauán– Dime, Bartacûsh, ¿te acuerdas de aquel patricio que te envié a interrogar el otro día, cerca de las puertas?

- Claro que sí, ya te lo he dicho, era el sobrino del conde, el que volvía de Scutari.

- Y tú, *babb*, ¿conoces a ese conde?

- A fe mía que sí, se llama Tomás.

- Pues hay que convocarle ahora mismo aquí e interrogarle.

Un destacamento de patricios se presentó de inmediato en el palacio del conde. Al entrar, descubrieron una auténtica carnicería: el maestro de ceremonias había sido degollado, junto con todo su servicio. Sobre el lecho, un mensaje bien evidente:

*“Un buen consejo: jamás os fieis de las apariencias. Yo, Badr, hijo de Shamseh, soy el que ha consumado estas proezas. Has de saber, Micael, que si tocas un solo cabello de los cautivos, por el honor de Aquel que reveló el Evangelio, la suerte que te espera será tan terrible que hará temblar hasta a las generaciones futuras.”*

- ¡Bah! Ese es solo un bandido musulmán –remachó Yauán–. Créeme, no tienes por qué cambiar tus planes: da la orden de decapitar a los cautivos, al menos nos desharemos de ellos.

- ¡Por el honor de mi religión, ese es el consejo más absurdo que he recibido nunca! –protestó Micael– Toma, lee esta carta llena de amenazas que me ha enviado El-Zâher.

Con el corazón lleno de rabia, puso a los cautivos bajo una buena vigilancia y juró con los juramentos más sagrados, que los crucificaría sobre las murallas de la ciudad, en cuanto hubiera recuperado Antioquía y arrasado el país de los musulmanes. Naturalmente, Yauán se empleó a fondo para animarle en tal empresa.

---

<sup>1</sup> Moneda equivalente a unos 100.000 francos de oro.



- Si entras en campaña ahora para vengar la afrenta hecha a tu corona, tendrás todo el derecho de tu parte –afirmó Yauán– porque ha sido el rey de los musulmanes el que te ha agredido sin motivo alguno, y todas las religiones están de acuerdo en decir que el agresor siempre es culpable.

Así reconfortado con ese proyecto estúpido y dañino, Micael envió cartas a todos sus vasallos, ordenándoles que reunieran a sus tropas. Mandó también un mensaje a su sobrino Renaud<sup>1</sup>, un terrible guerrero que estaba al mando de la ciudadela de El-Tard; cuando éste llegó, a la cabeza de sus tropas, Micael le mostró la carta de El-Zâher.

- Puedes contar conmigo –le aseguró Renaud– ¡Voy a hacer que los mejores guerreros musulmanes muerdan el polvo, y te los traeré cargados de cadenas!

Una vez reunidas todas las tropas, con todo el equipo y provisiones necesarios, Micael dio la orden de hacerse a la mar: en aquella época, la flota bizantina contaba con más de mil navíos de guerra. Una vez desembarcados en la ensenada de Suwaydiyyeh<sup>2</sup>, el ejército se dirigió rápidamente hacia Antioquía, y comenzó a reconstruir las murallas y las fortificaciones: animados por la promesa de una buena recompensa; los albañiles hicieron maravillas y, en pocos días, la ciudad había recuperado su apariencia de antaño. Hecho esto, Micael, aconsejado por Yauán, redactó una carta a la atención del virrey de Alepo y se la confió al gran patricio –algo así como un oficial de rango superior.

Éste se puso inmediatamente en marcha, acompañado de sus hombres. Cuando llegó a Alepo, se presentó en el palacio del Gobierno, ante Imâd El-Dîn, al que entregó e mensaje; éste, decía lo siguiente:

*“De Micael, emperador de Constantinopla y comendador de las siete legiones<sup>3</sup>,*

*Seguro que ya te habrás enterado de que he reconstruido lo que destruyó el rey de los musulmanes y que he venido para vengar a los reyes de la Costa y lavar la afrenta que se les ha infligido. Si eres un hombre de sentido común, en el momento en que recibas esta carta, me entregarás la ciudad de Alepo, me darás sus llaves, después de ordenar a sus habitantes de que la evacuen. Si lo rechazas, y pones a la ciudad en Estado de Sitio, entonces, por el honor de mi religión, por los Ancestros del patriarca Yauán y por la santidad de los monjes, yo marcharé contra ti a la cabeza de un ejército innumerable, y arrasaré Alepo hasta el último bastión de sus murallas.”*

Al conocer este ultimátum, Imâd El-Dîn reunió a los notables de la ciudad y les consultó acerca de la decisión que convendría tomar.

- Nuestro visir, ese Micael es uno de los siete grandes reyes<sup>1</sup> –le respondieron–. En fin, que está a dos pasos de nosotros. Si respondemos demasiado agresivamente, es de

<sup>1</sup> “Armîd” en el texto, que podrí ser una deformación de ese nombre.

<sup>2</sup> Puerto situado en la desembocadura del Oronte, no lejos de Antioquía.

<sup>3</sup> Esta expresión forma parte de los títulos del emperador bizantino en el “Baïbars”; no hemos podido descubrir el origen exacto.

temer que nos caiga encima antes de que el sultán haya podido enviarnos ayuda. Lo mejor sería buscar la manera de ganar tiempo, con diversos pretextos y así, aprovechar para avisar a su majestad El-Zâher Baïbars: sólo él es capaz de afrontar a ese descreído.

El consejo le pareció juicioso a Imâd El-Dîn; convocó al mensajero y le dijo lo siguiente:

- Necesito algunos días de plazo, el tiempo necesario para avisar a la población y preparar la evacuación de la ciudad: cuando todo el mundo haya partido, te entregaré las llaves y tú podrás llevárselas a tu señor.

Mientras los francos montaban su gobierno en el palacio de los invitados, Imâd El-Dîn, sin perder un segundo, redactó un mensaje al rey El-Zâher Baïbars, adjuntándole la misiva de Micael, enviándolo todo a El Cairo con una paloma mensajera.



---

<sup>1</sup> Ver la nota precedente. “Grandes reyes” traducido de *qîrân*, “título que daban los turcos a los reyes francos” (de B. al-Bustany, *Muhît al-Muhît*).

## 36 – ¡Atrapado!

“Hemos dejado al virrey de Alepo, Imâd El-Dîn, amenazado por las tropas del *babb* Micael, emperador de Bizancio, que se ha hecho fuerte en la reconstruida Antioquía, y ahora pretende que le entreguen la ciudad de Alepo, expulsando a todos sus habitantes inmediatamente, pues, en caso contrario anuncia que la pasará a hierro y fuego. Ante este ultimátum, el virrey de Alepo envía rápidamente una carta con una paloma mensajera a El Cairo, pidiendo ayuda al rey El-Zâher Baïbars...”



**P**ero un buen día, en que el rey El-Zâher Baïbars estaba presidiendo su Consejo, con su espíritu vivaz y despierto, el guardián del palomar entró en la sala, anunciando su proclama ritual:

- ¡Gloria a Aquel que guía el vuelo de los pájaros! ¡Gloria a Aquel que no tiene ni parejos, ni iguales! –proclamó.

- ¡Gloria a Aquel que conoce todas las cosas sutiles! ¡Gloria a Aquel que perdona a los viejos seniles! –respondió el rey–. ¿De dónde viene la marca, mi leal guardián?

- De Alepo, *efendem*.

La cápsula pasó de unas manos a otras hasta llegar al sultán, que la abrió rápidamente y leyó el mensaje que contenía; luego, se lo entregó al jefe de los escribas para que diera lectura pública del mismo:

*“Del más devoto de tus amigos y del más humilde de tus esclavos, uno más entre los servidores de nuestro señor el sultán, del mendicante que se presenta humildemente ante tu puerta, Imâd El-Dîn Abu-l-Jaysh, al Servidor de los Santos Lugares, nuestro señor,*

*Tenemos el honor de poner en conocimiento de tu majestad, la información siguiente:*

*Habiendo desembarcado Micael recientemente en Suwaydiyyeh, ha vuelto a reconstruir las fortificaciones de Antioquía; además, acaba de enviar un mensaje*

*ordenándonos evacuar Alepo. Según los rumores que han llegado hasta nosotros, su ejército contaría con cuatrocientos mil hombres, y viene acompañado de Yauán y Bartacûsh. Por todo ello, te suplicamos que vengas en nuestra ayuda, armado de tu sable invencible y montado sobre tu simpar corcel, sin lo cual estamos perdidos. Por lo demás, saludos, al final igual que al principio.”*

Fue conocer esta noticia y el rey concebir tal furor que se le nubló la vista; porque, desde luego, Micael era uno de los siete grandes reyes y un adversario temible. Volviéndose hacia Shâhîn le comentó bien alto:

- ¡Mi querido visir, esta vez, te juro que, si le echo la mano encima a ese Micael, no va a quedar rastro de él en toda la faz de la tierra! Pero dime, los *fidauis*, ¿contra quién se han rebelado? ¿contra Shîha, contra mí, o contra el Islam?

- Solo a Dios, y a Él solo, hay que dirigirse en cada circunstancia –respondió el visir– No me cabe duda de que los *fidauis* terminarán por unirse a ti; pero cada cosa al tiempo decretado por Dios.

- Tienes razón, Shâhîn –aprobó el rey.

Pero el rey conocía de sobra la incompetencia de sus emires para sentirse verdaderamente seguro.

Así que envió mensajes en todas direcciones, convocando a sus tropas, incluidas las complementarias de los beduinos del Este y del Oeste. Cuando hubo reunido a todo su ejército, ordenó que trajeran un caftán real y lo pusieran sobre los hombros de Shâhîn.

- ¡Bendito sea! ¿Cuál será su misión? –preguntaron los asistentes.

- Yo le nombro lugarteniente general y regente de los ejércitos; él será quien vaya con plenos poderes y en mi nombre, al mando de la expedición.

- ¡Digno es de ello, oh, poderoso rey! –respondieron los consejeros.

Hecho esto, El-Zâher Baïbars cogió a su visir en un aparte.

- Shâhîn, te encargo que me reemplaces: ponte tú mismo a la cabeza del ejército y marcha contra los bizantinos. Yo, por mi parte, voy a camuflarme y partir a ver lo que andan haciendo los *fidauis*. Sobre todo, guarda bien este secreto: todo el mundo debe creer que yo te acompaño en la expedición.

- *Efendem*, tengo miedo de que no te suceda alguna desgracia –protestó el visir.

- ¡Nada podrá sucederme, si Dios me protege! –respondió el rey.

Tomando la apariencia de un kurdo de las montañas, El-Zâher Baïbars salió discretamente de el Cairo y, viajando por montes y valles, llegó por fin cerca de una ciudadela llamada Nazaret, en la región de El-Shaqîq. De pronto, vio aproximarse a un *fidai*, tocado con la *kufiyyeh* de color crema y el *eigal* escarlata<sup>1</sup>, seguido por cuatro compañeros armados con la *shâkriyyeh*. Llegado ante él, el desconocido echó pie a tierra, avanzó hacia el sultán y le besó los estribos.

<sup>1</sup> Es el tocado tradicional de los *fidauis* ismailfes.

- ¡Bienvenido sea tu majestad! ¡Comendador de los creyentes, nuestro *dawlatli*! – proclamó– ¿Qué buen viento te ha traído hasta aquí?

- Antes de nada, responde a mi pregunta –cortó el rey–: vosotros, los ismailíes, ¿os habéis rebelado contra mí, contra Shîha, o contra el Islam?

- *Efendem*, ¡Dios no permita que nos rebelemos contra nuestro glorioso soberano o contra la religión de Muhammad! Pero ahora, te ruego que te dignes honrar mi ciudadela viniendo hasta allí. Como se suele decir: “Lo primero, el saludo; la comida después, y por último, las discusiones”.

- Y tú, ¿quién eres? –insistió el rey, aun desconfiando.

- Me conocen como el capitán Bakkâr, y estas tierras están bajo mi control. He vivido durante mucho tiempo en el país de los cristianos, y a mi regreso, es cuando me enteré de tus diferencias con los *fidauis*, algo que me llenó de tristeza, oh comendador de los creyentes. Pero estoy convencido de que acabarán por volver a mejores sentimientos y que todos lucharán bajo tu estandarte.

- Y tú, por aquí, ¿de qué vives?

- Pues yo aseguro la protección de los habitantes de la región y de los viajeros que la atraviesan: soy el responsable de su vida y de sus bienes.

Finalmente, persuadido de la buena fe de su interlocutor, el rey permitió que le condujeran hasta la ciudadela, en donde le alojaron en la mejor estancia. El capitán Bakkâr le pidió que se sentara en el sitio de honor, le aportó unos manjares exquisitos y se puso a servirle personalmente.

Pero, apenas había probado unos bocados, el rey comenzó a sentir unos fuertes vértigos; una brutal convulsión le sacudió, y cayó al suelo perdida la consciencia a causa del *benj*. El pretendido *fidauis* se arrojó sobre él, lo trabó, le ató fuertemente de pies a cabeza, y luego le suministró el antídoto. El rey estornudó, volvió en sí y, al darse cuenta de su triste situación, pronunció las únicas palabras que, en esas circunstancias, no deben avergonzar a nadie;

- Sólo en Dios se halla la fuerza y el poder, el Altísimo, el Todopoderoso. ¡Juro que no hay más Dios que Dios, y que Muhammad es Su servidor y Su profeta!

- ¿Y delante de quién te crees que estás jurando, *marfûs*? –le gritó el falso Bakkâr, soltando una risa sardónica– ¡Ah, *cafurti canayas*, de ésta sí que no te libras!

- ¡Canalla! Entonces ¿tú no eres musulmán?

- ¡No! ¡Ante ti está, ni más ni menos, que Atef, hijo de Salibo!

*El narrador prosiguió de esta manera...*

No hay ni que decir que esa trampa había sido urdida, de cabo a rabo, por Yauán: apenas él había desembarcado en Suwaydiyyeh, había enviado un mensaje a Atef, hijo de Salibo, en su ciudadela de Nazaret. Y esto es lo que le decía:

“*De su beatitud Yauán a mi figlione Atef,*

*Tengo una misión de la mayor importancia que confiarte: si deseas que se te colme de todas las bendiciones y toda la felicidad; si aspiras a recibir las loas de todos los patriarcas, si deseas obtener los favores de mis ancestros; habrás de tomar la apariencia de un musulmán, e irás a apostarte en tal sitio (le indicaba en cual), de manera que vigiles a todos los que pasen por allí. El rey ha entrado en campaña contra nosotros; además, apáñatelas para liquidar a todos los musulmanes que se te acerquen. Y si consigues capturar al rey, entonces, te garantizo en el más allá un lugar a la derecha de Asfût, así como un espléndido castillo en Lazâ y un rico feudo en Sijjîn<sup>1</sup>.”*

Al leer este mensaje, el infame Atef no cabía en sí de gozo.

- ¡Loado sea nuestro señor Jesucristo! –exclamó–. ¡Su beatitud Yauán se ha dignado considerarme entre el número de sus servidores para confiarme una misión así! ¡Puede estar seguro de que pondré todo mi celo en mostrarme digno de su confianza!

Tras frotarse concienzudamente la cara con la carta, para impregnarse de los carismas que se supone contenía, recompensó al mensajero y se despidió de él, encargándole que transmitiera y asegurara a Yauán su total lealtad. Hecho esto, se disfrazó de *fidaii* ismailí y fue a apostarse en el lugar convenido.

Cuando, al poco tiempo, llegó El-Zâher Baibars, Atef le reconoció sin dificultad; el rey, en cambio, engañado por la vestimenta que llevaba Atef, no desconfió suficientemente, y cayó en la trampa. Cuando volvió en sí, se arrepintió amargamente de no haber escuchado los consejos que le había dado su visir; finalmente, se puso de nuevo en manos de Aquel cuya benevolencia no tiene límites.

Tras arrojarle a una mazmorra, Atef redactó una carta para Yauán y se la confió a uno de sus hombres; éste se puso inmediatamente en marcha camino de Antioquía, cuya reconstrucción ya se había concluido; Micael había establecido sus cuarteles allí, esperando con impaciencia el regreso de los emisarios que había enviado a Alepo para reclamar las llaves de la ciudad, y, mientras daba vueltas como un oso en una jaula, el lugarteniente Atef se presentó en la sala, besó la mano de Yauán y le entregó la carta a su señor. El otro rompió el sello y leyó lo siguiente:

*“Después de besar las manos y los pies de nuestro venerado padre, su beatitud Yauán, tengo el honor de informarle que mi misión ha sido un éxito: habiendo obedecido escrupulosamente tus órdenes, me he apoderado del rey. Éste se encuentra ahora en la mazmorra de mi ciudadela. Te ruego que te dignes hacerme saber si deseas que lo mate, o si prefieres que te lo envíe.”*

- Por mí, que le liquiden de una vez –replicó Yauán–. ¡Hay que responderle que mate a ese *marfûs* y que nos envíe su cabeza!

<sup>1</sup> Dos nombres que se da al infierno, mencionados en El Corán (LXX, 15 y LXXXIII, 7 respectivamente)



- ¡Ah, de eso nada, ni hablar! –se irritó Micael–. Nada de verter una gota de sangre antes de ver cómo se desarrollan las cosas entre los musulmanes y nosotros. ¡Pero, bueno, *abbone*, no se mata a un rey como si fuera un cualquiera! ¡Eso sería una barbaridad espantosa!

- Está bien, como tú quieras –refunfuñó el maldito monje–; pero en ese caso, no se le debe dejar en la ciudadela de Atef, es demasiado riesgo. Vamos a responderle que conduzca al *rey* a la ciudadela de El-Shaqîq, en donde confiará su custodia al capitán Riyâh, hijo de Mukâfeh.

Habiéndose puesto de acuerdo, redactaron una carta, que el mensajero se fue a llevar a Atef.

- ¡*Ala teshta!* –aprobó éste tras leer el mensaje.

Sacó a El-Zâher de la celda, lo cargó de cadenas y lo condujo hasta El-Shaqîq; entregó la carta de Yauán a Riyâh, que se frotó con ella toda la cara durante un buen rato, antes de arrojar al cautivo a sus mazmorras. Luego, los dos compadres, conchabados con un tercer bandido, llamado Aïek, hijo de Mattâ, se fueron a montar una emboscada en la ruta más concurrida, masacrando sin piedad a todos los musulmanes que se encontraron.



**FIN DEL VOLUMEN VII**

Próximamente, en el volumen VIII

## LA REVANCHA DE SHÍHA, MAESTRO DE LAS ARGUCIAS

